



Viaje
AL
Miepo

ERIC
AMBLER

Lectulandia

Estambul, 1940. Graham, un discreto ingeniero y experto en armas acaba de mantener conversaciones de alto nivel con el gobierno turco. Al regresar a su hotel, descubre que alguien quiere matarlo. Le han disparado al entrar en la habitación y decide escapar de la ciudad en un vapor. Un viaje lleno de peligros en el que conocerá a una hechizante bailarina francesa, un desastrado hombre de negocios, un misterioso médico alemán, un hombre diminuto y brutal que viste un arrugado traje... Graham debe sospechar de todos, esconderse en ese barco del que no puede escapar y sobrevivir a una travesía de pesadilla.

Lectulandia

Eric Ambler

Viaje al miedo

ePub r1.0

eKionh 19.09.13

Título original: *Journey Into Fear*
Eric Ambler, 1940
Traducción: Manuel Saenz Heredia
Diseño portada: eKionh

Editor digital: eKionh
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Louise

Ciertamente he visto a algunos enloquecer y perder el sentido por causa del miedo: pues hasta en el más sereno y resuelto de los hombres es seguro que genera, mientras dura el ataque, muchos y raros deslumbramientos y terribles pasmos.

MONTAIGNE

El vapor *Sestri Levante* se alzaba junto al muelle, y el aguanieve, impulsada por el viento tempestuoso del Mar Negro, había empapado hasta la reducida cubierta. Los estibadores turcos, con sacos atados a la espalda, seguían cargando mercancías en la sentina de popa.

Graham observó que el mayordomo transportaba su maleta por una puerta donde se leía «Passegeri» y se volvió para ver si los dos hombres que le habían dado la mano al pie de la pasarela seguían allí. No habían subido a bordo para evitar que el uniforme de uno de ellos atrajese la atención sobre él. Ahora se alejaban entre las columnas de las grúas hacia los almacenes y las puertas del muelle que se veían a lo lejos. Cuando llegaron al amparo del primer barracón se volvieron. Levantó el brazo izquierdo y vio que le respondían agitando la mano. Siguió caminando hasta perderse de vista.

Se quedó inmóvil un instante, tiritando e intentando ver entre la bruma que cubría las cúpulas y minaretes de Estambul. Entre el rugido y el estruendo de las poleas, el capataz turco gritaba lastimeramente, en mal italiano, a uno de los oficiales del barco. Graham recordó que le habían dicho que se fuera a su camarote y se quedase allí hasta la salida del barco. Siguió al mayordomo, cruzando la puerta.

El hombre le esperaba en la parte superior de una pequeña escalera. No había señal alguna de los otros nueve pasajeros.

—*Cinque, signore?*

—Sí.

—*Da queste parte.*

Graham le siguió escaleras abajo.

El número cinco era un camarote pequeño con una sola cama y una combinación de armario y lavabo, lo que dejaba justo el espacio necesario para acogerle a él con su maleta. Los herrajes del ojo de buey estaban cubiertos de cardenillo, y había un fuerte olor a pintura. El mayordomo empujó la maleta bajo el catre sin miramientos y se abrió paso dificultosamente hasta el pasillo.

—*Favorisca di darmi il suo biglietto ed il suo passaporto, signore. Li portero al Commissario.*

Graham le entregó el billete y el pasaporte y, señalando hacia el ojo de buey, hizo el gesto de desatornillar y abrirlo.

—*Subito, signore* —dijo el mayordomo, y se marchó.

Graham se sentó cansadamente en el catre. Era la primera vez en casi veinticuatro horas que tenía la oportunidad de pensar a solas. Sacó con cuidado la mano derecha del bolsillo del abrigo y observó el vendaje que la cubría. Palpitaba y le dolía

terriblemente. Si una rozadura de bala dolía así, dio gracias a su buena estrella porque la bala no le hubiera dado de verdad.

Estudió con la vista el camarote, aceptando su presencia en él como había aceptado tantas cosas absurdas desde que volvió a su hotel de Pera la noche anterior. Era una aceptación sin reservas. Sólo se sentía como si hubiera perdido algo de valor. De hecho, lo único de valor que había perdido era un fragmento de piel y cartílago del revés de la mano derecha. Lo que le había ocurrido es que había descubierto el miedo a la muerte.

Los maridos de las amigas de la mujer de Graham le consideraban un hombre de suerte. Tenía un puesto bien remunerado en una gran empresa de armamentos, una agradable casa de campo a una hora de coche de su oficina, y una mujer que gustaba a todo el mundo. No es que no se lo mereciera. Era un ingeniero brillante, aunque a primera vista nadie lo hubiera dicho, un ingeniero bastante importante si lo que se decía por ahí era cierto; algo relacionado con cañones. Salía a menudo al extranjero en viaje de negocios. Era un tipo callado y agradable, además de generoso con su whisky. No daba la impresión, desde luego, de que fuera posible conocerle bien (difícil decir si jugaba peor al golf o al bridge), pero siempre era amable. Nada efusivo, sólo amable, algo así como un dentista de los caros tratando de hacerte olvidar ciertas cosas. Puestos a eso, la verdad es que hasta físicamente parecía un dentista de los caros: delgado, ligeramente encorvado, la ropa bien cortada, una buena sonrisa, unas pocas canas. Pero aunque era difícil imaginar que una mujer como Stephanie se hubiera casado con él por otra cosa que por su sueldo, había que reconocer que se llevaban extraordinariamente bien. Lo que en definitiva demuestra...

También el mismo Graham pensaba que era un hombre con suerte. A los diecisiete años había heredado de su padre, un maestro de escuela diabético, un carácter fácil, quinientas libras en efectivo de una póliza de seguro de vida, y una buena cabeza para las matemáticas. El primer legado le permitió soportar sin resentimiento la administración de un tutor malhumorado y quisquilloso; el segundo le permitió utilizar una beca que había obtenido para estudiar en la universidad; el tercero le llevó a conseguir, hacia los veinticinco años, un doctorado en ciencias. El tema de su tesis fue un problema de balística, y una revista técnica publicó una versión abreviada. A los treinta años estaba a cargo de uno de los departamentos experimentales de su empresa, y algo sorprendido de que le pagasen tanto dinero por hacer algo que le gustaba. Ese mismo año se casó con Stephanie.

Nunca se le ocurrió poner en duda que su actitud para con su esposa fuera la de cualquier otro hombre que llevara diez años casado. Se había casado con ella porque estaba harto de vivir en habitaciones amuebladas, y había supuesto (correctamente)

que ella se casaba con él para librarse de su padre, un médico de poco dinero y carácter desagradable. Le gustaban su físico, su buen humor y su habilidad para conservar el servicio y hacer amigos, y cuando estos últimos le parecían algo pesados se sentía inclinado a creer que el culpable era él y no ellos. Ella, por su parte, aceptaba sin resentimiento y sin darle mayor importancia el hecho de que él se interesara más por su trabajo que por cualquier otra persona o cosa. Le gustaba su vida tal como era. Vivían en una atmósfera de bienhumorado afecto y tolerancia mutua, y consideraban que su matrimonio había tenido cuanto éxito cabe razonablemente esperar de un matrimonio.

El estallido de la guerra, en septiembre de mil novecientos treinta y nueve, no afectó gran cosa al hogar de los Graham. Tras pasar dos años en la absoluta seguridad de que dicho estallido era tan inevitable como la puesta del sol, Graham ni se sorprendió ni se consternó cuando al fin tuvo lugar. Había calculado con considerable exactitud sus probables efectos sobre su vida privada, y ya en octubre llegó a la conclusión de que sus cálculos eran correctos. Para él la guerra significaba más trabajo; eso era todo. No afectaba a su seguridad económica o personal. No estaba, fueran cuales fueran las circunstancias, sujeto a incorporación a las fuerzas militares de combate. Las probabilidades de que un bombardero alemán depositase su carga cerca de su casa o su oficina eran lo bastante remotas como para poder ignorarlas. Cuando se enteró, tres semanas después de la firma del tratado anglo-turco de alianza, de que tenía que viajar a Turquía para asuntos de su empresa, lo único que le preocupó fue la lúgubre perspectiva de pasar la Navidad fuera de casa.

Cuando realizó su primer viaje de negocios al extranjero tenía treinta y dos años. El viaje fue un éxito. Sus jefes descubrieron que, aparte de su capacidad técnica, tenía el don, raro en un hombre de sus particulares cualificaciones, de hacerse apreciar —y querer— por los funcionarios de los gobiernos extranjeros. A partir de entonces, el ocasional viaje de negocios se incorporó con normalidad a su vida laboral. Le gustaba. El hecho mismo de viajar hasta una ciudad desconocida le gustaba casi tanto como descubrir sus rarezas. Le gustaba entrar en contacto con hombres de otras nacionalidades, aprender nociones de sus idiomas y espantarse ante su poca comprensión de unos y otros. La palabra «típico» llegó a producirle un saludable desagrado.

Llegó a Estambul a mediados de noviembre, en tren desde París, y se desplazó casi inmediatamente a Esmirna y posteriormente a Gallípoli. A fines de diciembre había terminado con su trabajo en estos dos lugares, y el primero de enero tomó un tren de vuelta a Estambul, punto de arranque de su viaje de retorno a casa.

Aquellas seis semanas le habían puesto a prueba. Su trabajo, de por sí difícil, se había dificultado aún más por la necesidad de discutir temas muy técnicos por medio de intérpretes. Los horrores del terremoto de Anatolia le habían trastornado casi tanto

como a sus anfitriones. Para terminar, las inundaciones habían desorganizado el servicio ferroviario de Gallípoli a Estambul. Cuando por fin llegó a Estambul, se sentía cansado y deprimido.

En la estación le esperaba Kopeikin, el representante de la compañía en Turquía.

Kopeikin había llegado a Estambul en mil novecientos veinticuatro, con otros sesenta y cinco mil refugiados rusos, y había sido, sucesivamente, tahúr, socio propietario de un burdel y contratista de ropa para el ejército antes de conseguir — sólo el director gerente sabía de qué manera— la lucrativa representación que ahora tenía. Graham le apreciaba. Era un hombre gordezuelo y exuberante de grandes orejas salientes, un buen humor irreprimible y vastas reservas de astucia callejera.

Estrechó con entusiasmo la mano de Graham.

—¿Ha tenido mal viaje? Lo lamento mucho. Me alegro de verle de vuelta. ¿Qué tal le fue con Fethi?

—Muy bien, creo. Tal como me lo describió usted, me lo imaginaba mucho peor.

—Mi querido amigo, subestima el encanto de su trato. Fethi es conocido como hombre difícil. Pero es importante. Ahora todo irá sobre ruedas. Pero vamos a tomar una copa mientras hablamos de negocios. Le he reservado una habitación —una habitación con baño— en el Adler Palace, como la otra vez. Para esta noche he organizado una cena de despedida. Invito yo.

—Es usted muy amable.

—Es un placer, querido amigo. Después, nos divertiremos un poco. Hay un local que está muy de moda ahora... el cabaret Le Jockey. Creo que le gustará. Está muy bien decorado, y va gente simpática. Nada de chusma. ¿Es ésta su maleta?

Graham se sintió abatido. Aunque había previsto cenar con Kopeikin, se había prometido a sí mismo darse un buen baño a eso de las diez y acostarse con una novela policíaca de Tauchnitz. Lo que menos podía apetecerle era «divertirse» en el cabaret Le Jockey o en cualquier otro local nocturno. Mientras seguían al porteador hacia el coche de Kopeikin, dijo:

—Creo, Kopeikin, que esta noche debería acostarme temprano. Tengo cuatro noches de tren por delante.

—Mi querido amigo, le sentará bien acostarse tarde. Además, su tren no sale hasta mañana a las once de la mañana, y le he reservado plaza en coche cama. Si se encuentra cansado, podrá dormir hasta París.

Mientras cenaban en el hotel Pera Palace, Kopeikin le dio las últimas noticias de la guerra. Para él, los soviéticos seguían siendo «los asesinos de julio» de Nicolás II, y Graham oyó hablar mucho sobre victorias finlandesas y derrotas rusas. Los alemanes habían hundido más buques británicos y perdido más submarinos. Los holandeses, los daneses, los suecos y los noruegos aprestaban sus defensas. El mundo esperaba una primavera sangrienta. El curso de la conversación les llevó al tema del

terremoto. Eran ya las diez y media cuando Kopeikin anunció que había llegado el momento de ir al cabaret Le Jockey.

Este se encontraba en el barrio de Beyoglu, muy cerca de la Grande Rue de Pera, en una calle de edificios sin duda diseñados por un arquitecto francés de mediados de los años veinte. Kopeikin le tomó afectuosamente del brazo al entrar.

—Es un sitio que está muy bien —dijo—. Serge, el propietario, es amigo mío, así que no nos estafarán. Se lo presentaré.

Para ser el tipo de hombre que era, Graham poseía un conocimiento sorprendentemente amplio de la vida nocturna de las ciudades. Por alguna razón cuya naturaleza nunca alcanzaba a descubrir, sus anfitriones en el extranjero parecían considerar siempre que la única forma de entretenimiento aceptable para un ingeniero inglés se encontraba en los *Nachtlokalen* de más dudosa reputación. Había frecuentado lugares así en Buenos Aires y en Madrid, en Valparaíso y en Bucarest, en Roma y en México, y no era capaz de recordar uno solo que se distinguiera gran cosa de los demás. Recordaba a sus interlocutores comerciales, sentados con él hasta altas horas de la madrugada bebiendo copas de precios desmesurados, pero la configuración de los locales mismos se había fundido en su mente hasta formar un cuadro paradigmático de un sótano lleno de humo con un estrado para la orquesta, en un extremo, una pequeña pista de baile rodeada de mesas, y una barra con altos taburetes, donde se suponía que las bebidas eran más baratas, a un lado.

No tenía la menor esperanza de que el cabaret Le Jockey fuera distinto. No lo era.

La decoración de los muros parecía haber captado el espíritu de la calle. Consistía en una serie de inmensos remolinos que contenían perspectivas de edificios, saxofonistas de color, ojos verdes que lo veían todo, teléfonos, máscaras de la Isla de Pascua y hermafroditas de cabellera platino con largas boquillas en las manos. El local era ruidoso y estaba atestado. Serge era un ruso de rasgos marcados, con el pelo erizado y gris, y el aspecto de ser una persona cuyos sentimientos están siempre a punto de imponerse al buen juicio. Cuando Graham le miró a los ojos, le pareció improbable que llegaran alguna vez a conseguirlo, pero de todas formas les recibió con bastante amabilidad y les condujo hasta una mesa situada junto a la pista de baile. Kopeikin pidió una botella de coñac.

La orquesta terminó abruptamente un bailable americano que estaba tocando con admirable dedicación e inició, con más éxito, los compases de una rumba.

—Es un sitio muy alegre —dijo Kopeikin—. ¿Le apetece bailar? Hay muchas chicas. Dígame cuál le llama la atención y hablaré con Serge.

—Oh, no se preocupe. Para ser sincero, creo que no debería quedarme mucho tiempo.

—Tiene que dejar de pensar en el viaje. Beba un poco de coñac y verá como se siente mejor. —Se puso en pie—. Voy a bailar un poco, y ya le encontraré una chica

guapa.

Graham se sintió culpable. Sabía que hubiera debido demostrar más entusiasmo. Después de todo, Kopeikin era extraordinariamente amable. No lo iba a pasar muy bien tratando de entretener a un inglés cansado del tren y que hubiera preferido estar en la cama. Bebió con decisión algo más de coñac. Cada vez llegaba más gente. Vio que Serge les daba una bienvenida calurosa y que después, cuando estaban de espaldas, impartía furtivamente instrucciones al camarero encargado de servirles: un pequeño y monótono recordatorio de que el negocio del cabaret Le Jockey no estaba montado para su placer ni el de ellos. Se volvió para observar a Kopeikin bailando.

La chica era delgada y morena y tenía grandes dientes. Su traje de noche, de raso rojo, parecía hecho para una mujer más grande. Sonreía mucho. Kopeikin la mantenía levemente separada y no paraba de hablar mientras bailaban. A Graham le pareció que, a pesar de su corpulencia, era el único hombre completamente sereno que había en la pista de baile. Era un ex propietario de un burdel ocupándose de algo que conocía a la perfección. Cuando acabó la música se acercó con la chica a la mesa.

—Esta es María —dijo—. Es árabe. Da gusto mirarla, ¿verdad?

—Desde luego.

—Habla algo de francés.

—*Enchanté, mademoiselle.*

—*Monsieur.* —Su voz chocaba por lo áspera, pero tenía una sonrisa agradable. Se veía que tenía buen carácter.

—¡Pobrecita! —El tono de Kopeikin recordaba a una institutriz temerosa de que su pupila la dejase mal ante las visitas—. Se está recuperando de un dolor de garganta. Pero es una chica muy simpática y bien educada. *Assieds-toi*, María.

Se sentó junto a Graham.

—*Je prends du champagne* —dijo.

—*Oui, oui, mon enfant. Plus tard* —dijo Kopeikin distraídamente—. Tiene más comisión si pedimos champagne —comentó para Graham, sirviéndole coñac a la muchacha.

Ella lo aceptó sin comentarios, se llevó la copa a los labios y dijo:

—*Skal!*

—Cree que es sueco —dijo Kopeikin.

—¿Por qué?

—Le gustan los suecos, así que le dije que usted era sueco. —Se rió quedamente—. No dirá que su agente turco no hace nada por la empresa.

Ella les escuchaba sonriendo y sin comprender. La música empezó de nuevo y, volviéndose hacia Graham, le preguntó si quería bailar.

Bailaba bien, lo bastante como para que Graham se diese cuenta de que también él estaba bailando bien. Se sintió menos deprimido y la sacó a bailar de nuevo. La

segunda vez la muchacha apretó su delgado cuerpo estrechamente contra el hombre. Graham vio un tirante costoso que asomaba por debajo del raso rojo y olió el calor del cuerpo bajo el perfume que utilizaba. Notó que se estaba cansando de ella.

La muchacha empezó a hablar. ¿Conocía bien Estambul? ¿Era la primera vez que venía? ¿Conocía París? ¿Y Londres? Era un hombre de suerte. Ella nunca había estado en esos sitios. Tenía la esperanza de conocerlos. Y también Estocolmo. ¿Tenía muchos amigos en Estambul? Se lo preguntaba porque un caballero que había entrado justo después de él y su amigo, parecía conocerle. El caballero no dejaba de mirarle.

Graham se estaba preguntando cuándo iba a conseguir escaparse. Se apercibió de pronto de que ella esperaba que dijese algo. Llegó a captar su último comentario.

—¿Quién es el que me mira todo el tiempo?

—Desde aquí no se le ve. Es un señor que está en la barra.

—Seguro que la mira a usted. —No se le ocurría otra cosa que decir.

La muchacha, sin embargo, hablaba completamente en serio.

—Es usted quien le interesa, monsieur. Es el del pañuelo en la mano.

Habían llegado a un punto de la pista de baile desde donde se veía la barra. El hombre estaba sentado en un taburete alto y tenía un vaso de vermut delante.

Era un hombre bajo y delgado, con cara de idiota, muy huesuda, nariz de grandes aletas, pómulos salientes y labios carnosos que mantenía apretados como si le dolieran las encías o estuviera tratando de no perder los estribos. Estaba muy pálido y, a consecuencia de ello, sus ojos pequeños y profundos y el pelo escaso y rizado parecían más oscuros de lo que eran. Tenía el pelo engominado a rayas por el cráneo. Llevaba un traje marrón arrugado con abultadas hombreras, una camisa sin almidonar con un cuello casi invisible y una corbata gris nueva. Mientras Graham le observaba, se limpió el labio superior con el pañuelo, como si el calor del local le hiciera sudar.

—No parece que me mire ahora —dijo Graham—. En todo caso, me temo que no le conozco.

—Eso me parecía, monsieur. —Con el codo le apretó el brazo contra el costado—. Pero quería estar segura. Yo tampoco le conozco, pero conozco a ese tipo de persona. Usted es forastero, monsieur, y quizá lleve dinero en el bolsillo. Estambul no es como Estocolmo. Cuando tipos así le miran a uno más de una vez, conviene tener cuidado. Usted es fuerte, pero un cuchillo en la espalda es igual para un hombre fuerte que para uno débil.

Su solemnidad resultaba ridícula. Graham se rió, pero miró de nuevo al hombre de la barra. Bebía su vermut a sorbitos; un ser inofensivo. Probablemente, la chica estaba tratando, con cierta torpeza, de demostrar que tenía buenas intenciones.

—Creo que no hay razón para preocuparse —dijo él.

La muchacha relajó la presión que ejercía sobre su brazo.

—Quizá no, monsieur. —Pareció perder de pronto todo interés en el asunto. La orquesta terminó la pieza y regresaron a la mesa.

—Baila muy bien, ¿verdad? —dijo Kopeikin.

—Muy bien.

Ella les sonrió, se sentó y terminó su copa como si tuviera sed. Después se apoyó en el respaldo de su silla.

—Somos tres —dijo, y contó con el dedo para asegurarse de que la entendían—. ¿Quieren que llame a una amiga mía para que se tome una copa con nosotros? Es muy simpática. Es mi mejor amiga.

—Más tarde, a lo mejor —dijo Kopeikin. Le sirvió otro trago.

En ese instante, la orquesta tocó al unísono un poderoso acorde y casi todas las luces se apagaron. Un haz de luz se estremeció en el suelo, frente a la plataforma.

—Las atracciones —dijo María—. Están muy bien.

Serge se situó bajo el haz de luz y escupió una larga presentación en turco rematada por un amplio gesto de la mano señalando hacia una puerta situada junto a la plataforma. Inmediatamente, dos jóvenes morenos con smoking azul claro se precipitaron sobre la pista de baile e iniciaron un enérgico zapateado. Aunque pronto perdieron el aliento y se desmelenaron, cuando terminaron sólo recibieron un tibio aplauso. Después se pusieron barbas postizas y, simulando ser ancianos, dieron algunos saltos mortales. El entusiasmo del público sólo creció imperceptiblemente. Se retiraron, a juicio de Graham furiosos, sudando copiosamente. Tras ellos salió una hermosa mujer de color, de piernas largas y delgadas, que resultó ser una contorsionista. Sus contorsiones resultaban ingeniosamente obscenas y provocaron estallidos de risa. Respondiendo a los gritos, inició tras las contorsiones una danza con un reptil, que no obtuvo tanto éxito, porque la serpiente, que sacó de una cesta de mimbre dorado con la misma atención que si hubiera sido una anaconda adulta, resultó ser una pitón pequeña y bastante senil con tendencia a dormirse en manos de su dueña. Terminó de nuevo hecha un ovillo en la jaula mientras la mujer se contorsionaba un rato más. Cuando se retiró, el propietario se puso de nuevo bajo el reflector e hizo una presentación que fue recibida con aplausos.

La chica acercó los labios a la oreja de Graham.

—Son Josette y su pareja, José. Bailarines de París. Esta es su última noche aquí. Han tenido mucho éxito.

La luz se volvió rosa y se desplazó hasta la puerta de entrada. Se oyó un redoble de tambores. Después, mientras la orquesta atacaba el vals del *Danubio Azul*, los bailarines se deslizaron sobre la pista.

Para el fatigado Graham, el baile formaba parte de la convención de los sótanos igual que la barra o la plataforma para la orquesta. Era algo para justificar los precios de la bebida: una demostración de que, aplicando las leyes de la mecánica clásica, un

hombrecillo con aspecto enfermizo y una ancha faja por la cintura puede manejar a una mujer de cincuenta kilos como si fuera una niña. Lo único especial que tenían Josette y su pareja era que, aunque cumplían la habitual rutina de su «especialidad» con bastante menos eficiencia de la normal, conseguían hacerlo con bastante más efecto.

Ella era una mujer delgada, con hermosos brazos y hombros y una mata de brillante cabello rubio. Sus ojos, de fuertes párpados, entrecerrados cuando bailaba, y sus labios, bastante carnosos, contrastaban curiosamente con la ágil limpieza de sus movimientos. Graham vio que no era una bailarina, sino una mujer adiestrada para bailar y que lo hacía con una especie de sensualidad indolente, consciente del juvenil aspecto de su cuerpo, de sus largas piernas y de los músculos que cubrían la lisa superficie de sus muslos y estómago. Aunque su actuación en lo relativo a la danza no era buena, resultaba perfecta como *attraction* del cabaret Le Jockey, y ello a pesar de su pareja.

Él era un hombre moreno y adusto, de labios apretados y desagradables, un rostro liso y cetrino y una forma irritante de apoyar la lengua con fuerza en la mejilla cuando se estaba preparando para un esfuerzo. Se movía mal y con torpeza, y agitaba los dedos con inseguridad cuando la cogía para levantarla, como si no conociera con certeza el punto de equilibrio. No cesaba de recomponer la postura.

El público, no obstante, no le miraba a él, y cuando terminaron, aplaudió con vigor en solicitud de una propina. Le fue otorgada. La orquesta tocó otra vez un fuerte acorde. Mademoiselle Josette se inclinó y Serge le ofreció un ramo de flores. Regresó varias veces para inclinarse y lanzar besos con la mano.

—Encantadora, ¿verdad? —dijo Kopeikin en inglés mientras se encendían las luces—. Ya le dije que era un sitio divertido.

—Ella lo hace bastante bien. Lo malo es el Valentino apolillado.

—¿José? Se las arregla bien. ¿Le gustaría invitarla a una copa en la mesa?

—Mucho. Pero ¿no será demasiado caro?

—¡De ninguna manera! No cobra comisión.

—¿Aceptará?

—Desde luego. El *patrón* me la presentó. La conozco bien. Creo que le caería bien. Esta árabe es un poco idiota. Josette también lo es, sin duda, pero a su manera es muy atractiva. Si yo no hubiera aprendido demasiado cuando era demasiado joven, también a mí me gustaría.

María le siguió con los ojos mientras atravesaba la pista de baile y permaneció un instante en silencio.

—Es muy bueno, ese amigo suyo —dijo después.

Graham no pudo determinar con seguridad si se trataba de una afirmación, una pregunta o un débil esfuerzo por iniciar una conversación. Asintió.

—Muy bueno.

La chica sonrió.

—Conoce mucho al propietario. Si usted lo desea, le pedirá a Serge que me deje salir cuando usted quiera en vez de a la hora de cerrar.

Graham sonrió de la forma más lastimera posible.

—Me temo, María, que aún tengo que preparar las maletas y tomar un tren por la mañana.

Ella sonrió de nuevo.

—Qué se le va a hacer. Pero los suecos me gustan especialmente. ¿Puedo tomar más coñac, monsieur?

—Naturalmente. —Le llenó la copa.

Se bebió la mitad.

—¿Le gusta mademoiselle Josette?

—Baila muy bien.

—Es muy simpática. Eso ocurre porque tiene éxito. La gente es simpática cuando tiene éxito. A José no le quiere nadie. Es un español de Marruecos, y muy celoso. Son todos iguales. No comprendo cómo le soporta.

—Me pareció oírle decir que eran parisinos.

—Han bailado en París. Ella es húngara. Habla idiomas —alemán, francés, inglés — pero sueco creo que no. Ha tenido muchos amantes ricos. —Hizo una pausa—. ¿Es usted un hombre de negocios, monsieur?

—No, soy ingeniero —le divirtió ligeramente darse cuenta de que María era menos estúpida de lo que parecía, y de que sabía perfectamente por qué Kopeikin les había dejado solos. Le estaban avisando, indirecta pero inequívocamente, de que mademoiselle Josette era muy cara, de que la comunicación con ella sería difícil y de que tendría que habérselas con un español celoso.

La chica terminó de nuevo el vaso y dirigió los ojos distraídamente hacia la puerta.

—Mi amiga parece sentirse muy sola —dijo. Volvió la cabeza y le miró de frente—. ¿Me da usted cien piastras, monsieur?

—¿Para qué?

—Una propina, monsieur. —Sonrió, pero no tan amigablemente como antes.

Le dio un billete de cien piastras. Ella lo dobló lo metió en el bolso y se levantó.

—¿Me disculpa? Quiero hablar con mi amiga. Volveré si lo desea. —Sonrió.

Graham vio desaparecer su traje de raso rojo entre el grupo reunido en torno a la barra. Kopeikin volvió casi inmediatamente.

—¿Dónde está la árabe?

—Se ha ido a hablar con su mejor amiga. Le di cien piastras.

—¡Cien! Con cincuenta había de sobra. Pero quizá sea mejor. Josette nos invita a

una copa en su camerino. Mañana se marcha de Estambul y no quiere salir aquí. Tendría que hablar con demasiada gente, y todavía no ha hecho el equipaje.

—¿No la molestaremos?

—Mi querido amigo, está deseando conocerle. Le vio mientras bailaba. Cuando le dije que era inglés, se quedó encantada. Podemos dejar estas copas aquí.

El camerino de mademoiselle Josette era un lugar de unos ocho pies cuadrados, separado de la otra mitad de lo que parecía ser la oficina del propietario por una cortina marrón. Las tres paredes sólidas estaban cubiertas por un descolorido papel rosa con rayas azules. Había manchas aceitosas aquí y allá, donde la gente se había apoyado. La habitación contenía dos sillas de madera tallada y dos desvencijadas mesas de tocador cubiertas de tarros de crema y toallas de maquillaje sucias. El olor a humo estancado de tabaco se mezclaba con el de los polvos de maquillaje y las tapicerías húmedas.

Cuando entraron, respondiendo a un «*Entrez*» gruñido por José, la pareja de Josette, éste se levantó de su mesa de tocador. Salió del cuarto frotándose la cara para quitarse el maquillaje graso, sin dirigirles una sola mirada. Por alguna razón. Kopeikin le guiñó un ojo a Graham. Josette estaba sentada inclinada hacia delante, frotándose con gran concentración una de las cejas con un algodón mojado. Se había quitado el vestido de baile, sustituyéndolo por una bata casera de terciopelo rosa. Llevaba el pelo suelto, como si hubiera sacudido la cabeza antes de cepillarse. Graham pensó que tenía en verdad un pelo muy hermoso. La mujer empezó a hablar en un inglés lento y cuidadoso, puntuando las palabras con toquecitos de algodón en su rostro.

—Discúlpenme, por favor. Es esta asquerosa pintura. Le... *Merde!*

Tiró el algodón con impaciencia, se puso en pie bruscamente y se volvió a mirarlos.

La luz dura de la bombilla desnuda que había sobre su cabeza, la hacía parecer más pequeña que en la pista de baile y un poco ojerosa. Graham, pensando en el buen físico, más bien corpulento, de su Stephanie, pensó que la mujer que tenía delante sería probablemente bastante fea dentro de diez años. Tenía la costumbre de comparar a otras mujeres con su esposa. Era un método, generalmente eficaz, de ocultarse el hecho de que las demás mujeres seguían interesándole. Pero Josette se salía de lo normal. El aspecto que pudiera tener diez años más tarde no importaba lo más mínimo. En aquel momento era una mujer muy serena y muy atractiva, con una boca suave y sonriente, unos ojos azules algo salientes y una vitalidad durmiente que parecía llenar la habitación.

—Este, mi querida Josette —dijo Kopeikin—, es míster Graham.

—Me gustó mucho su baile, mademoiselle —dijo éste.

—Eso me dijo Kopeikin. —Se encogió de hombros—. Creo que podría estar

mejor, pero es una gran amabilidad decirme que le gusta. Sólo los tontos creen que los ingleses no son bien educados. —Señaló la habitación con un amplio gesto de la mano—. No me agrada invitarles a sentarse entre tanta porquería, pero, por favor, traten de ponerse cómodos. Kopeikin puede coger la silla de José, y usted, si aparta las cosas de José, puede usar la esquina de la mesa. Lamento que no podamos sentarnos con comodidad allá fuera, pero hay demasiados hombres que organizan un escándalo si una no se para a beber un poco de su *champagne*. El *champagne* de aquí es asqueroso. No quiero marcharme de Estambul con dolor de cabeza. ¿Cuánto tiempo se queda, míster Graham?

—Yo también me voy mañana. —La mujer le divertía. Sus ademanes resultaban absurdos. En el transcurso de un minuto había sido una gran actriz recibiendo a admiradores ricos, una amigable mujer de mundo y un genio desilusionado de la danza. Cada movimiento, cada afectado gesto, estaba calculado; era como si no hubiera dejado de bailar.

Ahora se había convertido en un circunspecto estudiante de asuntos varios.

—Es horrible, tanto viajar. Y usted vuelve a su guerra. Le compadezco. Nazis asquerosos... Es una pena que siempre tenga que haber guerras. Y cuando no son las guerras son los terremotos. Siempre muerte. Es muy malo para los negocios. La muerte no me interesa. Creo que a Kopeikin sí. Quizá porque es ruso.

—No pienso en absoluto en la muerte —dijo Kopeikin—. Lo único que me preocupa es que el camarero traiga la bebida que le pedí. ¿Quiere usted un cigarrillo?

—Sí, por favor. Los camareros de aquí son asquerosos. En Londres tiene que haber sitios mucho mejores que éste, míster Graham.

—Allí los camareros también son muy malos* En mi opinión, casi todos los camareros son muy malos. Pero pensé que conocía Londres. Su inglés...

La sonrisa de la mujer toleró la indiscreción, cuyo alcance él nunca podría conocer. Era como preguntarle a la Pompadour quién pagaba sus facturas.

—Lo aprendí con un americano, en Italia. Los americanos me resultan muy simpáticos. Son muy listos para los negocios, pero al mismo tiempo generosos y sinceros. Creo que es muy importante ser sincero. ¿Le divirtió bailar con la pequeña María, míster Graham?

—Baila muy bien. Parece sentir mucha admiración por usted. Dice que tiene mucho éxito. He podido comprobarlo.

—¿Mucho éxito? ¿Aquí? —El genio desilusionado enarcó las cejas—. Espero que le diese una buena propina, míster Graham.

—Le dio el doble de lo que hacía falta —dijo Kopeikin—. Ah, aquí viene la bebida.

Hablaron un rato de gente que Graham no conocía y después de la guerra. Observó que a pesar de sus posturas era rápida y astuta, y se preguntó si el americano

de Italia habría llegado a lamentar su «sinceridad». Al rato, Kopeikin alzó su copa.

—Brindo —dijo pomposamente— por sus respectivos viajes. —Bajó bruscamente la copa sin beber—. No, es absurdo —dijo, irritado—. Mi corazón no está en el brindis. No puedo evitar pensar que es una pena que haya dos viajes. Los dos van a París. Los dos son amigos míos, por lo que tienen —se dio unas palmaditas en el estómago— mucho en común.

Graham sonrió, tratando de disimular su sorpresa. Era ciertamente muy atractiva, y resultaba agradable mirarla allí sentado; pero la posibilidad de ampliar su relación no se le había ocurrido. Le intimidó. Vio que ella le miraba con ojos divertidos, y tuvo la incómoda sensación de que sabía exactamente lo que le estaba pasando por la cabeza. Compuso el gesto lo mejor que pudo.

—Tenía intención de sugerirlo. Creo que debiera haberme dejado hacerlo, Kopeikin. Mademoiselle pensará que no soy tan sincero como los americanos. —La miró y sonrió—. Salgo en el tren de las once.

—¿Y en primera, míster Graham?

—Sí.

Apagó el cigarrillo.

—Entonces hay dos razones obvias por las que no podemos viajar juntos. Quizá no voy a tomar ese tren y, en cualquier caso, viajo en segunda. Quizá sea mejor. José se empeñaría en jugar con usted a las cartas todo el tiempo y le sacaría el dinero.

No cabía duda que esperaba que terminaran sus copas y se fueran. Graham se sintió extrañamente desilusionado. Le hubiera gustado quedarse. Sabía, además, que no había sido muy delicado.

—Quizá —dijo— podamos vernos en París.

—Quizá. —Se levantó y le sonrió amablemente—. Estaré en el Hotel des Belges, cerca de la Trinité, suponiendo que siga abierto. Me gustaría verle. Kopeikin me ha dicho que es usted muy conocido como ingeniero.

—Kopeikin exagera..., igual que exageró cuando me dijo que no interrumpíamos los preparativos de viaje de usted y su compañero. Espero que tenga un buen viaje.

—Me ha encantado conocerle. Ha sido muy amable, Kopeikin, trayendo a míster Graham a verme.

—Fue idea suya —dijo Kopeikin—. Adiós, mi querida Josette, y *bon voyage*. Nos gustaría quedarnos, pero ya es tarde, e insisto en que míster Graham debe retirarse a dormir. Si yo le dejase, se quedaría aquí charlando hasta perder el tren.

Josette se rió.

—Es usted muy simpático, Kopeikin. La próxima vez que venga a Estambul le avisaré con anticipación. *Au 'voir*, míster Graham, y *bon voyage*. —Le tendió la mano.

—El Hotel des Belges, cerca de la Trinité —dijo él—. No lo olvidaré.

No se alejaba demasiado de la verdad. Probablemente no lo olvidaría durante los diez minutos que su taxi tardara en desplazarse desde la Gare de l'Est a la Gare St. Lazare.

Le oprimió los dedos levemente.

—Estoy segura —dijo—. *Au 'voir*, Kopeikin. ¿Conoce el camino?

—Creo —dijo Kopeikin, mientras esperaban la cuenta—, creo que me ha desilusionado un poco, querido amigo. Causó una excelente impresión. Hubiera sido suya con sólo pedirlo. Lo único que tenía que hacer era preguntarle la hora de salida de su tren.

—Estoy seguro de que no la impresioné en absoluto. La verdad es que me desconcertó. No comprendo a este tipo de mujeres.

—A este tipo de mujeres, para decirlo con sus palabras, les gustan los hombres que se desconciertan con ellas. Su timidez resultó encantadora.

—¡Cielos! En cualquier caso, le dije que la vería en París.

—Mi querido amigo, ella sabe perfectamente que no tiene la menor intención de verla en París. Es una pena. La conozco, es una mujer muy particular. Tuvo usted suerte, prefirió ignorarlo.

—¡Caramba, al parecer olvida que soy un hombre casado!

Kopeikin levantó las manos.

—¡El punto de vista inglés! Imposible razonar; sólo cabe asombrarse. —Suspiró profundamente—. Ahí llega la cuenta.

Cuando se dirigían a la salida pasaron al lado de María, sentada a la barra con su mejor amiga, una turca de aspecto triste. Recibieron una sonrisa. Graham observó que el hombre del traje marrón arrugado se había ido.

En la calle hacía frío. El viento empezaba a gemir entre los cables de teléfono adosados al muro. A las tres y media de la madrugada, la ciudad de Soleiman el Magnífico parecía una estación tras la salida del último tren.

—Vamos a tener nieve —dijo Kopeikin—. Su hotel está muy cerca. Si le parece podemos ir andando. Espero —siguió diciendo mientras echaban a andar— que no tropiece con nieve en su viaje. El año pasado, un Simplón Orient Express se quedó atascado tres días cerca de Salónica.

—Llevaré una botella de coñac.

Kopeikin gruñó.

—De todas formas, no le envidio el viaje. A lo mejor es que me estoy haciendo viejo. Además, viajar en estos tiempos...

—Bueno, soy un buen viajero. No me aburro fácilmente.

—No estaba pensando en el aburrimiento. En tiempo de guerra pueden pasar tantas cosas desagradables...

—Ya me lo figuro.

Kopeikin se abrochó el cuello del abrigo.

—Para no citar más que un ejemplo... Durante la pasada guerra, un amigo mío austríaco volvía a Berlín desde Zurich, donde había estado en viaje de negocios. Se sentó en el tren al lado de un hombre que dijo ser suizo, de Lugano. Hablaron mucho durante el viaje. El suizo le habló a mi amigo sobre su mujer y sus hijos, su trabajo y su casa. Parecía un hombre muy simpático. Sin embargo, después de pasar la frontera, el tren se detuvo en una pequeña estación y subieron soldados y policías. Detuvieron al suizo. Mi amigo tuvo también que bajar del tren por estar con el suizo. No se alarmó. Sus papeles estaban en orden. Era un buen austríaco. Pero el hombre de Lugano estaba aterrado. Palideció intensamente y se echó a llorar como un niño. Después le dijeron a mi amigo que aquel hombre no era suizo, sino un espía italiano, y que iba a ser fusilado. Aquello afectó mucho a mi amigo. Comprenda, siempre se nota cuando un hombre habla de algo que ama, y no cabía duda de que todo lo que le había dicho sobre su mujer y sus hijos era cierto; todo menos una cosa..., estaban en Italia y no en Suiza. La guerra —añadió solemnemente— es desagradable.

—Desde luego. —Se habían detenido frente al hotel Adler Palace—. ¿Le apetece entrar a tomar una copa?

Kopeikin negó con la cabeza.

—Es usted muy amable al sugerirlo, pero tiene que dormir un poco. Ahora me siento culpable por haberle retenido hasta tan tarde, pero lo he pasado muy bien con usted esta noche.

—También yo. Le estoy muy agradecido.

—Es un gran placer. Nada de despedidas ahora. Mañana le llevaré a la estación. ¿Podrá estar listo a las diez?

—Naturalmente.

—Entonces, buenas noches, querido amigo.

—Buenas noches, Kopeikin.

Graham entró, se detuvo ante el mostrador del conserje para recoger su llave y decirle al empleado de guardia que le despertase a las ocho. Después, como el ascensor se desconectaba de noche, subió cansadamente las escaleras hasta su habitación, en el segundo piso.

Estaba al final del pasillo. Metió la llave en la cerradura, la hizo girar, empujó la puerta y buscó con la mano derecha el interruptor de la luz en la pared.

Un instante después se encendió una llamarada en la oscuridad y se oyó una detonación ensordecedora. Una esquirla de yeso de la pared le golpeó con fuerza en la mejilla. Antes de que pudiera moverse, o al menos pensar algo, volvieron a producirse la llamarada y el ruido y le pareció como si de pronto le apretasen el revés de la mano con una barra de hierro al rojo. Gritó de dolor y se precipitó hacia adelante, pasando de la luz del pasillo a la oscuridad de la habitación. Un nuevo

disparo esparció trozos de yeso a sus espaldas.

Todo quedó en silencio. Estaba medio agachado y acurrucado contra la pared, al lado de la cama, con el estrépito de los disparos resonando en sus oídos. Se apercibió vagamente de que la ventana estaba abierta y de que alguien se movía por allí. La mano parecía insensible, pero notó que la sangre empezaba a gotearle entre los dedos.

Permaneció inmóvil, con el pulso latiéndole en las sienas. El aire apestaba a pólvora. Después, cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio que la persona que estaba junto a la ventana había salido por fila.

Sabía que tenía que haber otro interruptor cerca de la cama. Tanteó la pared con la mano izquierda para buscarlo. La mano tropezó entonces con el teléfono. Sin saber muy bien lo que hacía, levantó el auricular.

Oyó un «clic» cuando el conserje de guardia recibió la llamada en la centralita.

—Habitación treinta y seis —dijo, y se sorprendió al observar que estaba gritando—. Ha pasado algo. Necesito ayuda.

Colgó el teléfono, se dirigió tropezando hasta el cuarto de baño y encendió la luz. Le manaba sangre de una larga herida en el revés de la mano. Entre las oleadas de náusea que fluían de su estómago a su cabeza oyó puertas que se abrían bruscamente y escuchó voces nerviosas en el pasillo. Alguien empezó a aporrear la puerta de su cuarto.

Los estibadores habían terminado de cargar y estaban asegurando las escotillas. Una de las poleas seguía funcionando, pero se limitaba a poner los soportes de acero en su lugar. El mamparo donde se apoyaba Graham vibraba cuando aquéllos entraban con un ruido sordo en sus horquillas. Había subido otro pasajero a bordo y el mayordomo le había conducido a un camarote situado más al fondo del pasillo. El recién llegado poseía una voz grave y gruñona y de dirigía al mayordomo en un italiano vacilante.

Graham se incorporó y buscó un cigarrillo en el bolsillo con la mano sana. El camarote empezaba a parecerle opresivo. Miró el reloj. El barco tardaría una hora más en salir. Lamentó no haberle pedido a Kopeikin que subiera a bordo con él. Trató de pensar en su mujer, en Inglaterra, de figurársela tomando el té con sus amigas, pero era como si alguien situado detrás suyo superpusiera un estereoscopio a su imaginación; alguien que colocaba constantemente imágenes entre él y el resto de su vida para aislarle de ella; imágenes de Kopeikin y del cabaret Le Jockey, de María y el hombre del traje arrugado, de Josette y su pareja, de llamaradas en un mar de oscuridad y de rostros pálidos y asustados en el pasillo del hotel. Entonces no sabía lo que sabía ahora, lo que le habían demostrado en la fría y brutal madrugada que siguió al hecho. Antes todo le había parecido diferente: desagradable, decididamente desagradable, pero razonable, explicable. Ahora se sentía como si un médico le hubiera dicho que sufría de alguna horrenda y mortal enfermedad; como si formara parte de un mundo diferente, un mundo del que no sabía nada, salvo que era detestable.

La mano que acercaba la cerilla al cigarrillo estaba temblando. «Lo que necesito —pensó—, es dormir».

Mientras las oleadas de náusea desaparecían y él seguía de pie en el cuarto de baño, tiritando, los sonidos comenzaron a atravesar de nuevo la manta de algodón que parecía haber envuelto su cerebro. Se oía una especie de ruido sordo e irregular a gran distancia. Se apercibió de que alguien seguía llamando a la puerta del dormitorio.

Se enrolló una toalla pequeña en la mano, volvió al dormitorio y encendió la luz. Cuando lo hacía, cesaron las llamadas en la puerta y se oyó un sonido metálico. Alguien tenía una llave maestra. La puerta se abrió bruscamente.

El primero en entrar, parpadeando con incertidumbre, fue el conserje de guardia. A sus espaldas, en el pasillo, se agolpaban los ocupantes de las habitaciones vecinas, que ahora se echaban atrás, temerosos de ver lo que esperaban ver. Un hombre

pequeño y moreno con una bata sobre un pijama azul a rayas entró apartando al conserje de guardia. Graham reconoció al hombre que le había conducido a su habitación.

—Ha habido disparos —empezó a decir en francés. Entonces vio la mano de Graham y palideció—. Yo..., está herido. Está...

Graham se sentó en la cama.

—No es nada serio. Si quiere usted pedir un médico para que me la vende bien, le contaré lo que ha sucedido. Pero primero: el hombre que disparó salió por la ventana. Podrían intentar cogerle. ¿Qué hay debajo de la ventana?

—Pero... —comenzó a decir el hombre con voz chillona. Se detuvo, evidentemente tratando de tranquilizarse. Después se volvió hacia el conserje y le dijo algo en turco. El conserje salió, cerrando la puerta tras él. Se oyó un estallido de conversaciones agitadas en el exterior.

—Lo que hay que hacer ahora —dijo Graham— es llamar al director.

—Perdón, monsieur, ya le han llamado. Yo soy el director adjunto. —Se frotó las manos—. ¿Qué ha ocurrido? Su mano, monsieur... Pero el médico llegará en seguida.

—Muy bien. Es mejor que sepa lo que ha ocurrido. Esta noche salí con un amigo. Regresé hace unos minutos. Cuando abrí la puerta, alguien que estaba en este lado de la ventana me disparó tres veces. El segundo disparo me dio en la mano. Los otros dieron en la pared. Le oí moverse pero no le vi la cara. Supongo que era un ladrón y que mi inesperado regreso le interrumpió.

—¡Es un escándalo! —dijo con calor el director adjunto. Su rostro cambió—. ¡Un ladrón! ¿Le han robado algo, monsieur?

—No he mirado. Mi maleta está allí. Estaba cerrada con llave.

El director adjunto cruzó apresuradamente el cuarto y se puso de rodillas junto a la maleta.

—Sigue cerrada con llave —informó con un suspiro de alivio.

Graham buscó en un bolsillo.

—Aquí tiene las llaves. Es mejor que la abra.

El hombre obedeció. Graham echó un vistazo al contenido de la maleta.

—No la han tocado.

—¡Una bendición! —Vaciló. Era evidente que trataba de pensar deprisa—. ¿Dice, monsieur, que su mano no está gravemente herida?

—Creo que no.

—Es un gran consuelo. Cuando se oyeron los disparos, monsieur, temimos algo demasiado horrible. Ya puede imaginarse... Pero ya es bastante malo. —Se acercó a la ventana y se asomó—. ¡Cielo! Seguro que se ha escapado inmediatamente por los jardines. Es inútil buscarle. —Se encogió de hombros con desaliento—. Ya se ha

escapado, y no hay nada que hacer. No hace falta que le diga, monsieur, lo profundamente que lamentamos que le ocurriera esto en el Adler-Palace. Nunca había sucedido una cosa así. —Vaciló de nuevo y después prosiguió rápidamente—: Naturalmente, monsieur, haremos cuanto esté en nuestras manos para aliviar el infortunio que ha sufrido. Le he dicho al conserje que le traiga una botella de whisky después de llamar al médico. ¡Whisky inglés! Suministro especial para el hotel. Afortunadamente, no han robado nada. Como es lógico, no podíamos prever un accidente de este tipo, pero nos ocuparemos personalmente de que reciba la mejor atención médica. Y, naturalmente, no se le cobrará un céntimo por su estancia aquí. Pero...

—Pero no quiere llamar a la policía e implicar al hotel. ¿Es así?

El director adjunto sonrió, nervioso.

—No serviría de nada, monsieur. La policía se limitaría a hacer preguntas y a ponerlo más difícil para todos. —Se sintió inspirado—. Para *todos*, monsieur —repitió con énfasis—. Usted es un hombre de negocios. Quiere irse de Estambul esta mañana. Pero podría tener dificultades si la policía interviene. Se producirían inevitables retrasos. ¿Y qué se conseguiría?

—Podrían capturar al que me disparó.

—¿Pero cómo, monsieur? Usted no le vio la cara. No puede identificarle. No han robado nada que pudiera servir de pista.

Graham vaciló.

—Pero ¿y el médico que han llamado? Suponga que informa a la policía de que aquí hay una persona con una herida de bala.

—Los servicios del médico, monsieur, serán generosamente remunerados por la dirección.

Llamaron a la puerta y el conserje entró con whisky, soda y vasos, depositándolo todo sobre la mesa. Cruzó unas palabras con el director adjunto, que asintió y le indicó que se marchara.

—El médico está en camino, monsieur.

—Muy bien. No, no quiero whisky. Pero beba usted un poco. Parece que lo necesita. Me gustaría hacer una llamada por teléfono. ¿Quiere decirle al conserje que llame a los Apartamentos Crystal, en la rue d'Italie? Creo que el número es el cuarenta y cuatro, novecientos siete. Quiero hablar con monsieur Kopeikin.

—Desde luego, monsieur. Todo cuando desee. —Se asomó a la puerta y llamó al conserje. Se produjo otra conversación incomprensible. El director adjunto volvió y se sirvió una generosa dosis de whisky.

—Creo —dijo, volviendo a la carga— que hace usted bien en no reclamar la presencia de la policía, monsieur. No le han robado nada. Su herida no es grave. No habrá problemas. La policía haría indagaciones, ya comprende.

—Todavía no he decidido qué hacer —dijo bruscamente Graham. La cabeza le dolía brutalmente y la mano empezaba a palpar. El director adjunto estaba empezando a cansarle.

Sonó el teléfono. Se movió sin dejar la cama y levantó el auricular.

—¿Es usted, Kopeikin?

Oyó un gruñido de extrañeza.

—¿Graham? ¿Qué ocurre? En este momento acabo de llegar. ¿Dónde está?

—Sentado en la cama. ¡Escuche! Ha ocurrido algo estúpido. Cuando llegué aquí había un ladrón en mi habitación. Me disparó desde cerca con una pistola antes de escapar por la ventana. Uno de los disparos me dio en la mano.

—¡Dios misericordioso! ¿Es grave la herida?

—No. Sólo me arrancó un poco de carne del revés de la mano derecha. De todas formas, no me encuentro demasiado bien. Me dio un mal susto.

—¡Mi querido amigo! Por favor, cuénteme exactamente lo que ha pasado.

Graham se lo contó.

—Tenía la maleta cerrada con llave —prosiguió— y no falta nada. Debí llegar más o menos un minuto demasiado pronto. Pero hay complicaciones. Parece que el ruido ha despertado a medio hotel incluyendo al director adjunto, que ahora anda por aquí bebiendo whisky. Han llamado a un médico para que me vende la mano, pero eso es todo. No hicieron el menor esfuerzo por atrapar al individuo. Supongo que de todas formas no hubiera servido de nada, pero al menos podían haberle visto. Yo no pude. Dicen que se habrá escapado por los jardines. El problema es que no van a llamar a la policía si no me pongo pesado e insisto. Naturalmente, no quiere a la policía fisgando por todo el hotel y dándole mala fama. Me han insinuado que la policía no me permitiría salir en el tren de las once si presento una denuncia. Supongo que es verdad. Pero no conozco las leyes del lugar, y no quiero ponerme en mala posición sólo por no presentar una denuncia. Tengo entendido que van a untar al médico. Pero ése es su problema. ¿Qué debo hacer yo?

Hubo un corto silencio. Después:

—Creo —dijo Kopeikin, hablando despacio— que de momento no debe hacer nada. Déjelo de mi cuenta. Hablaré con un amigo mío. Está en relación con la policía y tiene mucha influencia. En cuanto haya hablado con él, iré a su hotel.

—Pero no hay ninguna necesidad, Kopeikin. Yo...

—Perdóneme, querido amigo, es absolutamente necesario. Deje que el médico cuide su herida y quédese en su habitación hasta que yo llegue.

—No pensaba salir —dijo secamente Graham. Pero Kopeikin había colgado.

El médico llegó en el instante en que Graham colgaba. Era delgado y silencioso, cetrino de rostro, y llevaba un abrigo con cuello de astracán encima de un pijama. Detrás entró el director, un hombre corpulento y de aspecto desagradable que

evidentemente sospechaba que todo aquel asunto era una superchería inventada exclusivamente para molestarle.

Dirigió a Graham una mirada hostil, pero antes de que pudiera abrir la boca, su ayudante comenzó un rápido relato de lo sucedido. Hubo grandes gestos y ojos en blanco. El director profería exclamaciones mientras escuchaba, y miraba a Graham con menos hostilidad y algo más de aprensión. Finalmente, el ayudante hizo una pausa, y pasó significativamente al francés.

—Monsieur se va de Estambul en el tren de las once, y desea evitar los problemas e incomodidades que se derivarían de mezclar a la policía en este asunto. Creo que estará de acuerdo conmigo, monsieur le directeur, en que su actitud es muy sabia.

—Muy sabia —convino el director, con voz pontifical, y muy discreta. Enderezó la espalda—. Monsieur, lamentamos infinito que haya tenido que soportar tanto dolor, incomodidad e indignidad. Pero ni el más lujoso de los hoteles puede fortificarse contra ladrones que trepan por las ventanas. De todas formas —prosiguió—, el hotel Adler-Palace acepta sus responsabilidades para con sus huéspedes. Haremos todo lo humanamente posible para solucionar el asunto.

—Si fuera humanamente posible indicar al médico que se ocupe de mi mano, se lo agradecería.

—Ah, sí. El médico. Mil perdones.

El médico, que se había quedado tristemente parado en segundo término, se adelantó y empezó a impartir bruscas instrucciones en turco. Las ventanas fueron rápidamente cerradas, la calefacción reforzada y el director adjunto enviado a algún recado. Regresó casi inmediatamente con una palangana de esmalte, que llenaron con agua caliente en el cuarto de baño. El médico retiró la toalla de la mano de Graham, limpió la sangre con una esponja e inspeccionó la herida. En seguida levantó los ojos y le dijo algo al director.

—Dice, monsieur —informó el director, satisfecho de sí mismo—, que no es grave..., sólo un leve rasguño.

—Ya lo sabía. Si quiere irse a la cama, por favor hágalo. Pero quisiera un poco de café caliente. Tengo frío.

—Inmediatamente, monsieur. —Chasqueó los dedos mirando al director adjunto, que salió precipitadamente—. ¿Alguna cosa más, monsieur?

—No, gracias. Nada. Buenas noches.

—Servidor de usted, monsieur. Ha sido todo muy lamentable. Buenas noches.

Salió. El médico limpió la herida cuidadosamente y empezó a vendarla. Graham lamentó haber telefoneado a Kopeikin. La confusión había pasado. Eran ya casi las cuatro. Si no fuera porque Kopeikin había prometido venir a verle, habría podido dormir unas horas. No cesaba de bostezar. El médico terminó de vendarle la mano, le dio unos golpecitos animosos y levantó los ojos. Sus labios se movieron.

—*Maintenant* —dijo trabajosamente—, *il faut dormir*.

Graham asintió. El médico se puso en pie y ordenó su maletín con el aire de alguien que ha hecho todo lo posible por un paciente difícil. Después miró la hora y suspiró.

—*Adiyo, hekim efendi. Cok tesekkür ederim*.

Graham recurrió a sus conocimientos de turco.

—*Adiyo, hekim efendi, Cok tesekkür ederim*.

—*Birseş degil. Adiyo*. —Se inclinó y salió.

Un instante después, el director adjunto entró apresuradamente con el café, lo dispuso en la mesa con un eficiente gesto, sin duda destinado a indicar que también él se disponía a regresar a la cama, y recogió la botella de whisky.

—Puede dejarla —dijo Graham—. Espero la visita de un amigo. Puede decirle al conserje...

Pero mientras pronunciaba estas palabras sonó el teléfono, y el conserje de guardia anunció la llegada de Kopeikin. El director adjunto se retiró.

Kopeikin entró en la habitación con un aspecto extraordinariamente serio.

—¡Mi querido amigo! —saludó. Miró a su alrededor—. ¿Dónde está el médico?

—Acaba de irse. Es sólo una rozadura. Nada grave. Estoy un poco nervioso, pero aparte de eso bien. Es usted realmente muy amable. Venir a estas horas... La dirección, agradecida, me ha obsequiado con una botella de whisky. Siéntese y sírvase. Yo voy a tomar café.

Kopeikin se hundió en el sillón.

—Cuénteme exactamente cómo sucedió.

Graham se lo contó. Kopeikin se levantó con esfuerzo del sillón y se acercó a la ventana. De pronto se inclinó y recogió algo del suelo. Lo mostró un pequeño casquillo de cobre.

—Pistola automática calibre nueve milímetros —comentó—. ¡Un objeto desagradable! —Lo tiró de nuevo al suelo, abrió la ventana y se asomó.

Graham suspiró.

—La verdad es que no me parece que sirva de nada jugar a detectives, Kopeikin. El tipo estaba en la habitación; le interrumpí y me disparó. Venga, cierre esa ventana y bébase un vaso de whisky.

—Con gusto, querido amigo, con gusto. Disculpe mi curiosidad.

Graham se dio cuenta de que no estaba siendo muy amable.

—Es usted encantador, Kopeikin, por preocuparse tanto. Parece que he organizado demasiado lío por nada.

—Menos mal que lo ha hecho. —Frunció el entrecejo—. Desgraciadamente, tendremos que organizar mucho más lío.

—¿Cree que deberíamos llamar a la policía? Me parece que no serviría de nada.

Además, mi tren sale a las once. No quiero perderlo.

Kopeikin bebió un poco de whisky y depositó ruidosamente el vaso sobre la mesa.

—Me temo, querido amigo, que no podrá irse en el tren de las once, bajo ningún concepto.

—¿Qué demonios quiere decir? Claro que puedo. Estoy perfectamente bien.

Kopeikin le miró con curiosidad.

—Lo está, afortunadamente. Pero eso no altera los hechos.

—¿Los hechos?

—¿Ha observado usted que tanto sus ventanas como las persianas han sido forzadas?

—No. No he mirado. ¿Y qué importa?

—Si se asoma a la ventana verá que debajo hay una terraza que da al jardín. Sobre la terraza hay una estructura de acero que llega casi hasta los balcones del segundo piso. Durante el verano se recubre de esterilla para que la gente pueda comer y beber en la terraza sin que les dé el sol. Es evidente que nuestro hombre trepó por la estructura. Es fácil. Casi hasta yo podría hacerlo. De esta forma podía llegar a los balcones de todos los cuartos de este piso del hotel. Pero ¿puede usted decirme por qué se empeña en forzar uno de los pocos cuartos que tienen las ventanas cerradas y las persianas echadas?

—Claro que no puedo. Siempre he oído decir que los criminales son idiotas.

—Dice que no le han robado nada. Ni siquiera le abrieron la maleta. Es una coincidencia que llegara justo a tiempo de evitarlo.

—Una afortunada coincidencia. Por lo que más quiera, Kopeikin, hablemos de otra cosa. El tipo se ha escapado. Se acabó el problema.

Kopeikin negó con la cabeza.

—Me temo que no, querido amigo. ¿No le parece que es un ladrón muy raro? Se comporta como jamás se ha comportado un ladrón de hotel. Entra a escondidas, pero por una ventana cerrada. Si usted llega a estar en la cama no cabe duda de que le habría despertado. En consecuencia, debe haber sabido de antemano que usted no estaba. Debe haber averiguado también el número de su habitación. ¿Posee usted algo tan claramente valioso que justifique que un ladrón se tome la molestia de hacer todos esos preparativos? No. ¡Un extraño ladrón! Y encima lleva una pistola que pesa al menos un kilo y le dispara tres veces con ella.

—¿Y entonces?

Kopeikin, irritado, se levantó impetuosamente de su asiento.

—Mi querido amigo, ¿no se le ha ocurrido pensar que este hombre tiraba a matar, y que no había venido por otra cosa?

Graham se echó a reír.

—Entonces todo lo que puedo decir es que tiene muy mala puntería. Ahora escúcheme con atención, Kopeikin. ¿Nunca ha oído la leyenda sobre los americanos y los ingleses? Existe en todos los países del mundo donde no se habla inglés. Lo que se cuenta es que todos los americanos y los ingleses son millonarios, y que siempre dejan grandes cantidades de dinero tiradas por ahí. Y ahora, si no le importa, voy a tratar de dormir unas pocas horas. Ha sido muy amable de su parte venir a verme, Kopeikin, y le estoy muy agradecido. Pero ahora...

—¿Ha tratado alguna vez —preguntó Kopeikin— de disparar con una pistola pesada en un cuarto oscuro a un hombre que acaba de entrar por la puerta? No hay luz directa del pasillo. Sólo un resplandor. ¿Lo ha intentado alguna vez? No. Una cosa es ver al hombre, y otra muy distinta alcanzarle. En esas circunstancias, hasta un buen tirador puede errar el primer tiro, como le ocurrió a nuestro hombre. Su fallo le pondría nervioso. Quizá no sabe que los ingleses no suelen llevar armas de fuego. Podían haberle devuelto los disparos. Tira otra vez, rápidamente, y le da en la mano. Probablemente, usted grita de dolor. Probablemente, él cree que le ha herido de gravedad. Dispara una vez más por lo que pueda pasar y se larga.

—¡Tonterías, Kopeikin! No está usted en sus cabales. ¿Por qué razón van a querer matarme? Soy el más inofensivo de los hombres.

Kopeikin le dirigió una mirada dura y penetrante.

—¿Usted cree?

—Oiga, ¿*qué* insinúa?

Pero Kopeikin hizo caso omiso de la pregunta. Terminó su whisky.

—Ya le dije que iba a telefonear a un amigo mío. Lo hice. —Se abrochó parsimoniosamente la chaqueta—. Lamento comunicarle, querido amigo, que tiene que venir conmigo a verle inmediatamente. He tratado de darle la noticia con delicadeza, pero ahora debo ser franco. Alguien trató de asesinarle esta noche. Hay que hacer algo sin la menor dilación.

Graham se puso en pie de un salto.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, mi querido amigo, no estoy loco. Usted me pregunta por qué quería alguien asesinarle. Hay una razón excelente. Desgraciadamente, no puedo ser más explícito. Debo atenerme a mis instrucciones oficiales.

Graham se sentó.

—Kopeikin, estoy a punto de perder la cabeza. ¿No tendrá la bondad de decirme de qué está hablando? ¿Amigo? ¿Asesinato? ¿Instrucciones oficiales? ¿Qué son todas esas tonterías?

Kopeikin parecía muy incómodo.

—Lo lamento, querido amigo. Comprendo lo que siente. Hay algo que puedo decirle. Mi amigo no es, para ser exacto, lo que se llama un amigo. De hecho, me cae

mal. Pero se trata del coronel Haki, y es el jefe de la policía secreta turca. Tiene su oficina en Galata y nos espera allí para discutir este asunto. También puedo decirle que me figuré que no querría ir, y que así se lo dije. Me dijo, discúlpeme, que si no iba le vendrían a buscar. Querido amigo, no sirve de nada enfadarse. Las circunstancias son excepcionales. Si yo no hubiera sabido con seguridad que era necesario telefonarle, tanto en interés suyo como en el mío propio, no lo hubiera hecho. Vamos, querido amigo, tengo un taxi fuera. Deberíamos ponernos en marcha.

Graham se levantó de nuevo, lentamente.

—Muy bien. Tengo que decirle, Kopeikin, que me ha sorprendido. Puedo comprender y agradecer una preocupación amistosa. Pero esto... Una reacción de histeria es lo último que hubiera esperado de usted. Sacar a estas horas de la cama al jefe de la policía secreta me parece una idea fantasiosa. Espero, al menos, que no le importe que le tomen por idiota.

Kopeikin se sonrojó.

—No soy ni histérico ni fantasioso, amigo mío. Me veo obligado a hacer algo desagradable, y lo voy a hacer. Usted me perdonará si le digo que...

—Puedo perdonar cualquier cosa menos la estupidez —cortó Graham—. En cualquier caso, es problema suyo. ¿No le importaría ayudarme a ponerme el abrigo?

En el coche mantuvieron un silencio ceñudo hasta llegar a Galata. Kopeikin estaba de mal humor. Graham se sentó encorvado en su rincón, mirando tristemente las calles frías y oscuras y lamentando haber llamado a Kopeikin. Ya era bastante absurdo, se decía repetidamente, ser blanco de las balas de un ladrón de hotel; precipitarse a primera hora de la mañana a contárselo al jefe de la policía secreta era algo más que absurdo, era ridículo. También le preocupaba Kopeikin. Por mucho que se comportase como un idiota, no era agradable pensar que se iba a poner en ridículo ante un hombre que muy probablemente podría perjudicarlo en su negocio. Encima, él, Graham, se había comportado como un grosero.

Movió la cabeza.

—¿Cómo es el coronel Haki?

Kopeikin gruñó.

—Muy *chic* y bien educado. Un hombre hecho para las mujeres. También corre la leyenda de que es capaz de beberse dos botellas de whisky sin emborracharse. Podría ser cierto: fue uno de los hombres de Atatürk, adjunto al gobierno provisional de mil novecientos diecinueve. También hay otra leyenda..., que mataba a los prisioneros atándolos de dos en dos y tirándolos al río para ahorrar comida y municiones. Yo no creo todo lo que me dicen, ni soy ningún mojigato, pero, como ya le dije, no me cae bien. De todas formas, es muy listo. Pero ya podrá juzgarle personalmente. Puede hablar con él en francés.

—Sigo sin ver...

—Ya verá.

Poco después se detuvieron detrás de un gran automóvil americano que bloqueaba casi por completo la estrecha calle por la que se habían metido. Salieron del coche. Graham se encontró ante una puerta doble que podía muy bien haber sido la entrada de un hotel barato. Kopeikin llamó al timbre.

Un vigilante de aspecto adormilado, sin duda recién salido de la cama, les abrió una de las puertas casi inmediatamente.

—*Haki efendi evde midir* —dijo Kopeikin.

—*Efendi var-dir. Yokari.* —El hombre señaló las escaleras.

Subieron.

El despacho del coronel Haki era una gran habitación situada al fondo del pasillo del piso superior del edificio. El coronel salió en persona al pasillo para darles la bienvenida.

Era un hombre alto, de mejillas enjutas y musculosas, boca pequeña y pelo muy corto, a la moda prusiana. Una frente estrecha, una nariz larga como un pico y una espalda levemente encorvada le daban un aire como de buitre. Llevaba un uniforme de oficial, muy bien cortado, con pantalones de montar y botas altas, muy estrechas y muy brillantes; caminaba con el ligero bamboleo propio de un hombre acostumbrado a montar a caballo. Sólo la intensa palidez de su rostro y el hecho de que iba sin afeitarse delataban que se había despertado hacía poco. Tenía los ojos grises y muy despiertos. Observó a Graham con interés.

—¡Ah! *Nasil-siniz. Fransizca konus-abilir misin.* ¿Sí? Encantado, míster Graham. Su herida, claro. —Graham se encontró con la mano sin vendar sujeta con considerable fuerza por unos dedos largos y elásticos—. Espero que no sea demasiado dolorosa. Hay que hacer algo con ese granuja que intenta matarle.

—Me temo —dijo Graham— que hemos perturbado innecesariamente su reposo, coronel. El tipo no robó nada.

El coronel miró rápidamente a Kopeikin.

—No le he dicho nada —dijo Kopeikin con toda calma—. Por sugerencia suya, coronel, como recordará. Lamento comunicarle que piensa que estoy loco o histérico.

El coronel Haki se rió apagadamente.

—Ustedes los rusos están destinados a ser mal comprendidos. Vamos a mi despacho. Allí podremos hablar.

Le siguieron, Graham cada vez más convencido de que estaba viviendo una pesadilla y de que despertaría en su momento para encontrarse en la consulta del dentista. El pasillo estaba, desde luego, tan desnudo y falto de detalles como los pasillos de los sueños. Sin embargo, olía fuertemente a humo de tabaco estancado.

El despacho del coronel era grande y frío. Se sentaron frente a él, del otro lado de su escritorio. Les acercó una caja con cigarrillos, se apoyó en el respaldo de la silla y

cruzó las piernas.

—Tiene que comprender, míster Graham —dijo de pronto—, que esta noche han intentado matarle.

—¿Por qué? —preguntó Graham, irritado—. Lo lamento, pero no lo entiendo. Cuando volví a mi cuarto me encontré con un hombre que había entrado por la ventana. Evidentemente, era una especie de ladrón. Le interrumpí. Disparó y huyó. Eso es todo.

—Tengo entendido que no ha informado a la policía del asunto.

—Pensé que informar a la policía no iba a servir de nada. No le vi la cara. Además, salgo esta mañana para Inglaterra en el tren de las once. No quería retrasarme. Si he violado de alguna forma la ley, lo lamento.

—*Zarar yok!* No tiene importancia. —El coronel encendió un cigarrillo y expelió el humo hacia el techo—. Tengo un deber que cumplir, míster Graham —dijo—. Ese deber consiste en protegerle. Me temo que no podrá irse en el tren de las once.

—Pero ¿protegerme de *qué*?

—Voy a hacerle unas preguntas, míster Graham. Así será más fácil. ¿Trabaja usted para Cator and Bliss, Ltd., los fabricantes ingleses de armamento?

—Sí. Kopeikin, aquí presente, es el agente de la compañía en Turquía.

—En efecto. Tengo entendido, míster Graham, que es usted un experto en artillería naval.

Graham vaciló. Como a todo ingeniero, le desagradaba la palabra «experto». Su director comercial se la aplicaba a veces cuando escribía a las autoridades navales de otros países, pero en esas ocasiones solía consolarse reflexionando que su director comercial era capaz de describirle como un zulú de pura raza, cuando se trataba de impresionar a un cliente. Otras veces la palabra le parecía extremadamente irritante.

—¿Y bien, míster Graham?

—Soy ingeniero. La artillería naval es ahora mi especialidad.

—Como guste. El hecho es que Cator and Bliss, Ltd. han sido contratados por mi gobierno para realizar ciertos trabajos. Bien. Yo, míster Graham, no sé exactamente de qué trabajos se trata —hizo un gesto airoso con el cigarrillo—, eso es problema del Ministerio de Marina. Sin embargo, me han contado algunas cosas. Sé que algunos de nuestros buques de guerra van a ser equipados con cañones y tubos lanzatorpedos nuevos, y que usted fue enviado a discutir el asunto con los expertos de nuestros astilleros. También sé que nuestras autoridades estipularon que el nuevo equipo debe entregarse en primavera. Su empresa aceptó esta estipulación. ¿Lo sabía usted?

—No he oído hablar de otra cosa en los dos últimos meses.

—*Iyi dir!* Quizás deba añadir, míster Graham, que la fijación de un plazo de entrega no obedece a un simple capricho de nuestro Ministerio de Marina. La

situación internacional exige que el nuevo equipo llegue a nuestros astilleros en el plazo estipulado.

—También lo sé.

—Excelente. Entonces comprenderá lo que ahora le voy a decir. Las autoridades navales de Alemania, Italia y Rusia saben perfectamente que estos buques están siendo rearmados, y no me cabe la menor duda de que, una vez terminado el trabajo, o incluso antes, sus agentes descubrirán los detalles que hasta el momento sólo unos pocos hombres, usted entre ellos, conocen. Eso no tiene importancia. Ninguna fuerza naval puede guardar ese tipo de secretos; ninguna fuerza naval espera conseguirlo. Podríamos incluso considerar aconsejable, por diversas razones, publicar nosotros mismos los detalles. Pero —levantó un dedo largo y bien cuidado— de momento usted se encuentra en una posición curiosa, míster Graham.

—En eso, por lo menos, estoy de acuerdo.

Los pequeños ojos grises del coronel se posaron fríamente en él.

—No estoy aquí para bromear, míster Graham.

—Discúlpeme.

—No importa. Coja otro cigarrillo, por favor. Decía que de momento su posición es curiosa. Dígame, ¿se ha considerado alguna vez indispensable en su especialidad, míster Graham?

Graham se rió.

—De ninguna manera. Podría darle el nombre de docenas de hombres tan cualificados como yo.

—Permítame entonces informarle, míster Graham —dijo el coronel Haki—, de que por una vez en su vida sí es indispensable. Vamos a suponer que su ladrón hubiera tenido más puntería y que ahora, en vez de estar aquí sentado hablando conmigo, se encontrara en un quirófano de hospital con una bala en los pulmones. ¿Cuáles serían las consecuencias para el negocio que se lleva ahora entre manos?

—Como es natural, la empresa enviaría inmediatamente otro hombre.

El coronel Haki adoptó ostentosamente un semblante de teatral asombro.

—¿Sí? Eso sería estupendo. ¡Tan típicamente británico! ¡Deportivo! Un hombre cae..., inmediatamente aparece otro, impávido, a sustituirle. ¡Pero espere un momento! —El coronel levantó un brazo con autoridad—. ¿Es necesario? No cabe duda de que monsieur Kopeikin, aquí presente, podría conseguir que sus papeles llegasen a Inglaterra. Sus colegas podrían determinar, a base de sus notas, diseños y dibujos, lo que necesitan saber, a pesar de que su empresa no construyó los barcos en cuestión, ¿verdad?

Graham se sonrojó.

—Deduzco por su tono que sabe perfectamente que el problema no puede solucionarse con tanta facilidad. En cualquier caso, hay cosas que no se podían poner

por escrito.

El coronel Haki inclinó la silla.

—Sí, míster Graham —sonrió con optimismo—, lo sé. Tendrían que enviar a un nuevo experto para realizar de nuevo parte de su trabajo. —Su silla cayó con estrépito hacia adelante—. Y mientras tanto —dijo entre dientes—, la primavera habría llegado y los barcos seguirían en los astilleros de Esmirna y Gallípoli, esperando sus cañones y lanzatorpedos nuevos. ¡Escúcheme bien, míster Graham! Turquía y Gran Bretaña son aliados. A los enemigos de su país les conviene que, cuando llegue el deshielo y terminen las lluvias, la fuerza naval de Turquía sea exactamente la misma que ahora. *¡Exactamente la misma que ahora!* Harán cualquier cosa para conseguirlo. *¡Cualquier cosa!*, míster Graham! ¿Comprende?

Graham sintió una opresión en el pecho. Tuvo que hacer un esfuerzo para sonreír.

—Un poco melodramático, ¿no le parece? No tenemos ninguna prueba de que lo que dice es cierto. Y, después de todo, esto es la vida real, no... —Vaciló.

—¿No qué, míster Graham? —El coronel le observaba como un gato disponiéndose a saltar sobre un ratón.

—... una película, iba a decir, pero no me pareció muy educado.

El coronel Haki se levantó impetuosamente.

—¡Melodrama! ¡Prueba! ¡Vida real! ¡Película! ¡Educación! —Hablaba con desdén, como si aquellas palabras fueran obscenas—. ¿Cree usted que me importa lo que diga, míster Graham? Lo que me importa es su persona. Viva, es de cierta utilidad para la República de Turquía. Voy a ocuparme de que siga viva mientras dependa de mí. Europa está en guerra. ¿Sabe lo que eso significa?

Graham no dijo nada.

El coronel le miró fijamente un instante y prosiguió, sin levantar la voz.

—Hace poco más de una semana, cuando todavía estaba en Gallípoli, descubrimos —es decir, mis agentes descubrieron— un plan para asesinarle allí mismo. Todo el asunto era torpe, obra de aficionados. Pretendían secuestrarle y apuñalarle. Afortunadamente, no somos idiotas. *Nosotros* no desechamos por melodramático todo lo que nos desagrada. Con un poco de persuasión, los detenidos nos contaron que habían recibido dinero de un agente alemán en Sofía..., un hombre, llamado Moeller, a quien conocemos desde hace tiempo. Solía pasar por americano hasta que la Legión Americana puso pegas. Entonces se llamaba Fielding. Supongo que utiliza cualquier nombre o nacionalidad que le interesa. En cualquier caso, convoqué a míster Kopeikin y le informé, pero le sugerí que no le contase nada. Cuanto menos se hable de estas cosas, mejor, aparte de que no ganábamos nada con disgustarle mientras trabajaba. Creo que cometí un error. Tenía razones para creer que los esfuerzos posteriores de este Moeller tomarían otra dirección. Cuando monsieur Kopeikin, con muy buen criterio, me telefoneó inmediatamente después de enterarse

de la nueva intentona, supe que había subestimado la fuerza de voluntad del caballero de Sofía. Lo intentó una segunda vez. No me cabe duda de que lo intentará una tercera si le damos oportunidad. —Se apoyó en el respaldo de la silla—. ¿Lo comprende ahora, míster Graham? ¿Capta su brillante cabeza lo que estoy tratando de decirle? Es muy simple. Alguien está tratando de matarle.

En las pocas ocasiones —siempre en relación con problemas referentes a pólizas de seguros— en que Graham había pensado en su propia muerte, siempre se había reafirmado en la convicción de que moriría de muerte natural y en la cama. Podía tener un accidente, desde luego, pero era un conductor cuidadoso, un peatón imaginativo y un nadador poderoso. No montaba a caballo, ni escalaba montañas; no sufría mareos; no se dedicaba a la caza mayor y nunca había concebido el más mínimo deseo de arrojarle debajo de un tren. En términos generales, le parecía que su convicción era bastante razonable. Nunca se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera desear su muerte. De habersele ocurrido, lo probable es que se hubiera apresurado a consultar a un especialista en enfermedades nerviosas. La afirmación de que alguien no sólo deseaba su muerte sino que intentaba deliberadamente asesinarle, le consternó tan profundamente como si le hubieran presentado pruebas incontrovertibles de que a^2 ya no era igual a $b^2 + c^2$ o de que su mujer tenía un amante.

Siempre había sido un hombre inclinado a pensar bien del prójimo, y su primer pensamiento involuntario fue que si alguien quería asesinarle tenía que ser porque había hecho algo especialmente reprobable. El mero hecho de estar cumpliendo con su trabajo no podía ser razón suficiente. Él no era peligroso. Además, tenía una mujer que dependía de él. Era imposible que alguien deseara asesinarle. Tenía que tratarse de una horrible equivocación.

Escuchó sus propias palabras:

—Sí. Comprendo.

No comprendía, naturalmente. Era absurdo. Vio que el coronel Haki le miraba con una sonrisita fría pintada en su pequeña boca.

—¿Le extraña, míster Graham? No le gusta, ¿verdad? No es agradable. La guerra es la guerra. Pero una cosa es ser un soldado en las trincheras: el enemigo no está tratando de matarle precisamente porque es míster Graham. Su vecino de al lado sirve igual; todo es impersonal. Cuando se es un hombre marcado no resulta tan fácil conservar el valor. Le comprendo, créame. Pero tiene ventajas que no tiene el soldado. Sólo necesita defenderse. No tiene que salir a campo abierto, ni tiene que atacar. Y no tiene que defender una trinchera o una fortaleza. Puede huir sin ser un cobarde. Tiene que llegar a Londres sano y salvo. Pero de Estambul a Londres hay mucha distancia. Como el soldado, tiene que precaverse contra la sorpresa. Tiene que conocer al enemigo. ¿Me sigue?

—Sí. Le sigo.

Ahora tenía la cabeza fría y serena, pero parecía haber perdido el control de su cuerpo. Sabía que tenía que aparentar que se lo tomaba todo con mucha filosofía, pero su boca segregaba saliva sin cesar, tenía que tragar continuamente y se temblaban las manos y los pies. Se dijo a sí mismo que se estaba comportando como un colegial. Alguien le había disparado tres tiros. ¿Qué diferencia había en que fuera un ladrón o un asesino? Había disparado tres veces contra él, sin más. Y sin embargo, de alguna forma, era distinto...

—Vamos, entonces —estaba diciendo el coronel Haki—, a empezar por lo que acaba de ocurrir. —Era evidente que lo estaba pasando bien—. Según monsieur Kopeikin, usted no vio al hombre que le disparó.

—No, no le vi. La habitación estaba a oscuras.

Kopeikin interrumpió.

—Dejó casquillos de bala. Calibre nueve milímetros, eyectados de una pistola automática.

—Eso no nos ayuda gran cosa. ¿No observó algún detalle en aquel individuo, mister Graham?

—Me temo que ninguno. Todo ocurrió muy deprisa. Cuando me quise dar cuenta ya se había ido.

—Lo probable, sin embargo, es que llevara algún tiempo en la habitación esperándole. ¿No percibió algún perfume en la habitación?

—Sólo olía a pólvora.

—¿A qué hora llegó a Estambul?

—Aproximadamente a las seis de la tarde.

—Y no regresó a su hotel hasta las tres de la mañana. Dígame, por favor, dónde estuvo durante ese tiempo.

—Desde luego. Estuve todo el tiempo con Kopeikin. Me recibió en la estación y fuimos en taxi al Adler-Palace, donde dejé la maleta y me aisé un poco. Después tomamos unas copas y cenamos. ¿Dónde tomamos las copas, Kopeikin?

—En el Bar Rumca.

—Sí, eso es. Fuimos a cenar al Pera Palace. Salimos de allí poco antes de las once, y fuimos al cabaret Le Jockey.

—¿El cabaret Le Jockey! ¡Me sorprenden! ¿Qué hicieron allí?

—Bailamos con una chica árabe llamada María y vimos el espectáculo.

—¿Bailamos? ¿Entonces sólo tenían una chica para los dos?

—Estaba algo cansado, y no tenía muchas ganas de bailar. Después tomamos una copa con una de las bailarinas del espectáculo, Josette, en su camerino.

—¿Chica guapa, esa Josette?

—Muy atractiva.

El coronel se echó a reír, como un médico animando a su paciente.

—¿Rubia o morena?

—Rubia.

—¡Ah! Habrá que visitar Le Jockey. Me estoy perdiendo algo. ¿Y qué pasó después?

—Kopeikin y yo nos fuimos. Regresamos juntos, caminando, al Adler-Palace, donde Kopeikin me dejó y se fue a casa.

El coronel adoptó un semblante de cómico asombro.

—¿Dejaron a la bailarina rubia? —Chasqueó los dedos—. ¿Así sin más? ¿No hubo... juegucitos?

—No. No hubo juegucitos.

—Ah, claro, ya me ha dicho que estaba cansado. —Giró súbitamente su silla para dirigirse a Kopeikin—. Esas mujeres —la árabe y Josette—, ¿qué sabe usted de ellas? Kopeikin se acarició la barbilla.

—Conozco a Serge, el propietario del cabaret Le Jockey. Me presentó a Josette hace algún tiempo. Creo que es húngara. No sé nada malo de ella. La chica árabe es de una casa de Alejandría.

—Muy bien. Nos ocuparemos de ellas más tarde. —Se volvió de nuevo hacia Graham—. Ahora, míster Graham, vamos a ver lo que podemos sacar en limpio sobre el enemigo. ¿Dice usted que estaba cansado?

—Sí.

—Pero tendría los ojos abiertos, ¿verdad?

—Supongo.

—Esperemos que así fuera. ¿Se da usted cuenta de que debieron seguirle desde Gallípoli?

—No se me había ocurrido.

—Tiene que ser así. Sabían en qué hotel estaba y qué habitación ocupaba. Le estaban esperando a su vuelta. Conocían con seguridad cada uno de sus movimientos desde que llegó.

Se levantó de pronto y, acercándose a un archivador situado en un rincón, sacó de él una carpeta amarilla de papel de Manila. Volvió con ella y la dejó caer en el escritorio delante de Graham.

—En esta carpeta, míster Graham, encontrará fotografías de quince hombres. Algunas de las fotos son claras; la mayor parte de ellas son borrosas y mal definidas. Tendrá que hacerlo lo mejor que pueda. Quiero que retroceda mentalmente al momento en que subía ayer al tren en Gallípoli, y que recuerde todas las caras que ha visto, aunque sea de pasada, desde entonces hasta esta mañana a las tres. Después quiero que mire las fotografías y vea si reconoce entre ellas alguna de esas caras. Después las verá también monsieur Kopeikin, pero quiero que las vea usted primero.

Graham abrió la carpeta. En el interior había una serie de delgadas cartulinas

blancas. Todas tenían aproximadamente el tamaño de la carpeta y llevaban una fotografía adherida a la mitad superior. Las copias eran todas del mismo tamaño, pero era evidente que se trataba de copias obtenidas de fotografías originales de varios tamaños. Una era una ampliación de parte de una fotografía de un grupo de hombres de pie frente a unos árboles. Debajo de cada copia había uno o dos párrafos escritos a máquina en turco: probablemente la descripción del individuo en cuestión.

Casi todas las fotografías eran borrosas, como había indicado el coronel. De hecho, una o dos de las caras no eran más que unas manchas grises con zonas oscuras que marcaban los ojos y la boca. Las claras parecían fotografías de policía. Los hombres que aparecían en ellas miraban resentidos a sus verdugos. Había una de un negro tocado de un fez, con la boca muy abierta, como si gritara a alguien situado a la derecha de la cámara. Graham pasó las cartulinas, lentamente y sin esperanza alguna. Aunque hubiera visto alguna vez en su vida a cualquiera de esos hombres, en ese momento no podría reconocerlos.

Un instante después, el corazón le dio un vuelco. Estaba mirando una fotografía, tomada con fuerte luz solar, de un hombre con un sombrero de paja dura, parado frente a lo que podía ser una tienda y mirando por encima del hombro al objetivo. Su brazo derecho y todo el cuerpo desde cintura para abajo quedaban fuera de la foto, y lo que se veía estaba bastante desenfocado. La fotografía, además, parecía sacada hacía al menos diez años; pero no había forma de confundir los rasgos pastosos y sin carácter, la boca doliente y alargada, los ojos pequeños y profundos. Era el hombre del traje arrugado.

—¿Y bien, míster Graham?

—Este hombre. Estaba en el cabaret Le Jockey. La chica árabe me lo señaló cuando estábamos bailando. Dijo que había llegado justo después que Kopeikin y yo, y que no dejaba de mirarme. Me previno contra él. En su opinión, era capaz de clavarme un cuchillo por la espalda para quitarme la cartera.

—¿Le conocía?

—No. Me dijo que conocía a ese tipo de hombres.

El coronel Haki cogió la cartulina y se apoyó en el respaldo de su asiento.

—Una observación muy inteligente. ¿Vio usted a este hombre, Kopeikin?

Kopeikin miró y después negó con la cabeza.

—Muy bien. —El coronel Haki dejó caer la cartulina sobre el escritorio, delante suyo—. No necesitan molestarse en mirar más fotografías, caballeros. Ya sé lo que quería saber. Sólo uno de los quince nos interesa. Puse a los demás simplemente para asegurarme de que identificaba por sí mismo a este individuo.

—¿Quién es?

—Es rumano de nacimiento. Supuestamente se llama Petre Banat, pero Banat es el nombre de una provincia rumana, por lo que creo muy posible que nunca ha tenido

apellido. La verdad es que sabemos muy poco de él. Pero lo que sabemos nos basta. Es un pistolero profesional. Hace diez años le condenaron, en Jassy, a dos años de cárcel por ayudar a enviar a un hombre al otro mundo. Poco después de salir de la cárcel se incorporó a la Guardia de Hierro de Codreanu. En mil novecientos treinta y tres le acusaron del asesinato de un funcionario de policía en Bucova. Parece que entró en casa del funcionario un domingo por la tarde, le mató, hirió a su esposa y después salió tranquilamente. Es un hombre cuidadoso, pero sabía que estaba seguro. El juicio fue una farsa. La sala del tribunal estaba llena de Guardias de Hierro armados con pistolas, que amenazaban con matar al juez y a toda persona relacionada con el proceso si condenaban a Banat. Le absolvieron. En aquella época había muchos juicios así en Rumania. Banat es responsable de al menos cuatro muertos más en Rumania. A pesar de ello, cuando la Guardia de Hierro fue puesta fuera de la ley, se escapó del país, y no ha vuelto. Pasó algún tiempo en Francia, hasta que la policía francesa le deportó. Después se fue a Belgrado. Pero allí también se metió en líos, y desde entonces se ha estado moviendo por Europa oriental.

»Hay hombres que son asesinos por naturaleza. Banat es uno de ellos. Le gusta mucho el juego, y siempre nada mal de dinero. En algún momento ha llegado a decirse que su precio por matar a un hombre no supera los cinco mil francos franceses, gastos aparte.

»Pero toda esta historia no le interesa, míster Graham. El problema es que Banat está aquí en Estambul. Puedo decirle que recibimos informes regulares sobre las actividades de Moeller en Sofía. Hace más o menos una semana comunicaron que había entrado en contacto con Banat, y que después éste había salido de Sofía. Le confesaré, míster Graham, que no le di importancia al hecho. Para ser sincero, lo que me interesaban entonces eran otros aspectos de las actividades de este agente. No recordé a Banat hasta que monsieur Kopeikin me telefoneó, y entonces me pregunté si por casualidad no habría venido a Estambul. Ahora sabemos que está aquí. También sabemos que Moeller le vio justo después de haberse desbaratado los otros planes para matarle a usted. Creo que no hay duda de que Banat era el hombre que le esperaba en su habitación del Adler-Palace.

Graham se esforzó por no parecer impresionado.

—Parecía bastante inofensivo.

—Eso es —dijo sabiamente el coronel Haki— porque no tiene usted experiencia, míster Graham. El verdadero asesino no es una simple bestia. Puede ser muy sensible. ¿Ha estudiado usted psicología anormal?

—Me temo que no.

—Es muy interesante. Krafft-Ebing y Stekel son mi lectura favorita, aparte de las novelas policíacas. Tengo mi propia teoría sobre los hombres como Banat. Creo que son pervertidos con una *idée fixe* sobre el padre, a quien no identifican con un dios

viril —levantó un dedo en señal de advertencia— sino con su propia impotencia. Así, cuando matan, están matando su propia debilidad. Creo que no ofrece duda.

—Estoy seguro de que es muy interesante. Pero ¿no pueden detener a ese hombre?

El coronel Haki pasó una de sus brillantes botas por el brazo de la silla y frunció los labios.

—Eso plantea un problema incómodo, míster Graham. En primer lugar, tenemos que encontrarle. Viajará, con toda seguridad, con pasaporte falso y nombre falso. Puedo, y desde luego lo haré, comunicar su descripción a los puestos fronterizos para saber si abandona el país, pero detenerle... Mire usted, míster Graham, las llamadas formas democráticas de gobierno presentan graves inconvenientes para un hombre en mi posición. Es imposible detener y retener a la gente sin pasar por absurdas formalidades legales. —Levantó las manos, como un patriota lamentando la decadencia de su país—. ¿De qué podemos acusarle para detenerle? No tenemos pruebas contra él. Podríamos, desde luego, inventarnos una acusación y después pedir disculpas, pero ¿de qué serviría? ¡No! Lo lamento, pero no podemos hacer nada con Banat. No creo que tenga mucha importancia. Lo que ahora debemos considerar es el futuro. Tenemos que estudiar la forma de llevarle a su casa sano y salvo.

—Tengo, como ya le he dicho, una cama reservada en el tren de las once. No veo por qué no voy a usarla. Me parece que cuanto antes me vaya, mejor.

El coronel Haki frunció el entrecejo.

—Permítame decirle, míster Graham, que si se le ocurre tomar ese tren, o cualquier otro tren, estará muerto antes de llegar a Belgrado. No se imagine ni por un momento que la presencia de otros viajeros les disuadiría. No debe subestimar al enemigo, míster Graham. Es un error letal. En un tren se encontraría como un ratón en la ratonera. ¡Imagínelo por un momento! Hay innumerables paradas entre la frontera turca y la francesa. Su asesino puede subir al tren en cualquiera de ellas. Imagínese a usted mismo allí sentado, hora tras hora, tratando de mantenerse despierto para que no le apuñalen mientras duerme, sin atreverse a salir del compartimiento por temor a recibir un tiro en el pasillo, viviendo aterrorizado por todos —desde el hombre que se sienta enfrente en el vagón restaurante hasta los funcionarios franceses de aduanas—. Hágase una idea, míster Graham, y piense después que un tren intercontinental es el lugar más seguro del mundo para matar a un hombre. ¡Considere su posición! Esta gente no quiere que llegue a Inglaterra. En consecuencia, deciden, muy sabia y lógicamente, matarle. Lo han intentado dos veces y han fracasado. Ahora esperarán a ver qué hace. No lo intentarán otra vez en este país. Saben que de momento está demasiado bien protegido. Esperarán a que salga a campo abierto. ¡No! Me temo que no puede viajar en tren.

—Entonces no veo...

—Si no se hubieran suspendido los servicios aéreos —prosiguió el coronel—, podríamos mandarle por avión a Brindisi. Pero se *han* suspendido..., el terremoto, ya sabe. Todo está desorganizado. Los aviones se emplean en misiones de socorro. Pero podemos arreglárnoslas sin ellos. Será mejor que vaya por mar.

—Pero seguro que...

—Hay una línea marítima italiana que realiza un servicio semanal de pequeños buques de carga entre Estambul y Génova. A veces, cuando hay carga, suben hasta Constanza, pero en general no pasan de aquí, con escala en el Pireo. Llevan algunos pasajeros, quince como máximo, y podemos asegurarnos de que todos son inofensivos antes de que el barco obtenga el permiso de salida. Cuando llegue a Génova sólo le quedará un corto viaje en tren, desde Génova a la frontera francesa, para estar fuera del alcance de los agentes alemanes.

—Pero como usted mismo ha indicado, el tiempo es un factor importante. Hoy es día dos. Debo estar de vuelta el ocho. Si tengo que esperar barcos llegaré varios días tarde. Aparte de eso, el viaje durará al menos una semana.

—No habrá retrasos, míster Graham —suspiró el coronel—. No soy un idiota. Telefoneé a la policía del puerto antes de que usted llegara. Dentro de dos días hay un barco a Marsella. Hubiera sido mejor viajar en él, aunque de ordinario no lleva pasajeros. Pero el barco italiano sale hoy a las cuatro y media de la tarde. Podrá estirar las piernas por Atenas mañana por la tarde. Atracará en Génova a primeras horas de la mañana del sábado. Podrá, si lo desea, y siempre que tenga los visados en orden, llegar a Londres el lunes por la mañana. Como ya le he dicho, un hombre marcado tiene ventajas sobre sus enemigos: puede huir..., desaparecer. En mitad del Mediterráneo estará tan seguro como en este despacho.

Graham vaciló. Miró a Kopeikin, pero el ruso se estaba contemplando las uñas.

—Bueno, no sé, coronel. Es usted muy amable, pero no puedo evitar pensar que, a la vista de las circunstancias que me ha explicado, debería ponerme en contacto con el cónsul británico, o con la embajada británica, antes de decidir lo que sea.

El coronel Haki encendió un cigarrillo.

—¿Y qué espera que hagan el cónsul o el embajador? ¿Enviarle a casa en un crucero? —Se rió de forma desagradable—. Mi querido míster Graham, no le estoy pidiendo que decida nada. Le estoy diciendo lo que tiene que hacer. Debo recordarle que, en su presente estado de salud, usted es muy valioso para mi país. Tendrá que permitirme que proteja a mi manera los intereses de mi país. Supongo que estará cansado y algo disgustado. No quiero acosarle, pero es mi deber explicarle que, si no acepta seguir mis instrucciones, no me quedará otra alternativa que detenerle, conseguir una orden de deportación y llevarle bajo custodia a bordo del *Sestri Levante*. Espero haberme expresado con claridad.

Graham sintió que enrojecía.

—Con toda claridad. ¿Quiere usted esposarme ahora? Se ahorrará muchos problemas. Necesita...

—Creo —interrumpió apresuradamente Kopeikin— que más vale hacer lo que el coronel sugiere, querido amigo. Es lo mejor.

—Prefiero ser mi propio juez en este asunto, Kopeikin. —Miró furioso a sus interlocutores.

Se sentía confuso y desdichado. Todo subía sucedido demasiado rápido para él. El coronel Haki le desagradaba intensamente. Kopeikin no parecía ya capaz de pensar por sí mismo. Sintió que estaban tomando decisiones con la fácil irresponsabilidad de unos colegiales que se disponen a jugar a los indios. Y sin embargo, lo peor de todo es que sus conclusiones eran inevitablemente lógicas. Su vida estaba amenazada. Todo lo que le pedían era que volviera a casa por otra ruta, más segura. Era una petición razonable, pero... Entonces se encogió de hombros.

—Está bien. Parece que no tengo otra alternativa.

—Exactamente, míster Graham. —El coronel se alisó la chaqueta del uniforme con el aire de quien ha razonado inteligentemente con un niño—. Ahora podemos tomar nuestras disposiciones. En cuanto abran las oficinas de la compañía naviera, monsieur Kopeikin podrá ocuparse de su pasaje y obtener el reembolso de su billete de tren. Yo me ocuparé de que se me entreguen los nombres y datos de los demás pasajeros antes de que zarpe el barco. No debe desconfiar, míster Graham, de sus compañeros de viaje. Me temo, sin embargo, que no le parecerán muy *chic*, ni el barco muy cómodo. De hecho, esta línea es la más barata para ir y volver de Estambul si se vive en el oeste. Pero estoy seguro de que no le importará estar un poco incómodo si puede compensarlo con la tranquilidad de que gozará.

—Mientras esté el día ocho en Inglaterra, no me importa cómo viajar.

—Ese es el espíritu adecuado. Y ahora le sugiero que permanezca en este edificio hasta que llegue el momento de irse. Le pondremos lo más cómodo posible. Monsieur Kopeikin puede recoger su maleta del hotel. Me ocuparé de que un médico le vea la mano dentro de un rato para asegurarse de que sigue bien. —Miró la hora—. Ahora el conserje puede hacernos un café. Más adelante le traerá algo de comer del restaurante de la esquina. —Se levantó—. Voy a ocuparme ahora mismo. No vamos a salvarle de las balas para matarle de hambre, ¿verdad?

—Muy amable —dijo Graham, y después, mientras el coronel desaparecía por el pasillo—: Le debo disculpas, Kopeikin. No me he comportado bien.

Kopeikin parecía acongojado.

—¡Mi querido amigo! No es culpa suya. Me alegro de que todo se haya solucionado tan rápidamente.

—Rápidamente, sí. —Vaciló—. Este hombre, Haki, ¿es de fiar?

—Tampoco le cae bien, ¿verdad? —Kopeikin soltó una risa ahogada—. Yo no me

fiaría si fuera asunto de mujeres, pero en su caso... sí.

—¿Aprueba usted mi viaje en este barco?

—Lo apruebo. Por cierto, querido amigo —prosiguió dulcemente—, ¿lleva usted una pistola en el equipaje?

—¡Santo cielo, no!

—Entonces es mejor que coja esto. —Sacó un pequeño revólver del bolsillo del abrigo—. Me la metí en el bolsillo al salir, cuando me telefoneó. Está totalmente cargada.

—Pero no la voy a necesitar.

—No, pero se sentirá mejor si la lleva.

—Lo dudo. Aunque... —Cogió el revólver y lo miró con desagrado—. Nunca he tirado con una cosa así, ¿sabe?

—Es fácil. Se quita el seguro, se apunta, aprieta el gatillo y se confía en la suerte.

—De todas formas...

—Métasela en el bolsillo. Puede entregársela al funcionario de aduanas francés en Modano.

El coronel Haki regresó.

—Están haciendo café. Ahora, míster Graham, veremos de qué forma puede divertirse hasta que llegue la hora de irse. —Vio el revólver en la mano de Graham—. ¡Ajá! ¡Se está armando! —Hizo una mueca—. Un poco de melodrama es a veces inevitable. ¿No, míster Graham?

El muelle se había quedado en silencio y Graham oía los ruidos que se producían en el barco: gente hablando, portazos, pasos rápidos y eficientes en los pasadizos. No tenía que esperar mucho. Fuera estaba oscureciendo. Rehizo mentalmente un día que le había parecido interminable y le sorprendió recordar tan pocas cosas.

Había pasado la mayor parte del día en el despacho del coronel Haki, en la incertidumbre mental de un medio sueño. Había fumado innumerables cigarrillos y leído algunos periódicos franceses de hacía quince días. Recordaba que en uno de ellos había un artículo sobre el mandato francés de los Camerunes. Había recibido la visita de un médico, que informó favorablemente sobre el estado de la herida y se marchó después de vendársela. Kopeikin le había traído su maleta y él había intentado, con algún derramamiento de sangre, afeitarse con la mano izquierda. Ausente el coronel Haki, habían compartido un almuerzo frío y caldoso traído del restaurante. El coronel había vuelto a las dos para informarle que en el barco viajaban otros nueve pasajeros, cuatro de ellos mujeres, que todos ellos habían reservado su plaza hacía más de tres días, y que todos eran inofensivos.

Habían bajado la pasarela y los últimos de los nueve, una pareja que hablaba en francés y parecía de mediana edad se encontraban a bordo e instalados en el camarote

contiguo. Sus voces traspasaban el delgado mamparo de madera con una facilidad aterradora. Graham oía prácticamente todos los sonidos que producían. Discutían sin cesar, al principio en susurros, como si estuvieran en la iglesia. Pero la novedad del entorno se les olvidó pronto y empezaron a hablar en un tono normal.

—Las sábanas están húmedas.

—No, lo que pasa es que están frías. De todas formas, no importa.

—¿No importa? ¿No importa? —Hizo un ruido con la garganta—. Tú dormirás como quieras, pero después no vengas a quejarte de los riñones.

—Las sábanas frías no son malas para los riñones, *chérie*.

—Hemos pagado el billete. Tenemos derecho a estar cómodos.

—Tendrás suerte si nunca te toca dormir en un sitio peor. Esto no es el *Normandie*.

—Ya se nota. —El lavabo se abrió con un chasquido—. ¡Ah! Mira esto. ¡Mira! ¿Tú pretendes que me lave con esto?

—Sólo hay que dejar correr el agua. No es más que polvo.

—¡Polvo! Está *sucio*. ¡Asqueroso! El mayordomo tiene que limpiarlo. Yo no pienso tocarlo. Vete a buscarle mientras deshago las maletas. Se me van arrugar los vestidos. ¿Dónde está el retrete?

—Al fondo del pasillo.

—Pues vete a buscar al mayordomo. No hay sitio para dos mientras deshago las maletas. Deberíamos haber ido en tren.

—Naturalmente. Pero el que paga soy yo. El que tiene que dar una propina al mayordomo soy yo.

—Lo que tú haces es demasiado ruido. Date prisa. ¿Es que quieres molestar a todo el mundo?

El hombre salió y la mujer suspiró con fuerza. Graham se preguntó si iban a pasarse la noche hablando. Y uno de ellos, o los dos, a lo mejor roncaban. Tendría que toser fuerte una o dos veces para que se dieran cuenta de lo delgada que era la separación. Pero era extrañamente reconfortante oír a la gente hablar de sábanas húmedas y lavabos sucios y retretes como si —la frase le vino a la cabeza sin que se diera cuenta—, como si fueran cosa de vida o muerte.

¡Vida o muerte! Se puso en pie y se encontró mirando con insistencia las instrucciones enmarcadas para el uso de los botes salvavidas.

«CINTURE DI SALVATAGGIO, CEINTURES DE SAUVETAGE, RETTUNGSGÜRTEL... *En caso de peligro se dará una señal consistente en seis toques cortos de sirena seguidos por un toque largo y timbres de alarma. Los pasajeros deben colocarse los chalecos salvavidas y reunirse en la estación de botes número 4*».

Había visto carteles semejantes en multitud de ocasiones, pero esta vez lo leyó cuidadosamente. El papel donde estaba impreso amarilleaba de viejo. El chaleco salvavidas, situado encima del lavabo, tenía aspecto de no haberse movido desde hacía años. Todo era ridículamente tranquilizador. «*En caso de peligro...*». ¡Pero no hay forma de escapar del peligro! Te rodea por completo, todo el tiempo. Puedes vivir años sin conocerlo, puedes llegar al fin de tus días convencido de que ciertas cosas no te van a pasar a *ti*, de que la muerte sólo puede llegarte con la dulce razón de la enfermedad o de la «fuerza mayor», pero de todas formas allí sigue, dispuesto a privar de sentido a todas tus cómodas ideas sobre tus relaciones con el tiempo y el azar, dispuesto a recordarte —por si lo has olvidado— que civilización no es más que una palabra y que sigues viviendo en la jungla.

El barco se meció suavemente. El telégrafo de la sala de máquinas emitió un sonido metálico y apagado. El suelo empezó a vibrar. A través del cristal manchado del ojo de buey vio una luz que empezaba a desplazarse. La vibración cesó un segundo o dos; las máquinas trabajaron marcha atrás y el vaso del agua traqueteó en su soporte. Otra pausa y las máquinas invirtieron su trabajo, lenta y regularmente. Se habían separado del muelle. Con un suspiro de alivio, abrió la puerta del camarote y subió a cubierta.

Hacía frío, pero el barco había virado y recibía el viento por babor. Parecía inmóvil en el agua aceitosa del puerto, pero las luces del muelle se deslizaban a su paso y retrocedían. Se llenó los pulmones de aire frío. Daba gusto estar fuera del camarote. Sus pensamientos no parecían inquietarle ya. Estambul, el cabaret Le Jockey, el hombre del traje arrugado, el Adler-Palace y su director, el coronel Haki..., todos quedaban atrás. Los olvidaría.

Empezó a pasear lentamente por cubierta. Se dijo que pronto podría reírse de todo aquel asunto. Ya lo tenía medio olvidado, ya lo veía rodeado * de una especie de aureola fantástica. Casi podía haberlo soñado. Estaba de vuelta en el mundo normal; estaba de camino a casa.

Pasó al lado de uno de sus compañeros de viaje, un hombre mayor, apoyado en la barandilla.

Mirando las luces de Estambul, que aparecían a medida que salvaban la dársena. Cuando llegó a un extremo de cubierta y dio media vuelta, vio que una mujer con un abrigo de piel acababa de salir por la puerta del salón y caminaba hacia él.

La luz de cubierta era débil, y no la reconoció hasta que estuvo a unas yardas de distancia.

Era Josette.

Se miraron, inexpresivos, un instante. Después la mujer rompió a reír.

—¡Dios misericordioso! Si es el inglés. Discúlpeme, pero esto es extraordinario.

—Sí, ¿verdad?

—¿Y qué pasó con su compartimento de primera en el Orient Express?

Graham sonrió.

—Kopeikin pensó que me sentaría bien un poco de aire de mar.

—¿Y necesitaba algo que le sentase bien? —Llevaba el cabello pajizo cubierto por una bufanda de lana atada bajo la barbilla, pero ella erguía la cabeza para mirarle como si llevara un sombrero que le diera sombra en los ojos.

—Evidentemente. —En conjunto, decidió, parecía bastante menos atractiva que en su camerino. El abrigo de piel no tenía forma y la bufanda no le sentaba bien—. Y ya que hablamos de trenes —añadió—, ¿qué pasó con su compartimento de segunda?

Josette frunció el ceño, sonriendo con las comisuras de la boca.

—Así es mucho más barato. ¿Le dije yo que iba en tren?

Graham se sonrojó.

—No, claro que no. —Se dio cuenta de que se estaba comportando de una forma algo grosera—. En cualquier caso, estoy encantado de verla otra vez tan pronto. Me estaba preguntando qué podría hacer si encontraba cerrado el Hotel des Belges.

Le miró astutamente.

—¡Ah! ¿Entonces era verdad que pensaba telefonearme?

—Naturalmente. Estábamos de acuerdo, ¿no?

Abandonó la mirada astuta y la sustituyó por un mohín.

—La verdad es que no creo que sea sincero conmigo. Dígame de verdad por qué está en este barco.

Echó a andar por cubierta, y él se vio obligado a seguirla.

—¿No me cree?

Se encogió de hombros cuidadosamente.

—No tiene que decírmelo si no quiere. No soy curiosa.

Graham creyó comprender sus dificultades. Desde su punto de vista, su presencia en el barco sólo podía explicarse de dos maneras: o su pretensión de viajar en primera en el Orient Express era una mentira fatua destinada a impresionarla —en cuyo caso debía ser un hombre de muy poco dinero— o de alguna forma había descubierto que ella viajaba en el barco y había abandonado el lujo del Orient Express para seguirla —en cuyo caso lo probable es que tuviera bastante dinero. Concibió de pronto el absurdo deseo de sorprenderla con la verdad.

—Muy bien —dijo—. Viajo así para eludir a alguien que quiere pegarme un tiro.

Se quedó petrificada.

—Creo que aquí fuera hace demasiado frío —dijo con calma—. Voy a entrar.

Graham se sorprendió tanto que se echó a reír.

Josette se volvió bruscamente hacia él.

—No debería hacer esas bromas estúpidas.

No cabía duda. Estaba enfadada de verdad. Levantó la mano vendada.

—Un roce de bala.

Josette frunció el ceño.

—Es usted muy malo. Si se ha hecho daño en la mano, lo siento, pero no debería bromear sobre ello. Es muy peligroso.

—¡Peligroso!

—Le traerá mala suerte, y a mí también. Esas bromas traen muy mala suerte.

—Ah, ya veo. —Sonrió.

—Eso es porque no sabe. Preferiría ver volar a un cuervo que bromear sobre la muerte. Si quiere gustarme no debe decir esas cosas.

—Le pido disculpas —dijo Graham humildemente—. La verdad es que me corté con una navaja.

—¡Ah, son cosas peligrosas! José vio en Argel cómo degollaban a un hombre de oreja a oreja con una navaja.

—¿Suicidio?

—¡No, no! Fue su *petite amie* quien lo hizo. Hubo mucha sangre. José se lo contará si le pregunta. Fue muy triste.

—Sí, ya me imagino. ¿Entonces José viaja con usted?

—Naturalmente. —Y después, mirándole con el rabillo del ojo—: Es mi marido.

¡Su marido! Eso explicaba por qué «aguantaba» a José. También explicaba por qué el coronel Haki no le había dicho que la «bailarina rubia» viajaba en el barco. Graham recordó la rapidez con que José se había retirado del camerino. Eso, sin duda, era a causa del negocio. En un lugar como el cabaret Le Jockey, las *attractions* no resultaban tan atractivas si se sabía que tenían maridos en las cercanías.

—Kopeikin no me dijo que estaba casada —dijo.

—Kopeikin es muy simpático, pero no lo sabe todo. Pero le diré confidencialmente que lo de José y yo es un arreglo amistoso. Somos *partenaires*, eso es todo. Sólo se pone celoso cuando el placer me hace descuidar el negocio.

Lo dijo con indiferencia, como si estuviera discutiendo una cláusula de su contrato.

—¿Va a bailar en París?

—No sé. Espero que sí; pero hay tantos sitios cerrados por el asunto de la guerra...

—¿Qué hará si no consigue que la contraten?

—¿Qué cree? Pasaré hambre. No será la primera vez. —Sonrió valerosamente—. Es bueno para la línea. —Apoyó las manos en las caderas y le miró, pidiéndole su opinión de experto—. ¿Cree que pasar un poco de hambre mejorará mi línea? En Estambul se engorda. —Posó—. ¿Ve usted?

Graham estuvo a punto de echarse a reír. El cuadro que se presentaba para su aprobación tenía todo el sencillo encanto de un dibujo a toda página de *La Vie Parisienne*. Era el sueño del «hombre de negocios» hecho realidad: la hermosa bailarina rubia, casada pero no amada, necesitada de protección: un objeto caro que se ofrecía barato.

—La vida de una bailarina tiene que ser dura —dijo secamente.

—¡Ah, sí! Mucha gente cree que es tan alegre... ¡Si supieran!

—Sí, claro. Empieza a hacer un poco de frío, ¿no? ¿Por qué no vamos adentro a tomar una copa?

—Estaría muy bien. —Y con marcado aire de sinceridad, añadió—: Me alegro enormemente de que viajemos juntos. Tenía miedo de aburrirme. Ahora lo pasaré bien.

Graham sintió que su sonrisa de respuesta debía parecer poco convincente. Empezaba a concebir la incómoda sospecha que se estaba comportando como un idiota.

—Creo que es por aquí —dijo.

El *salone* era una habitación estrecha de unos treinta pies de largo, con entrada por la cubierta superior y por el descansillo de las escaleras que conducían a los camarotes. Había *banquettes* tapizadas de gris a lo largo de las paredes y, en un extremo, tres mesas de comedor redondas atornilladas al suelo. Evidentemente, no había comedor independiente. Unas cuantas sillas, una mesa de juego, una radio, un piano y una alfombra raída completaban el mobiliario. Al fondo de la habitación se abría un cuchitril con medias puertas. La puerta inferior tenía atornillada una plancha de madera que la convertía en mostrador. Era el bar. En su interior, el mayordomo abría cartones de cigarrillos. Exceptuándole a él, el lugar estaba desierto. Se sentaron.

—¿Qué le gustaría beber, señora...? —tanteó Graham.

La mujer se rió.

—José se apellida Gallindo, pero detesto ese nombre. Debe llamarme Josette. Me apetece un poco de whisky inglés y un cigarrillo, por favor.

—Dos whiskys —dijo Graham.

El mayordomo sacó la cabeza y frunció el ceño al verles.

—¿Viski? *E molto caro* —dijo con tono de advertencia—. *Très cher. Cinq lire*. Cinco liras cada uno. Muy caro.

—Sí que lo es, pero de todas formas los queremos.

El mayordomo desapareció en el bar e hizo mucho ruido con las botellas.

—Está muy enfadado —dijo Josette—. No está acostumbrado a gente que pide whisky. —Se veía claramente que le había producido gran satisfacción pedir whisky, así como la frustración del mayordomo.

A la luz del salón, su abrigo de pieles parecía viejo y barato, pero se lo había desabrochado y dispuesto por los hombros como si fuera un armiño de mil guineas. Graham, muy a pesar suyo, empezó a compadecerla.

—¿Cuánto tiempo hace que baila?

—Desde que tengo diez años. Es decir, desde hace veinte. Ya ve —comentó, complacida consigo misma—, no le oculto mi edad. Nací en Servia, pero digo que soy húngara porque suena mejor. Mis padres eran muy pobres.

—Pero honrados, sin duda.

Pareció sorprenderse levemente.

—Oh, no, mi padre no era nada honrado. Era bailarín, y robó dinero a uno de la compañía. Le metieron en la cárcel. Después llegó la guerra, y mi madre me llevó a París. Un hombre muy rico se ocupó algún tiempo de nosotras, y teníamos un apartamento muy bonito. —Soltó un suspiro nostálgico: una *grande dame* empobrecida echando de menos glorias pasadas—. Pero se quedó sin dinero, así que mi madre tuvo que volver a bailar. Mi madre murió cuando estábamos en Madrid y me mandaron de vuelta a París, a un convento. Era un sitio horrible. No sé qué ocurriría con mi padre. Pienso que a lo mejor lo mataron en la guerra.

—¿Y José?

—Nos conocimos en Berlín, donde yo bailaba. No le gustaba su compañera. Era —añadió con simplicidad— una perra horrible.

—¿Hace mucho tiempo?

—Oh, sí. Tres años. Hemos estado en muchos sitios. —Le examinó con un cuidado afectuoso—. Pero está cansado. Parece cansado. También se ha cortado la cara.

—Traté de afeitarme con una sola mano.

—¿Tiene una casa muy bonita en Inglaterra?

—A mi mujer le gusta.

—¡*Oh là-là!* ¿Ya usted le gusta su mujer?

—Mucho.

—No creo —dijo reflexivamente— que me gustase ir a Inglaterra. Demasiada niebla y lluvia. Me gusta París. No hay nada mejor para vivir que un apartamento en París. No es caro.

—¿No?

—Por mil doscientos francos al mes puede conseguirse un apartamento muy bonito. En Roma no era tan barato. Tenía un apartamento muy bonito en Roma, pero costaba mil quinientas liras. Mi novio era muy rico. Vendía automóviles.

—¿Eso fue antes de casarse con José?

—Naturalmente. Nos íbamos a casar, pero tuvo problemas para divorciarse de su mujer en América. Siempre decía que iba a arreglarlo, pero al final resultó imposible. Me dio mucha pena. Tuve aquel apartamento un año.

—¿Y así fue como aprendió inglés?

—Sí, pero ya había aprendido un poco en aquel horrible convento. —Frunció el ceño—. Pero le estoy contando toda mi vida. Lo único que sé de usted es que tiene una casa y una mujer bonitas, y que es ingeniero. Me pregunta cosas, pero no me dice nada. Sigo sin saber por qué está aquí. Es usted muy malo.

Pero Graham no se vio obligado a responder. En el salón había entrado otro pasajero, que avanzaba hacia ellos con la evidente intención de presentarse.

Era bajo, ancho de hombros, y estaba despeinado. Tenía la quijada fuerte y una franja de pelo gris casposo en torno a un cráneo calvo. Sonreía con la misma fijeza que un muñeco de ventrílocuo: una disculpa permanente por la iniquidad de su existencia.

El barco había empezado a bambolearse levemente, pero por la forma en que se aferraba a los respaldos de las sillas para sujetarse, cualquiera diría que soplaba una tempestad.

—Mucho movimiento, ¿eh? —dijo en inglés, y se dejó caer en una silla—. ¡Ah! Así está mejor, ¿eh? —Miró a Josette con evidente interés, pero se volvió hacia Graham antes de tomar de nuevo la palabra—. En cuanto oigo hablar inglés me siento interesado —dijo—. ¿Es usted inglés, caballero?

—Sí. ¿Y usted?

—Turco. Yo también voy a Londres. El comercio es muy bueno. Voy a vender tabaco. Me llamo míster Kuvetli, caballero.

—Yo me llamo Graham. Esta es la señora Gallindo.

—Encantado —dijo Kuvetli. Se inclinó desde la cintura sin levantarse de la silla—. No hablo muy bien el inglés —dijo, aunque era obvio.

—Es un idioma muy difícil —dijo Josette fríamente. Se notaba claramente que le disgustaba la intromisión.

—Mi esposa —siguió diciendo míster Kuvetli— no habla inglés... Así que no la traigo. No ha estado en Inglaterra.

—¿Pero usted sí?

—Sí, señor. Tres veces, y para vender tabaco. Antes no vendía mucho, pero ahora vendo gran cosa. Es guerra. Los barcos de Estados Unidos no van más a Inglaterra. Los barcos ingleses traen cañones y aviones de USA. y no tienen sitio para tabaco, así que Inglaterra compra ahora mucho tabaco a Turquía. Es un buen negocio para mi jefe. Empresa Pazar y Co.

—Tiene que ser.

—Vendría a Inglaterra personalmente, pero no habla inglés nada. O no escribe. Es muy ignorante. Yo contesto a todas las atentas de Inglaterra y de todo el extranjero. Pero sabe mucho de tabaco. Producimos lo mejor. —Se hundió la mano en el bolsillo y sacó una pitillera de cuero—. Por favor, prueben cigarrillo hecho de tabaco de Pazar y Co. —Ofreció la pitillera a Josette.

Josette hizo un gesto negativo con la cabeza.

—*Tesekkür ederim.*

La frase en turco irritó a Graham. Parecía despreciar los educados esfuerzos del hombre para hablar un idioma extraño.

—¡Ah! —dijo míster Kuvetli—, habla mi idioma. Eso está muy bien. ¿Ha estado mucho tiempo en Turquía?

—*Dört ay.* —Se volvió hacia Graham—. Me apetece uno de *sus* cigarrillos, por favor.

Era un insulto deliberado, pero míster Kuvetli se limitó a ampliar un poco su sonrisa. Graham cogió uno de los cigarrillos.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. ¿Le gustaría tomar una copa, míster Kuvetli?

—Ah, no, gracias. Tengo que arreglar mi camarote antes de cenar.

—Quizá más tarde, entonces.

—Sí, por favor. —Tras sonreír más ampliamente y hacerles sendas inclinaciones de cabeza, se puso en pie y se encaminó hacia la puerta.

Graham encendió el cigarrillo.

—¿Era absolutamente necesario ser tan grosera? ¿Por qué tenía que echarle?

Josette frunció el ceño.

—¡Turcos! No me gustan. Son —recorrió el vocabulario del vendedor de automóviles en busca de un epíteto—, son unos malditos negros. ¡Tiene la sangre de horchata! No se enfada. Sólo sonrío.

—Sí, se ha comportado muy correctamente.

—No lo puedo comprender —estalló furiosa—. En la última guerra lucharon con Francia contra los turcos. En el convento me contaron muchas cosas sobre ellos. Son animales paganos, estos turcos. Hubo atrocidades en Armenia y atrocidades en Siria y atrocidades en Esmirna. Los turcos mataron niños de pecho con sus bayonetas. Pero ahora todo ha cambiado. Los turcos les caen bien. Son sus aliados y ustedes les compran tabaco. Es la hipocresía inglesa. Yo soy servia. Mi memoria llega más lejos.

—¿Llega su memoria hasta mil novecientos doce? Estoy pensando en las atrocidades servias en pueblos turcos. La mayoría de los ejércitos cometen alguna vez lo que se llaman atrocidades. En general, ellos las llaman represalias.

—¿Incluido, a lo mejor, el ejército británico?

—Tendría que preguntárselo a un indio o a un africaner. Pero en todos los países

hay locos. Algunos países tienen más que otros. Y cuando se da a estos hombres licencia para matar, ellos no se preocupan siempre de la forma en que lo hacen. Pero me temo que el resto de sus compatriotas siguen siendo seres humanos. A mí, personalmente, los turcos me gustan.

Evidentemente, Josette se había enfadado con él. Sospechó que su grosería con míster Kuvetli estaba calculada para conseguir su aprobación, y que se había incomodado cuando él no respondió en la forma esperada.

—El aire de aquí está muy cargado —dijo Josette—, y huele a comida. Me gustaría salir otra vez a pasear por cubierta. Puede venir conmigo, si lo desea.

Graham aprovechó la oportunidad. Mientras caminaban hacia la puerta, dijo:

—Creo que debería deshacer el equipaje. Espero verla a la hora de comer.

Josette cambió el gesto rápidamente. Se convirtió en una belleza internacional siguiéndole la corriente, con una sonrisa de tolerancia, a un joven extravagante y enfermo de amor.

—Como quiera. Después estaré con José. Se lo presentaré. Querrá jugar a las cartas.

—Sí, recuerdo que me lo dijo. Tendré que acordarme de algún juego que se me dé bien.

Josette se encogió de hombros.

—De todas formas le ganará. Pero ya le he prevenido.

—Lo recordaré cuando pierda.

Regresó a su camarote y se quedó allí hasta que pasó el mayordomo tocando un gong para anunciar la hora de la cena. Cuando subió al piso de arriba, se sentía mejor. Se había cambiado de ropa. Se las había ingeniado para terminar el afeitado que inició por la mañana. Tenía apetito. Estaba dispuesto a interesarse por sus compañeros de viaje.

Cuando llegó al salón, casi todos estaban sentados en sus respectivos sitios.

Evidentemente, los oficiales del barco comían en sus habitaciones. Sólo habían preparado dos de las tres mesas. A una de ellas se sentaban míster Kuvetli, un hombre y una mujer que bien podían ser la pareja francesa del camarote contiguo, Josette, y con ella un José muy pulcro. Graham sonrió cortésmente a la asamblea y recibió a su vez un «buenas noches» en voz muy alta de míster Kuvetli, un levantamiento de cejas de Josette, una fría inclinación de cabeza de José y una mirada inexpresiva de la pareja francesa. El ambiente estaba cargado de una tensión tan fuerte que no se podía atribuir a la timidez común entre compañeros de viaje que se sientan por primera vez juntos. El mayordomo le condujo a la otra mesa.

Uno de los lugares estaba ya ocupado por el anciano a cuyo lado había pasado cuando paseaba por cubierta. Era un hombre recio, con los hombros redondos, un rostro fuerte y pálido, el pelo blanco y un labio superior muy largo. Graham se

encontró con unos ojos prominentes de color azul pálido.

—¿Míster Graham?

—Sí. Buenas noches.

—Me llamo Haller. Doctor Fritz Haller. Quizá deba explicarle que soy alemán, un buen alemán, y que regreso a mi país. —Hablabla lentamente, en un inglés muy bueno, con voz profunda.

Graham se apercibió de que los ocupantes de la otra mesa les miraban en silencio y conteniendo el aliento. Comprendió la tensión de la atmósfera.

—Yo soy inglés. Pero supongo que ya lo sabía —dijo con calma.

—Sí, ya lo sabía. —Haller miró la comida que tenía delante—. Parece que los aliados son aquí mayoría y, desgraciadamente, el mayordomo es un imbécil. Puso aquí a los dos franceses de la mesa de al lado. Se negaron a comer con el enemigo, me insultaron y se cambiaron de mesa. Si desea hacer lo mismo le sugiero que lo haga ahora. Todos esperan una escena.

—Ya veo. —Graham maldijo en silencio al mayordomo.

—Por otra parte —continuó Haller, partiendo el pan—, quizá encuentre que la situación tiene su gracia. A mí me lo parece. Puede que no sea tan patriota como debiera. Sin duda debería insultarle antes de que usted me insulte a mí; pero, dejando aparte la injusta diferencia de edad, no se me ocurre ninguna manera eficaz de insultarle. Para insultar bien a una persona hay que conocerla a fondo. La dama francesa, por ejemplo, me llamó boche asqueroso. No me ha conmovido. Me he bañado esta mañana y no tengo costumbres desagradables.

—Comprendo lo que dice. Pero...

—Pero se plantea un problema de protocolo. En efecto. Afortunadamente, puedo dejarlo a su criterio. Cámbiese o no de mesa, como le parezca. Su presencia en ésta no me sería incómodo. Si se da por entendido que la política exterior queda excluida de nuestra conversación podríamos incluso emplear esta media hora de forma civilizada. No obstante, como recién llegado, a usted le toca decidir.

Graham cogió el menú.

—Tengo entendido que la costumbre entre beligerantes que se encuentran en terreno neutral es ignorarse recíprocamente, si posible, y en cualquier caso evitar incomodar a los neutrales implicados. Por culpa del mayordomo no podemos ignorarnos. No parece que haya ninguna razón para que hagamos más desagradable una situación difícil. Podemos sin duda arreglar la disposición de las mesas antes de la próxima comida.

Haller asintió aprobadoramente.

—Muy sensato. Le confieso que me alegra contar con su compañía esta noche. Mi esposa se marea y no saldrá hoy de su camarote. En mi opinión, la comida italiana resulta muy monótona sin conversación.

—Creo que estoy de acuerdo con usted. —Graham sonrió conscientemente y oyó un roce de ropas en las mesas contiguas. También oyó una exclamación de asco de la mujer francesa. Le molestó darse cuenta de que el sonido le hacía sentirse culpable.

—Parece —dijo Haller— que se ha ganado algo de reprobación. En parte es culpa mía. Lo lamento. Quizá estoy ya viejo, pero me resulta extremadamente difícil identificar a los hombres con sus ideas. Una idea puede desagradarme, puedo hasta odiarla, pero el hombre que la defiende me sigue pareciendo un hombre.

—¿Ha pasado mucho tiempo en Turquía?

—Unas pocas semanas. Vengo de Persia.

—¿Petróleo?

—No, míster Graham, arqueología. Estaba investigando las culturas preislámicas. Lo poco que he podido descubrir parece sugerir que algunas de las tribus que se desplazaron hacia el oeste hasta las llanuras de Irán hace unos cuatro mil años asimilaron la cultura sumeria y la conservaron casi intacta hasta mucho después de la caída de Babilonia. La forma de perpetuación del mito de Adonis es de por sí instructiva. Los lamentos por Tammuz fueron siempre un punto central de las religiones prehistóricas..., el culto del dios muerto y resucitado. Tammuz, Osiris y Adonis son la misma divinidad sumeria personificada por tres razas distintas. Pero los sumerios llamaban a este dios Dumuzida. ¡También lo hacían algunas de las tribus prehistóricas de Irán!; Y tenían una variante interesantísima de la epopeya sumeria de Gilgamesh y Enkidu de la que nunca había tenido noticias. Pero discúlpeme, ya le estoy aburriendo.

—De ninguna manera —dijo Graham cortésmente—. ¿Ha estado mucho tiempo en Persia?

—Sólo dos años. De no haber sido por la guerra, me hubiera quedado un año más.

—¿Tanta influencia tiene?

Haller frunció los labios.

—Había un problema de financiación. Pero aunque no lo hubiera habido creo que no me habría quedado. Sólo podemos aprender cuando hay expectativas de vida. Europa está demasiado ocupada en autodestruirse para interesarse por cosas así. Un hombre condenado sólo se interesa por sí mismo, por el paso de las horas y por cuantas insinuaciones de inmoralidad pueda conjurar en los escondrijos de su mente.

—Yo pensaba que una preocupación por el pasado...

—Ah, sí, ya sé. El erudito puede ignorar desde su estudio el bullicio de la plaza del mercado. Quizá... si es un teólogo o un biólogo o un estudioso de la antigüedad. Yo no soy ninguna de esas cosas. Participaba en la búsqueda de una lógica histórica. Deberíamos habernos servido del pasado como un espejo para ver el otro lado de la esquina que nos separa del futuro. Desgraciadamente, ya no importa lo que hubiéramos podido ver. Rehacemos hacia atrás el mismo camino. El entendimiento

humano vuelve de nuevo al monasterio.

—Disculpe, pero me pareció oírle decir que era un *buen* alemán.

Se rió quedamente.

—Soy viejo. Puedo permitirme el lujo de la desesperación.

—De todas formas, si yo hubiera estado en su lugar, creo que me habría quedado en Persia, permitiéndome ese lujo a distancia.

—El clima, desgraciadamente, no es apropiado para ninguna forma de lujos. Es o demasiado frío o demasiado caluroso. Para mi mujer fue particularmente duro. ¿Es usted soldado, míster Graham?

—No, ingeniero.

—Es más o menos la misma cosa. Yo tengo un hijo en el ejército. Siempre ha sido un soldado. Nunca he comprendido cómo pude tener un hijo así. Cuando era un niño de catorce años me miraba con malos ojos porque no tenía cicatrices de duelos. Tampoco le gustaban los ingleses, me temo. Vivimos algún tiempo en Oxford, donde estuve trabajando una temporada. ¡Hermosa ciudad! ¿Vive usted en Londres?

—No, en el norte.

—Conozco Manchester y Leeds. Oxford me gustaba más. Yo vivo en Berlín. No creo que sea más feo que Londres. —Sus ojos se posaron en la mano de Graham—. Parece que ha tenido un accidente.

—Sí. Afortunadamente, los ravioli se comen igual con la mano izquierda.

—Supongo que al menos puede decirse eso en su favor. ¿Quiere un poco de este vino?

—Creo que no, gracias.

—Sí, hace usted bien. Los mejores vinos italianos nunca salen de Italia. —Bajó la voz—. ¡Ah! Aquí llegan los otros dos pasajeros.

Parecían madre e hijo. La mujer tendría unos cincuenta años y era sin duda italiana. Tenía un rostro hundido y pálido y se movía como si hubiera estado gravemente enferma. Su hijo, un apuesto muchacho de unos dieciocho años, era muy atento con ella y miró defensivamente a Graham, que se había levantado para ayudarla a sentarse. Ambos iban vestidos de negro.

Haller les saludó en italiano, y el muchacho respondió con parquedad. La mujer les hizo una inclinación de cabeza pero no abrió la boca. Evidentemente, deseaban que les dejasen en paz. Conferenciaron a susurros sobre el menú. Graham oía hablar a José en la otra mesa.

—¡Guerra! —decía en un francés espeso y pegajoso—. Hace muy difícil ganarse la vida. Que le den a Alemania todo el territorio que quiera. Que se asfixie con tanto territorio. Después iremos a Berlín a divertirnos. Pelear es ridículo. Así no se hacen negocios.

—¡Ja! —dijo el francés—. ¡Usted, un español, diciendo eso! ¡Ja! Eso está muy

bien. ¡Magnífico!

—En la guerra civil —dijo José—, no estuve de ningún lado. Tenía mi trabajo que hacer, tenía que ganarme la vida. Fue una locura. Yo no fui a España.

—La guerra es terrible —dijo míster Kuvetli.

—Pero si hubieran ganado los rojos... —empezó a decir el francés.

—¡Ah, sí! —exclamó su mujer—. Si hubieran ganado los rojos... Eran anticristos. Quemaron iglesias y rompieron imágenes santas y reliquias. Violaron monjas y asesinaron sacerdotes.

—Fue todo muy malo para los negocios —repitió José obstinadamente—. Conozco a un hombre de Bilbao que tenía un gran negocio. La guerra acabó con todo. La guerra es una gran estupidez.

—La voz del idiota —murmuró Haller— con la lengua del sabio. Creo que voy a ver cómo se encuentra mi mujer. Discúlpenme, por favor.

Graham terminó de comer virtualmente solo. Haller no regresó. La madre y el hijo sentados enfrente comían con la cabeza inclinada sobre el plato. Parecían comulgar en algún dolor íntimo. Tenía la impresión de estarse entrometiendo. En cuanto terminó, abandonó el salón, se puso el abrigo y salió a cubierta a tomar un poco el aire antes de acostarse.

Las luces de tierra estaban ya lejos, y el barco cortaba con ruido el mar contra el viento. Encontró la escalera de cámara que subía a la cubierta de botes y se detuvo un rato al socaire de un tubo de ventilación, observando tranquilamente a un hombre que, con una lámpara en la mano, aseguraba las cuñas que sujetaban las telas embreadas de las escotillas sobre la bodega. El hombre terminó pronto su trabajo y Graham se preguntó cómo iba a pasar el tiempo en el barco. Decidió comprar algunos libros en Atenas al día siguiente. Según Kopeikin, atracarían en el Pireo hacia las dos de la tarde, para salir de nuevo a las cinco. Le sobraba tiempo para tomar el tranvía hasta Atenas, comprar cigarrillos y libros ingleses, telegrafiar a Stephanie y volver al muelle.

Encendió un cigarrillo, pensando en irse a la cama en cuanto terminara de filmárselo. Sin embargo, cuando tiraba la cerilla, vio que Josette y José habían salido a cubierta, y que la mujer le había visto. Era demasiado tarde para batirse en retirada. Se estaban acercando.

—Así que está aquí —dijo ella acusadoramente—. Este es José.

José, que llevaba un abrigo negro muy estrecho y un sombrero gris flexible de ala curva, inclinó la cabeza con desgana y dándose aires de hombre ocupado que está perdiendo el tiempo, dijo:

—*Enchanté, monsieur.*

—José no habla inglés —explicó ella.

—No hay ninguna necesidad. Es un placer conocerle, señor Gallindo —prosiguió

Graham en español—. Me gustó mucho cómo bailaron usted y su esposa.

José se rió groseramente.

—No es nada. Aquel sitio era imposible.

—José estaba siempre enfadado porque Serge le daba a Coco —la negra de la serpiente, ¿recuerda?— más dinero que a nosotros, a pesar de que éramos la atracción principal.

José dijo en español algo imposible de reproducir.

—Era —dijo Josette— amante de Serge. Sonríe, pero es verdad. ¿No es verdad, José?

José hizo un ruido fuerte con los labios.

—José es muy ordinario —comentó Josette—. Pero lo de Serge y Coco es verdad. Es una historia muy *drôle*. Contaban algo muy divertido de Fifi, la serpiente. Coco quería mucho a Fifi, y siempre dormía con ella. Pero Serge no lo supo hasta que se convirtió en su amante. Coco dice que se desmayó cuando se encontró con Fifi en la cama. Le hizo doblarle el sueldo antes de consentir que Fifi durmiera sola en su cesto. Serge no es idiota. Hasta José dice que Serge no es idiota. Pero Coco le trata como si fuera basura. Puede hacerlo porque tiene muy mal genio.

—Lo que tiene que hacer Serge es darle un puñetazo —dijo José.

—¡Ah! *Salop!* —Se volvió hacia Graham—. ¿Y usted? ¿Está de acuerdo con José?

—No soy ningún experto en bailarinas con serpiente.

—¡Ah! No contesta. Ustedes los hombres son unas bestias.

Se veía que se estaba divirtiendo a su costa. Graham se dirigió a José.

—¿Ha hecho este viaje alguna vez?

José le miró con suspicacia.

—No. ¿Por qué? ¿Usted sí?

—Oh, no.

José encendió un cigarrillo.

—Ya estoy muy cansado de este barco —anunció—. Es sucio y aburrido, y vibra demasiado. Además, los camarotes están demasiado cerca de los lavabos. ¿Juega usted al póquer?

—He jugado. Pero no juego muy bien.

—¡Se lo dije! —exclamó Josette.

—Ella cree —dijo José con amargura— que gano porque hago trampas. Me importa un bledo lo que piense. No hay ninguna ley que obligue a la gente a jugar conmigo a las cartas. ¿Por qué tienen que chillar como cerdos degollados cuando pierden?

—No es lógico —reconoció Graham con tacto.

—Podemos jugar ahora si quiere —dijo José, como si alguien le hubiera acusado

de no aceptar un desafío.

—Si no le importa, preferiría dejarlo para mañana. Esta noche estoy bastante cansado. De hecho, creo que si me disculpan me iré ahora mismo a la cama.

—¡Tan pronto! —se quejó Josette con un mohín, y rompió a hablar en inglés—. Sólo hay una persona interesante en el barco y se va a la cama. Eso está muy mal. Ah, sí, es usted muy malo. ¿Por qué se sentó con ese alemán durante la cena?

—No le importaba que me sentara con él. ¿Por qué iba a importarme a mí? Es un vejete muy simpático e inteligente.

—Es alemán. A usted ningún alemán debiera parecerle simpático o inteligente. Es como decían los dos franceses. Los ingleses no son serios con estas cosas.

José giró bruscamente.

—Es muy aburrido oír hablar inglés —dijo—, y tengo frío. Voy a tomar un coñac. Graham iniciaba una excusa cuando la mujer le cortó.

—Hoy está muy desagradable. Es porque se siente decepcionado. Pensaba que iba a encontrar unas cuantas chicas guapas para mirarlas como un tonto. Siempre tiene mucho éxito con las chicas guapas... y con las viejas.

Lo dijo en voz alta y en francés. José, que había llegado a la escalera de cámara, se volvió y eructó ostensiblemente antes de descender.

—Ya se ha ido —dijo Josette—. Me alegro. Es muy maleducado. —Respiró hondo y levantó los ojos hacia las nubes—. Hace una noche preciosa. No sé por qué quiere irse a la cama. Es temprano.

—Estoy muy cansado.

—No puede estarlo tanto como para no dar un paseo por cubierta conmigo.

—Claro que no.

En cubierta, bajo el puente, había un lugar muy oscuro. Se detuvo, se volvió bruscamente y apoyó la espalda en la barandilla para mirar a Graham de frente.

—¿Está enfadado conmigo?

—¡Santo Dios, no! ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque fui descortés con su pequeño turco.

—No es *mi* pequeño turco.

—¿Pero está enfadado?

—Claro que no.

Josette suspiró.

—Es usted muy misterioso. Todavía no me ha contado por qué viaja en este barco. Tengo mucho interés en saberlo. No puede ser por el precio. Su ropa es cara.

Graham no podía verle la cara, sólo un perfil vago, pero percibía su perfume y la humedad de su abrigo de piel.

—No comprendo por qué le interesa —dijo.

—Pero sabe perfectamente que me interesa.

Se había aproximado una o dos pulgadas. Él sabía que si quería podía besarla, y que ella le devolvería el beso. También sabía que no iba a ser un simple picotazo, sino una declaración de que su relación iba a ser el tema de conversación. Le sorprendió darse cuenta de que no rechazaba sin más la idea, de que la perspectiva inmediata de sentir aquellos labios grandes y tersos sobre los suyos le resultaba más que atractiva. Tenía frío y estaba cansado; ella estaba cerca, y sentía el calor de su cuerpo. No iba a hacer daño a nadie si...

—¿Va a París por Modano? —dijo.

—Sí. Pero ¿por qué lo pregunta? Está de camino hacia París.

—Cuando llegemos a Modano le contaré exactamente por qué estoy aquí, siempre que siga interesada.

Josette dio media vuelta y ambos echaron a andar.

—Quizá no sea tan importante —dijo—. No vaya a creer que soy curiosa.

Llegaron a la escalera de cámara. Su actitud con él había cambiado bastante. Le miró con afectuosa preocupación.

—Sí, señor mío, está usted cansado. No debía haberle pedido que se quedara aquí arriba. Terminaré mi paseo sola. Buenas noches.

—Buenas noches, señora.

Sonrió.

—¡Señora! No sea usted malvado. Buenas noches.

Graham bajó, divertido e irritado al mismo tiempo por sus pensamientos. Al cruzar la puerta del salón se topó con míster Kuvetli.

Míster Kuvetli amplió la sonrisa.

—El primer oficial dice que vamos a tener buen tiempo, caballero.

—Espléndido. —Recordó abatido que había invitado a aquel hombre a una copa—. ¿Quiere tomar una copa conmigo?

—Oh, no, gracias. Ahora no. —Míster Kuvetli se puso una mano en el pecho—. La verdad es que me duele el pecho del vino de la cena. ¡Muy fuerte y muy ácido!

—Ya me imagino. Hasta mañana, pues.

—Sí, míster Graham. Se alegrará de volver a casa, ¿verdad? —Parecía tener ganas de hablar.

—Oh, sí, me alegraré mucho.

—¿Piensa ir a Atenas en la escala de mañana?

—Pensaba hacerlo.

—Supongo que conoce Atenas bien.

—He estado alguna vez allí.

Míster Kuvetli vaciló. Su sonrisa se tornó untuosa.

—¿Podría hacerme un favor, míster Graham?

—Dígame.

—Yo no conozco Atenas. Nunca he estado allí. ¿Me permitiría acompañarle?

—Claro que sí. Me alegrará tener compañía. Pero sólo pensaba ir para comprar algunos libros y cigarrillos ingleses.

—Se lo agradezco mucho.

—No tiene importancia. Llegamos justo después de comer, ¿no?

—Sí, sí. Tiene razón. Pero ya me enteraré de la hora exacta. Déjelo de mi cuenta.

—Entonces quedamos así. Creo que ahora voy a acostarme. Buenas noches, míster Kuvetli.

—Buenas noches, caballero. Y gracias por su amabilidad.

—De nada. Buenas noches.

Entró en su camarote, llamó al mayordomo y le dijo que quería desayunar café en el camarote a las nueve y media. Después se desvistió y se metió en la cama.

Permaneció unos minutos tendido de espaldas, gozando de la gradual relajación de sus músculos. Ahora, por fin, podía olvidarse de Haki, de Kopeikin, de Banat y de todo lo demás. Había vuelto a su propia vida, y podía dormir. Le vino a la cabeza la frase «dormido en cuanto puso la cabeza en la almohada». Así iban a ocurrir. Sólo Dios sabía lo cansado que estaba. Se tumbó de lado. Pero el sueño no llegaba tan fácilmente. Su cabeza no paraba. Era como una aguja atrapada en un surco del disco. Había quedado como un idiota con esa desdichada mujer, Josette. Había quedado... Hizo saltar sus pensamientos. ¡Ah, sí! Se había comprometido a pasar nada menos que tres horas en compañía de míster Kuvetli. Pero eso era mañana. Ahora a dormir. Sin embargo, la mano le palpitaba de nuevo, y parecía haber mucho ruido por allí. El patán de José tenía razón. La vibración *era* excesiva. Los camarotes *estaban* demasiado cerca de los lavabos. También se oían pasos en el techo: gente andando por cubierta. Sin dejar de dar vueltas. ¿Por qué, Dios mío, tiene la gente que andar todo el tiempo?

Llevaba media hora despierto en la cama cuando la pareja francesa entró en su camarote.

Permanecieron en silencio uno o dos minutos, y sólo pudo oír los sonidos que producían al moverse por el camarote y algún que otro comentario en forma de gruñido. Después, la mujer empezó.

—Bueno, ya pasó la primera noche. ¡Tres más! No quiero ni pensarlo.

—Pasará. —Un bostezo—. ¿Qué les pasa a la mujer italiana y a su hijo?

—¿No te has enterado? Su marido murió en el terremoto de Erzurum. Me lo ha dicho el primer oficial. Es muy simpático, pero tenía la esperanza de encontrar al menos un francés con quien hablar.

—Hay gente que habla francés. El pequeño turco lo habla muy bien. Y están los otros.

—No son franceses. La chica y ese hombre..., el español. Dicen que son

bailarines, pero vete tú a saber.

—Ella es guapa.

—Desde luego. No lo niego. Pero olvida lo que estás pensando. Le interesa el inglés. A mí no me gusta. No parece inglés.

—Tú crees que todos los ingleses son *milords* vestidos de sport y con monóculo. ¡Ja! Yo vi a los soldados ingleses en mil novecientos quince. Son pequeños y feos y tienen voces muy fuertes. Hablan muy deprisa. Este tipo se parece más a los oficiales, que son delgados y lentos y parece que nada les huele bien.

—Este tipo no es un oficial inglés. Le gustan los alemanes.

—Exageras. ¡Un anciano como ése! Hasta yo me hubiera sentado con él.

—¡Ah! Eso dices. No te creo.

—¿No? Cuando eres soldado no llamas a un boche «boche asqueroso». Eso es cosa de mujeres y de civiles.

—Estás loco. Son asquerosos. Son bestias como esos de España que violaban monjas y asesinaban sacerdotes.

—Pero, pequeña, olvidas que muchos boches de Hitler pelearon en España contra los rojos. Te olvidas. No eres lógica.

—No son los mismos que atacan a Francia. Eran alemanes católicos.

—¡No seas ridícula! ¿No me dio a mí en las tripas una bala de un católico bávaro en el diecisiete? Eres agotadora. Eres ridícula. Cállate.

—No, eres tú el que...

Así siguieron. Graham ya no oyó gran cosa. Antes de decidirse a toser ya se había dormido.

Sólo se despertó una vez durante la noche. La vibración se había detenido. Miró su reloj, vio que eran las dos y media y supuso que se habían parado en Chanaq para dejar al práctico. Unos minutos más tarde, cuando los motores se pusieron de nuevo en marcha, cayó otra vez dormido.

Siete horas más tarde, cuando el mayordomo le trajo el café, se enteró de que el cúter del práctico de Chanaq le había traído un telegrama.

Estaba dirigido a «GRAHAM, VAPUR SESTRİ LEVANTE, CANAKKALE». Leyó el texto.

«H. PÍDEME INFORMARLE B. SALIÓ PARA SOFÍA HACE UNA HORA.
TODO BIEN. SALUDOS. KOPEIKIN».

Lo habían entregado en Beyoglu la víspera, a las siete de la tarde.

Era un día característico del Egeo: colores intensos bajo el sol y pequeñas nubes rosas flotando en un cielo azul pálido. Soplaban una firme brisa y el amatista del mar se rompía y blanqueaba. El *Sestri Levante* se hundía de proa en el agua y levantaba nubes de espuma que la brisa arrastraba como granizo por la cubierta. El mayordomo le había dicho que la isla de Makrosini estaba a la vista, y cuando subió a cubierta la vio: una línea delgada y dorada que resplandecía bajo el sol y se alargaba ante ellos como una barra de arena a la entrada de una laguna.

Había otras dos personas en aquel lado de la cubierta. Eran Haller y, colgada de su brazo, una mujer pequeña y seca de pelo gris y escaso, evidentemente su esposa. Guardaban el equilibrio sujetándose a la barandilla, y él levantaba la cabeza presentándola al viento como para fortalecerse con él. No llevaba sombrero, y su pelo blanco se estremecía con el aire.

Evidentemente, no le habían visto. Subió a la cubierta de botes. Allí la brisa era más fuerte. Míster Kuvetli y la pareja francesa estaban parados junto a la barandilla sujetándose los sombreros y mirando las gaviotas que seguían al barco. Míster Kuvetli le vio inmediatamente y le saludó con la mano. Graham se acercó.

—Buenos días. Madame. Monsieur.

Le saludaron reservadamente, pero míster Kuvetli estaba entusiasmado.

—Sí que hace buen día, ¿eh? ¿Durmió bien? Me apetece mucho nuestra excursión de esta tarde. Permítame que le presente a monsieur y madame Mathis. Monsieur Graham.

Se dieron la mano. Mathis era un hombre de rasgos marcados, con la mandíbula fina y un ceño permanentemente fruncido. Sin embargo, su sonrisa, cuando se producía, era abierta, y sus ojos vivaces. El ceño era un símbolo de su ascendiente sobre su esposa. Esta tenía las caderas huesudas y en su rostro se pintaba una expresión con que se declaraba dispuesta a no alterarse por mucho que pusieran a prueba su carácter. Era igual que su voz.

—Monsieur Mathis —dijo míster Kuvetli, cuyo francés era bastante más seguro que su inglés— viene de Eskeshehir, donde trabajaba con la compañía ferroviaria francesa.

—Es un clima muy malo para los pulmones —dijo Mathis—. ¿Conoce Eskeshehir, monsieur Graham?

—Sólo estuve allí unos minutos.

—A mí me hubiera bastado con eso —dijo madame Mathis—. Hemos pasado tres años allí. Siempre fue igual de malo que el día que llegamos.

—Los turcos son un gran pueblo —dijo su marido—. Son duros y aguantan. Pero

nos gustará estar de vuelta en Francia. ¿Es usted de Londres, monsieur?

—No, del norte de Inglaterra. He pasado unas semanas en Turquía por asuntos de negocios.

—Después de tantos años, la guerra nos va a resultar extraña. Dicen que en Francia las ciudades están más oscuras que la última vez.

—Las ciudades están espantosamente oscuras tanto en Francia como en Inglaterra. Si no se está obligado a salir de noche, es mejor quedarse en casa.

—Es la guerra —dijo Mathis solemnemente.

—Es el asqueroso boche —dijo su mujer.

—La guerra —intervino miste Kuvetli, acariciándose la barbilla sin afeitarse— es algo terrible. No cabe la menor duda. Pero los aliados tienen que ganar.

—El boche es fuerte —dijo Mathis—. Es fácil decir que los aliados tienen que ganar, pero siempre habrá que luchar. ¿Y acaso sabemos dónde o contra quién vamos a luchar? Hay un frente en el este y otro en el oeste. Todavía no sabemos la verdad. Cuando la sepamos se habrá terminado la guerra.

—A nosotros no nos toca hacer preguntas —dijo su mujer.

Los labios del hombre se torcieron y en sus ojos marrones se encendió una amargura de años.

—Tienes razón. No nos toca hacer preguntas. ¿Y por qué? Porque los únicos que nos pueden responder son los banqueros y los políticos de arriba, los muchachos accionistas de las grandes fábricas que construyen materiales de guerra. Y ellos no nos responderán. ¿Por qué? Porque saben que si los soldados de Francia e Inglaterra conocieran esas respuestas se negarían a combatir.

Su mujer enrojeció.

—¡Estás loco! Cómo no van a luchar los hombres de Francia para defendernos del asqueroso boche. —Miró a Graham de pasada—. Es malo decir que Francia no lucharía. No somos cobardes.

—No, pero tampoco somos idiotas. —Se volvió rápidamente hacia Graham—. ¿Ha oído usted hablar de Briey, monsieur? De las minas del distrito de Briey sale el noventa por ciento del mineral de hierro francés. En mil novecientos catorce, las minas fueron capturadas por los alemanes, que las trabajaron para obtener el hierro que necesitaban. Trabajaron duro. Después han confesado que sin el hierro sacado de Briey no hubieran podido pasar de mil novecientos diecisiete. Sí, trabajaron mucho en Briey. Yo, que estaba en Verdún, puedo asegurárselo. Noche tras noche, veíamos en el cielo el resplandor de los hornos de Briey, a unos pocos kilómetros; los hornos que alimentaban a los cañones alemanes. Nuestra artillería y nuestros bombarderos podían haber destrozado los hornos en una semana. Pero nuestra artillería estaba muda. Un aviador que dejó caer una bomba en el área de Briey fue sometido a consejo de guerra. ¿Por qué? —Levantó la voz—. Voy a decirle por qué, monsieur.

Porque había órdenes de no tocar Briey. ¿Órdenes de quién? Nadie lo sabía. Las órdenes venían de alguien que estaba muy arriba. El Ministerio de la Guerra decía que eran los generales. Los generales decían que era el Ministerio de la Guerra. No conocimos los hechos hasta después de la guerra. Las órdenes provenían de monsieur de Wendel, del Comité des Forges, propietario de las minas y los altos hornos de Briey. Nosotros luchábamos por nuestras vidas, pero nuestras vidas eran menos importantes que la conservación de la propiedad de monsieur de Wendel y sus futuros y pingües beneficios. No, no es bueno que los que combaten sepan demasiado. ¡Discursos, sí! ¡La verdad, no!

Su mujer soltó una risita tonta.

—Siempre es igual. En cuanto alguien menciona la guerra se pone a hablar de Briey..., algo que pasó hace veinticuatro años.

—¿Y por qué no? —preguntó él—. Las cosas no han cambiado mucho. El que no nos enteremos de estas cosas hasta que ya han pasado no significa que no estén sucediendo ahora. Cuando pienso en la guerra pienso también en Briey y en el resplandor de los hornos en el cielo para recordarme a mí mismo que soy un hombre normal que no tiene por qué creerse todo lo que le dicen. Veo los periódicos franceses con los espacios en blanco que muestran el trabajo del censor. Esos periódicos me dicen algunas cosas. Francia, dicen combate con Inglaterra contra Hitler y los nazis por la democracia y la libertad.

—¿Y cree que no es cierto? —preguntó Graham.

—Creo que los *pueblos* de Francia e Inglaterra luchan por ello, pero ¿es eso lo mismo? Pienso en Briey y me pregunto ciertas cosas. Los mismos periódicos me dijeron entonces que los alemanes no sacaban mineral de hierro de las minas de Briey y que todo iba bien. Soy un inválido de la última guerra. No tengo que pelear en ésta. Pero puedo pensar.

Su mujer se rió de nuevo.

—¡Ja! Cuando llegue a Francia será distinto. No dice más que tonterías, pero no deben hacerle caso, messieurs. Es un buen francés. Tiene la Croix de Guerre.

Su marido parpadeó.

—Un pedacito de plata por fuera para compensar el pedacito de acero de dentro, ¿eh? Creo que son las mujeres las que deberían luchar en estas guerras. Son patriotas mucho más feroces que los hombres.

—¿Y a usted qué le parece, míster Kuvetli? —dijo Graham.

—¿A mí? ¡Ah, por favor! —Míster Kuvetli parecía contrito—. Yo soy neutral, ya comprenden. No sé nada. No tengo opinión. —Abrió las manos—. Vendo tabaco. Negocios de exportación. Me basta con eso.

El francés enarcó las cejas.

—¿Tabaco? ¿Sí? Yo organicé buena parte del transporte de las compañías de

tabaco. ¿Cómo se llama su empresa?

—Pazar, de Estambul.

—¿Pazar? —Mathis pareció algo sorprendido—. Creo que no...

Pero míster Kuvetli le interrumpió.

—¡Ah! ¡Miren! ¡Ahí está Grecia!

Miraron. Allí, en efecto, estaba Grecia. Parecía un banco de nubes bajas en el horizonte, más allá del extremo de la línea dorada de Makrosini, que se contraía rápidamente a medida que el barco surcaba las aguas por el canal de Zea.

—¡Hermoso día! —se entusiasmó míster Kuvetli—. ¡Magnífico! —Respiró hondo y soltó el aire ruidosamente—. Tengo muchas ganas de ver Atenas. Llegamos al Pireo a las dos.

—¿Van a bajar usted y madame? —preguntó Graham a Mathis.

—No, creo que no. Es demasiado poco tiempo. —Se levantó el cuello del abrigo y tiritó—. Desde luego hace un día muy bonito, pero tengo frío.

—Si no te quedases tanto tiempo parado charlando —dijo su mujer—, no tendrías frío. Y no llevas bufanda.

—Muy bien, muy bien —dijo, irritado—. Vamos abajo. Disculpen, por favor.

—Creo que yo también voy —dijo míster Kuvetli—. ¿Baja usted también, míster Graham?

—Voy a quedarme un rato. —Ya tendría después tiempo de cansarse de míster Kuvetli.

—Entonces, a las dos.

—Sí.

Cuando se fueron miró el reloj, vio que eran las once y media y decidió recorrer la cubierta de botes diez veces antes de bajar a beber algo. Mientras echaba a andar decidió que la noche de sueño le había sentado muy bien. Para empezar, la mano ya no le palpitaba, y podía doblar un poco los dedos sin dolor. Lo más importante, sin embargo, era que la sensación que le embargara la víspera, de moverse por un sueño, había desaparecido. Se encontraba de nuevo rebosante de salud y optimista. Ayer había pasado hacía años. Su mano vendada desde luego, le recordaba lo ocurrido, pero la herida ya no parecía significativa. Ayer era parte de algo horrible. Hoy era un corte en el revés de la mano, un corte que tardaría unos pocos días en curarse. Mientras tanto, estaba de camino a casa, de vuelta a su trabajo. En cuanto a mademoiselle Josette, afortunadamente había conservado la suficiente presencia de ánimo para no haberse comportado realmente como un idiota. Le parecía bastante fantástico haber deseado besarla aunque sólo fuera por un momento. En cualquier caso, existían circunstancias atenuantes. Estaba cansado y confuso y, aunque ella era una mujer cuyas necesidades y formas de satisfacerlas se veían muy claramente, no cabía duda de que, a su desaliñada manera, resultaba atractiva.

Había completado su cuarto circuito cuando el objeto de sus reflexiones apareció sobre cubierta. En vez del abrigo de piel llevaba uno de pelo de camello, en vez de la bufanda de lana una de algodón, y calzaba zapatos deportivos con suela elevada de corcho. Esperó a que Graham se acercara.

Graham sonrió y saludó con la cabeza.

—Buenos días.

Josette enarcó las cejas.

—¡Buenos días! ¿Es todo lo que se le ocurre decir?

Graham se sobresaltó.

—¿Y qué quiere que diga?

—Me ha decepcionado. Yo pensaba que todos los ingleses se levantaban temprano de la cama para tomar un gran desayuno inglés. Me levanto a las diez y no le encuentro por ninguna parte. El mayordomo me ha dicho que no salió de su camarote.

—Desgraciadamente, en este barco no sirve: desayunos ingleses. Me arreglé con un café y me lo bebí en la cama.

Josette frunció el ceño.

—Y ahora no me pregunta por qué quería verle. ¿Es natural que quiera verle nada más salir de la cama?

La fingida severidad era aterradora. Graham dijo:

—Me temo que no la tomé en serio. ¿*Por qué* iba a querer verme?

—Ah, eso está mejor. No muy bien, pero mejor. ¿Piensa ir a Atenas esta tarde?

—Sí.

—Quería preguntarle si no le importaría que fuera con usted.

—Comprendo. Me encan...

—Pero ya es tarde.

—Lo lamento mucho —dijo Graham alegremente—. Me habría encantado llevarla.

Josette se encogió de hombros.

—Ya es tarde. Míster Kuvetli, el pequeño turco, me lo ha pedido y, *faute de mieux*, he aceptado. No me gusta, pero conoce Atenas muy bien. Será interesante.

—Sí, seguro que lo será.

—Es un hombre muy interesante.

—Evidentemente.

—Claro que a lo mejor podría convencerle...

—Desgraciadamente, hay una dificultad. Ayer por la noche, míster Kuvetli me preguntó si podía venir conmigo, porque no había estado nunca en Atenas.

Le produjo bastante placer decirlo, pero la mujer no se desconcertó más que un momento. Se echó a reír.

—No es usted nada cortés. Nada en absoluto. Me deja decir algo aunque sabe que no es verdad. No me para. Es usted un malvado. —Se rió de nuevo—. Pero es una buena broma.

—Lo siento mucho, de verdad.

—Es usted demasiado bueno. Lo único que quería era mostrarme amable. No me importa si voy a Atenas o no.

—Estoy seguro de que a míster Kuvetli le encantaría que viniera con nosotros. A mí también, claro. Seguro que sabe mucho más de Atenas que yo.

Josette entornó súbitamente los ojos.

—¿Qué quiere decir con eso?

Graham no quería decir nada más que lo que había dicho. Intentando sonreír de forma tranquilizadora, repuso:

—Quiero decir que supongo que ha bailado allí.

Le miró hoscamente un instante. Graham sintió que su sonrisa, aún pretenciosamente aferrada a sus labios, se desvanecía. Josette habló despacio:

—Creo que no me gusta tanto como pensaba. Creo que no me comprende en absoluto.

—Es posible. Hace muy poco que la conozco.

—Basta que una mujer sea una artista —dijo ella enfadada—, para que decidan que tiene que ser del *milieu*.

—De ninguna manera. No se me había pasado esa idea por la cabeza. ¿Le apetece pasear por cubierta?

Josette no se movió.

—Estoy empezando a pensar que no me gusta nada.

—Lo lamento. Me agradaba pensar que gozaría de su compañía durante el viaje.

—Ya tiene usted a míster Kuvetli —dijo cruelmente.

—Sí, es verdad. Desgraciadamente, no es tan atractivo como usted.

La mujer se rió con sarcasmo.

—Vaya, se ha dado cuenta de que soy atractiva. Qué bien. Estoy encantada. Me siento honrada.

—Parece que la he ofendido —dijo él—. Le pido disculpas.

Josette hizo un gesto airoso con la mano.

—No se preocupe. A lo mejor se debe a que es tonto. Quiere pasear. Muy bien, paseemos.

—Espléndido.

No habían avanzado tres pasos cuando se detuvo para mirarle.

—¿Por qué tiene que llevar al pequeño turco a Atenas? —preguntó—. Dígale que no puede ir. Eso es lo que haría si fuera más cortés.

—¿Y llevarla a usted? ¿Es ésa su idea?

—Si me lo pidiera, iría con usted. Este barco me aburre, y me gusta hablar inglés.

—Me temo que a míster Kuvetli no le iba a parecer tan cortés.

—Si yo le gustase, míster Kuvetli no le importaría nada. —Se encogió de hombros—. Pero comprendo. No importa. Me parece que es usted muy malo, pero no importa. Me aburro.

—Lo siento.

—Sí, lo siente. Eso está bien. Pero yo sigo aburrída. Vamos a pasear. —Y después, mientras echaban a andar—: José piensa que es usted indiscreto.

—¿Eso piensa? ¿Por qué?

—Ese viejo alemán con quien habló. ¿Cómo sabe que no es un espía?

Graham soltó una carcajada.

—¡Un espía! ¡Qué ocurrencia tan extraordinaria!

Josette le miró fríamente.

—¿Y por qué es extraordinaria?

—Si hubiera hablado con él sabría perfectamente que no puede ser nada de eso.

—Quizá no. José siempre sospecha de todo el mundo. Siempre cree que mienten cuando hablan sobre sí mismos.

—Francamente, yo me inclinaría a aceptar cualquier crítica de José como una recomendación.

—Oh, no los desaprueba. Se interesa, sencillamente. Le gusta averiguar cosas sobre la gente. Cree que todos somos animales. Nunca se escandaliza por nada.

—Parece muy estúpido.

—No conoce a José. No piensa en cosas buenas y cosas malas como hacían en el convento, sólo en cosas. Dice que una cosa buena para alguien puede ser mala para otra persona, por lo que es una tontería hablar del bien y del mal.

—Pero la gente hace a veces cosas buenas simplemente porque *son* buenas.

—Sólo porque se sienten bien haciéndolas..., eso dice José.

—¿Y la gente que se reprime de hacer cosas malas porque *son* malas?

—José dice que si una persona necesita *de verdad* hacer algo, esa persona no se preocupará por lo que puedan pensar de él. Si tiene verdadera hambre, robará. Si está de verdad en peligro, matará. Si tiene verdadero miedo, será cruel. Dice que lo del bien y el mal lo inventaron gentes seguras y bien alimentadas para no tener que preocuparse por la gente insegura y hambrienta. La actitud del hombre depende de sus necesidades. Es sencillo. Usted no es un asesino. Dice que el asesinato es malo. José diría que es tan asesino como Landrú o como Weidmann, lo que pasa es que la fortuna no ha querido que tenga necesidad de asesinar a alguien. Alguien le habló una vez de un refrán alemán que dice que el hombre es un simio vestido de terciopelo. Le encanta repetirlo.

—¿Y usted está de acuerdo con José? No me refiero al hecho de que yo sea un

asesino en potencia. Me refiero a lo que hace a la gente ser lo que es.

—Ni estoy de acuerdo ni dejo de estarlo. No me importa. Para mí algunas personas son simpáticas, otras son simpáticas a veces y otras nunca. —Le miró con el rabillo del ojo—. Usted es simpático a veces.

—¿Y qué piensa de sí misma?

Sonrió.

—¿Yo? Oh, yo también soy simpática a veces* Cuando la gente se porta bien conmigo soy un angelito. José cree que es más listo que Dios.

—Sí, ya me lo figuro.

—No le cae bien. No me sorprende. Sólo gusta a las viejas.

—¿Y a usted?

—Es mi compañero. Lo nuestro es un negocio.

—Sí, ya me lo había dicho. Pero ¿le gusta?

—A veces me hace reír. Dice cosas divertidas sobre la gente. ¿Se acuerda de Serge? José decía que era capaz de robarle a su madre la paja del pesebre. Me hizo mucha gracia.

—Ya me lo imagino. ¿Le gustaría beber algo?

Josette miró un pequeño reloj de plata que llevaba en la muñeca y dijo que le gustaría.

Bajaron. Uno de los oficiales del barco estaba acodado en el bar con una cerveza en la mano y hablando con el mayordomo. Cuando Graham pidió las bebidas, el oficial concentró su atención en Josette. Era evidente que se consideraba afortunado con las mujeres; sus ojos oscuros no se separaron de los de ella mientras hablaban. Hizo caso omiso de Graham, que escuchaba aburrido una conversación en italiano que no entendía. Le agradó ser ignorado. Se dedicó a su bebida. Cuando sonó el gong que anunciaba la comida y vio entrar a Haller, recordó que no había hecho nada por cambiar su puesto en la mesa.

El alemán inclinó amablemente la cabeza cuando Graham se sentó a su lado.

—No esperaba contar hoy con su compañía.

—Se me olvidó por completo hablar con el mayordomo. Si usted...

—No, por favor. Lo tomo por un cumplido.

—¿Cómo está su esposa?

—Mejor, pero todavía no dispuesta a enfrentarse con un almuerzo. Pero esta mañana dio un paseo. Le enseñé el mar. Los grandes buques de Jerjes pasaron por aquí, camino de su derrota en Salamina. Para aquellos persas, esa masa gris que se ve en el horizonte era el país de Temístocles y de los griegos áticos de Maratón. Dirá que es sentimentalismo alemán, pero confieso que me parece lamentable que para mí esa masa gris sea el país de Venizelos y de Metaxas. De joven pasé varios años en el Instituto Alemán en Atenas.

—¿Bajará a tierra esta tarde?

—Creo que no. Atenas sólo puede recordarme lo que ya sé..., que soy un viejo. ¿Conoce la ciudad?

—Un poco. Conozco mejor Salamina.

—Esa es ahora su gran base naval, ¿no?

Graham asintió, sin darle suficiente importancia a la pregunta. Haller apartó la vista y sonrió levemente.

—Le pido perdón. Veo que estoy a punto de cometer una indiscreción.

—Yo voy a bajar a tierra a comprar libros y cigarrillos. ¿Quiere que le traiga alguna cosa?

—Es usted muy amable, pero no necesito nada. ¿Va solo?

—Míster Kuvetli, el caballero turco de la mesa de al lado, me ha pedido que le haga de cicerone. No ha estado nunca en Atenas.

Haller alzó las cejas.

—¿Kuvetli? Así que ése es su nombre. Hablé con él esta mañana. Habla bastante bien el alemán y conoce algo Berlín.

—También habla inglés, y muy buen francés. Parece que ha viajado mucho.

Haller gruñó.

—No es normal que un turco que ha viajado mucho no conozca Atenas.

—Vende tabaco. Grecia produce su propio tabaco.

—Sí, claro. No se me había ocurrido. Tengo tendencia a olvidar que la mayor parte de la gente que viaja no lo hace para ver sino para vender. Hablé con él veinte minutos. Tiene un modo de hablar que no dice nada. Su conversación se compone de asentimientos o afirmaciones indiscutibles.

—Supongo que tiene que ver con el hecho de que sea vendedor. «Mi cliente es el mundo y el cliente siempre tiene razón».

—Me interesa. En mi opinión es demasiado simple para ser sincero. La sonrisa es un poco demasiado tonta, la conversación demasiado evasiva. Cuenta algunas cosas sobre sí mismo en los primeros minutos de conversación y después ya no dice nada. Es curioso. Lo normal es que un hombre que empieza hablando de sí mismo siga haciéndolo después. Además, ¿quién ha oído hablar de un hombre de negocios turco que sea sencillo? No, me hace pensar en alguien dispuesto a crear una impresión definida de sí mismo en la mente de los demás. Es un hombre que desea ser subestimado.

—Pero ¿por qué? No nos está vendiendo tabaco.

—Quizá, como usted sugiere, considera que el mundo es su cliente. Pero ya tendrá oportunidad de tantearle un poco esta tarde. —Sonrió—. Ya ve, doy por supuesto, sin la menor garantía, que usted está interesado. Debo disculparme. Soy un mal viajero que tiene que viajar mucho. Para pasar el tiempo he aprendido un juego.

Comparo mis primeras impresiones de los compañeros de viaje con lo que después averiguo sobre ellos.

—¿Si acierta se apunta un tanto y si se equivoca lo pierde?

—Exactamente. De hecho, me gusta más perder que ganar. Es un juego de viejos, ¿comprende?

—¿Y qué impresión tiene del señor Gallindo?

Haller frunció el ceño.

—Temo acertar por completo en lo concerniente a ese caballero. La verdad es que no es muy interesante.

—Sostiene que todos los hombres son asesinos en potencia y le gusta citar un refrán alemán según el cual el hombre es un simio vestido de terciopelo.

—No me sorprende —fue la amarga respuesta—. Todo hombre tiene que justificarse de alguna manera.

—¿No es usted demasiado severo?

—Quizá. Lamento decir que el señor Gallindo me parece una persona muy maleducada.

La respuesta de Graham fue interrumpida por la llegada del hombre de quien hablaban, que tenía aspecto de recién levantado. Detrás venían la madre italiana y su hijo. La conversación se hizo intrascendente y excesivamente formal.

El *Sestri Levante* quedó amarrado al nuevo muelle del sector norte del puerto del Pireo poco después de las dos de la tarde. Graham, que esperaba en cubierta con míster Kuvetli a que izaran la pasarela de pasajeros, vio que Josette y José habían salido del salón y se encontraban a sus espaldas. José inclinó la cabeza con desconfianza, como si temiera que fuesen a pedirle dinero prestado. La mujer sonrió. Era la sonrisa tolerante de quien ve a un amigo desatender un buen consejo.

Míster Kuvetli inició apresuradamente una conversación.

—¿Van ustedes a tierra, monsieur-dame?

—¿Para qué? —preguntó José—. Son ganas de perder el tiempo.

Pero míster Kuvetli no se dio por aludido.

—¡Ah! ¿Entonces conocen Atenas, usted y su mujer?

—Demasiado bien. Es una ciudad sucia.

—Yo no la conozco. Pensé que si usted y madame también descendían, podríamos ir todos juntos. —Sonrió mirando esperanzado en torno.

José apretó los dientes y puso los ojos en blanco como si le estuvieran torturando.

—Ya le he dicho que no pensamos ir.

—Pero es usted muy amable al sugerirlo —intervino Josette, benigna.

Los Mathis salieron del salón.

—¡Ah! —les saludó él—. ¡Los aventureros! No se olviden de que salimos a las cinco. No pensamos esperarles.

La pasarela se fijó en su lugar con estrépito y míster Kuvetli bajó inseguro y nervioso. Graham le siguió. Empezaron a lamentar no haber decidido quedarse a bordo. Al pie de la pasarela se volvió y levantó la vista..., ese momento inevitable para un pasajero que deja el barco. Mathis le saludó con la mano.

—Muy simpático, monsieur Mathis —dijo míster Kuvetli.

—Mucho.

Detrás del barracón de Aduanas había un viejo y sucio landolé Fiat con un cartel en francés, italiano, inglés y griego que anunciaba una visita de una hora de duración a las bellezas y antigüedades de Atenas para cuatro personas por quinientos dracmas.

Graham se detuvo. Pensó en los trenes y tranvías eléctricos a los que tendría que encaramarse, en la colina de la Acrópolis, en todo lo que tendría que andar, en el agotador aburrimiento de un paseo turístico a pie. Decidió que cualquier forma de evitarlo bien valía una cantidad de dracmas equivalente a treinta chelines.

—Creo —dijo— que podemos ir en este coche.

Míster Kuvetli pareció preocuparse.

—¿No hay otra forma? Es muy caro.

—No importa. Pago yo.

—Pero si es usted quien me está haciendo un favor. Debo pagar yo.

—Oh, yo hubiera tomado el coche en cualquier caso. Quinientos dracmas no es demasiado caro.

Míster Kuvetli abrió unos ojos como platos.

—¿Quinientos? Pero eso es para cuatro personas. Nosotros somos dos.

Graham se rió.

—Dudo que el conductor lo vea así. Supongo que le cuesta lo mismo llevar a dos que a cuatro.

Míster Kuvetli parecía contrito.

—Entiendo algo de griego. ¿No le importa que le pregunte?

—Claro que no. Hágalo.

El conductor, un hombre de aspecto rapaz vestido con un traje dos tallas pequeño y calzado con zapatos tostados muy pulidos, que llevaba sin calcetines, había salido precipitadamente del coche cuando se acercaron, y mantenía la puerta abierta. Empezó a gritar:

—*Allez! Allez! Allez!* —les exhortó—; *très bon marché. Cinq-cents, solamente.*

Míster Kuvetli dio un paso adelante, como un fornido, sucio y pequeño David disponiéndose a luchar con un Goliat delgado vestido de sarga azul manchada. Empezó a hablar.

Hablaba muy bien el griego, sin lugar a dudas. Graham vio que la expresión de sorpresa del rostro del conductor se tornaba en una de furia mientras la boca de míster Kuvetli derramaba un verdadero torrente de palabras. Estaba criticando el coche.

Empezó a señalar. Señaló uno por uno todos los defectos del cacharro, desde una mancha de herrumbre en la baca hasta un pequeño desgarrón en la tapicería, desde una grieta en el parabrisas hasta una zona desgastada del salpicadero. Cuando se interrumpió para tomar aliento, el conductor, furioso, aprovechó la oportunidad para responder. Gritó y golpeó la carrocería con el puño para dar más énfasis a sus comentarios e hizo grandes gestos aerodinámicos. Míster Kuvetli sonrió con escepticismo y reanudó sus ataques. El conductor escupió en el suelo y contraatacó. Míster Kuvetli replicó con una descarga corta y precisa. El conductor levantó los brazos, asqueado pero derrotado.

Míster Kuvetli se volvió hacia Graham.

—El precio —informó con sencillez— es ahora de trescientos dracmas. Creo que es demasiado, pero haría falta tiempo para reducirlo más. Claro que si usted cree...

—Parece un precio justo —dijo Graham apresuradamente.

Míster Kuvetli se encogió de hombros.

—Quizá. Podría bajarse más, pero... —Se volvió e hizo una seña con la cabeza al conductor, que de pronto sonrió abiertamente. Entraron en el taxi.

—¿Dice usted —dijo Graham mientras arrancaban— que no ha estado nunca en Grecia?

Míster Kuvetli sonrió inexpresivamente.

—Sé algo de griego —dijo—. Nací en Esmirna.

Iniciaron la visita. El griego conducía deprisa y a tirones, girando el volante para enfilarse hacia los peatones lentos, que tenían que correr para ponerse a salvo, y haciendo de vez en cuando un comentario por encima del hombro derecho. Se detuvieron un momento en la carretera, junto al Theseion, y de nuevo en la Acrópolis, donde se bajaron y pasearon. La curiosidad de míster Kuvetli parecía inagotable. Insistió en que le contaran la historia del Partenón siglo por siglo y recorrió el museo como si quisiera quedarse todo el día, pero finalmente regresaron al coche y fueron rápidamente transportados al teatro de Dionisos, el arco de Adriano, el Olimpieion y el Palacio Real. Eran ya las cuatro de la tarde y míster Kuvetli había empleado bastante más de la hora contratada preguntando cosas y comentando «muy bonito» y «*formidable*». Atendiendo una sugerencia de Graham, se detuvieron en el Syntagma, cambiaron algo de dinero y pagaron al conductor, añadiendo que si esperaba en la plaza podía ganarse otros cincuenta dracmas llevándoles después de vuelta al muelle. El conductor aceptó. Graham compró sus libros y sus cigarrillos y envió su telegrama. Cuando volvieron a la plaza había una orquestita tocando en la terraza de uno de los cafés y, a sugerencia de míster Kuvetli, se sentaron a una mesa para tomar un café antes de regresar al puerto.

Míster Kuvetli examinó la plaza con nostalgia.

—Es muy bonito —dijo, suspirando—. Apetece quedarse más tiempo. ¡Hemos

visto unas ruinas tan magníficas!

Graham recordó lo que Haller le había dicho en el almuerzo sobre las evasivas de Kuvetli.

—¿Cuál es su ciudad favorita, míster Kuvetli?

—Ah, es difícil decirlo. Todas las ciudades tienen sus magnificencias. Me gustan todas las ciudades. —Aspiró el aire—. Ha sido usted muy amable trayéndome aquí, míster Graham.

Graham insistió en su tema.

—Ha sido un gran placer. Pero seguro que tiene usted sus preferencias.

Míster Kuvetli pareció inquietarse.

—Es tan difícil... Londres me gusta mucho.

—A mí, personalmente, me gusta más París.

—Ah, sí. París es también magnífico.

Graham bebió a sorbitos el café, sintiéndose algo confuso. Entonces se le ocurrió otra idea.

—¿Qué le parece el señor Gallindo, míster Kuvetli?

—¿Señor Gallindo? Es tan difícil... No le conozco. Se comporta de una forma extraña.

—Se comporta —dijo Graham— de una forma deplorablemente ofensiva. ¿No le parece?

—El señor Gallindo no me gusta mucho —admitió míster Kuvetli—. Pero es español.

—¿Y eso qué tiene que ver? Los españoles son una raza extraordinariamente cortés.

—Ah, nunca he estado en España. —Miró el reloj—. Ya son las cuatro y cuarto. Creo que deberíamos irnos, ¿eh? Ha sido una tarde muy agradable.

Graham asintió cansadamente. Si Haller quería «tantear» a míster Kuvetli podía hacerlo personalmente. Su opinión personal, la de Graham, era que míster Kuvetli era un pesado común cuya conversación, en sí, parecía algo irreal porque utilizaba idiomas con los que no estaba familiarizado.

Míster Kuvetli insistió en pagar el café; míster Kuvetli insistió en pagar el taxi de vuelta al muelle. A las cinco menos cuarto estaban de nuevo a bordo. Una hora más tarde, Graham se encontraba en cubierta observando la barca del práctico, que se alejaba con repetidas explosiones hacia la tierra grisácea. El francés, Mathis, que estaba apoyado en la barandilla a unos pies de distancia, volvió la cabeza.

—Bueno, ahí queda *eso*. Dos días más y estaremos en Génova. ¿Le agradó su excursión a tierra de esta tarde, monsieur?

—Oh, sí, gracias. Fue...

Pero no terminó de decirle a monsieur Mathis cómo fue. Por la puerta del salón, a

unas pocas yardas de distancia, había salido un hombre, que se había quedado parpadeando frente al sol poniente que resbalaba hacia ellos por la superficie del mar.

—Ah, sí —dijo Mathis—. Tenemos un pasajero nuevo. Llegó esta tarde, cuando usted estaba en tierra. Supongo que es griego.

Graham no respondió, no pudo responder. Sabía que el hombre que estaba allí parado con la luz dorada del sol en el rostro no era griego. Sabía también que debajo de aquella gabardina gris había un traje marrón arrugado con abultadas hombreras; que bajo el sombrero flexible de alta copa y sobre los rasgos pastosos y pálidos con la boca tímida había un pelo rizado que empezaba a escasear. Sabía que aquel hombre se llamaba Banat.

Graham se quedó inmóvil. El cuerpo le vibraba como si le hubieran transmitido por los talones un violento impacto mecánico. Oyó la voz de Mathis preguntándole, desde muy lejos, si le ocurría algo.

—No me encuentro bien —dijo—. Discúlpeme, por favor.

Captó una chispa de aprensión en el rostro del francés y pensó «cree que voy a vomitar». Pero no esperó a que Mathis abriera la boca. Se volvió y, sin mirar al hombre que había junto a la puerta del salón, caminó hasta la puerta situada en el otro extremo de la cubierta y bajó a su camarote.

Entró y cerró con pestillo. Temblaba de pies a cabeza. Se sentó en la cama y trató de recobrar la calma. «No hay razón para preocuparse —se dijo—. Hay una salida. Tienes que pensar».

Banat había descubierto de alguna forma que estaba en el *Sestri Levante*. No le habría resultado muy difícil. Sólo tenía que preguntar en Wagon-Lit y en las oficinas de las navieras. Después había sacado un billete para Sofía, se había bajado del tren tras cruzar la frontera griega y había tomado otro tren, vía Salónica, hasta Atenas.

Sacó del bolsillo el telegrama de Kopeikin y fijó en él los ojos. «¡Todo bien!». ¡Idiotas! ¡Malditos idiotas! El asunto del barco le había dado mala espina desde el principio. Tenía que haberse fiado de su instinto e insistido en ver al cónsul británico. Si no hubiera sido por ese imbécil presumido de Haki... Pero ahora estaba atrapado como una rata en la trampa. Banat no volvería a fallar. ¡No, Dios mío! Ese hombre era un asesino profesional. Tenía que pensar en su reputación..., por no hablar de sus honorarios.

Un sentimiento extraño, pero vagamente conocido, empezó a apoderarse de él; un sentimiento oscuramente relacionado con olores de antisépticos y el silbido de una tetera. Sintió un súbito ataque de terror y recordó. Había ocurrido hacía años. Estaban ensayando un cañón experimental de catorce pulgadas en el terreno de pruebas. La segunda vez que lo dispararon estalló. Tenía un fallo en el mecanismo de recámara. La explosión mató a dos hombres e hirió gravemente a un tercero. El herido era una masa sanguinolenta tendida sobre el cemento. Pero la masa sanguinolenta gritaba; gritó sin cesar hasta que llegó la Ambulancia y el médico le puso una inyección. Era un sonido tenue, agudo, inhumano: como el silbido de una tetera. El médico dijo que el hombre estaba inconsciente a pesar de sus gritos. Antes de examinar los restos del cañón, baldearon el cemento con una solución de lisol. Ese día no almorzó. Por la tarde empezó a llover...

De pronto se dio cuenta de que estaba maldiciendo. Las palabras salían de sus labios en una corriente continua: una sucesión sin sentido de obscenidades. Se puso

rápidamente en pie. Estaba perdiendo la cabeza. Había que hacer algo, y hacerlo de prisa. Si pudiera salir del barco...

Abrió violentamente la puerta del camarote y salió al pasillo. Primero tendría que hablar con el contable. El despacho del contable estaba en la misma cubierta. Se encaminó directamente a él.

La puerta del despacho estaba entornada y el contable, un italiano alto, de mediana edad, con una colilla de puro en la boca, estaba sentado en mangas de camisa ante una máquina de escribir y una pila de copias de conocimientos de embarque. Estaba copiando detalles de los conocimientos en una hoja rayada metida en la máquina. Levantó malhumorado la cabeza cuando Graham llamó. Estaba ocupado.

—*Signore?*

—¿Habla usted inglés?

—No, *Signore*.

—¿Francés?

—Sí. ¿Qué desea?

—Quiero ver inmediatamente al capitán.

—¿Por qué razón, monsieur?

—Es absolutamente necesario que me dejen en tierra inmediatamente.

El contable dejó el cigarro e hizo girar la silla.

—No hablo francés muy bien —dijo con calma—. ¿No le importa repetir?

—Quiero que me lleven a tierra.

—Monsieur... Graham, ¿verdad?

—Sí.

—Lo lamento, monsieur Graham. Es demasiado tarde. El práctico ya se ha marchado. Debería haber...

—Ya lo sé. Pero es absolutamente necesario que me lleven a tierra ahora. No, no estoy loco. Ya sé que en circunstancias ordinarias estaría totalmente fuera de lugar. Pero las circunstancias son excepcionales. Estoy dispuesto a pagar la pérdida de tiempo y cualquier molestia que cause.

El contable parecía asombrado.

—Pero ¿por qué? ¿Está enfermo?

—No, yo... —Se detuvo. Le faltó poco para morderse la lengua de rabia. No había médico a bordo, y la amenaza de alguna enfermedad infecciosa podía haber sido suficiente. Pero ya era tarde—. Si me consigue una entrevista inmediata con el capitán le explicaré por qué. Le aseguro que tengo buenas razones.

—Me temo —dijo secamente el contable— que no hay nada que hacer. ¿No comprende...?

—Todo lo que pido —interrumpió Graham, desesperado— es que retrocedan un

poco y pidan una embarcación de práctico. Estoy dispuesto a pagar y tengo medios para hacerlo.

El contable sonrió exasperado.

—Esto es un barco, monsieur, no un taxi. Llevamos un cargamento y tenemos un programa. Usted no está enfermo, y...

—Ya le he dicho que tengo excelentes razones. Si me permite ver al capitán...

—No vale la pena insistir, monsieur. No dudo de su disposición ni de su capacidad para pagar el costo de una embarcación del puerto. Desgraciadamente, eso no es lo importante. Dice usted que no está enfermo pero que tiene buenas razones. Como sólo puede haber pensado en esas razones en los últimos diez minutos, espero que no se enfade si le digo que no pueden ser tan importantes. Permítame asegurarle, monsieur, que sólo razones probadas y evidentes, por una cuestión de vida o muerte, pueden justificar que un barco se detenga en beneficio de un pasajero. Naturalmente, si usted me da razones de esta índole, se las comunicaré de inmediato al capitán. En caso contrario, me temo que sus razones tendrán que esperar hasta Génova.

—Le garantizo...

El contable sonrió apenado.

—No pongo en duda la buena fe de sus garantías, monsieur, pero lamento decirle que necesitamos algo más que garantías.

—Muy bien —estalló Graham—, puesto que insiste en saber los detalles, se los contaré. Acabo de enterarme de que en este barco hay un hombre que se encuentra aquí con el exclusivo propósito de asesinarme.

El rostro del contable se tornó inexpresivo.

—No me diga, monsieur.

—Sí, yo... —Algo en los ojos del otro le hizo detenerse—. Supongo que piensa que estoy o loco, o borracho —concluyó.

—De ninguna manera, monsieur. —Pero sus pensamientos eran como un libro abierto.

Pensaba que Graham era simplemente uno más de los desdichados lunáticos con quienes su trabajo le ponía a veces en contacto. Eran una peste, porque le hacían a uno perder el tiempo. Pero él era un hombre tolerante. No valía la pena enfadarse con un lunático. Además, el ocuparse de ellos parecía resaltar su propia salud mental e inteligencia, esa salud e inteligencia que, de no ser por la miopía de los propietarios, le hubieran llevado hacía tiempo a ocupar un lugar en el consejo de administración. Y eran historias graciosas que contar a los amigos cuando volvía a casa.

—¡Imagínate, Beppo! Había un inglés que parecía cuerdo pero que en realidad estaba loco. ¡Creía que alguien quería asesinarle! ¡Imagínate! Es el whisky, ¿sabes? Yo le dije...

Pero entretanto había que seguirle la corriente, que tratarle con tacto.

—De ninguna manera, monsieur —repitió.

Graham empezó a perder el control.

—Me ha preguntado cuáles eran mis razones. Se las estoy dando.

—¿Y su nombre, monsieur?

—Banat. B-A-N-A-T. Es rumano. Su...

—Un momento, monsieur. —El contable sacó una hoja de papel de un cajón y pasó un lápiz por los nombres que contenía con una atención exagerada. Levantó la vista—. No hay nadie de ese nombre o nacionalidad en el barco, monsieur.

—Le iba a decir, cuando me interrumpió, que ese hombre viaja con pasaporte falso.

—Entonces, por favor...

—Es el pasajero que subió a bordo esta tarde.

El contable volvió a mirar el papel.

—Camarote número nueve. Se trata de monsieur Mavradopolous. Es un hombre de negocios griego.

—Eso dirá su pasaporte. Su verdadero nombre es Banat, y es rumano.

El contable tenía grandes dificultades para comportarse cortésmente.

—¿Tiene alguna prueba de lo que dice, monsieur?

—Si se pone en contacto por radio con el coronel Haki, de la policía turca, le confirmará lo que digo.

—Este barco es italiano, monsieur. No estamos en aguas territoriales turcas. Sólo podemos poner un asunto así en manos de la policía italiana. Además, sólo llevamos radio para fines de navegación. Comprenderá que esto no es el *Rex* ni el *Conte di Savoia*. Hay que olvidar el asunto hasta que llegemos a Génova. Allí, la policía se ocupará de su acusación sobre el pasaporte.

—Me importa un bledo su pasaporte —dijo Graham violentamente—. Le estoy diciendo que ese hombre pretende matarme.

—¿Y por qué?

—Porque le han pagado para que lo haga. Por eso. ¿Entiende ahora?

El contable se puso en pie. Había sido tolerante. Ahora había llegado el momento de mostrarse firme.

—No, monsieur, no entiendo.

—Pues si no entiende, déjeme hablar con el capitán.

—No será necesario, monsieur. Entiendo lo suficiente. —Miró a Graham a los ojos—. En mi opinión, este asunto tiene dos explicaciones «caritativas». O ha confundido a monsieur Mavradopolous con otra persona, o ha tenido una pesadilla. En el primer caso, le aconsejo que no repita su error con nadie más. Yo soy discreto, pero si llegase a oídos de monsieur Mavradopolous, éste lo podría considerar como una ofensa a su honor. En el segundo caso, le sugiero que se tumbe un rato en su

camarote. Y recuerde que nadie va a asesinarle en este barco. Hay demasiada gente.

—¿Pero no ve usted...? —gritó Graham.

—Veo —dijo ceñudo el contable— que este asunto tiene una explicación menos caritativa. Puede haberse inventado esta historia porque, por alguna razón particular, desea desembarcar. Si es así, lo lamento. Es una historia ridícula. En cualquier caso, el barco se detiene en Génova y no antes. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—Exijo ver al capitán.

—Si no le importa, cierre la puerta al salir —dijo alegremente el contable.

A punto de ponerse enfermo de rabia y de miedo, Graham regresó a su camarote.

Encendió un cigarrillo y trató de razonar. Debería haberse dirigido directamente al capitán. Todavía podía acudir directamente al capitán. Por un instante pensó en hacerlo. Si él... Pero resultaría inútil, y más humillante de lo necesario. Aun suponiendo que pudiera llegar hasta el capitán y hacerle comprender, lo probable es que escuchara su historia con menos comprensión aún. Seguía sin poder probar lo que decía. Y si convencía al capitán de que había algo de verdad en lo que decía, de que no sufría de alguna forma de locura alucinatoria, la respuesta sería la misma: «Nadie va a asesinarle en este barco. Hay demasiada gente».

¡Demasiada gente! No conocían a Banat. Un hombre capaz de entrar a pleno día en casa de un funcionario de policía, de disparar contra el funcionario y contra su mujer y de marcharse tranquilamente, no se iba a poner nervioso por tan poca cosa. No sería la primera vez que un pasajero desaparecía de un barco en mitad del océano. Sus cuerpos llegaban a veces a tierra y a veces no. Unas veces, las desapariciones eran explicables, otras no. ¿Qué relación podía haber entre la desaparición de un ingeniero inglés (cuyo comportamiento había sido muy extraño) y monsieur Mavradopolous, un hombre de negocios griego? Ninguna. Y suponiendo que el cuerpo del ingeniero inglés llegara a tierra antes de que los peces lo hubieran hecho inidentificable y se viera que había sido asesinado antes de caer al agua, ¿quién iba a probar que monsieur Mavradopolous —si para entonces quedaba algo de monsieur Mavradopolous aparte de las cenizas de su pasaporte— era el responsable del asesinato? Nadie.

Pensó en el telegrama que había enviado desde Atenas aquella tarde. «Lunes en casa», había dicho. ¡Lunes en casa! Se miró la mano sana y movió los dedos. El lunes podían estar muertos y empezando a descomponerse con el resto de la entidad que se llamaba a sí mismo Graham. Stephanie se llevaría un disgusto, pero se repondría rápidamente. Era resistente y sensata. Pero no le quedaría mucho dinero. Tendría que vender la casa. Debía haberse hecho un seguro más elevado. Si lo hubiera sabido... Pero claro, si *hay* compañías de seguros es porque no lo sabes. De todas formas, lo único que podía hacer era esperar que todo fuera rápido, que no fuera doloroso.

Se estremeció y empezó de nuevo a maldecir. Después recobró el ánimo. *Tenía* que pensar en alguna salida. Y no sólo por sí mismo y por Stephanie. Tenía además una labor que realizar. «A los enemigos de su país les interesa que, cuando llegue el deshielo y terminen las lluvias, la fuerza naval de Turquía sea exactamente la misma que ahora. Harán cualquier cosa para conseguirlo». ¡Cualquier cosa! Detrás de Banat estaba el agente alemán en Sofía, y detrás de éste. Alemania y los nazis. Sí, *tenía* que pensar en alguna salida. Si otros ingleses eran capaces de morir por su país, tenía que arreglárselas para sobrevivir por él. Entonces recordó otra de las afirmaciones del coronel Haki. «Tiene ventajas sobre el soldado. Sólo tiene que defenderse. No tiene que salir a campo abierto. Puede huir sin ser un cobarde».

Bueno, ahora no podía huir, pero lo demás seguía siendo cierto. No tenía que salir a campo abierto. Podía quedarse en su camarote, comer allí mismo, mantener la puerta cerrada con cerrojo. Podía también defenderse si llegara a ser necesario. ¡Por Dios que sí! Tenía el revólver de Kopeikin.

Lo había metido en la maleta, entre la ropa. Ahora, agradeciendo a su buena estrella el haberlo aceptado, lo sacó y lo sopesó con la mano.

Para Graham, un arma de fuego era una serie de expresiones matemáticas resueltas de forma que permitía a un hombre proyectar, apretando un botón, un proyectil capaz de atravesar blindaje hasta el centro de un blanco situado a unas millas de distancia. Era una pieza de maquinaria, ni más ni menos significativa que una aspiradora o un cortador de tocino. No tenía nacionalidad ni debía lealtad a nadie. No era sobrecogedora, ni simbolizaba otra cosa que la capacidad adquisitiva de su propietario. Siempre había sentido un interés muy lejano por los hombres que tenían que disparar los productos de su trabajo o que sufrir sus disparos (y, gracias al acendrado internacionalismo de su empresa, los mismos grupos de hombres tenían a veces que hacer ambas cosas). Para él, que conocía la capacidad de destrucción de un simple proyectil de cuatro pulgadas, las armas tenían que ser —sólo podían ser— cifras descarnadas. El hecho de que no lo fueran nunca no dejaba de asombrarle. Su actitud le llevaba a comprenderlas tan mal como el fogonero de un crematorio comprende la solemnidad de una tumba.

Pero aquel revólver era distinto. No era impersonal. Había una relación entre él y el cuerpo humano. Eso significaba que se podía ver el rostro del hombre a quien se disparaba tanto antes como después de hacerlo. Se podía ver y oír su agonía. Con un revólver en la mano no se puede pensar en el honor y la gloria, sólo en matar y ser muerto. No era una máquina con un operario. Eran la vida y la muerte en la mano, en forma de una disposición elemental de muelles y palancas y unos pocos gramos de plomo y de cordita.

Nunca había manejado un revólver. Lo examinó cuidadosamente. Encima de la guarda del gatillo llevaba grabado «Made in USA» y el nombre de una fábrica

americana de máquinas de escribir. Del otro lado había dos protuberancias deslizables. Una era el seguro. La otra, al moverse, liberaba la recámara, que caía de lado y mostraba las balas en sus seis huecos. Estaba muy bien hecho. Sacó las balas y apretó una o dos veces el gatillo experimentalmente. No era fácil con la mano vendada, pero podía hacerse. Metió de nuevo las balas.

Se sentía mejor. Banat podía ser un asesino profesional, pero las balas le afectaban como a todo el mundo. Y *tenía* que moverse primero. Había que ver las cosas desde su punto de vista. Había fracasado en Estambul y tenía que alcanzar de nuevo a su víctima. Se las había arreglado para subir al barco donde su víctima viajaba. Pero ¿le servía eso de mucho? Lo que hubiera hecho en Rumania como miembro de la Guardia de Hierro carecía de importancia ahora. Cualquiera puede permitirse el lujo de ser arrojado cuando le protegen un ejército de matones y un juez intimidado. Ciertamente, a veces se perdían pasajeros en los barcos, en mitad del océano; pero eso ocurría en grandes barcos de línea, no en un carguero de dos mil toneladas. Realmente era muy difícil matar a un hombre en un barco así sin que nadie lo descubriera. Podía hacerse, siempre que pudiera llevarse a la víctima sola a cubierta por la noche. Se la podía apuñalar y tirar por la borda. Pero primero había que llevarla allí, y era más que probable que lo vieran desde el puente. O que lo oyeran; un hombre apuñalado es capaz de hacer mucho ruido antes de llegar al agua. Y si es degollado, luego hay que justificar el montón de sangre que deja. Todo ello, además, suponiendo que se use el puñal con gran destreza. Banat era un pistolero, no un rebanacuellos. El maldito contable tenía razón. Había demasiada gente para asesinar a alguien en el barco. No le pasaría nada si tenía cuidado. El verdadero peligro empezaría cuando desembarcase en Génova.

Evidentemente, lo que tenía que hacer allí era acudir directamente al cónsul británico, explicarle todas las circunstancias del caso y conseguir protección policial hasta la frontera. Sí, eso era. Tenía una ventaja inapreciable sobre el enemigo. *Banat no sabía que le había identificado*. Supondría que la víctima no sospechaba nada, que podía tomarse su tiempo, que podía realizar mejor su trabajo entre Génova y la frontera francesa. Cuando descubriera su error ya no tendría oportunidad de rectificarlo. Lo único que había que hacer ahora era asegurarse de que no descubriera su error demasiado pronto. ¿Y si Banat, por ejemplo, había observado su precipitada retirada de la cubierta? Se le heló la sangre en las venas. Pero no, el hombre no estaba mirando. La suposición demostraba, no obstante, lo cuidadoso que tenía que ser. No era cuestión de hacerse el remolón en su camarote durante el resto del viaje. Eso despertaría sospechas inmediatamente. Tenía que aparentar lo mejor posible que no sospechaba nada y al mismo tiempo cuidar de no exponerse a ningún tipo de ataque. Tenía que asegurarse de estar siempre con algún otro pasajero, o cerca de él, cuando no estuviera en el camarote con la puerta cerrada. Tenía incluso que ser amable con

«monsieur Mavradopolous».

Se desabrochó la chaqueta y se metió el revólver en el bolsillo trasero del pantalón. Formaba un bulto absurdo e incómodo. Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y puso allí el revólver. También resultaba incómodo, y se veía el bulto por fuera. Banat no debía enterarse de que iba armado. El revólver podía quedarse en el camarote.

Lo metió de nuevo en la maleta y se levantó, sacando fuerzas de flaqueza. Iría directamente al salón a tomar una copa. Si Banat estaba allí, tanto mejor. Un poco de alcohol ayudaría a superar la tensión del primer encuentro. Sabía que iba a ser tenso. Iba a verse cara a cara con un hombre que ya había intentado matarle una vez y que lo iba a intentar de nuevo, y tenía que comportarse como si nunca le hubiera visto ni oído hablar de él. Su estómago empezaba a acusar las perspectivas. Pero tenía que conservar la calma. Su vida, se dijo, podía depender de la naturalidad de su comportamiento. Y cuanto más se lo pensase, menos natural sería. Mejor ponerse a ello.

Encendió un cigarrillo, abrió la puerta del camarote y subió al salón.

Banat no estaba allí. Casi rompió a reír de alivio. Estaban José y Josette, con unas copas delante, hablando con Mathis.

—Y así —decía éste con vehemencia— sigue todo. Los grandes periódicos de la derecha están en manos de personas interesadas en que Francia se gaste sus riquezas en armas y en que la gente en general no entienda demasiado bien lo que ocurre entre bastidores. Me alegro de volver a Francia porque es mi país. Pero no me pidan que aprecie a los que tienen a Francia en su mano. ¡Ah, no!

Su mujer le escuchaba con los labios apretados en una mueca de desaprobación. José bostezaba abiertamente. Josette asentía con simpatía, pero el rostro se le iluminó cuando vio a Graham.

—¿Y dónde se había metido nuestro inglés? —dijo inmediatamente—. Míster Kuvetli ha contado a todo el mundo lo bien que lo han pasado.

—Estaba en mi camarote, recuperándome de los excitantes acontecimientos de la tarde.

A Mathis no pareció agradaarle mucho la interrupción, pero dijo con bastante buen tono:

—Temía que estuviera enfermo, monsieur. ¿Se encuentra mejor ahora?

—Oh, sí, gracias.

—¿Estaba enfermo? —preguntó Josette.

—Me encontraba cansado.

—Es la ventilación —dijo rápidamente madame Mathis—. Yo también tengo náuseas y dolor de cabeza desde que subí al barco. Deberíamos protestar. Pero —hizo un gesto peyorativo dirigido a su marido— si él se encuentra cómodo lo demás le da

igual.

Mathis enseñó los dientes.

—¡Bah! No es más que mareo.

—Ridiculeces. El único que me marea eres tú.

José chasqueó la lengua con gran sonoridad y se apoyó en el respaldo de su asiento, mientras sus ojos cerrados y sus labios apretados parecían pedir al cielo que le librase de la vida doméstica.

Graham pidió un whisky.

—¿Whisky? —José se incorporó, marcando su asombro con un silbido—. ¿El inglés bebe whisky? —proclamó, para después añadir, frunciendo los labios y arrugando la cara para expresar idiocia aristocrática congénita—: ¡Un poco de whisky, por favor, viejo! —Miró a su alrededor, sonriendo, en espera del aplauso.

—Esa es su idea de los ingleses —explicó Josette—. Es muy estúpido.

—No estoy de acuerdo —dijo Graham—. No ha estado nunca en Inglaterra. Muchos ingleses que no han estado nunca en España creen que todos los españoles huelen a ajo.

Mathis soltó una risita.

José hizo ademán de levantarse de la silla.

—¿Pretende usted insultarme? —preguntó.

—En absoluto. Me limitaba a señalar que estos malentendidos existen. Usted, por ejemplo, no huele nada a ajo.

José se sentó de nuevo.

—Me alegra oírlo —dijo amenazadoramente—. Si yo pensara...

—¡Ah! ¡Cállate! —interrumpió Josette—. Te estás portando como un idiota.

Para alivio de Graham, la conversación se cortó con la entrada de míster Kuvetli, que sonreía abierta y alegremente.

—Vengo —dijo a Graham— a invitarle a tomar una copa.

—Es usted muy amable, pero acabo de pedir una. Supongamos que le invito yo.

—Muy amable. Tomaré vermut, por favor. —Se sentó—. ¿Ha visto que tenemos nuevo pasajero?

—Sí, monsieur Mathis me lo señaló. —Se volvió hacia el mayordomo, que le traía el whisky, y pidió el vermut de míster Kuvetli.

—Es caballero griego. Nombre Mavradopolous. Es hombre de negocios.

—¿A qué se dedica? —Graham observó con alivio que podía hablar de monsieur Mavradopolous con toda tranquilidad.

—Eso no lo sé.

—Eso no me importa —dijo Josette—. Acabo de verle. ¡Ugh!

—¿Qué le pasa?

—Sólo le gustan los hombres con aspecto de limpios y de tontos —dijo José,

vengativo—. Este griego tiene aspecto de sucio. Probablemente olería a sucio también, pero usa un perfume barato. —Agitó la mano en el aire—. *Nuit de Petits Gars! Numero soixante-neuf! Cinq francs la bouteille!*

Madame Mathis se quedó helada.

—Eres repugnante, José —dijo Josette—. Además, el perfume que tú usas sólo cuesta cincuenta francos la botella. Es asqueroso. Y no deberías decir cosas así. Vas a ofender a madame, que no está acostumbrada a tus bromas.

Pero madame Mathis ya se había ofendido.

—Es lamentable —dijo, furiosa— que se digan tales cosas cuando hay mujeres presentes. Ni siquiera entre hombres es de buena educación.

—¡Ah, sí! —dijo Mathis—. Mi mujer y yo no somos hipócritas, pero hay cosas que no se pueden decir. —Parecía complacerle poder, por una vez, ponerse del lado de su mujer. El asombro de ésta resultaba casi patético. Trataron de sacarle el mayor partido posible a la situación.

—Monsieur Gallindo debería excusarse —dijo ella.

—Debo insistir —dijo Mathis— en que pida excusas a mi mujer.

José los miró, asombrado y furioso.

—¿Pedir excusas? ¿Por qué?

—Las pedirá —dijo Josette. Se volvió hacia él y rompió a hablar en español—. Discúlpate, sucio idiota. ¿Quieres meterte en un lío? ¿No ves que está fanfarroneando delante de su mujer? Es capaz de hacerte pedazos.

José se encogió de hombros.

—Muy bien. —Miró insolentemente a los Mathis—. Les pido excusas. No sé por qué, pero se las pido.

—Mi esposa acepta sus excusas —dijo Mathis rígidamente—. No son muy amables, pero se aceptan.

—Uno de los oficiales dice —comentó con tácito míster Kuvetli— que no podremos ver Messina porque pasaremos de noche.

Pero su desmesurado cambio de tema no fue necesario, pues en ese momento Banat entró por la puerta de la cubierta de paseo.

Se quedó parado un momento mirándoles, con la gabardina desabrochada y el sombrero en la mano, como un hombre que entra en una pinacoteca escapando de la lluvia. Su pálido rostro estaba tenso por la falta de sueño, había ojeras bajo sus ojos pequeños y profundos, sus grandes labios estaban ligeramente torcidos, como si le doliera la cabeza.

Graham sintió que el pulso le golpeaba en la base del cráneo hasta el punto de marearle. Aquél era el verdugo. La mano que sujetaba el sombrero era la mano que disparó los tiros que habían rozado la suya, ahora extendida para asir un vaso de whisky. Aquél era el hombre que había matado a otros por sólo cinco mil francos,

gastos aparte.

Sintió que palidecía. Sólo había echado un vistazo al individuo, pero en su mente guardaba una imagen completa del mismo; una imagen completa, desde los polvorientos zapatos marrones hasta la corbata nueva, el cuello blando asqueroso y la cara cansada, con aspecto de oler mal, estúpida. Bebió unos sorbos de whisky y observó que míster Kuvetli obsequiaba al recién llegado con una sonrisa. Los otros miraban inexpresivos.

Banat se acercó lentamente al bar.

—*Bon soir*, monsieur —dijo míster Kuvetli.

—*Bon soir*. —Era un gruñido casi inaudible, como de alguien preocupado por no comprometerse aceptando algo que no deseaba. Llegó al bar y murmuró algo al mayordomo.

Había pasado cerca de madame Mathis, y Graham la vio fruncir el ceño. Después, también él captó un olor a perfume. Era esencia de rosas y muy fuerte. Recordó que el coronel Haki le había preguntado si había notado algún olor a perfume en su habitación del Adler-Palace después del ataque. La pregunta se explicaba. El hombre apestaba a perfume. El aroma impregnaría cuanto tocase.

—¿Va usted lejos, monsieur? —dijo míster Kuvetli.

El hombre le miró.

—No, Génova.

—Es una hermosa ciudad.

Banat se volvió sin responder hacia la copa que le había llenado el mayordomo. No había dirigido una sola mirada a Graham.

—No tiene usted buen aspecto —dijo Josette severamente—. Creo que no es sincero cuando dice que sólo está cansado.

—¿Está cansado? —dijo míster Kuvetli en francés—. Ah, es culpa mía. Con los monumentos antiguos siempre hay que andar mucho. —Parecía haber dejado a Banat por imposible.

—Oh, me encantó el paseo.

—Es la ventilación —repitió, obstinada, madame Mathis.

—El aire —concedió su marido— *está* algo enrarecido. —Ponía gran cuidado en demostrar que excluía a José del círculo de sus interlocutores—. Pero ¿qué puede pedirse por tan poco dinero?

—¡Tan poco! —exclamó José—. Eso está muy bien. Para mí ya es bastante caro. Yo no soy millonario.

Mathis enrojeció, furioso.

—Hay formas más caras de viajar de Estambul a Génova.

—Siempre hay una forma más cara de hacer algo —replicó José.

—Mi marido siempre exagera —dijo rápidamente Josette.

—Hoy en día sale muy caro viajar —proclamó Kuvetli.

—Pero...

La discusión, estúpida y sin sentido, se prolongó; una forma de enmascarar el antagonismo entre José y los Mathis. Graham escuchaba distraído. Sabía que tarde o temprano Banat tenía que mirarle, y quería ver esa mirada. No es que fuera a decirle más de lo que ya sabía, pero de todas formas quería verla. Podía mirar a Mathis y aun ver a Banat por el rabillo del ojo. Banat se acercó la copa de coñac a los labios y bebió un poco. Después, mientras dejaba la copa, miró directamente a Graham.

Graham se apoyó en el respaldo de su asiento.

—... pero —decía Mathis— comparen el servicio que se recibe. En el tren hay una *courette* en un compartimiento con otras personas. Se duerme... a lo mejor. En Belgrado hay que esperar los vagones de Bucarest y en Trieste los de Budapest. Hay inspecciones de pasaportes a medianoche, y de día la comida es espantosa. Hay ruido y hay polvo y hollín. No puedo concebir...

Graham vació su copa. Banat le estaba inspeccionando con gran discreción, como el verdugo inspecciona al hombre que va a ejecutar a la mañana siguiente, pesándolo mentalmente, mirándole el cuello, calculando la caída.

—Hoy en día sale muy caro viajar —dijo otra vez mister Kuvetli.

En ese momento sonó el gong anunciando la cena. Banat dejó la copa y salió de la habitación. Los Mathis le siguieron. Graham vio que Josette le miraba con curiosidad. Se puso en pie. De la cocina llegaba olor a comida. La mujer italiana entró con su hijo y ambos ocuparon sus puestos en la mesa. Sólo pensar en la comida le ponía enfermo.

—¿Está seguro de que se siente bien? —le dijo Josette mientras se acercaban a las mesas de comedor—. No lo parece.

—Perfectamente seguro. —Buscó desesperadamente algo más que decir y pronunció las primeras palabras que le vinieron a la cabeza—. Madame Mathis tiene razón. La ventilación no es buena. Podríamos pasear por cubierta después de la cena.

Josette alzó las cejas.

—¡Ah, ahora sé que no puede sentirse bien! Se ha vuelto muy cortés. Pero muy bien, iré con usted.

Graham sonrió con afectación, se dirigió a su mesa e intercambió discretos saludos con los dos italianos. Hasta haberse sentado no se dio cuenta de que a su lado habían dispuesto un cubierto más.

Su primer impulso fue levantarse y marcharse. Ya era bastante malo encontrarse con Banat en el barco; tener que comer en la misma mesa resultaba insoportable. Pero todo dependía de su capacidad de comportarse normalmente. *Tenía* que quedarse. Tenía que intentar pensar en Banat como monsieur Mavradopolous, un hombre de negocios griego, a quien nunca había visto ni oído. Tenía que...

Haller entró y se sentó a su lado.

—Buenas noches, míster Graham. ¿Lo pasó bien en Atenas esta tarde?

—Sí, gracias. Míster Kuvetli quedó adecuadamente impresionado.

—Ah, sí, claro. Hacía usted de guía. Seguro que está cansado.

—A decir verdad, me faltaron fuerzas. Tomé un taxi. El chófer se encargó de las explicaciones. Como míster Kuvetli habla muy bien el griego, todo funcionó muy satisfactoriamente.

—¿Habla griego a pesar de no haber estado nunca en Atenas?

—Parece que nació en Esmirna. Aparte de eso, lamento comunicarle que no descubrí nada. Mi opinión particular es que es un pesado.

—Es decepcionante. Tenía esperanzas... En cualquier caso, no hay nada que hacer. Si quiere que le diga la verdad, después lamenté no haber ido con ustedes. Supongo que subieron al Partenón.

—Sí.

Haller sonrió como disculpándose.

—Cuando se llega a mi edad, se piensa a veces en la proximidad de la muerte. Esta tarde pensaba en lo mucho que me habría gustado ver una vez más el Partenón. Dudo que tenga otra oportunidad de hacerlo. Solía pasar horas a la sombra de los Propileos, contemplándolo y tratando de comprender a los hombres que lo construyeron. Entonces era joven y no sabía lo difícil que al hombre occidental le resulta comprender el alma clásica, cargada de sueños. Están tan lejos... El dios de la forma superlativa ha sido sustituido por el dios de la fuerza superlativa, y entre ambas concepciones no hay más que distancia. Los hijos de Fausto son incapaces de comprender la idea de destino simbolizada en las columnas dóricas. Para nosotros...

—Se interrumpió—. Disculpe. Veo que tenemos un nuevo pasajero. Supongo que se sentará aquí.

Graham elevó la mirada con esfuerzo.

Banat había entrado y se había detenido, mirando las mesas. El mayordomo apareció con unos platos de sopa y le señaló el cubierto situado junto a la mujer italiana. Banat se aproximó, contempló la mesa y se sentó. Inclino la cabeza, sonriendo débilmente.

—Mavradopolous —dijo—. *Je parle français un petit peu.*

Su voz era monótona y ronca, y ceceaba un poco. El olor a esencia de rosas cruzó la mesa.

Graham le devolvió una distraída inclinación de cabeza. Ahora que el momento había llegado, se sentía muy tranquilo.

El aspecto de asco reprimido de Haller era casi cómico.

—Haller —dijo con gran pompa—. A su lado, signora y signor Beronelli. Este es míster Graham.

Banat les hizo una nueva inclinación de cabeza y dijo:

—Hoy he tenido un largo viaje. Desde Salónica.

Graham hizo un esfuerzo.

—Yo hubiera pensado —dijo— que es más fácil ir de Salónica a Génova en tren.

—Se sentía extrañamente sin aliento y su propia voz le sonaba irreconocible.

En el centro de la mesa había un recipiente con pasas, y Banat se metió algunas en la boca antes de responder.

—No me gustan los trenes —se limitó a decir. Miró a Haller—. ¿Es usted alemán, monsieur?

Haller frunció el ceño.

—Lo soy.

—Es un buen país, Alemania. —Dirigió su atención a la signora Beronelli—. Italia también es bueno. —Cogió más pasas.

La mujer sonrió e inclinó la cabeza. El muchacho parecía enfadado.

—¿Y qué piensa usted de Inglaterra? —dijo Graham.

Los ojitos cansados se posaron en los suyos con frialdad.

—Nunca he estado en Inglaterra. —Los ojos se perdieron por la mesa—. La última vez que estuve en Roma —dijo—, vi un magnífico desfile del ejército italiano con cañones y carros blindados y aeroplanos. —Tragó las pasas—. Los aeroplanos eran un gran espectáculo, le hacían a uno pensar en Dios.

—¿Y por qué hacían eso, monsieur? —preguntó Haller. Evidentemente, monsieur Mavradopolous no le agradaba.

—Hacen que uno piense en Dios. Es todo lo que sé. Se siente en el estómago. También una tormenta le hace a uno pensar en Dios. Pero esos aviones eran mejores que una tormenta. Sacudían el aire como si fuera de papel.

Mientras observaba los labios grandes y tímidos que enunciaban cosas tan absurdas, Graham se preguntó sin un jurado inglés que juzgase a aquel hombre por asesinato le declararía loco. Probablemente no; mataba por dinero, y la ley no considera que alguien que mata por dinero esté loco. Pero *estaba* loco. Su locura era la de la mente inconsciente desnuda, la del «salto atrás», la de una mente capaz de descubrir la majestad de Dios en el trueno y el rayo, el rugido de los bombarderos o el disparo de una bala de cañón de quinientas libras; la sobrecogedora locura del magma primigenio. Para aquel hombre, matar *podía* ser un negocio. Sin duda, alguna vez se habría sorprendido de lo bien dispuesta que estaba la gente a pagar algo que podían hacer ellos mismos. Pero, naturalmente, habría llegado a la conclusión, compartida por otros hombres de negocios astutos, de que él era más listo que sus colegas. Su forma de entender el asunto del asesinato era como la del empleado de lavabos en relación con sus lavabos o la del corredor de bolsa en relación con su comisión: estrictamente práctica.

—¿Va usted a Roma esta vez? —dijo Haller cortésmente. Era la pesada cortesía de un anciano con un joven tonto.

—Voy a Génova —dijo Banat.

—Tengo entendido —dijo Graham— que lo que hay que ver en Génova es el cementerio.

Banat escupió un hueso de pasa.

—¿Sí? ¿Por qué? —Obviamente, ese tipo de comentarios no iban a desconcertarle.

—Parece ser que es muy grande y está muy bien dispuesto, y que tiene unos cipreses extraordinarios.

—Quizá vaya.

El camarero trajo la sopa. Haller se volvió hacia Graham, marcando bastante el gesto, y se puso a hablar otra vez del Partenón. Daba la impresión de que le gustaba ordenar sus pensamientos en voz alta. El monólogo resultante no exigía de su interlocutor más que algún asentimiento ocasional. Del Partenón pasó a las ruinas prehelénicas, los cuentos heroicos arios y la religión védica. Graham comía mecánicamente, escuchaba y observaba a Banat. El hombre se metía la comida en la boca como si le gustara. Después, mientras masticaba, paseaba la mirada por todo el cuarto como un perro que vigila su plato de desperdicios. Había algo patético en él. Resultaba patético —Graham se apercibió con sobresalto—, igual que un mono, por su parecido con el hombre, resulta patético. No estaba loco. Era un animal, un animal peligroso.

La cena llegó a su fin. Haller, como de costumbre, se fue con su mujer. Aprovechando gustoso la oportunidad, Graham se levantó también, cogió su abrigo y salió a cubierta. El viento había perdido fuerza y el bamboleo del barco era largo y lento. Iba a buena velocidad, y el agua que resbalaba por sus costados silbaba y hervía como si estuviera al rojo. Era una noche fría y despejada.

Sentía el olor a esencia de rosas en el fondo de la garganta y en las fosas nasales. Aspiró el aire inodoro y fresco a todo pulmón, con un placer consciente. Había superado, se dijo, el primer obstáculo. Había estado sentado frente a Banat y había hablado con él sin delatarse. El hombre no podía ni sospechar que era conocido y comprendido. Lo demás sería fácil. Sólo tenía que conservar la calma.

Oyó unos pasos a sus espaldas y giró rápidamente, con los nervios de punta.

Era Josette. Se acercó a él sonriendo.

—¡Ah! Conque ésa es su cortesía. Me pide que paseemos juntos, pero no me espera. Tengo que encontrarle yo. Es usted muy malo.

—Lo siento. El ambiente del salón estaba tan cargado que...

—El salón no está tan cargado, y usted lo sabe muy bien. —Le tomó del brazo—. Ahora vamos a pasear y me va a contar lo que *en realidad*, le ocurre.

La miró sorprendido.

—¿Lo que *en realidad* me ocurre? ¿Qué quiere decir?

Josette adoptó aires de *grande dame*.

—Así que no piensa decírmelo. No quiere contarme por qué cayó en este barco. No quiere contarme qué le ha ocurrido hoy que le ha puesto tan nervioso.

—¡Nervioso! Pero...

—¡Sí, monsieur Graham, nervioso! —Abandonó a la *grande dame* encogiéndose de hombros—. Lo lamento, pero no es la primera vez que veo a una persona que está pasando miedo. No tienen para nada el aspecto de la gente que está cansada o de la gente que se sofoca en un cuarto cargado. Tienen un aspecto especial. Se les vuelve la cara muy pequeña y muy gris alrededor de la boca y no paran de mover las manos. —Habían llegado a las escaleras que conducían a la cubierta de botes. Josette se volvió y le miró—. ¿Subimos?

Asintió. También habría asentido si le hubiera pedido que saltase con ella al agua. Sólo podía pensar en una cosa. Si *ella* sabía reconocer a un hombre atemorizado, también Banat sabría. Y si Banat había notado... Pero no podía haberlo notado. No podía. Él...

Ya estaban en la cubierta de botes, y Josette volvió a tomarle del brazo.

—Hace una noche preciosa —dijo—. Me alegra que podamos pasear así. Esta mañana temí haberle disgustado. La verdad es que no quería ir a Atenas. Ese oficial que se cree tan simpático me invitó a ir y no acepté. Pero hubiera ido con usted si me lo hubiera pedido. No se lo digo por adularle. Le estoy diciendo la verdad.

—Es usted muy amable —murmuró Graham.

Josette le remedó.

—«Es usted muy amable». Ah, y usted demasiado solemne. Como si yo no le gustase.

Graham consiguió sonreír.

—Oh, desde luego que me gusta.

—¿Pero no confía en mí? Me hago cargo. Me ha visto bailar en el cabaret Le Jockey, como hombre experimentado, se dice: «¡Ah! Hay que tener cuidado con esta señora». ¿Eh? Pero yo soy una amiga. Es usted tan tonto...

—Sí, soy tonto.

—Pero ¿le *gusto* o no?

—Sí, me gusta. —En su mente empezaba a tomar forma una sugerencia fantástica, estúpida.

—Entonces tiene que confiar en mí.

—Sí, tengo que hacerlo.

Era absurdo, desde luego. No podía confiar en ella. Sus motivaciones eran claras como el agua. No podía confiar en nadie. Estaba solo, infernalmente solo. Si pudiera

comentarlo con alguien no sería tan malo. Cabía suponer que Banat había notado que estaba nervioso y llegado por ello a la conclusión de que estaba en guardia. ¿Había visto o no? Ella podía decírselo.

—¿En qué está pensando?

—En mañana. —Le había dicho que era su amiga.

Si algo necesitaba en ese momento, Dios sabía que ese algo era un amigo. Cualquier amigo. Alguien con quien hablar, con quien discutir el asunto. Sólo él lo conocía. Si le pasaba algo no quedaría nadie para acusar a Banat. Se iría con toda libertad a cobrar sus honorarios. Josette tenía razón. Era una estupidez desconfiar de ella simplemente porque bailaba en salas de fiesta. Después de todo, a Kopeikin le gustaba, y él no era ningún estúpido en asuntos de mujeres.

Habían llegado al rincón situado bajo la estructura del puente. Josette se detuvo, como él ya se figuraba.

—Si nos quedamos aquí —dijo la mujer—, voy a coger frío. Será mejor que sigamos dando vueltas y vueltas a la cubierta.

—Creí que quería preguntarme algunas cosas.

—Ya le he dicho que no soy curiosa.

—En efecto. ¿Recuerda que ayer por la noche le dije que había venido a este barco para eludir a alguien que quería matarme, y que esto —levantó la mano derecha— era una herida de bala?

—Sí. Lo recuerdo. Fue un chiste malo.

—Un chiste muy malo. Desgraciadamente, resulta que es cierto.

Ya lo había soltado. No podía verle la cara, pero la oyó respirar profundamente y sintió que le hundía los dedos en el brazo.

—Me está mintiendo.

—Me temo que no.

—Pero usted es ingeniero —dijo acusadoramente—. Usted mismo lo dijo. ¿Qué ha hecho para que alguien quiera matarle?

—No he hecho nada. —Vaciló—. Sencillamente, tengo un asunto importante entre manos. Ciertos competidores no quieren que vuelva a Inglaterra.

—Ahora está mintiendo.

—Sí, estoy mintiendo, pero no mucho. *Tengo* un asunto importante entre manos y *hay* gente que no quiere que vuelva a Inglaterra. Contrataron a gente para que me matase en Gallípoli, pero la policía turca los detuvo antes de que pudieran intentarlo. Entonces contrataron a un asesino profesional para hacer el trabajo. La otra noche, cuando regresé al hotel a la vuelta del cabaret Le Jockey, me estaba esperando. Me disparó y sólo me dio en la mano.

Josette respiraba agitadamente.

—¡Qué atrocidad! ¡Una bestialidad! ¿Lo sabe Kopeikin?

—Sí. Mi viaje en este barco es en parte idea suya.

—Pero ¿quién es esa gente?

—Sólo tengo noticias de uno. Se llama Moeller y vive en Sofía. La policía turca me dijo que es un agente alemán.

—*Salop!* Pero ahora no puede tocarle.

—Puede, desgraciadamente. Mientras estaba en tierra con Kuvetli subió otro pasajero a bordo.

—¿El hombrecito oloroso? ¿Mavradopolous? Pero...

—Su verdadero nombre es Banat. Es el asesino profesional que disparó contra mí en Estambul.

—Pero ¿cómo lo sabe? —preguntó sin aliento.

—Estaba en el cabaret Le Jockey, observándome. Me había seguido hasta allí para asegurarse de que estuviera lejos mientras forzaba mi habitación del hotel. Cuando disparó contra mí, la habitación estaba oscura, pero la policía me enseñó después su fotografía y pude identificarle.

Josette permaneció un instante en silencio. Después dijo despacio:

—No es muy bonito. Ese hombrecito es un tipo sucio.

—No, no es muy bonito.

—Tiene que ver al capitán.

—Gracias. Ya he tratado una vez de ver al capitán. No pasé del contable. Cree que estoy loco o borracho, o que miento.

—¿Qué piensa hacer?

—De momento, nada. El no sabe que yo sé quién es. Creo que esperará hasta Génova antes de intentarlo otra vez. Cuando llegemos allí, iré a ver al cónsul británico y le pediré que alerte a la policía.

—Pero yo creo que sí sabe que sospecha de él. Cuando estábamos en el *salone* antes de cenar y el francés hablaba de trenes, este individuo le estaba observando. También míster Kuvetli le observaba. Tenía un aspecto extraño, ¿sabe?

Le dio un vuelco el estómago.

—Supongo que quiere decir que parecía aterrorizado. Estaba asustado. Lo confieso. ¿Cómo no iba a estarlo? No estoy acostumbrado a que la gente quiera matarme. —Había levantado la voz. Notó que temblaba con una especie de furia histérica.

Josette le apretó de nuevo el brazo.

—¡Ssh! No hable tan alto. —Y después—: ¿Por qué importa tanto que lo sepa?

—Si lo sabe, significa que tendrá que hacer algo antes de que llegemos a Génova.

—¿En este barquito? No se atrevería. —Hizo una pausa—. José lleva un revólver en su caja. Trataré de conseguirselo.

—Ya tengo un revólver.

—¿Dónde?

—Está en mi maleta. En el bolsillo se nota. No quería que él descubriera que me siento amenazado.

—Si lleva el revólver encima no estará en peligro. Déjele que lo vea. Si un perro nota que está nervioso, le morderá. Con tipos así tiene que demostrar que es peligroso, y entonces se asustan. —Le cogió por el otro brazo—. Ah, no necesita preocuparse. Llegará a Génova y acudirá al cónsul inglés. Deje de pensar en esa sucia bestia perfumada. Cuando llegue a París ya le habrá olvidado.

—Si llego a París.

—Es usted imposible. ¿Por qué no iba a llegar a París?

—Usted cree que soy idiota.

—Yo creo que a lo mejor está cansado. Su herida...

—Sólo fue un arañazo.

—Ah, pero no se trata del tamaño de la herida. Es el sobresalto.

Graham sintió de pronto ganas de echarse a reír. Lo que Josette decía era cierto. Realmente, no había superado aquella noche horrible con Kopeikin y Haki. Tenía los nervios de punta. Se preocupaba más de lo necesario.

—Cuando lleguemos a París, Josette, la invitaré a la mejor cena que pueda comprarse con dinero —dijo.

Josette se aproximó a él.

—No quiero que me invite a nada, *chéri*. Quiero gustarle. ¿Le *gusto*?

—Claro que me gusta. Ya se lo he dicho.

Su mano izquierda se posó sobre el cinturón del abrigo de Josette. El cuerpo de la mujer se movió de pronto y se apretó contra el suyo. Un instante después la había abrazado y la estaba besando.

Cuando se le cansaron los brazos, Josette se echó atrás, apoyándose en él y en la barandilla.

—¿Se encuentra mejor, *chéri*?

—Sí, me encuentro mejor.

—Entonces quiero un cigarrillo.

Le dio el cigarrillo, y ella le miró a través de la luz de la cerilla.

—¿Está usted pensando en esa dama de Inglaterra con quien está casado?

—No.

—Pero ¿*pensará* en ella?

—Si no deja de hablarme de ella tendré que pensar en ella.

—Ya veo. Para usted soy parte del viaje de Estambul a Londres. Como míster Kuvetli.

—No exactamente igual que míster Kuvetli. No pienso besar a míster Kuvetli, si

puedo evitarlo.

—¿Qué piensa de mí?

—Pienso que es usted muy atractiva. Me gustan su pelo y sus ojos y el perfume que usa.

—Eso está muy bien. ¿Quiere que le diga algo, *chéri*?

—¿Qué?

Empezó a hablar muy dulcemente.

—Este barco es muy pequeño; los camarotes son muy pequeños; las paredes son muy delgadas; y hay gente por todas partes.

—¿Sí?

—París es muy grande, y allí hay hoteles muy bonitos con grandes habitaciones y gruesos muros. No hay necesidad de ver a nadie que no se quiera ver. ¿Y sabe usted, *chéri*, que cuando se viaja de Estambul a Londres y se llega a París a veces hay que esperar una semana antes de seguir viaje?

—Eso es mucho tiempo.

—Es por la guerra ¿sabe? Siempre hay dificultades. La gente tiene que esperar días y más días para obtener un permiso de salida de Francia. Tienen que ponerle un sello especial en el pasaporte, y no le dejan montar en el tren que va a Inglaterra si no lleva ese sello. Tiene que conseguirlo en la *Préfecture*, y hay mucho *chichi*. Tiene que quedarse en París hasta que las viejas de la *Préfecture* encuentren tiempo para ocuparse de su instancia.

—Muy molesto.

Josette suspiró.

—Podríamos pasarlo muy bien esa semana o diez días. No me refiero al Hotel des Belges. Es un lugar sucio. Pero están el Hotel Ritz y el Hotel Lancaster y el Georges Cinque... —Hizo una pausa, y Graham supo que le tocaba decir algo.

Lo dijo.

—Y el Crillon y el Meurice.

Josette le oprimió el brazo.

—Es usted muy simpático. Pero ¿me comprende? Un apartamento es más barato, mas por tan poco tiempo es imposible. En un hotel barato no hay forma de pasarlo bien. De todas maneras, yo no soy extravagante. Hay bonitos hoteles que cuestan menos que el Ritz o el Georges Cinque y así queda más dinero para ir a comer y a bailar a sitios agradables. Hay sitios bonitos hasta en tiempos de guerra. —La punta incandescente de su cigarrillo dibujó un gesto impaciente—. Pero no debo hablar de dinero. Conseguiré que las viejas de la *Préfecture* le den su permiso demasiado pronto y yo me llevaré una decepción.

—Mire, Josette, si sigue así voy a empezar a pensar que habla en serio —dijo Graham.

—¿Y cree que no hablo en serio? —Estaba indignada.

—Estoy perfectamente seguro de ello.

Josette se echó a reír.

—Sabe usted ser grosero de una forma muy cortés. Se lo contaré a José. Le divertirá.

—Me parece que no tengo ganas de divertir a José. ¿Vamos abajo?

—¡Ah, se ha enfadado! Cree que le estoy tomando el pelo.

—En absoluto.

—Entonces bésame.

Unos segundos más tarde dijo dulcemente:

—Me gusta usted mucho. No me importaría mucho una habitación de cincuenta francos al día. Pero el Hotel des Belges es horrible. No quiero volver allí. ¿No está enfadado conmigo?

—No, no estoy enfadado con usted. —Su cuerpo era suave y cálido e infinitamente accesible. Le había hecho sentir como si Banat y el resto del viaje no importaran en realidad. Se sintió agradecido y la compadeció. Decidió comprarle un bolso al llegar a París y meter un billete de mil francos en su interior antes de dárselo—. Lo comprendo. No tiene por qué volver al Hotel des Belges.

Cuando por fin regresaron al salón ya habían dado las diez. José y m^{is}ter Kuvetli estaban jugando a las cartas.

José jugaba con los labios apretados por la concentración y no les prestó la menor atención, pero m^{is}ter Kuvetli levantó la vista. Su sonrisa era enfermiza.

—Madame —dijo lastimeramente—, su esposo juega muy bien a las cartas.

—Tiene mucha práctica.

—Ah, sí, no cabe duda. —Puso una carta en la mesa. José aplastó otra encima triunfalmente. El rostro de m^{is}ter Kuvetli se ensombreció.

—Yo gano —dijo José, recogiendo dinero de la mesa—. Ha perdido usted ochenta y cuatro liras. Si hubiéramos jugado liras en vez de céntimos le habría ganado ocho mil cuatrocientas liras. Eso sería interesante. ¿Jugamos un poco más?

—Me parece que voy a acostarme —dijo m^{is}ter Kuvetli apresuradamente—. Buenas noches, messieurs-dame. —Salió.

José se pasó la lengua por los dientes como si el juego le hubiera dejado mal sabor de boca.

—Todo el mundo se va en seguida a la cama en este asqueroso barco —dijo—. Es muy aburrido. —Levantó los ojos hacia Graham—. ¿Quiere usted jugar?

—Lo lamento, pero yo también tengo que irme a la cama.

José se encogió de hombros.

—Muy bien. Adiós. —Echó una mirada a Josette y empezó a repartir cartas para

dos jugadores—. Podemos jugar tú y yo.

Josette miró a Graham y sonrió desolada.

—Si no lo hago se pondrá desagradable. Buenas noches, monsieur.

Graham sonrió y se despidió. Se sentía aliviado.

Cuando llegó al camarote se sentía bastante más optimista que cuando salió de él por la tarde.

¡Qué sensata era! ¡Y qué estúpido había sido! Con hombres como Banat era peligroso ser sutil. Si un perro nota que estás nervioso, te morderá. A partir de entonces llevaría el revólver. Más aún, lo usaría si Banat intentaba cualquier tontería. Había que oponer fuerza a la fuerza.

Se inclinó para sacar la maleta de debajo de la cama. Iba a coger el revólver inmediatamente.

Se detuvo de pronto. Su nariz había captado durante un segundo el olor dulce y empalagoso de la esencia de rosas.

El perfume era débil, casi imperceptible, y no pudo detectarlo otra vez. Se quedó un instante inmóvil, diciéndose que debía ser su imaginación. El pánico se apoderó de él.

Con dedos temblorosos, abrió bruscamente las cerraduras de la maleta y levantó la tapa.

El revólver había desaparecido.

Se desvistió lentamente, se metió en la cama y se quedó tumbado mirando las grietas del amianto protector de una tubería de vapor que cruzaba el cielo raso. Sentía en la boca le sabor del lápiz de labios de Josette. El sabor era lo único que le quedaba como recuerdo de la seguridad con que había vuelto al camarote, esa seguridad en sí mismo ahora barrida por un miedo que le llenaba la mente a borbotones, como la sangre que mana de una arteria seccionada; un miedo coagulante que paralizaba el pensamiento. Sólo sus sentidos parecían vivos.

Del otro lado de la división, Mathis terminaba de lavarse los dientes y trepaba entre muchos gruñidos y crujidos a la litera superior. Finalmente se tumbó, suspirando.

—¡Otro día!

—Mejor que mejor. ¿Está abierto el ojo de buey?

—No cabe duda. Siento una corriente muy desagradable en la espalda.

—No vayamos a enfermarnos como el inglés.

—Eso no tenía nada que ver con el aire. Estaba mareado. No quería confesarlo porque no es correcto que un inglés se maree. A todos los ingleses les gusta creerse grandes marineros. Es *drôle*, pero me cae bien.

—Eso es porque escucha todas tus tonterías. Es cortés..., demasiado cortés. El y el alemán se saludan ya como si fueran amigos. *Eso no es correcto. Si ese Gallindo...*

—Oh, ya hemos hablado bastante de él.

—La signora Beronelli dijo que tropezó con ella en las escaleras y ni siquiera se disculpó.

—Es un tipo asqueroso.

Se produjo un silencio. Después:

—¡Robert!

—Estoy medio dormido.

—¿Recuerdas que te dije que el marido de la signora Beronelli murió en el terremoto?

—¿Y qué pasa?

—Esta tarde hablé con ella. Es una historia terrible. No murió por el terremoto. Lo fusilaron.

—¿Por qué?

—Ella no quiere que lo sepa nadie. No debes decir una palabra.

—¿Y bien?

—Fue durante el primer terremoto. Cuando terminaron los grandes temblores, volvieron a su casa desde el campo, donde se habían refugiado. La casa estaba en

ruinas. Quedaba parte de un muro y él montó un refugio con algunas tablas. Encontraron algo de comida en la casa, pero los depósitos se habían roto y no había agua. La dejó con el chico, su hijo, y salió en busca de agua. Cerca de allí estaba la casa de unos amigos suyos que se encontraban en Estambul. También esa casa se había derrumbado, pero él se metió entre las ruinas buscando los depósitos de agua. Los encontró, y uno de ellos no estaba roto. No tenía donde meter el agua para llevársela, así que trató de encontrar alguna lata o una jarra. Encontró una jarra. Era de plata y estaba aplastada en parte por las piedras que habían caído. Después del terremoto habían destacado patrullas de soldados para evitar pillajes, muy frecuentes porque había cosas valiosas tiradas por todas partes entre las ruinas. Cuando estaba allí parado tratando de enderezar la jarra, un soldado le detuvo. La signora Baronelli no sabía nada de esto, y cuando vio que no volvía, salió a buscarle con su hijo. Pero era tal el caos que no pudo hacer nada. Al día siguiente se enteró de que le habían fusilado. ¿No es una tragedia horrible?

—Sí, es una tragedia. Son cosas que pasan.

—Si el buen Dios le hubiera matado en el terremoto, ella lo podría soportar mejor. ¡Pero que le fusilasen! Es una mujer muy valiente. No culpa a los soldados. Con tanto caos no se les puede echar la culpa. Fue la Voluntad del buen Dios.

—Es un comediante. Ya me había dado cuenta.

—No blasfemes.

—Eres tú quien blasfema. Hablas del buen Dios como si fuera un camarero con un matamoscas. Da un golpe y mata algunas. Pero una escapa. ¡Ah, *le salaud!* El camarero golpea de nuevo y la mosca es aplastada como las demás. El buen Dios no es así. No fabrica terremotos ni tragedias. Pertenece a la mente.

—Eres insoportable. ¿No te da pena la pobre mujer?

—Sí, me da pena. Pero ¿de qué sirve celebrar aquí otro funeral? ¿Le servirá de algo que me desvele discutiendo en vez de dormirme, que es lo que deseo? Te lo ha contado porque le gusta hablar de ello. ¡Pobrecita! La consuela convertirse en la heroína de una tragedia. El hecho mismo se hace menos real. Pero si no hay público, no hay tragedia. Si me lo cuenta a mí, también yo seré un público atento. Se me llenarán los ojos de lágrimas. Pero tú no eres la heroína. Duérmete.

—Eres una bestia sin imaginación.

—También las bestias tienen que dormir. ¡Buenas noches, *chérie!*

—¡Camello!

No hubo respuesta. Unos segundos más tarde, el hombre suspiró profundamente y dio una vuelta en la cama. Pronto empezó a roncar suavemente.

Graham permaneció un rato despierto, escuchando el ruido del mar y la palpación regular de los motores. ¡Un camarero con un matamoscas! En Berlín había un hombre, a quien nunca había visto y cuyo nombre no conocía, que le había

condenado a muerte; en Sofía había un hombre llamado Moeller que había recibido instrucciones de ejecutar la sentencia; y allí mismo, a unas pocas yardas de distancia, en el camarote número nueve, estaba el verdugo, con una pistola automática calibre nueve milímetros, dispuesto, tras haber desarmado al condenado, a cumplir con su cometido y cobrar sus honorarios. Todo ello era tan impersonal, tan desapasionado, como la justicia misma. Tratar de impedirlo era tan fútil como discutir con el verdugo en el patíbulo.

Intentó pensar en Stephanie y comprobó que no podía. Las cosas de las que ella formaba parte, su casa, sus amigos, habían dejado de existir. Era un hombre solo, transportado a una tierra extraña con la muerte por fronteras; solo, con la excepción de una persona a quien podía hablar de sus horrores. Ella era cordura. Ella era realidad. La necesitaba a Stephanie. La suya era una voz y una cara mortecina en el recuerdo, como las otras caras y voces de un mundo que una vez conoció.

Su pensamiento se perdió en un inquieto dormir. Después soñó que caía por un precipicio y se despertó sobresaltado. Encendió la luz y cogió uno de los libros que había comprado por la tarde. Era una novela policíaca. Leyó unas páginas y la dejó. No iba a poder dormirse leyendo relaciones de agujeros «limpios, con un hilo de sangre» en la sien derecha de cadáveres que «yacían grotescamente retorcidos en la agonía final de la muerte».

Se levantó de la cama, se echó una manta encima y se sentó a fumar un cigarrillo. Decidió pasar el resto de la noche así: sentado y fumando cigarrillos. Tumbado se sentía más desvalido. Si por lo menos tuviese un revólver...

Allí sentado, pensó que tener o no un revólver es en realidad tan importante para un hombre como tener o no el sentido de la vista. El haber sobrevivido tantos años sin revólver sólo podía deberse a la buena fortuna. Un hombre sin revólver estaba tan indefenso como una cabra atada en una jungla. ¡Qué increíble idiotez al dejarlo en la maleta! Si al menos...

Y entonces recordó algo que le había dicho Josette.

«José lleva un revólver en su caja. Trataré de conseguírselo».

Respiró hondo. Estaba a salvo. José tenía un revólver. Josette se lo iba a conseguir. Todo iba a salir bien. Josette estaría en cubierta a eso de las diez. Esperaría hasta estar seguro de encontrarla, le contaría lo sucedido y le pediría que trajese el revólver inmediatamente. Con suerte podía tenerlo en el bolsillo a la media hora, más o menos, de abandonar el camarote. Podría sentarse a comer con el bulto del cacharro en el bolsillo. Había que agradecer a Dios la suspicaz naturaleza de José.

Bostezó y apagó el cigarrillo. Era idiota quedarse allí sentado toda la noche; idiota, incómodo y aburrido. Además, tenía sueño. Puso de nuevo la manta en la cama y se tumbó otra vez. A los cinco minutos estaba dormido.

Cuando se despertó, un creciente de luz solar que entraba inclinado por el ojo de

buey subía y bajaba en la pintura blanca del mamparo. Se quedó tumbado contemplándolo hasta que tuvo que levantarse para abrir la puerta al mayordomo, que le traía el café. Eran las nueve en punto. Bebió despacio el café, se fumó un cigarrillo y se bañó con agua de mar caliente. Cuando terminó de vestirse ya eran casi las diez. Se puso el abrigo y salió del camarote.

El pasillo al que se abrían los camarotes permitía escasamente el paso de dos personas al mismo tiempo. Formaba tres lados de un cuadrado cuyo cuarto lado ocupaban las escaleras del salón, la cubierta de paseo y dos pequeños espacios libres, donde habían colocado una pareja de polvorientas palmeras en macetas de barro. Estaba a una o dos yardas del final del pasillo cuando se dio de bruces con Banat.

El hombre había entrado en el pasillo por el espacio libre situado al pie de las escaleras, y con un simple paso atrás le habría dejado el camino libre a Graham; pero no hizo el menor ademán. Cuando vio a Graham se detuvo. Después, muy despacio, se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en el mamparo de acero. Graham tuvo que elegir entre volverse y salir corriendo por el camino que había venido o quedarse donde estaba. Sintiendo que el corazón le palpitaba en las costillas, se quedó donde estaba.

Banat hizo una inclinación de cabeza.

—Buenos días, monsieur. Hace muy buen día, ¿verdad?

—Muy bonito.

—Para usted, como inglés, debe ser muy agradable ver el sol. —Se había afeitado, y su pastosa quijada brillaba con jabón sin aclarar. Emitía oleadas de esencia de rosas.

—Muy agradable. Discúlpeme. —Trató de abrirse paso hasta las escaleras.

Banat se movió como sin querer, cerrándole el paso.

—¡Esto es tan estrecho! Uno de los dos tiene que ceder el paso, ¿verdad?

—Efectivamente. ¿Quiere usted pasar?

Banat negó con la cabeza.

—No. No hay prisa. Estaba deseando preguntarle por su mano, monsieur. Lo noté anoche. ¿Qué le ha ocurrido?

Graham se enfrentó a los peligrosos ojitos que se fijaban con insolencia en los suyos. Banat sabía que estaba desarmado y quería ponerle nervioso. Y lo estaba consiguiendo. Graham sintió un súbito deseo de aplastar sus nudillos contra aquella cara pálida y estúpida. Se contuvo con esfuerzo.

—Una heridita —dijo serenamente. Y entonces sus sentimientos reprimidos se apoderaron de él—. Una herida de bala, para ser exactos —añadió—. Un sucio ladronzuelo me disparó en Estambul. Era mal tirador, o estaba asustado. Falló.

Los ojillos no reaccionaron, pero una fea sonrisita torció la boca. Banat habló despacio.

—Un sucio ladronzuelo, ¿eh? Tiene usted que cuidarse mucho. La próxima vez tiene que estar dispuesto a devolver los tiros.

—Los devolveré de eso no cabe la menor duda.

La sonrisa se amplió.

—Entonces es que lleva pistola, ¿verdad?

—Naturalmente. Y ahora, si me disculpa... —Dio un paso adelante, dispuesto a desplazar al otro si no se movía. Pero Banat se movió. Ahora sonreía, enseñando los dientes.

—Tenga mucho cuidado, monsieur —dijo, y se echó a reír.

Graham llegó al pie de las escaleras. Hizo una pausa y miró atrás.

—No creo que haga mucha falta —dijo cuidadosamente—. Esa bazofia no arriesga el pellejo con un hombre armado. —Empleó la palabra *excrément*.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Banat. Se volvió sin responder y se dirigió a su camarote.

Cuando Graham llegó a cubierta se manifestó la reacción. Sus piernas parecían haberse convertido en gelatina, y estaba sudando. Lo sorprendente del encuentro le había ayudado y, entre una cosa y otra, no había salido muy mal librado. Se había echado un farol. A lo mejor Banat se estaba preguntando si de verdad tenía otro revólver. Pero los faroles no le iban a llevar muy lejos. Las máscaras habían caído. Su farol podía ser aceptado. Ahora pasase lo que pasase, tenía que conseguir el revólver de José.

Caminó rápidamente por la cubierta de paseo. Allí estaba Haller, con su mujer colgada del brazo, caminando despacio. Le dio los buenos días, pero Graham sólo quería hablar con Josette. No estaba en la cubierta de paseo. Subió a la cubierta de botes.

Estaba allí, pero hablando con el joven oficial. Los Mathis y mister Kuvetli estaban a unas yardas de distancia. Vio con el rabllo del ojo que le miraban como esperando algo, pero fingió no verles y se acercó a Josette.

La mujer le recibió con una sonrisa y una mirada significativa, destinada a infórmale de que su compañero la aburría. El joven italiano gruñó unos buenos días y se dispuso a reanudar la conversación donde Graham la había interrumpido.

Pero Graham no estaba de humor para cortesías.

—Le ruego me disculpe, monsieur —dijo en francés—. Tengo un recado para madame de parte de su esposo.

El oficial asintió y se apartó cortésmente.

Graham levantó las cejas.

—Es un recado *privado*, monsieur.

El oficial enrojeció de ira y miró a Josette. Esta le hizo una señal cariñosa con la cabeza y le dijo algo en italiano. El oficial sonrió mostrando todos los dientes, miró

otra vez ceñudo a Graham y se alejó a grandes pasos.

Josette soltó una risita.

—La verdad es que no ha sido muy amable con el pobrecito. Lo estaba haciendo muy bien. ¿No se le ha ocurrido nada mejor que inventarse un recado de José?

—Dije lo primero que me vino a la cabeza. Tenía que hablar con usted.

Josette movió aprobadoramente la cabeza.

—Eso está muy bien. —Le miró astutamente—. Temía que pasara la noche enfadado consigo mismo por lo de anoche. Pero no se ponga tan solemne. Madame Mathis se interesa mucho por nosotros.

—Me siento solemne. Ha ocurrido algo.

La sonrisa de Josette se desvaneció.

—¿Algo serio?

—Algo serio. Yo...

Josette miró por encima del hombro de Graham.

—Será mejor que paseemos para que parezca que hablamos del mar y del sol. Si no murmurarán. Comprenderá que no me importa lo que la gente diga, pero podría resultar incómodo.

—Muy bien. —Y después, cuando echaban a andar—: Cuando volví anoche a mi camarote me encontré con que me habían robado el revólver de la maleta.

Josette se paró en seco.

—¿De verdad?

—No le miento.

Echó a andar de nuevo.

—Puede haber sido el mayordomo.

—No. Banat ha estado en mi camarote. Todavía olía a perfume.

Josette se quedó un instante en silencio.

—¿Se lo ha dicho a alguien? —dijo después.

—Protestar no serviría de nada. El revólver ya debe estar en el fondo del mar. No puedo probar que Banat se lo ha llevado. Aparte de que no me harían caso después de la escena que organicé ayer con el contable.

—¿Qué piensa hacer?

—Pedirle que haga algo por mí.

Josette le miró inmediatamente.

—¿Qué?

—Anoche me dijo que José tenía un revólver y que a lo mejor usted podía conseguírmelo.

—¿Lo dice en serio?

—No he dicho nada más serio en mi vida.

Josette se mordió un labio.

—¿Y qué le digo a José si se entera de que ha desaparecido?

—¿Se enteraría?

—Puede ser.

Graham empezó a enfadarse.

—Creo que fue usted quien dijo que me lo iba a conseguir.

—¿Tanta falta le hace tener un revólver? Banat no puede hacerle nada.

—También fue idea suya lo de llevar un revólver.

Josette adoptó un aspecto malhumorado.

—Me asustó lo que me dijo de ese hombre. Pero es porque era de noche. Ahora, de día, es distinto. —Sonrió de pronto—. Ah, amigo mío, no se ponga usted tan serio. Piense en lo bien que lo vamos a pasar juntos en París. Ese hombre no va a hacer nada malo.

—Me temo que sí. —Le contó su encuentro al pie de las escaleras y añadió—: Además, si no piensa hacer nada malo, ¿por qué me robó el revólver?

Josette vaciló. Después dijo lentamente:

—Muy bien, lo intentaré.

—¿Ahora?

—Sí, si quiere. Está en su caja, en el camarote. José está leyendo en el *salone*. ¿Quiere esperarme aquí?

—No, la esperaré en la cubierta de abajo. No tengo ganas de hablar ahora con esta gente.

Bajaron y se detuvieron un momento junto a la barandilla inferior de la escalera de cámara.

—Yo me quedo aquí. —Le oprimió la mano—. Querida Josette, no sabe lo que le agradezco todo esto.

Josette le sonrió como a un niño a quien hubiera prometido un caramelo.

—Ya me enteraré en París.

La contempló mientras se alejaba y después dio media vuelta y se apoyó en la barandilla. No podía tardar más de cinco minutos. Se quedó contemplando un rato la larga y sinuosa ola de proa, que se abría y alejaba hasta encontrarse con la ola de través de popa y estallar allí en espuma. Miró el reloj. Tres minutos. Alguien bajó ruidosamente por la escalera.

—Buenos días, míster Graham. Se encuentra mejor hoy, ¿eh? —Era míster Kuvetli.

Graham desvió la mirada.

—Sí, gracias.

—Monsieur y madame Mathis dicen que les gustaría jugar un poco al bridge esta tarde. ¿Usted juega?

—Sí, juego. —Sabía que no estaba siendo muy simpático, pero le aterraba la idea

de que míster Kuvetli se le pegase.

—Entonces quizá podamos jugar una partida a cuatro, ¿eh?

—Desde luego.

—Yo no juego bien. Es juego muy difícil.

—Sí. —Por el rabillo del ojo vio que Josette cruzaba la puerta del descansillo y salía a cubierta.

Los ojos de míster Kuvetli se movieron hacia ella. Miro de reojo.

—Entonces, esta tarde, míster Graham.

—Me apetece mucho.

Míster Kuvetli se fue. Josette se acercó.

—¿Qué le estaba diciendo?

—Me estaba proponiendo una partida de bridge. —Algo en el rostro de la mujer hizo que su corazón empezara a latir como un martillo pilón—. ¿Lo tiene? —dijo rápidamente.

Negó con la cabeza.

—La caja está cerrada con llave. Las llaves las tiene él.

Graham sintió que el sudor invadía todo su cuerpo. La miró fijamente, pensando en algo que decir.

—¿Por qué me mira así? —exclamó ella, enfadada—. No es culpa mía que cierre la caja con llave.

—No, no es culpa suya. —Ahora sabía que nunca había tenido intención de conseguir el revólver. No podía culparla. No podía pretender que robase para él. Le había pedido demasiado. Pero había puesto sus esperanzas en el revólver de José. En nombre de Dios, ¿qué podía hacer ahora?

Josette apoyó una mano en su brazo.

—¿Está enfadado conmigo?

Negó con un movimiento de cabeza.

—¿Por qué iba a enfadarme? Tenía que haber sido lo bastante sensato como para llevar mi revólver en el bolsillo. Lo que pasa es que esperaba que usted me lo consiguiera. Es culpa mía. Pero, como ya le dije, no estoy acostumbrado a este tipo de cosas.

Josette se rió.

—Ah, no se preocupe. Le diré una cosa. Ese hombre no lleva pistola.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe?

—Cuando regresé, hace un momento, subí la escalera detrás de él. La ropa le queda estrecha y está arrugada. Si llevase un revólver le habría visto el bulto del bolsillo.

—¿Está segura?

—Claro. No se lo diría si...

—Pero una pistola *pequeña*... —Enmudeció.

Una pistola automática de nueve milímetros no podía ser pequeña. Debía pesar unas dos libras y tener un volumen considerable. Nadie llevaba encima una cosa así si podía dejarla en el camarote. Si...

Josette le observaba el rostro.

—¿Qué piensa?

—Habría dejado la pistola en el camarote —dijo él lentamente.

Le miró a los ojos.

—Podría ocuparme de que no vaya a su camarote en un buen rato.

—¿Cómo?

—José lo hará.

—¿José?

—Cálmese. No hará falta decirle a José nada de lo suyo. José jugará a las cartas con él esta tarde.

—A Banat le deben gustar las cartas. Es un jugador. Pero ¿se lo propondrá José?

—Le diré a José que le he visto abrir una cartera con mucho dinero. José se ocupará de que juegue a las cartas. Usted no conoce a José.

—¿Está segura de que puede hacerlo?

Le oprimió el brazo.

—Claro. No quiero que esté preocupado. Si le quita la pistola no tendrá nada que temer, ¿eh?

—No, no tendré nada que temer. —Lo dijo casi como una pregunta.

Parecía tan fácil... ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Ah, pero antes no sabía que aquel hombre no llevaba la pistola encima. Si le quitaba la pistola no tendría con qué disparar. Eso era lógico. Y si no tenía con qué disparar no había nada que temer. También eso era lógico. *La esencia de toda buena estrategia reside en su simplicidad.*

Se volvió hacia ella.

—¿Cuándo puede hacerlo?

—Lo mejor sería por la noche. A José no le gusta mucho jugar por la tarde.

—¿A partir de qué hora?

—No se impaciente. Será algo después de la cena. —Vaciló—. Será mejor que no nos vean juntos esta tarde. No le conviene que sospeche que somos amigos.

—Puedo jugar al bridge con Kuvetli y los Mathis por la tarde. Pero ¿cómo sabré el momento de hacerlo?

—Ya encontraré forma de hacérselo saber. —Se apoyó en él—. ¿Seguro que no está enfadado conmigo por lo del revólver de José?

—Claro que no.

—No nos ve nadie. Béseme.

—¡La Banca! —decía Mathis—. ¿Qué es sino usura? Los banqueros son prestamistas, usureros. Pero como prestan el dinero de otros o un dinero que no existe, tienen un nombre bonito. No dejan de ser usureros. Hubo un tiempo en que la usura era pecado mortal y abominación, y los usureros eran criminales que tenían su celda en la prisión. Hoy los usureros son los dioses del mundo, y el único pecado mortal es ser pobre.

—Hay tanta gente pobre —dijo profundamente míster Kuvetli—. ¡Es terrible!

Mathis se encogió de hombros con impaciencia.

—Más habrá mientras dure la guerra. Puede estar seguro. Convendrá ser soldado. Los soldados al menos tendrán de comer.

—Siempre —dijo madame Mathis— está diciendo tonterías. Siempre, siempre. Pero cuando llegemos a Francia será distinto. Sus amigos no le harán tanto caso. ¡La Banca! ¡Qué sabrá él de la Banca!

—¡Ja! Eso es lo que le gusta al banquero. ¡La Banca es misteriosa! Demasiado complicada para que la pueda entender un hombre normal. —Se rió, burlón—. Para que dos más dos sean cinco se *necesita* mucho misterio. —Se volvió agresivamente hacia Graham—. Los verdaderos criminales de guerra son los banqueros internacionales. Otros se ocupan de la matanza, pero ellos se quedan en su oficina, tranquilos y serenos, y hacen dinero.

—Me temo —dijo Graham, considerando que tenía que decir algo— que el único banquero internacional que conozco es un hombre muy acosado y con una úlcera de duodeno. No está nada tranquilo. Por el contrario, se queja amargamente.

—Exactamente —dijo Mathis triunfalmente—. ¡Es el Sistema! Yo le digo...

Se lo dijo. Graham levantó su cuarto whisky con soda. Se había pasado la mayor parte de la tarde jugando al bridge con los Mathis y míster Kuvetli y estaba cansado de ellos. Durante todo ese tiempo sólo había visto una vez a Josette. Se había acercado a la mesa de juego y le había hecho un gesto con la cabeza. Graham lo interpretó como indicación de que José se había interesado al enterarse de que Banat tenía dinero en el bolsillo, por lo que en algún momento de la noche podría entrar con seguridad en el camarote de Banat.

La perspectiva le animaba y le atemorizaba, alternativamente. Primero el plan le parecía impecable. Iría al camarote, cogería la pistola, regresaría a su propio camarote, tiraría la pistola por el ojo de buey y volvería al salón tras haberse quitado un gran peso de encima. Pero las dudas no tardaron en asaltarle. Era *demasiado* fácil. Banat podía ser un loco, pero no era idiota. No era fácil engañar a un hombre que se ganaba la vida como Banat y que a pesar de todo seguía vivo y libre. ¿Qué ocurriría si adivinaba lo que su víctima maquinaba, dejaba plantado a José en mitad del juego y se presentaba en su camarote? ¿Y si había sobornado al mayordomo para que

vigilase su camarote, diciéndole que tenía cosas valiosas? ¿Y si...? Pero ¿había otra alternativa? ¿Iba a esperar pasivamente a que Banat encontrase la mejor ocasión para matarle? A Haki le resultaba muy fácil decir que un hombre marcado sólo tiene que preocuparse de defenderse; pero ¿con qué se iba a defender él? Cuando el enemigo estaba tan cerca como Banat, la mejor defensa era el ataque. ¡Sí, eso era! Cualquier cosa mejor que esperar. Y el plan tenía posibilidades de éxito. Los planes sencillos de ataque eran los que más probabilidades de éxito tenían. Un hombre tan vanidoso como Banat jamás sospecharía que también otros sabían jugar a robar pistolas, que el conejo indefenso era capaz de morder. No tardaría en averiguar su error.

Josette y José entraron con Banat. Le pareció que José se hacía el simpático.

—... basta con pronunciar —terminaba Mathis— una sola palabra... ¡Briey! Con eso se ha dicho todo.

Graham vació su vaso.

—En efecto. ¿Quiere alguien otra copa?

Los Mathis se sorprendieron y declinaron secamente la invitación, pero míster Kuvetli asintió alegremente.

—Gracias, míster Graham, me gustaría.

Mathis se levantó, ceñudo.

—Es hora de vestirse para la cena. Ustedes disculpen.

Se alejaron. Míster Kuvetli acercó la silla.

—Se van así, de pronto —dijo Graham—. ¿Qué les pasa?

—Creo —dijo prudentemente míster Kuvetli— que piensan que les está tomando el pelo.

—¿Y por qué demonios van a pensar eso?

Míster Kuvetli miró hacia un lado.

—Les ofrece una copa tres veces en cinco minutos. Les invita una vez. Dicen que no. Les invita otra vez. Dicen otra vez que no. Les invita de nuevo. No comprenden la hospitalidad inglesa.

—Ya veo. Me temo que estaba pensando en otra cosa. Debo disculparme.

—¡Por favor! —Aquello era demasiado para míster Kuvetli—. No hay que disculparse por ser hospitalario. Pero —miró, vacilante, el reloj— ya es casi la hora de cenar. ¿No le importaría que me tomase más tarde la copa que tan amablemente me ofrece?

—En absoluto.

—Pues ahora discúlpeme, por favor.

—No faltaría más.

Cuando míster Kuvetli se marchó, Graham se levantó. Sí, había tomado una copa de más con el estómago vacío. Salió a cubierta.

El cielo estrellado estaba salpicado de pequeñas nubes grises. A lo lejos se veían

las luces de la costa italiana. Se quedó inmóvil un instante, dejando que el viento helado le azotara el rostro. El gong que anunciaba la cena sonaría dentro de uno o dos minutos. Temía la inminente cena como un enfermo teme la llegada del cirujano con la sonda. Se veía sentado, como a la hora de almorzar, escuchando los monólogos de Haller y los tristes susurros de los Beronelli, engullendo a la fuerza comida para un estómago desgastado, consciente todo el tiempo del hombre que se sentaba frente a él..., consciente de la razón de su presencia y de lo que representaba.

Se volvió y se apoyó en un montante. De espaldas a cubierta no dejaba de mirar por encima del hombro para asegurarse de que estaba solo. Se encontraba más cómodo sin un espacio abierto de cubierta a sus espaldas.

Veía a Banat con Josette y José por uno de los ojos de buey del salón. Estaban sentados como figuras de un grupo de Hogarth; José con los labios apretados y concentrado, Josette sonriendo, Banat diciendo algo que le hacía mover los labios hacia adelante. El aire estaba gris de humo de tabaco, y la luz dura de las lámparas desnudas les aplanaba los rasgos. Estaban rodeados de una atmósfera de miseria propia de una fotografía tomada con flash en un bar.

Alguien apareció por la esquina del fondo de cubierta y se aproximó. La silueta llegó a la luz y Graham vio que se trataba de Haller. El anciano se detuvo.

—Buenas noches, míster Graham. Da la impresión de que está gozando con el aire. Yo, como puede ver, necesito una bufanda y un abrigo para enfrentarme a él.

—Dentro está muy cargado.

—Sí. Esta tarde le vi jugar al bridge, hecho un valiente.

—¿No le gusta el bridge?

—Los gustos de uno van cambiando. —Miró hacia las luces—. Antes me gustaba tanto ver la tierra desde un barco como ver un barco desde tierra. Ahora no me gusta ninguna de las dos cosas. Creo que cuando un hombre llega a mi edad, empieza a detestar inconscientemente todo movimiento que no sea el de los músculos respiratorios que le mantienen vivo. El movimiento es cambio, y para un viejo el cambio significa muerte.

—¿Y el alma inmortal?

Haller resopló.

—Hasta lo que generalmente llamamos alma inmortal muere tarde o temprano. Un día dejarán de existir el último cuarteto de Beethoven y el último Tiziano. El lienzo y las notas impresas podrán subsistir si se guardan cuidadosamente, pero las obras mismas morirán con el último ojo y oído accesible a su mensaje. En cuanto al alma inmortal, eso es una verdad eterna, y las verdades eternas mueren con los hombres que las necesitaron. Los teólogos medievales necesitaron las verdades eternas del sistema ptolomeico igual que los teólogos de la Reforma necesitaron las verdades eternas de Kepler y los materialistas del siglo XIX las verdades eternas de

Darwin. La afirmación de una verdad absoluta es una oración para alejar a un fantasma..., el fantasma del hombre primitivo defendiéndose de lo que Spengler llama «el oscuro poder absoluto». —Volvió bruscamente la cabeza. La puerta del salón se había abierto.

Era Josette. Se quedó parada, mirándoles con incertidumbre. En ese momento sonó el gong anunciando la cena.

—Discúlpeme —dijo Haller—. Quiero ver a mi mujer antes de la cena. Sigue algo enferma.

—Desde luego —dijo Graham apresuradamente.

Josette se acercó mientras Haller se alejaba.

—¿Qué quería ese viejo? —susurró.

—Hablaba de la vida y de la muerte.

—¡Ugh! No me gusta. Me pone los pelos de punta. Pero no puedo quedarme. Sólo vine a decirle que todo va bien.

—¿Cuándo van a jugar?

—Después de la cena. —Le oprimió el brazo—. Es horrible, ese Banat. No haría esto por nadie más que por usted, *chéri*.

—Ya sabe que se lo agradezco, Josette. Y pienso corresponder.

—¡Ah, tonto! —Le sonrió cariñosamente—. No sea tan serio.

Graham vaciló.

—¿Está segura de poder mantenerle allí?

—No se preocupe. Le mantendré. Pero vuelva al *salone* cuando haya salido del camarote para que yo sepa que ha terminado. ¿Comprendido, *chéri*?

—Sí, comprendido.

Habían dado las nueve de la noche y Graham llevaba media hora sentado cerca de la puerta del salón, fingiendo leer un libro.

Sus ojos se desplazaron por centésima vez hacia el extremo opuesto del salón, donde Banat hablaba con Josette y José. Su corazón redobló de pronto sus latidos. José tenía una baraja en la mano. Sonreía por algo que Banat le había dicho. Después se sentaron a la mesa de juego. Josette miró al fondo de la habitación.

Graham esperó un momento. Después, cuando les vio cortar para repartir, se puso lentamente en pie y salió.

Se detuvo un momento en el descansillo, acumulando fuerzas para lo que tenía que hacer. Había llegado la hora, y se sentía mejor. Dos minutos —tres como máximo— y todo habría pasado. Tendría la pistola y estaría a salvo. Sólo tenía que conservar la serenidad.

Bajó las escaleras. El camarote número nueve estaba más allá del suyo y en la sección central del pasillo. Cuando llegó a las palmeras no había nadie en los

alrededores. Siguió andando.

Había decidido que sobraba toda cautela. Tenía que ir hasta el camarote, abrir la puerta y entrar sin vacilar. En el peor de los casos, si él mayordomo o alguna otra persona le veía, podría decir que creía que el camarote nueve estaba vacío y que había entrado por simple curiosidad, para ver cómo eran los otros camarotes.

Pero no apareció nadie. Llegó a la puerta del número nueve, se detuvo apenas un segundo y, tras abrir con cuidado, entró. Un instante después había cerrado la puerta y echado el cerrojo. Si el mayordomo trataba de entrar por la razón que fuera, al encontrar la puerta cerrada supondría que Banat estaba dentro.

Miró a su alrededor. El ojo de buey estaba cerrado y el aire apestaba a esencia de rosas. Era un camarote con dos literas y parecía extrañamente desnudo. Aparte del olor, sólo había dos indicaciones de que el camarote estaba ocupado: la gabardina gris que colgaba, con el sombrero flexible, de la puerta, y una destartalada maleta de material sintético debajo de la litera inferior.

Pasó las manos por la gabardina. No encontró nada en los bolsillos y concentró su atención en la maleta.

No estaba cerrada con llave. La sacó y levantó la tapa.

Estaba llena de camisas y ropa interior, todo ello muy sucio. Había además varios pañuelos de seda de colores brillantes, un par de zapatos negros sin cordones, un perfumador y un pequeño tarro de ungüento. La pistola no estaba allí.

Cerró la maleta, la empujó hasta su sitio y abrió el lavabo-armario. En la parte de armario no había más que un par de calcetines sucios. En el estante situado al lado del vaso había una toallita gris, una maquinilla de afeitar, una pastilla de jabón y una botella de perfume con un tapón de vidrio deslustrado.

Empezaba a preocuparse. Había estado tan seguro de encontrar la pistola allí... Si Josette decía la verdad, *tenía* que estar en alguna parte.

Miró a su alrededor en busca de otros escondrijos. Los colchones. Pasó las manos por los muelles que tenían debajo. Nada. El compartimiento de desperdicios, debajo del lavabo. Otra vez nada. Miró el reloj. Llevaba cuatro minutos allí. Desesperado, volvió a mirar en derredor. *Tenía* que estar allí. Pero había mirado en todas partes. Volvió febrilmente a la maleta.

Dos minutos más tarde se enderezó lentamente. Ahora sabía que la pistola no estaba en el camarote, que el sencillo plan había sido demasiado sencillo, que nada había cambiado. Se quedó parado unos segundos, impotente, retrasando el momento de reconocer definitivamente su fracaso saliendo del camarote. Pero un cercano rumor de pasos en el pasillo le hizo ponerse rápidamente en movimiento.

Los pasos se detuvieron. Se oyó el choque de un cubo con el suelo. Después, los pasos se alejaron. Corrió cuidadosamente el pestillo y abrió la puerta. El pasillo estaba vacío. Un segundo después regresaba por donde había venido.

Llegó al pie de las escaleras antes de decidirse a pensar. Entonces vaciló. Le había dicho a Josette que volvería al salón. Pero eso significaba ver a Banat. Necesitaba tiempo para calmar sus nervios. Dio media vuelta y se dirigió a su camarote.

Abrió la puerta, dio un paso adelante y se quedó petrificado.

Sentado en la cama, con las piernas cruzadas y un libro apoyado en la rodilla, estaba Haller.

Llevaba unas gafas de lectura con montura de carey. Se las quitó con toda parsimonia y levantó la vista.

—Le estaba esperando, míster Graham —dijo alegremente.

Graham recuperó el habla.

—No... —empezó.

Haller sacó la mano que tenía bajo el libro. En la mano había una gran pistola automática.

La exhibió.

—Creo —dijo— que esto es lo que buscaba, ¿verdad?

La mirada de Graham pasó de la pistola al rostro del hombre que la sostenía; el largo labio superior, los ojos azul pálido, la piel amarillenta y floja.

—No comprendo —dijo, alargando el brazo para recibir la pistola—. ¿Cómo...? —empezó a decir, y enmudeció de inmediato. La pistola le estaba apuntando y Haller tenía el índice en el gatillo.

Haller movió de un lado a otro la cabeza.

—No, míster Graham. Creo que me la voy a quedar. Vine a charlar un poco con usted. Le sugiero que se siente aquí en la cama y se vuelva de lado para que quedemos de frente.

Graham se esforzó por ocultar el letal malestar que se estaba apoderando de él. Pensó que se estaba volviendo loco. En el torrente de preguntas que se derramaba por su cabeza sólo había una pequeña isla de tierra seca: el coronel Haki había examinado las credenciales de todos los pasajeros que embarcaron en Estambul e informado que ninguno de ellos había reservado billetes en los tres días anteriores al viaje y que todos eran inofensivos. Se aferró desesperadamente a su isla.

—No comprendo —repitió.

—Claro que no. Si se sienta se lo explicaré.

—Me quedaré de pie.

—Ah, sí. Ya veo. Refuerzo moral derivado de incomodidad física. Quédese de pie si prefiere, no faltaría más. —Hablaba con renovado aire protector. Era un Haller nuevo, un hombre algo más joven. Examinó la pistola como si la viera por vez primera—. Sabe usted, míster Graham —siguió diciendo, pensativo— el pobre Mavradopolous se disgustó verdaderamente mucho por su fracaso de Estambul. Como habrá notado, no es muy inteligente y, como todos los tontos, culpa a los demás de sus propios errores. Se queja de que usted se movió. —Se encogió de hombros, tolerante—. Naturalmente que se movió. No se iba a quedar parado mientras él corregía la puntería. Así se lo dije. Pero él seguía enfadado con usted, así que cuando subió a bordo insistí en hacerme cargo de su pistola. Es joven, y estos rumanos tienen la sangre tan caliente... No quería que sucediera nada prematuro.

—Me pregunto —dijo Graham— si no se llamará usted Moeller.

—¡Vaya por Dios! —Levantó las cejas—. No tenía idea de que estuviera tan bien informado. El coronel Haki debía estar de un humor muy parlanchín. ¿Sabía que yo estaba en Estambul?

Graham enrojeció.

—Creo que no.

Moeller soltó una risita.

—Eso me parecía. Haki es un hombre listo. Me merece el mayor respeto. Pero es humano, y en consecuencia falible. Sí, después del fracaso de Gallípoli, me pareció recomendable ocuparme personalmente de la cuestión. Y entonces, cuando ya estaba todo arreglado, usted se mueve desconsiderablemente y le estropea el tiroteo a Mavradopolous. Pero no le guardo rencor, míster Graham. Naturalmente, en su momento me irrité. Mavradopolous...

—Banat es más fácil de decir.

—Gracias. Como iba diciendo, el fracaso de Banat suponía más trabajo para mí. Pero ya se me ha pasado la irritación. De hecho, este viaje me está gustando. Me gusta verme como arqueólogo. Al principio estaba algo nervioso, pero en cuanto vi que conseguía aburrirle supe que todo iba bien. —Enseñó el libro que había estado leyendo—. Si quiere antecedentes de mis discursitos, puedo recomendarle esto. Se titula *El panteón sumerio* y su autor es Fritz Haller. Su historia académica está en la portada: diez años en el Instituto alemán de Atenas, el período de Oxford, los títulos universitarios: está todo. Según parece, es un ardiente discípulo de Spengler. Cita mucho al Maestro. Tiene un prologuito nostálgico que resultó muy útil, y en la página trescientos cuarenta y uno encontrará el párrafo sobre las verdades absolutas. Como es natural, parafraseé aquí y allá para ajustado a mi humor del momento. Y me apoyé con frecuencia en algunas de las notas más extensas. Ya sabe, quería crear el efecto de un anciano aburrido, erudito pero simpático. Creo que estará de acuerdo en que lo hice bien.

—Así que *hay* un Haller.

Moeller frunció los labios.

—Ah, sí. No me gustó causarles molestias a él y a su mujer, pero no quedaba otro remedio. Cuando me enteré de que se marchaba en este barco, pensé que sería útil acompañarle. Como comprenderá, no podía sacar un billete a última hora sin atraer la atención del coronel Haki, así que me hice cargo de los billetes y el pasaporte de Haller. No le gustó, y a su mujer tampoco. Pero son buenos alemanes, y cuando se les explicó que los intereses de su país debían prevalecer sobre su propia conveniencia, no plantearon más problemas. Dentro de unos días les devolverán sus pasaportes con las fotografías originales. Mi única dificultad ha sido la dama armenia que se hace pasar por Frau Professor Haller. Habla muy poco alemán y es poco menos que retrasada mental. Me he visto obligado a mantenerla fuera de circulación. No tenía tiempo para organizado mejor, ¿sabe? De hecho, el hombre que me la consiguió tuvo bastantes problemas para convencerla de que no se la estaban llevando a un *bordello* italiano. La vanidad femenina es a veces extraordinaria. —Sacó una pitillera—. Espero que no le importe que le cuente todas estas cosas, míster Graham. Se debe simplemente a que quiero ser franco con usted. Creo que una atmósfera de franqueza es esencial en toda discusión de negocios.

—¿Negocios?

—Precisamente. Ahora, por favor, siéntese y fúmesse un pitillo. Le hará bien. —
Le ofreció la pitillera—. Hoy ha tenido los nervios algo alborotados, ¿verdad?

—¡Diga lo que tenga que decir y lárguese!

Moeller soltó una risita.

—Sí, desde luego, algo alborotados. —Adoptó de pronto un aire solemne—. Me temo que la culpa es mía. Ya sabe, míster Graham, podía haber mantenido esta pequeña charla con usted antes, pero quería asegurarme de que su estado de ánimo era receptivo.

Graham se apoyó en la puerta.

—Creo que la mejor manera de describir mi actual estado de ánimo, es decirle que he estado considerando seriamente la posibilidad de darle una patada en la boca. Desde aquí podía haberlo hecho sin darle tiempo a usar la pistola.

Moeller levantó las cejas.

—¿Y a pesar de todo no lo ha hecho? ¿Le detuvo el respeto a mis canas, o fue el temor a las consecuencias? —Hizo una pausa—. ¿No responde? No le importará que saque mis propias conclusiones, ¿verdad? —Se sentó más cómodamente—. El instinto de preservación es algo maravilloso. A todo el mundo le parece muy fácil hacerse el héroe entregando la vida por sus principios cuando sabe que no se lo van a exigir. Pero cuando el aroma del peligro nos llega a las narices, nos volvemos más prácticos. Ya no se trata de una alternativa entre honor y deshonor, sino simplemente de males mayores o menores. Me pregunto si podré persuadirle de que comprenda mi punto de vista.

Graham permaneció en silencio. Estaba tratando de combatir el pánico que se había apoderado de él. Sabía que si abría la boca se pondría a gritar insultos como un energúmeno hasta que le doliera la garganta.

Moeller insertó un cigarrillo en una boquilla corta color ámbar como si tuviera todo el tiempo del mundo. Era obvio que no esperaba respuesta a su pregunta. Tenía el aspecto autocontrolado del que llega con anticipación a una cita importante. Cuando terminó de meter el cigarrillo levantó los ojos.

—Usted me cae bien, míster Graham —dijo—. Me molestó, como ya le he dicho, que Banat hiciera de tal forma el ridículo en Estambul. Pero ahora que le conozco, me alegro de que fuera así. Se comportó con elegancia cuando el equívoco de la cena, el día que salimos. Escuchó cortésmente las peroratas que me había aprendido de memoria. Es un buen ingeniero, y encima no es agresivo. Me molesta pensar que puede morir asesinado por un empleado mío. —Encendió el cigarrillo—. Sin embargo, las exigencias que derivan de nuestra obligación en la vida no admiten compromisos. No tengo más remedio que ser agresivo. Debo decirle que, si las cosas no cambian, estará muerto a los pocos minutos de desembarcar en Génova el sábado

por la mañana.

Graham ya se había serenado.

—Es muy lamentable —dijo.

Moeller asintió con aprobación.

—Me alegra ver que se lo toma con tanta calma. Yo, en su lugar, estaría muy asustado. Pero claro —los pálidos ojos azules se entrecerraron de improviso—, yo sabía que no tendría la menor posibilidad de escapar. Banat, a pesar de su lapsus de Estambul, es un joven temible. Y si tengo en cuenta el hecho de que en Génova me esperan otros cuantos hombres tan experimentados como Banat, no puedo sino darme cuenta de que no tengo la más remota posibilidad de llegar a un santuario del tipo que sea antes de que todo termine. No me quedaría más que una esperanza..., que realizasen su trabajo de forma tan eficiente que me enterase lo menos posible.

—¿Qué quiere decir con «si las cosas no cambian»?

Moeller sonrió triunfalmente.

—¡Ah! Me alegro mucho. Va usted directamente al centro de la cuestión. Lo que quiero decir, míster Graham, es que no tiene necesariamente que morir. Hay una alternativa.

—Ya veo. Un mal menor. —Pero, a pesar suyo, el corazón le dio un vuelco.

—No precisamente un mal —objetó Moeller—. Una alternativa, y además nada desagradable. —Se instaló más cómodamente—. Ya le he dicho que me cae bien, míster Graham. Permítame añadir que detesto las perspectivas violentas tan sinceramente como usted. Soy pusilánime. No me avergüenza confesarlo. Siempre daría un rodeo para evitar ver los resultados de un accidente de automóvil. En consecuencia, si encontráramos una forma de solucionar este asunto sin derramamiento de sangre, me inclinaría por ella, ¿sabe? Y permítame que le presente la cuestión bajo otra perspectiva más dura, por si sigue dudando de mi buena voluntad respecto a usted. El asesinato tendría que realizarse rápidamente, lo que supondría mayores riesgos para los asesinos y, en consecuencia, resultaría caro. No me malinterprete, por favor. No repararé en gastos si es necesario. Pero, como es natural, espero que no sea necesario. Le aseguro que nadie, salvo quizá usted mismo, se alegraría más que yo si pudiéramos arreglarlo todo en forma amistosa, como entre hombres de negocios. Espero que al menos me crea sincero en este punto.

Graham empezó a enfadarse.

—Me importa un bleo que sea sincero o no.

Moeller se quedó cabizbajo.

—Sí, ya me lo figuro. Me olvidaba de que ha estado sometido a una cierta tensión nerviosa. Lo único que le interesa, como es natural, es llegar sano y salvo a Inglaterra. Puede hacerse. Depende exclusivamente de su serenidad y lógica en el examen de la situación. Como ya supondrá, es necesario retrasar la finalización del

trabajo que tiene entre manos. Ahora bien, si usted muere antes de llegar a Inglaterra, enviarán otra persona a Turquía a repetir su trabajo. Tengo entendido que para completarlo se necesitarían entonces otras seis semanas. Tengo también entendido que ese retraso sería suficiente para los fines de que se trata. Usted podría llegar a la conclusión de que la mejor forma de solucionar el asunto sería que le secuestraran en Génova, le mantuvieran encerrado bajo siete llaves durante las necesarias seis semanas y después le soltaran, ¿verdad?

—Podría.

Moeller sacudió la cabeza.

—Pero se equivocaría. Usted habría desaparecido. Sus jefes, y sin duda también el gobierno turco, investigarían su paradero. La policía italiana sería informada. El Ministerio de Exteriores británico presentaría ampulosas peticiones de información al gobierno italiano. El gobierno italiano, consciente de que su neutralidad se ponía en duda, se agitaría. Yo podría encontrarme en graves problemas, sobre todo después de soltarle, cuando usted lo contase todo. A mí me resultaría extremadamente incómodo ser perseguido por la policía italiana. ¿Comprende lo que digo?

—Sí, comprendo.

—El método más directo es matarle. Hay, no obstante, una tercera posibilidad. —Hizo una pausa y después dijo—: Míster Graham, es usted un hombre muy afortunado.

—¿Qué significa *eso*?

—En tiempos de paz, sólo el fanático nacionalista exige que uno se entregue en cuerpo y alma al gobierno del país donde nació. En tiempos de guerra, sin embargo, cuando los hombres mueren y la atmósfera está cargada de emociones, hasta un hombre inteligente puede llegar a hablar del «deber para con la patria». Usted tiene suerte porque trabaja en un negocio que ve estos heroísmos a su verdadera luz: como excesos emocionales de personas estúpidas y brutales. «¡Amor a la patria!». Una frase curiosa. ¿Amor a un pedazo de tierra? Imposible. Ponga a un alemán en mitad del campo en el norte de Francia, dígame que es Hannover, y no podrá negarlo. ¿Amor a los conciudadanos? No, desde luego. Todo hombre querrá a unos y no a otros. ¿Amor a la cultura patria? Los hombres que conocen gran parte de la cultura de sus países son en general los más inteligentes y los menos patrióticos. ¿Amor al gobierno del país? Los gobernados rara vez aman a sus gobiernos. Está claro que el amor a la patria no es más que un misticismo chapucero basado en la ignorancia y el miedo. Tiene sus ventajas, desde luego. Cuando la clase dirigente quiere que el pueblo haga algo que el pueblo no quiere hacer, apela a su patriotismo. Y, naturalmente, una de las cosas que menos le gusta a la gente es que la maten. Pero debo disculparme. Son argumentos viejos, y estoy seguro de que los conoce perfectamente.

—Sí, los conozco perfectamente.

—Me alivia saberlo. No me gustaría pensar que me había equivocado al tomarle por un inteligente. Y así me resulta mucho más fácil decirle lo que tengo que decir.

—Y bien, ¿qué es lo que tiene que decirme?

Moeller apagó el cigarrillo.

—La tercera posibilidad, míster Graham, es inducirle a retirarse del trabajo seis semanas por su propia voluntad..., que se tome unas vacaciones.

—¿Está usted loco?

Moeller sonrió.

—Comprendo sus dificultades, créame. Si se limita a esconderse seis semanas, puede resultarle difícil explicarlo cuando vuelva a casa. Lo comprendo. Algún idiota histérico dirá que al preferir seguir con vida a ser asesinado por nuestro amigo Banat hizo algo vergonzoso. El hecho de que el trabajo se habría retrasado en cualquier caso y el hecho de que usted resulte más útil vivo que muerto para su país y sus aliados, serían ignorados. A los patriotas, como a otros místicos, les desagrada el argumento lógico. Habría que engañarlos un poco. Permítame que le diga cómo podría arreglarse.

—Está perdiendo el tiempo.

Moeller no se dio por aludido.

—Hay cosas, míster Graham, que ni siquiera los patriotas pueden controlar. Una de estas cosas es la enfermedad. Usted viene de Turquía, donde, gracias a los terremotos y a las inundaciones, se han declarado varios casos de tifus. No sería nada extraño que al desembarcar en Génova se viera afectado por un moderado ataque de tifus. Y entonces, ¿qué? Pues, como es natural, le llevarían de inmediato a una clínica privada, donde el médico, a petición suya, escribiría a su esposa y a sus jefes. Como es natural, habrá que contar con los inevitables retrasos de la guerra. Cuando por fin alguien pueda verle, la crisis habrá pasado y usted estará ya convaleciente; convaleciente, pero demasiado débil para viajar. Pero en seis semanas se habrá recuperado lo bastante como para hacer ambas cosas. Todo se habrá arreglado. ¿Qué le parece, míster Graham? Yo considero que es la única solución satisfactoria para ambos.

—Ya veo. No tiene que tomarse la molestia de matarme. Desaparezco de la circulación las seis semanas necesarias y después no puedo contar nada sin delatarme. ¿No es así?

—Es una forma muy cruda de exponerlo, pero no se equivoca. Es así. ¿Qué le parece la idea? Personalmente, la perspectiva de seis semanas de absoluta paz y quietud en el lugar que yo pienso, me parecería muy atractiva. Está bastante cerca de Santa Margherita, con vistas al mar y rodeado de pinos. Pero claro, yo soy viejo. Usted podría impacientarse. —Vaciló—. Naturalmente —prosiguió despacio—, si la idea le gusta, podríamos arreglar que la señora Gallindo compartiese sus seis semanas

de vacaciones.

Graham enrojeció.

—¿Qué diablos quiere decir?

Moeller se encogió de hombros.

—¡Vamos, míster Graham! No soy miope. Si la sugerencia le ofende realmente, le pido humildemente mis disculpas. Si no... No hace falta decir que serían los únicos pacientes. El personal médico, formado por mí, Banat y otro hombre, aparte de los criados, sería discreto, salvo que recibiera visitas de Inglaterra. De todas formas, eso podemos discutirlo más tarde. Ahora, ¿qué piensa?

Graham hizo acopio de fuerzas. Con parsimoniosa sencillez, dijo:

—Creo que se está echando un farol. ¿No se le ha ocurrido pensar que a lo mejor no soy tan idiota como cree? Como es natural, transmitiré esta conversación al capitán. Cuando lleguemos a Génova, habrá una investigación policial. Mis papeles son perfectamente auténticos. Los suyos no. Los de Banat tampoco. Yo no tengo nada que ocultar. Usted tiene mucho que ocultar. Banat también. Usted cuenta con que mi temor a la muerte me obligue a aceptar su plan. No va a ser así. Y tampoco me va a tapar la boca. Confieso que he estado muy asustado. He pasado veinticuatro horas muy desagradables. Supongo que ésa es su manera de inducir a un estado de ánimo receptivo. Pues bien, conmigo no funciona. Estoy preocupado, desde luego. Sería un imbécil si no lo estuviera. Pero no lo estoy tanto como para perder el sentido. Es un farol, Moeller. Eso es lo que pienso. Ahora ya puede largarse.

Moeller no se movió. Como si fuera un cirujano considerando una complicación no del todo imprevista, dijo:

—Sí, ya me temía que me iba a malinterpretar. Una pena. —Levantó la vista—. ¿Y por dónde va a empezar a contar su historia, míster Graham? ¿Por el contable? El tercer oficial me ha descrito su curioso comportamiento en relación con el pobre monsieur Mavradopolous. Según parece, dice usted, insensatamente, que es un criminal llamado Banat que quiere matarle. Creo que los oficiales del barco, capitán incluido, se han reído mucho con la broma. Pero hasta el mejor de los chistes termina por aburrir si se cuenta demasiado. La historia de que yo también soy un criminal que quiere matarle parecería algo irreal. ¿No hay un nombre médico para este tipo de alucinación? ¡Vamos, míster Graham! Usted mismo dice que no es tonto. Le ruego que no se comporte como tal. ¿Cree usted que le habría abordado como lo he hecho si pensara que me podía poner en aprietos en la forma que dice? Espero que no. No es menor tontería interpretar como debilidad mis pocas ganas de matarle. Puede que prefiera yacer muerto en la calle con una bala en la espalda a pasar seis semanas en una villa de la Riviera ligur; eso es asunto suyo. Pero, por favor, no se engañe a sí mismo. Son dos alternativas *inevitables*.

Graham sonrió, ceñudo.

—Y la pequeña homilía sobre el patriotismo es para acallar cualquier escrúpulo que pudiera plantearme aceptar lo inevitable. Ya veo. Pues bien, lo siento, pero no sirve. Sigo creyendo que es un farol. Un farol muy bueno. Lo reconozco. Ha llegado a preocuparme. Por un momento llegué a pensar que de verdad tenía que elegir entre morir y tragarme el orgullo..., como el héroe de un melodrama. Pero la verdadera elección estaba, naturalmente, entre usar el sentido común o dejar que piense el estómago. Bueno, míster Moeller, si no tiene más que decir...

Moeller se puso lentamente en pie.

—No, míster Graham —dijo con calma—, no tengo nada más que decir. —Pareció vacilar. Después, con gran parsimonia, se volvió a sentar—. Míster Graham, he cambiado de opinión. *Hay* algo más que decir. Cabe la posibilidad de que, al repensar el asunto tranquilamente, decida que ha hecho una tontería y que a lo mejor yo no soy tan torpe como ahora parece creer. Francamente, no creo que lo haga. Está patéticamente seguro de sí. Pero, para el caso de que su estómago se haga con el control, creo que debo hacerle una advertencia.

—¿Sobre qué?

Moeller sonrió.

—Una de las muchas cosas que al parecer no sabe es que el coronel Haki consideró apropiado instalar a uno de sus agentes a bordo con el fin de cuidarle. Ayer me esforcé por despertar su interés por él, pero no tuve éxito. Ihsan Kuvetli no impresiona gran cosa, es cierto; pero tiene fama de ser un hombrecillo listo. Si no fuera un patriota, sería rico.

—¿Trata usted de decirme que Kuvetli es un agente turco?

—¡En efecto, míster Graham! —Los ojos azul pálido se entrecerraron—. La razón de haberle abordado esta noche en vez de mañana por la noche es que quería verle antes de que él se diera a conocer. Creo que hasta hoy no había averiguado quién soy. Esta noche registró mi camarote. Supongo que me habrá oído hablar con Banat. Las paredes de los camarotes son absurdamente delgadas. En cualquier caso, me pareció probable que, al darse cuenta del peligro que usted corría, decidiera que había llegado la hora de darse a conocer. Mire, míster Graham, con su experiencia, no es probable que se equivoque como usted se está equivocando. De todas formas, tiene que cumplir con su trabajo, y no me cabe duda de que habrá urdido algún laborioso plan para llevarle sano y salvo hasta Francia. Le que le quiero advertir es que no le cuente la sugerencia que le he hecho. Comprenderá que si llega a aprobar mi manera de pensar, a ninguno de los dos nos vendría bien que un agente del gobierno turco conociera nuestro pequeño engaño. No cabe esperar que guarde silencio. ¿Comprende lo que quiero decir, míster Graham? Si revela el secreto a Kuvetli, habrá destruido su última posibilidad de volver vivo a Inglaterra. —Sonrió apagadamente—. Una idea solemne, ¿verdad? —Se levantó de nuevo y se acercó a la puerta—. Eso

es todo lo que quería decirle. Buenas noches, míster Graham.

Graham contempló la puerta que se cerraba y después se sentó en la cama. El pulso le latía en las sienes como si hubiera estado corriendo. La hora de los faroles había pasado. Tenía que decidir qué hacer. Tenía que pensar con calma y lucidez.

Pero no podía pensar con calma y lucidez. Se sentía confuso. Se apercibió de la vibración del barco y se preguntó si no habría imaginado lo que acaba de ocurrir. Pero en la cama había una depresión donde Moeller estuvo sentado, y el humo de su cigarrillo llenaba el camarote. Sólo Haller era producto de la imaginación.

Ahora sentía más humillación que miedo. Casi se había acostumbrado a la sensación de opresión en el pecho, el martilleo rápido del corazón, la tirantez del estómago, el cosquilleo de la espina con que su cuerpo respondía a la situación en que se encontraba. Había sentido que oponía su ingenio al de un enemigo —un enemigo peligroso pero intelectualmente inferior— con posibilidades de alcanzar la victoria. Ahora sabía que nada de eso había pasado. El enemigo se había burlado sin cesar de él. Jamás se le había ocurrido sospechar de «Haller». Se había limitado a escuchar cortésmente extractos de un libro. ¡Cielos, hasta qué punto aquel hombre debía considerarle idiota! Entre él y Banat le habían visto hasta el fondo, como si fuera de cristal. Ni siquiera sus desdichados escauceos con Josette les habían pasado desapercibidos. Probablemente le habían visto besarla. Y como medida final de su desprecio, tenía que ser Moeller quien le informase de que míster Kuvetli era un agente turco encargado de su protección. ¡Kuvetli! Era gracioso. A Josette le divertiría saberlo.

Recordó de pronto que había prometido volver al salón. Debía estar preocupada. Y el ambiente del camarote era sofocante. Pensaría mejor si tomaba un poco el aire. Se levantó y se puso el abrigo.

José y Banat seguían jugando a las cartas, José con intensa concentración, como si sospechara que Banat le hacía trampas, Banat frío y cuidadoso. Josette estaba fumando apoyada en el respaldo de su asiento. Graham observó con sobresalto que no había pasado ni media hora desde que saliera del salón. Era asombroso lo que podía pasar por la mente en tan corto espacio de tiempo, cómo podía cambiar por completo la atmósfera de un lugar. Se dio cuenta de que veía en el salón cosas que antes le habían pasado desapercibidas: una placa de bronce con el nombre del constructor del barco, una mancha en la alfombra, un montón de revistas viejas acumuladas en un rincón.

Se quedó un instante parado, contemplando la placa de bronce. Los Mathis y los italianos estaban sentados, leyendo, y no levantaron la vista. Miró por encima de ellos y vio que Josette miraba hacia atrás para seguir el juego. Le había visto. Graham cruzó hasta la puerta del fondo y salió a la cubierta de paseo.

Ella no tardaría en seguirle para averiguar si había conseguido lo que se proponía.

Graham caminó lentamente por cubierta, preguntándose qué le iba a decir, si debía o no hablarle de Moeller y su «alternativa». Sí, le hablaría. Ella le diría que todo iba bien, que Moeller se estaba echando un farol. Pero ¿y si no era un farol? «Harán cualquier cosa para conseguirlo. ¡Cualquier cosa, míster Graham! ¿Comprende?». Haki no había hablado de faroles. La herida que sentía bajo el mugriento vendaje de su mano no era un farol. Y si Moeller no mentía, pensó Graham, ¿qué podía él hacer?

Se detuvo y observó las luces de la costa. Ahora estaban más cerca. Lo bastante cerca como para apercibirse del movimiento del barco en relación con ellas. Era increíble que aquello le sucediera a él. ¡Imposible! Quizá, después de todo, le habían herido gravemente en Estambul y todo era una fantasía producto de la anestesia. Quizá recobraría pronto la conciencia para encontrarse en una cama de hospital. Pero la barandilla de teca, húmeda de rocío, donde su mano se apoyaba, era bien real. Se aferró a ella, furioso de pronto por su propia estupidez. Tenía que pensar, que devanarse los sesos, que hacer planes, que decidir; tenía que hacer algo en vez de quedarse allí lamentándose. Hacía más de cinco minutos que se había separado de Moeller y aún seguía tratando de escapar de la realidad para meterse en un cuento de hadas de hospitales y anestesias. ¿Qué iba a hacer con respecto a Kuvetli? ¿Debía abordarle o esperar a que él lo hiciera? ¿Qué...?

Oyó unos rápidos pasos sobre cubierta, a sus espaldas. Era Josette, con el abrigo de piel echado por los hombros, pálida y nerviosa bajo el fulgor empañado de la luz de cubierta. Le tomó ansiosamente del brazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha tardado tanto?

—Allí no había ninguna pistola.

—Pero tiene que estar. Algo ha pasado. Cuando entró en el *salone* hace un momento parecía que había visto un fantasma o que estaba mareado. ¿Qué ocurre, *chéri*?

—Allí no había ninguna pistola —replicó Graham—. Registré todo cuidadosamente.

—¿Nadie le vio?

—No, no me vio nadie.

Josette suspiró, aliviada.

—Cuando le vi la cara, temí... —Se interrumpió—. Pero ¿no comprende? No lleva pistola encima. En su camarote no hay ninguna pistola. No tiene pistola. —Se echó a reír—. A lo mejor la ha empeñado. Ah, no se ponga tan serio, *chéri*. Puede conseguir una pistola en Génova, pero entonces será demasiado tarde. No le puede pasar nada. Todo irá bien. —Adoptó una expresión lastimera—. Ahora la que tiene problemas soy yo.

—¿Usted?

—Su apestoso amiguito juega muy bien a las cartas. Le está ganando dinero a

José. Eso a José no le gusta. Tendrá que hacer trampas, y cuando hace trampas se pone de mal humor. Dice que es malo para los nervios. Lo que pasa es que le gusta ganar porque juega mejor. —Hizo una pausa y añadió de pronto—: ¡Espere, por favor!

Habían llegado a un extremo de cubierta. Se detuvo y le miró de frente.

—¿Qué ocurre, *chéri*? No escucha lo que digo. Está pensando en otra cosa. —Hizo un mohín—. Ah, ya sé. Es su mujer. Ahora que ya no está en peligro vuelve a pensar en ella.

—No.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro. —Ahora sabía que no quería hablarle de Moeller. Lo que quería es que ella le hablase creyendo que ya no había peligro, que no le podía ocurrir nada, que podía bajar la pasarela en Génova sin miedo. Temeroso de crear su propia ilusión, podía vivir la que ella creara. „ Sonrió con esfuerzo—. No me haga caso, Josette. Estoy cansado. Ya sabe, registrar los camarotes de otros es una actividad agotadora.

Josette se mostró inmediatamente comprensiva.

—*Mon pauvre chéri*. Es culpa mía, no suya. Me olvido de lo desagradable que ha sido todo esto para usted. ¿Quiere que volvamos al *salone* y tomemos una copa?

Graham se sentía capaz de hacer casi cualquier cosa por una copa, salvo volver al salón y ver a Banat.

—No. Cuénteme lo primero que vamos a hacer cuando lleguemos a París.

Josette le miró rápidamente y sonrió.

—Si no andamos nos vamos a enfriar. —Se metió serpenteando en su abrigo y le tomó del brazo—. ¿O sea que vamos juntos a París?

—¡Claro! Yo pensaba que estábamos de acuerdo.

—Oh, sí, pero —estrechó el brazo de Graham contra su costado— no creía que hablara en serio. Mire —prosiguió con cautela—, a muchos hombres les gusta hablar de lo que va a ocurrir, pero no siempre les gusta recordar lo que han dicho. No es que no sean sinceros al decirlo, sino que no sienten siempre lo mismo. ¿Me comprende, *chéri*?

—Sí, la comprendo.

—Quiero que comprenda —siguió ella—, porque es muy importante para mí. Soy bailarina y tengo que pensar también en mi carrera. —Se volvió impulsivamente hacia él—. Pero va a pensar que soy una egoísta, y no me gustaría que pensase eso. Lo que pasa es que usted me gusta mucho, y no quiero que haga algo simplemente porque lo ha prometido. Si lo comprende, todo irá bien. No hablaremos más de ello. —Chasqueó los dedos—. ¡Ya sé! Cuando lleguemos a París iremos directamente a un hotel que conozco, cerca del Metro de St. Philippe de Roule. Es muy moderno y

respetable, y si quiere podemos tener cuarto de baño. No es caro. Después iremos a tomar unos cócteles de champagne al bar del Ritz. Sólo cuestan nueve francos. Mientras bebemos podemos decidir dónde ir a cenar. Estoy muy cansada de la comida turca, y sólo de pensar en ravioli me pongo enferma. Tenemos que comer buena comida francesa. —Hizo una pausa y añadió, vacilante—: No conozco la Tour d'Argent.

—La conocerá.

—¿En serio? Comeré hasta engordar como un cerdo. Después empezaremos.

—¿Empezar?

—Hay algunos locales pequeños que siguen cerrando tarde a pesar de la policía. Le presentaré a una gran amiga mía. Era *sous-maquécée* del Moulin Galant cuando lo tenía Le Boulanger, antes de que llegaran los gángsters. ¿Sabe lo que es *sous-maquécée*?

—No.

Josette se rió.

—Soy muy mala. Se lo explicaré en otra ocasión. Pero le gustará Suzie. Ahorró mucho dinero, y ahora es muy respetable. Tenía un local en la me de Liège que era mejor que el cabaret Le Jockey de Estambul. Tuvo que cerrarlo cuando estalló la guerra, pero ha abierto otro local en un callejón sin salida que da a la rue Pigalle, y deja entrar a sus amigos. Tenía muchos amigos, así que está otra vez ganando dinero. Es bastante vieja y la policía no la molesta. Ella les ignora. No hay ninguna razón para que todos estemos tristes porque haya una asquerosa guerra. También tengo otros amigos en París. Se los presentaré y le gustarán. Cuando sepan que es amigo mío, se comportarán con cortesía. Son muy educados y muy simpáticos con las personas que les presenta alguien conocido en el barrio.

Siguió hablando de sus amistades. En su mayor parte eran mujeres (Lucette, Dolly, Sonia, Claudette, Berthe), pero había uno o dos hombres (Jojo, Ventura) extranjeros y por tanto no movilizados. Hablaba de ellos vagamente, pero con un entusiasmo medio defensivo, no del todo real. Podían no ser ricos en el sentido que los americanos dan a la palabra rico, pero eran hombres de mundo. Todos ellos destacaban por alguna razón. Uno era «muy inteligente», otro tenía un amigo en el Ministerio del Interior, otro iba a comprar una villa en San Tropez y a invitar a todos sus amigos a pasar allí el verano. Todos eran «divertidos», y muy útiles si alguien quería «algo especial». No aclaró el significado de «algo especial», y Graham no se lo preguntó. No veía con malos ojos la imagen que Josette le pintaba. La idea de pasar el rato sentado en el Café Graf, invitando a beber a los hombres y mujeres de «negocios» de los locales de la colina, le parecía en aquel momento infinitamente atractiva. Estaría sano, salvo y libre; sería otra vez él mismo, capaz de pensar por sí solo, de sonreír sin tener que tender los nervios hasta casi romperlos cada vez que lo

hacía. Tenía que ser así. Era absurdo dejarse matar. Moeller tenía razón, al menos en una cosa. Era más útil para su país vivo que muerto.

¡Bastante más! Incluso suponiendo que el proyecto turco se retrasara seis semanas, en definitiva tendría que realizarse. Si estaba vivo pasadas esas seis semanas, podría sacarlo adelante, quizá hasta compensar parte del tiempo perdido. Después de todo, era el jefe de proyectos de la empresa, y en tiempos de guerra sería difícil sustituirle. Cuando le dijo a Haki que había docenas de hombres con su capacidad no estaba mintiendo; pero no le había parecido necesario reforzar el argumento de Haki explicando que esas docenas estaban compuestas por americanos, franceses, alemanes, japoneses y checos, no sólo ingleses. El camino más sensato era sin duda el más seguro. Él era ingeniero, no agente secreto profesional. Cabía suponer que un agente secreto sería capaz de ocuparse de hombres como Moeller y Banat. Él, Graham, no lo estaba. No le correspondía decidir si Moeller fanfarroneaba o no. Su problema era seguir con vida. Seis semanas en la Riviera ligure no le iban a sentar nada mal. Naturalmente, tendría que mentir; mentir a Stephanie y a sus amigos, mentir a su director ejecutivo y a los representantes del gobierno turco. No podría decirles la verdad. Ellos considerarían que debía haber arriesgado su vida. La gente piensa ese tipo de cosas cuando se encuentra sana y salva y bien sentada en su butaca. Pero si mentía, ¿le creerían? Los de casa sí, pero ¿Haki? Haki se olería algo raro y haría preguntas. ¿Y Kuvetli? Moeller tendría que hacer algo para quitarle de en medio. Iba a representar un problema difícil, pero Moeller lo arreglaría. Moeller estaba habituado a ese tipo de cosas. Moeller...

Se detuvo con un respingo. Por el amor de Dios, ¿qué estaba pensando? ¡Debía haber perdido el juicio! Moeller era un agente enemigo. La idea que rondaba por la cabeza de Graham era ni más ni menos la idea de traición. Y, sin embargo... y, sin embargo, ¿qué? Supo de pronto que algo le había estallado en la cabeza. La idea de llegar a un trato con un agente enemigo no era ya impensable. Podía considerar la sugerencia de Moeller en sí misma, fría y serenamente. Se estaba desmoralizando. Ya no podía confiar en sí mismo.

Josette le estaba sacudiendo el brazo.

—¿Qué ocurre, *chéri*? ¿Qué le pasa?

—Acabo de recordar algo —murmuró.

—¡Ah! —dijo ella, furiosa—. Eso no es nada cortés. Le pregunto si quiere seguir andando. No hace caso. Se lo pregunto otra vez y se para como si estuviera enfermo. No ha escuchado nada de lo que le he dicho.

Graham recobró la calma.

—Oh, sí que la he escuchado, pero algo que dijo me recordó que si quiero detenerme en París tengo que escribir varias cartas importantes de negocios para echarlas al correo tan pronto llegue. No tengo ganas de trabajar en París —añadió,

aparentando relativamente bien cierta seguridad en sí mismo.

—Cuando no son esos *salauds* que intentaron matarle, son los negocios —se quejó Josette. Pero parecía apaciguada.

—Le pido disculpas, Josette. No volverá a ocurrir. ¿Seguro que no tiene frío? ¿Le apetece una copa? —Ahora quería salir de allí. Sabían lo que tenía que hacer y estaba impaciente por hacerlo antes de ponerse a pensar.

Pero Josette le cogió de nuevo por el brazo.

—No, estoy bien. Ni estoy enfadada ni tengo frío. Si subimos a la cubierta de arriba podrá besarme para demostrar que somos otra vez amigos. Tengo que volver pronto con José. Le dije que sólo tardaría unos minutos.

Media hora más tarde bajó a su camarote, se quitó el abrigo y buscó al mayordomo. Le encontró ocupado con una bayeta y un cubo en los lavabos.

—¿Signore?

—Le prometí al signor Kuvetli que dejaría un libro. ¿Cuál es el número de su camarote?

—El tres, signore.

Graham volvió hasta el camarote número tres y se detuvo allí un momento, vacilando. Quizá debía pensárselo dos veces antes de hacer algo irreparable, algo que después podía lamentar. Quizá era mejor dejarlo para la mañana siguiente. Quizás...

Apretó los dientes, levantó la mano y llamó a la puerta.

Míster Kuvetli abrió la puerta.

Llevaba una bata vieja de lana roja sobre una camisa de dormir de franela, y su orla de pelo gris sobresalía rizada a los lados de su cabeza. Sostenía un libro en la mano, y daba la impresión de haber estado leyendo tumbado en la cama. Miró vagamente a Graham un instante y después recuperó su sonrisa.

—¡Míster Graham! Me alegra verle. ¿Qué puedo hacer por usted?

Graham se sintió abatido al verle. Estaba poniendo su vida en manos de aquel sucio hombrecillo con sonrisa de idiota. Pero ya era tarde para volverse atrás.

—Me gustaría hablar con usted, míster Kuvetli —dijo.

Míster Kuvetli parpadeó con cierta astucia.

—¿Hablar? Oh, sí. Pase, por favor.

Graham entró en el camarote. Era tan pequeño como el suyo y la atmósfera estaba muy cargada.

Míster Kuvetli alisó las mantas de la cama.

—Siéntese, por favor.

Graham se sentó y abrió la boca, dispuesto a hablar, pero míster Kuvetli se le adelantó.

—¿Un cigarrillo, por favor, míster Graham?

—Gracias. —Cogió un cigarrillo—. Esta noche, hace un rato, recibí la visita de Herr Professor Haller —añadió. Después, recordando que los mamparos eran finos, posó en ellos los ojos.

Míster Kuvetli encendió una cerilla y se la acercó.

—Herr Professor Haller es hombre muy interesante, ¿eh? —Encendió el cigarrillo de Graham y el suyo propio y apagó la cerilla—. Los camarotes de los lados están vacíos —comentó.

—Entonces...

—Por favor —interrumpió míster Kuvetli—, ¿no le importaría que habláramos en francés? Mi inglés no es muy bueno, ¿eh? Su francés es muy bueno. Nos entenderemos mejor.

—Claro que sí.

—Entonces podemos hablar sin problemas. —Míster Kuvetli se sentó a su lado en la cama—. Monsieur Graham, pensaba presentarme mañana, pero supongo que monsieur Moeller lo ha hecho por mí. Ya sabe que no soy un vendedor de tabaco, ¿eh?

—Según Moeller, usted es un agente turco a las órdenes del coronel Haki. ¿Es así?

—Sí, así es. Seré franco. Me sorprende que no me haya descubierto hasta ahora. Cuando el francés me preguntó en qué empresa trabajaba tuve que decir Pazar y Co., porque ya le había dado a usted ese nombre. Desgraciadamente, la empresa Pazar y Co. no existe. Como es natural, se extrañó. Me las arreglé para evitar que siguiese preguntando, pero esperaba discutirlo con usted más tarde. —La sonrisa había desaparecido, y con ella el estúpido hombrecillo de ojos brillantes que Graham había tomado por mercader de tabaco. En su lugar habían aparecido una boca firme y decidida y unos serenos ojos marrones que le observaban con algo muy parecido a un desprecio bien intencionado.

—Él no lo discutió.

—¿Y no sospechó usted que yo eludía sus preguntas? —Se encogió de hombros—. Uno toma siempre precauciones innecesarias. La gente es mucho más confiada de lo que uno supone.

—¿Por qué iba a sospechar? —preguntó Graham, irritado—. Lo que no comprendo es por qué no se presentó en cuanto supo que Banat estaba en el barco. Supongo —añadió resentido—, que *sabe* que Banat está en el barco.

—Sí, lo sé —dijo míster Kuvetli con delicadeza—. No me presenté por tres razones. —Exhibió unos dedos gordezuelos—. En primer lugar, el coronel Haki me indicó que usted no veía con simpatía sus esfuerzos por protegerle y que sería mejor que no me conociera, salvo en caso de necesidad. En segundo lugar, el coronel Haki no tiene muy buena opinión de su capacidad para disfrazar sus sentimientos, y pensó que si quería conservar secreta mi verdadera identidad era mejor que no se la revelase.

Graham estaba rojo como la púrpura.

—¿Y la tercera razón?

—En tercer lugar —prosiguió serenamente míster Kuvetli—, quería ver lo que hacían Banat y Moeller. Dice usted que ha hablado con Moeller. Excelente. Me gustaría saber lo que le dijo.

Graham estaba furioso.

—Antes de perder el tiempo haciéndolo —dijo fríamente—, me gustaría ver sus credenciales. Hasta ahora sólo sé por boca de Moeller y por la suya propia que usted es un agente turco. Ya he cometido varios errores estúpidos en este viaje. No tengo intención de cometer más.

Para su sorpresa, míster Kuvetli sonrió.

—Me alegra comprobar que se encuentra tan bien, monsieur Graham, Esta noche me estaba preocupando. En este tipo de situaciones, el whisky hace más mal que bien a los nervios. Disculpe, por favor. —Se volvió para coger la chaqueta del colgador de la puerta y sacó de un bolsillo una carta, que entregó a Graham—. El coronel Haki me la dio para que se la entregara. Espero que la encuentre satisfactoria.

Graham la examinó. Era una carta de presentación corriente, escrita en francés y con un membrete donde se leía el título y dirección del Ministerio del Interior turco. Le estaba dirigida personalmente y la firmaba «Zia Haki». Se la metió en el bolsillo.

—Sí, monsieur Kuvetli, es perfectamente satisfactoria. Debo disculparme por haber dudado de su palabra.

—Hizo bien en dudar —dijo míster Kuvetli untuosamente—. Y ahora, monsieur, hábleme de Moeller. Me temo que la aparición de Banat en el barco debió ser un gran sobresalto para usted. Retenerle en Atenas me hizo sentirme culpable. Pero era por su bien. En cuanto a Moeller...

Graham le miró inmediatamente.

—¡Espere un minuto! ¿Quiere decir que sabía que Banat iba a embarcar? ¿Quiere decir que se demoró en Atenas preguntando tonterías exclusivamente para evitar que yo me enterara antes de embarcar de que Banat estaba a bordo?

Míster Kuvetli parecía avergonzado.

—Era necesario. Tiene que comprender...

—¡Maldita sea...! —empezó a decir violentamente Graham.

—Un momento, por favor —dijo míster Kuvetli secamente—. Ya le he dicho que era necesario. En Canakkale recibí un telegrama del coronel Haki informándome de que Banat había salido de Turquía, de que posiblemente intentaría tomar el barco en el Pireo y...

—¡Lo sabía! Y...

—¡Por favor, monsieur! Déjeme seguir. El coronel Haki me decía además que le retuviese a usted en el barco. Era una medida inteligente. En el barco no le podía suceder nada. Banat podía presentarse en el Pireo con el fin de asustarle e inducirle a bajar a tierra, donde le podían ocurrir cosas muy desagradables. ¡Espere, por favor! Bajé a Atenas con usted para asegurarme de que no le atacaban en tierra y para evitar que viera a Banat, si éste embarcaba, antes de zarpar.

—Pero ¿por qué, por el amor del cielo, no detuvo Haki a Banat, o al menos le retrasó lo suficiente como para impedirle tomar el barco?

—Porque Banat hubiera sido, sin la menor duda, sustituido. A Banat le conocemos perfectamente. Un monsieur Mavradopolous desconocido hubiera sido un problema más.

—Pero usted dice que la idea de Banat, o más bien de Moeller, era asustarme para que desembarcase. ¿Cómo sabía Banat que le conocía?

—Usted le indicó al coronel Haki que le señalaron a Banat en el cabaret Le Jockey. Banat le estaba observando. Probablemente se dio cuenta de que usted se había fijado en él. No es un aficionado. ¿Comprende el punto de vista del coronel Haki? Si ellos pretendían inducirle a bajar a tierra para matarle, era mejor que lo intentaran y fracasaran sin tiempo para tomar nuevas disposiciones. La verdad, sin

embargo —prosiguió alegremente—, es que no tenían intención de hacerle bajar a tierra, por lo que mis precauciones no sirvieron de nada. Banat llegó al barco, pero se quedó en el camarote hasta que el práctico se fue.

—¡Precisamente! —rugió Graham—. Podía haber bajado a tierra, tomado un tren y llegado a París sano y salvo.

Míster Kuvetli consideró la crítica un instante y después negó lentamente con la cabeza.

—No lo creo. Se olvida usted de monsieur Moeller. No creo que Banat y él hubieran permanecido mucho tiempo en el barco si usted no hubiera vuelto a tiempo.

Graham soltó una corta carcajada.

—¿Y usted lo sabía?

Míster Kuvetli contempló sus sucias uñas.

—Seré muy franco, monsieur Graham. No lo sabía. Sabía lo de monsieur Moeller, claro. En cierta ocasión me ofrecieron, mediante un intermediario, una gran cantidad de dinero si trabajaba para él. He visto una fotografía suya. Pero las fotografías son casi siempre inútiles. No le reconocí. El hecho de que embarcara en Estambul me impidió concebir sospechas. El comportamiento de Banat me hizo pensar que había pasado algo por alto, y cuando le vi hablar con el Herr Professor, hice ciertas investigaciones.

—Él dice que le registró el camarote.

—Lo hice. Encontré cartas con su dirección de Sofía.

—Se han producido bastantes registros de camarotes —dijo Graham con amargura—. Banat me robó anoche el revólver que tenía en la maleta. Yo fui esta noche a su camarote para buscar su pistola, la pistola que usó contra mí en Estambul. No estaba allí. Cuando volví a mi camarote encontré allí a Moeller con la pistola de Banat.

Míster Kuvetli le estaba escuchando con aspecto lúgubre.

—Si hace el favor de contarme lo que Moeller le dijo podremos irnos a dormir mucho antes —dijo.

Graham sonrió.

—¿Sabe lo que le digo, Kuvetli? En este barco me he llevado varias sorpresas. Usted es la primera agradable. —Su sonrisa se desvaneció—. Moeller vino a decirme que si no acepto retrasar seis semanas mi regreso a Inglaterra, moriré asesinado antes de cumplirse los cinco minutos de mi llegada a Génova. Dice que, además de Banat, tiene otros hombres que esperan en Génova para matarme.

Míster Kuvetli no pareció sorprenderse.

—¿Y dónde sugiere que pase usted las seis semanas?

—En una villa cerca de Santa Margherita. La idea es que un médico certifique que sufro de tifus y que me quede en la villa como si fuera una clínica. El personal

médico estaría compuesto por Moeller y Banat, por si recibía alguna visita de Inglaterra. Como verá, pretende involucrarme en el engaño para que no pueda hablar después.

Míster Kuvetli levantó las cejas.

—¿Y qué sugería con respecto a mí?

Graham se lo dijo.

—¿Y, a pesar de creer a monsieur Moeller, decidió hacer caso omiso de su consejo y contarme su sugerencia? —Míster Kuvetli sonrió abierta y aprobadoramente—. Ha sido usted muy valiente, monsieur.

Graham enrojeció.

—No creerá que lo iba a aceptar.

Míster Kuvetli no entendió bien.

—No creo nada —dijo apresuradamente—. Pero —vaciló— cuando la vida de una persona está en peligro, esa persona no se comporta siempre con normalidad. Puede hacer cosas que no haría en una situación ordinaria. No se le puede culpar.

Graham sonrió.

—Seré franco. Vine a verle ahora en vez de mañana para no tener la oportunidad de pensármelo y terminar por decidirme a seguir el consejo de Moeller.

—Lo importante —dijo en voz baja míster Kuvetli— es que ha venido a verme. ¿Le dijo a Moeller que lo haría?

—No, le dije que se estaba echando un farol.

—¿Y usted lo *cree* así?

—No sé.

Míster Kuvetli se rascó las axilas, pensativo.

—Hay muchas cosas que tener en cuenta. Y depende de lo que quiera decir con la palabra farol. Si significa que Moeller no quiere o no puede matarle, creo que se equivoca. Puede y lo haría.

—Pero ¿cómo? Tengo un cónsul. ¿Qué puede impedirme meterme en un taxi en el muelle y presentarme directamente en el consulado? Allí podría organizar algún sistema de protección.

Míster Kuvetli encendió otro cigarrillo.

—¿Sabe dónde está el Consulado General de Gran Bretaña en Génova?

—El taxista lo sabrá.

—Puedo decírselo yo mismo. Está en la esquina de la Via Ippolito d'Aste. Este barco atraca en el Ponte San Giorgio de la dársena Vittorio Emanuele, a varios kilómetros de su consulado. No es la primera vez que hago el viaje y sé lo que digo. Génova es un gran puerto. Dudo, míster Graham, que llegara a recorrer uno solo de esos kilómetros. Le estarán esperando en un coche. Si tomara un taxi, le seguirán hasta la Via Francia, donde arrinconarían al taxi y le matarían sin dejarle moverse de

su asiento.

—Podría telefonar al cónsul desde el muelle.

—Podría, desde luego. Pero antes tendría que cruzar el barracón de Aduanas. Después tendría que aguardar la llegada del cónsul. ¡*Espere, monsieur!* ¿No comprende lo que eso significa? Supongamos que encuentra al cónsul por teléfono inmediatamente y que le convence de que su caso es urgente. Aun así, tendría que esperar media hora. Permítame decirle que sus probabilidades de sobrevivir durante esa media hora no serían menores si se la pasase bebiendo ácido prúsico. Matar a un hombre desarmado y sin protección nunca resulta difícil. Entre los cobertizos del muelle sería la simplicidad misma. No, no creo que Moeller se esté echando un farol cuando dice que le puede matar.

—Pero ¿y su propuesta? Parecía ansioso de persuadirme a aceptarla.

Míster Kuvetli se pasó los dedos por la nuca.

—Eso puede tener varias explicaciones. Es posible, por ejemplo, que esté dispuesto a matarle en cualquier caso y que desee hacerlo de la forma más fácil posible. No puede negarse que sería más fácil matarle en la carretera de Santa Margherita que en el puerto de Génova.

—Una idea muy simpática.

—Me inclino a pensar que es la correcta. —Míster Kuvetli frunció el ceño—. La propuesta de Moeller parece muy sencilla, ¿sabe? Se pone enfermo, se falsifica un certificado médico, mejora, vuelve a casa. *Voilà!* Ya está hecho. Pero piense en los hechos concretos. Usted es un inglés que tiene prisa por llegar a Inglaterra. Desembarca en Génova. ¿Qué haría normalmente? Tomar el tren de París, sin duda. ¿Y qué tendría que hacer en el caso que contemplamos? Tendría que quedarse en Génova, por alguna razón misteriosa, el tiempo suficiente para descubrir que tiene tifus. Y tampoco podría hacer lo que cualquier otro haría en estas circunstancias..., ir a un hospital. En vez de eso tendría que ir a una clínica privada cerca de Santa Margherita. ¿Usted cree posible que en Inglaterra no pensarán que su comportamiento resultaba curioso? Yo creo que es imposible. El tifus, además, es una enfermedad que hay que notificar a las autoridades. En este caso no podría hacerse porque no habría tifus y las autoridades médicas no tardarían en averiguarlo. Y suponga que sus amigos descubren que su caso no ha sido notificado. Podrían hacerlo. Es usted un hombre de cierta importancia. Podrían pedir al cónsul británico que investigase. Y entonces, ¿qué? No, no veo a monsieur Moeller corriendo riesgos tan absurdos. ¿Por qué iba a hacerlo? Es más fácil matarle.

—Dice que no le gusta matar gente si puede evitarlo.

Míster Kuvetli soltó una risita.

—Debe creerle de verdad muy tonto. ¿Le dijo qué haría conmigo?

—No.

—No me sorprende. Para que el plan, tal como se lo explicó, tuviera éxito, sólo podría hacer una cosa..., matarme. Y aun muerto le pondría en dificultades. El coronel Haki se ocuparía de ello. Me temo que la propuesta de monsieur no es muy sincera.

—Parecía convincente. Puedo añadir que estaba dispuesto a permitir que la señora Gallindo completara el grupo si me apetecía llevarla.

Míster Kuvetli le echó una mirada lujuriosa: un fauno casoso en camisa de dormir de franela.

—¿Y se lo ha dicho usted a la señora Gallindo?

Graham se sonrojó.

—No sabe nada de Moeller. Le conté lo de Banat. Temo haberme delatado anoche, cuando Banat entró en el salón. Me preguntó qué me pasaba y se lo conté. En cualquier caso —añadió a la defensiva, pero no por ello menos sincero—, necesitaba su ayuda. Ella se ocupó de entretener a Banat mientras yo registraba su camarote.

—¿Organizando una partida de cartas con el bueno de José? No me extraña. En cuanto a la sugerencia de que le acompañase, creo que se habría anulado de haber aceptado. Le explicarían, sin duda, que habían surgido dificultades. ¿Sabe José algo del asunto?

—No. No creo que se lo cuente. Creo que es una mujer digna de confianza —añadió, con toda la indiferencia que pudo aparentar.

—Ninguna mujer es digna de confianza —dijo míster Kuvetli, regodeándose—. Pero no le reprocho sus divertimientos, monsieur Graham. —Se pasó la punta de la lengua por el labio superior y sonrió—. La señora Gallindo es muy atractiva.

Graham controló la respuesta que le asomaba a los labios.

—Mucho —dijo brevemente—. Mientras tanto, hemos llegado a la conclusión de que me matarán tanto si acepto la propuesta de Moeller como si no. —Y en ese momento perdió el control de sí mismo—. Por el amor de Dios, Kuvetli —explotó en inglés—, ¿cree usted que me resulta agradable estar aquí sentado mientras me cuenta lo fácil que les resultaría a esos tipos acabar conmigo? ¿Qué voy a *hacer*?

Míster Kuvetli le dio unos golpecitos tranquilizadores en la rodilla.

—Mi querido amigo, le comprendo perfectamente. Lo único que quería demostrarle es qué no puede desembarcar como lo haría normalmente.

—¿Y en qué otra forma *puedo* desembarcar? No soy invisible.

—Se lo voy a decir —dijo Kuvetli, complacido consigo mismo—. Es muy fácil. Mire usted, aunque este barco no llega al muelle de pasajeros hasta las nueve de la mañana del sábado, llegará a Génova de madrugada, a eso de las cuatro. El práctico de noche es caro; en consecuencia, aunque recoja al práctico en cuanto haya algo de luz, no se moverá hasta la salida del sol. La embarcación del práctico...

—Si está sugiriendo que me vaya en la embarcación del práctico, le diré que es

imposible.

—Para usted, sí. Para mí no. Tengo privilegios. Tengo un *laissez passer* diplomático. —Dio unos golpecitos en el bolsillo de su chaqueta—. Puedo llegar al consulado turco a las ocho. Allí podré organizar una forma de sacarle de aquí con seguridad y llevarle al aeropuerto. El servicio internacional de trenes no es tan bueno como era, y el tren de París no sale hasta las dos de la tarde. No le conviene quedarse tanto tiempo en Génova. Alquilaremos un avión para trasladarle inmediatamente a París.

El pulso de Graham se aceleró. Un extraordinario sentimiento de ligereza e indiferencia se apoderó de él. Le dieron ganas de echarse a reír.

—Suenan bien —dijo, impasible.

—Todo irá bien, pero hay que tomar precauciones para asegurarse. Si monsieur Moeller sospecha que tiene una posibilidad de escapar puede ocurrir algo desagradable. Escuche con cuidado, por favor. —Se rascó el pecho y levantó el índice—. Primero: tiene que ir a ver a monsieur Moeller mañana para decirle que acepta la sugerencia de quedarse en Santa Margherita.

—¿Qué?

—Es la mejor forma de mantenerle a raya. Dejo en sus manos el determinar la mejor oportunidad. Pero le sugiero lo siguiente: como posiblemente sea él quien entre en contacto con usted, lo mejor es darle tiempo para hacerlo. Espere hasta primeras horas de la noche. Si para entonces él no le ha dicho nada, tome usted la iniciativa. No dé una impresión demasiado ingenua, pero acepte hacer lo que él quiere. Una vez hecho eso, vaya a su camarote, atranque la puerta y quédese allí. No salga bajo ningún pretexto del camarote hasta las ocho de la mañana. Podría ser peligroso.

»Ahora viene la parte más importante de sus instrucciones. Tiene que estar preparado, con su equipaje, a las ocho de la mañana. Llame al mayordomo, dele una propina y dígame que deje su equipaje en el barracón de Aduanas. No hay que cometer un error a estas alturas. Lo que tiene que hacer es quedarse en el barco hasta que yo venga a decirle que se han completado los preparativos y que puede desembarcar sin peligro. Hay dificultades. Si se queda en el camarote, el mayordomo le hará bajar con los demás, incluidos monsieur Moeller y Banat. Lo mismo le ocurrirá si sale a cubierta. Tiene que asegurarse de que no le obliguen a bajar a tierra antes de que sea seguro.

—Pero ¿cómo?

—Se lo estoy explicando. Lo que tiene que hacer es salir del camarote, y después, cuidando que nadie le vea, meterse en el camarote vacío más cercano. Su camarote es el número cinco. Métase en el número cuatro. Es el camarote contiguo a éste. Espere allí. Estará perfectamente seguro. Le habrá dado una propina al mayordomo. Si vuelve a pensar en usted, supondrá que ha bajado a tierra. Si le preguntan por usted,

no se va a poner a mirar en los camarotes vacíos. Como es natural, monsieur Moeller y Banat le estarán buscando. Usted les habrá dicho que está de acuerdo en irse con ellos. Pero tendrán que bajar a tierra y esperar. Para entonces ya estaremos aquí y podremos entrar en acción.

—¿Acción?

Míster Kuvetli sonrió con severidad.

—Por cada hombre que ellos tengan, nosotros tendremos dos. No creo que intenten detenernos. ¿Recuerda claramente lo que tiene que hacer?

—Con toda claridad.

—Queda un asuntillo. Monsieur Moeller le preguntará si me he dado a conocer. Usted, naturalmente, le dirá que sí. Le preguntará qué le he dicho. Usted le dirá que me ofrecí a acompañarle yo mismo a París y que cuando insistió en acudir al cónsul inglés le amenacé.

—¡Amenazarme!

—Sí. —Míster Kuvetli seguía sonriente, pero había entornado un poco los párpados—. Si usted se hubiera comportado de otra forma conmigo, posiblemente habría tenido que amenazarle.

—¿Con qué? —preguntó Graham, resentido—. ¿La muerte? Eso sería absurdo, ¿no?

Míster Kuvetli siguió sonriendo.

—No, monsieur Graham, no con la muerte, sino con la acusación de aceptar sobornos de un agente enemigo para sabotear los preparativos navales turcos. Como comprenderá, monsieur Graham, para mí es tan importante que vuelva a Inglaterra sin demora como lo es para monsieur Moeller que no vuelva.

Graham le miró con intensidad.

—Ya veo. Y esto es un delicado recuerdo de que la amenaza sigue en pie si permitiese a Moeller convencerme de que su propuesta es, después de todo, aceptable. ¿No es así?

Su tono era deliberadamente ofensivo. Míster Kuvetli se irguió.

—Soy turco, monsieur Graham —dijo dignamente—, y amo a mi país. Luché con el Gazi por la libertad de Turquía. ¿Cree usted que permitiría que un solo hombre pusiera en peligro la gran obra que hemos realizado? Estoy dispuesto a dar mi vida por Turquía. ¿Le extraña que no vacile en hacer cosas menos desagradables?

Estaba adoptando una pose. Resultaba ridículo, y sin embargo, precisamente porque sus palabras armonizaban tan poco con su aspecto, resultaba impresionante. Graham se sintió desarmado. Sonrió.

—No me extraña. No tenga miedo. Haré exactamente lo que me ha dicho. Pero supongamos que Moeller quiere saber cuándo tuvo lugar nuestro encuentro.

—Dígale la verdad. Hay alguna posibilidad de que le hayan visto entrar en mi

camarote. Puede decir que yo se lo pedí, que le dejé una nota en su camarote. Recuerde también que nadie debe vernos conversando en privado a partir de este momento. Será mejor que no conversemos en absoluto. En cualquier caso, no hay más que decir. Todo está arreglado. Sólo queda un último asunto que considerar... La señora Gallindo.

—¿Qué pasa con ella?

—Se ha confiado parcialmente a ella. ¿Cuál es su actitud?

—Cree que todo se ha solucionado. —Se sonrojó—. Le dije que viajaríamos juntos hasta París.

—¿Y después?

—Cree que pasaré algún tiempo con ella allí.

—Naturalmente, no tenía usted intención de hacerlo. —Daba la impresión de un maestro de escuela ocupándose de un alumno difícil.

Graham vaciló.

—No, supongo que no —dijo lentamente—. Si quiere que le diga la verdad, me gustó hablar con ella de París. Cuando uno está esperando que le maten...

—Pero ahora que ya no cree que le van a matar es distinto, ¿eh?

—Sí, es distinto. —Pero ¿era tan distinto? No estaba muy seguro.

Míster Kuvetli se acarició la barbilla.

—Por otro lado, sería peligroso decirle que ha cambiado de opinión —reflexionó—. Podría ser indiscreta... o quizá enfadarse. No le diga nada. Si toca el tema de París, nada ha cambiado. Puede explicarle que tiene cosas que hacer en Génova cuando atraque el barco y decirle que se encontrarán en el tren. Eso impedirá que le busque antes de desembarcar. ¿Entendido?

—Sí. Entendido.

—Es guapa —prosiguió Kuvetli, pensativo—. Es una pena que su asunto sea tan urgente. De todas formas, a lo mejor puede volver a París cuando haya terminado el trabajo. —Sonrió: el maestro de escuela prometiendo un caramelo por buen comportamiento.

—Supongo que podría. ¿Alguna otra cosa?

Míster Kuvetli levantó la vista en la que se dibujaba una mirada astuta.

—No. Eso es todo. Salvo pedirle que siga con el mismo aspecto *distrain* que tiene desde que salimos del Pireo. Sería una pena que monsieur Moeller encontrara sospechosa su forma de comportarse.

—¿Mi forma...? Ah, sí, comprendo. —Se levantó, sorprendiéndose al comprobar la debilidad de sus rodillas—. Me he preguntado muchas veces qué siente un condenado cuando se entera de que su pena de muerte le ha sido conmutada. Ahora lo sé —dijo.

Míster Kuvetli sonrió con aire protector.

—Se encuentra muy bien, ¿eh?

Graham negó con la cabeza.

—No, míster Kuvetli, no me encuentro muy bien. Me encuentro muy mal y muy cansado y no puedo dejar de pensar que tiene que haber un error.

—¡Un error! No hay error que valga. No tiene por qué preocuparse. Todo irá bien. Ahora acuéstese, amigo mío, y por la mañana se sentirá mejor. ¡Un error!

Míster Kuvetli se echó a reír.

Como había profetizado míster Kuvetli, a la mañana siguiente Graham se sentía mejor. Incorporado en la cama, bebiendo café, se sentía extrañamente libre y competente. La enfermedad que le aquejaba se había curado. Era otra vez él mismo: sano y normal. Había sido una estupidez preocuparse tanto. Tenía que haber comprendido que todo iría bien. Con guerra o sin guerra, nadie mataba por la calle a hombres como él. Esas cosas, sencillamente, no ocurrían. Sólo los cerebros de adolescentes de los Moeller y los Banat eran capaces de concebir semejantes posibilidades. No tenía dudas. Hasta su mano estaba mejor. La venda se había caído por la noche, llevándose con ella la gasa sanguinolenta que se había pegado a la herida. La substituyó sin dificultades por otra gasa y dos tiras cortas de esparadrapo. El cambio le pareció simbólico. Ni siquiera la conciencia de que en el día que tenía por delante tenía que hacer varias cosas altamente desagradables pudo deprimirle.

Lo primero que tenía que pensar, naturalmente, era qué actitud tomar con Moeller. Como había indicado míster Kuvetli, era posible que el hombre esperase hasta la noche antes de intentar averiguar si el pez había mordido el anzuelo que colocaron la noche anterior. Eso significaba que Graham tendría que sentarse dos veces a la mesa con Moeller y Banat sin delatarse. Eso, desde luego, no iba a resultar agradable. Se preguntó si no sería más seguro hablar con Moeller inmediatamente. Después de todo, parecía mucho más convincente que la víctima diera el primer paso. ¿O sería menos convincente? ¿Debía estar el pez luchando con el anzuelo cuando recogieran el hilo? Evidentemente, míster Kuvetli así lo pensaba. Muy bien. Había que seguir con exactitud las instrucciones de míster Kuvetli. La cuestión de su comportamiento a la hora del almuerzo y de la cena se solucionaría por sí misma cuando llegasen las respectivas horas. En cuanto a la entrevista concreta con Moeller, sabía cómo hacerla convincente. No había que adaptarse en todo a los deseos de Moeller. Algo sorprendido, constató que lo que más le preocupaba era qué hacer en el caso de Josette.

Se dijo a sí mismo que se estaba portando como un bellaco con ella. Había sido cariñosa con él, a su manera. La verdad es que no podía haber sido más cariñosa. Pensar que no se había portado bien en el asunto del revólver de José no era excusa. No era justo pedirle que robase para él. Después de todo, José era su compañero. Ahora no podría ni siquiera darle el bolso con el billete de mil francos, salvo dejándoselo cuando pasara por París, y siempre era posible que ella no apareciera por el Hotel des Belges. No servía de nada decirse que Josette intentaba sacarle lo más posible. Nunca lo había ocultado, y él lo había aceptado tácitamente. La estaba tratando de mala manera, se dijo de nuevo. Intentaba racionalizar lo que sentía por

ella y, extrañamente, fracasaba por completo. Se quedó perplejo.

No la vio hasta poco antes del almuerzo, y estaba con José.

Hacía muy mal tiempo. El cielo estaba cubierto y soplaba un viento helado del nordeste con perspectivas de nieve. Se había pasado casi toda la mañana en un rincón del salón, leyendo viejos ejemplares de *L'Illustration* que encontró por allí. Míster Kuvetli le había mirado como si fuera transparente. Sólo había hablado con los Beronelli, que le habían saludado con un «buon giorno» defensivo, y con los Mathis, que le habían devuelto el saludo con una frígida inclinación de cabeza. Consideró necesario explicar a los Mathis que su falta de cortesía de la noche anterior no había sido intencionada y que se debía al hecho de encontrarse enfermo en aquel momento. Aceptaron la explicación algo cortados, y Graham pensó que quizá habían preferido una enemistad silenciosa a una disculpa. El marido se había quedado especialmente cortado, como si se sintiera de alguna manera ridículo. No tardaron en decidir que tenían que dar un paseo por cubierta. Graham les vio unos minutos más tarde por el ojo de buey, caminando con míster Kuvetli. La armenia de Moeller fue la única otra persona que salió esa mañana a cubierta, donde demostró patéticamente, debido al fuerte oleaje, que su aversión por el mar no era simplemente un invento de la imaginación de su «esposo». Poco después de las doce, Graham recogió del camarote el sombrero y el abrigo y emprendió el paseo que decidió debía preceder a la ingestión de un gran whisky con soda.

Regresaba al salón cuando se encontró con Josette y José.

José se detuvo, profiriendo un juramento, y echó una mano al curvo sombrero flexible que el viento trataba de arrancarle de la cabeza.

Josette intercambió una mirada con Graham y sonrió significativamente.

—José está otra vez enfadado. Anoche jugó a las cartas y perdió. Fue el pequeño griego, Mavradopolous. La esencia de rosas resultó demasiado fuerte para la amapola de California.

—Ese no es griego —dijo José amargamente—. Tiene acento de cabra, y olor también. Si es griego me... —Dijo lo que haría.

—Pero sabe jugar a las cartas, *mon cher caïd*.

—Se cansó de jugar demasiado pronto —dijo José—. No te preocupes. Todavía no he terminado con él.

—A lo mejor él ha terminado contigo.

—Debe ser un jugador muy bueno —intervino Graham con tacto.

José le miró con disgusto.

—¿Y usted qué sabe?

—Nada —respondió Graham fríamente—. A lo mejor es que usted juega muy mal.

—¿No querrá jugar, por casualidad?

—Creo que no. Las cartas me aburren.

José le miró, burlón.

—¡Ah, sí! Hay cosas mejores que hacer, ¿eh? —Se pasó la lengua por los dientes ruidosamente.

—Cuando está de mal humor —explicó Josette—, no es capaz de comportarse con educación. No hay nada que hacer. No le importa lo que la gente piense.

José frunció la boca, adoptando una expresión más empalagosa que la sacarina.

—No le importa lo que la gente piense —repitió, en un falsete agudo y burlón. Después, sus facciones se relajaron—. ¿Qué me importa lo que piensen? —preguntó.

—Eres ridículo —dijo Josette.

—Si no les gusta, se pueden quedar en los lavabos —declaró José agresivamente.

—No es un precio demasiado caro —murmuró Graham.

Josette soltó una risita. José miró ceñudo.

—No comprendo.

A Graham no le pareció que sacara nada en limpio explicándolo. Ignorando a José, dijo en inglés:

—Iba a tomar una copa. ¿Le apetece venir?

Josette pareció dudar.

—¿Va a invitar a José también?

—¿Es necesario?

—No puedo quitármelo de encima.

José les miraba hoscamente y con desconfianza.

—No conviene insultarme —dijo.

—Nadie te está insultando, imbécil. Monsieur nos invita a tomar una copa. ¿Quieres una copa?

José eructó.

—Con tal de salir de esta asquerosa cubierta, soy capaz de tomarme un trago con cualquiera.

—Es tan educado... —dijo Josette.

Cuando sonó el gong, ya habían vaciado sus vasos. Graham no tardó en averiguar que había hecho bien en dejar que el problema de su actitud con Moeller se solucionase por sí solo. El hombre que apareció en respuesta al gong era «Haller»; un Haller que saludó a Graham como si nada hubiera pasado y que inició casi inmediatamente una larga relación de las manifestaciones de An, el dios sumerio del cielo. Sólo en una ocasión dio muestra de no olvidar el cambio de relación con Graham. Cuando apenas había comenzado a hablar, Banat entró y se sentó. Moeller hizo una pausa y le dirigió una mirada desde el otro extremo de la mesa. Banat se la devolvió, malhumorado. Moeller se volvió significativamente hacia Graham.

—Monsieur Mavradopolous —comentó— parece en cierta manera desilusionado,

como si le hubieran dicho que no puede hacer algo que desea fervientemente. ¿No le parece, míster Graham? Me pregunto si quedará decepcionado.

Graham levantó la vista del plato para encontrarse con una mirada serena. La pregunta de los pálidos ojos azules era evidente. Sabía que también Banat le estaba observando.

—Sería un placer decepcionar a monsieur Mavradopolous —dijo despacio.

Moeller sonrió, y la sonrisa se reflejó en sus ojos.

—Sí que lo sería. Ahora veamos. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí...

Eso fue todo, pero Graham siguió comiendo, sabedor de que había resuelto al menos uno de los problemas del día. No tendría que acudir a Moeller. Moeller acudiría a él.

Pero, sin duda, Moeller no tenía la menor prisa por hacerlo. La tarde transcurría con lentitud, y era difícil soportarla. Míster Kuvetli le había dicho que no debían conversar en absoluto, y Graham consideró conveniente recurrir a un dolor de cabeza cuando Mathis sugirió una mano de bridge. Su negativa afectó al francés de una manera especial. La aceptó con renuencia y turbado, y dio la impresión de que estaba a punto de decir algo importante pero que se lo pensó mejor. Sus ojos reflejaban el mismo aspecto de tristeza confusa que Graham había observado por la mañana. Pero Graham no le dedicó más de un par de minutos al asunto. Los Mathis no le interesaban gran cosa.

Moeller, Banat, Josette y José se habían retirado a sus camarotes tan pronto terminaron de almorzar. La signora Beronelli había sido inducida a completar la mesa de los Mathis con míster Kuvetli y parecía divertirse. Su hijo estaba sentado a su lado, mirándola celosamente. Graham, desesperado, volvió a las revistas. Sin embargo, el cuarteto de bridge empezó a dar señales de desintegrarse, y Graham, para evitar verse envuelto en una conversación con míster Kuvetli, salió a cubierta.

El sol, oscurecido desde la víspera, derramaba un resplandor rojo a través de una fina capa de nubes situada justo encima del horizonte. Hacia el este, la larga y baja extensión de costa antes visible estaba ya envuelta en un crepúsculo de color gris pizarra, donde empezaban a parpadear las luces de una población. Las nubes se movían velozmente, como preparando una tormenta, y unas gruesas gotas de lluvia empezaron a caer sesgadas sobre la cubierta. Graham retrocedió para refugiarse de la lluvia y se encontró con Mathis a su lado. El francés hizo una inclinación de cabeza.

—¿Buena partida? —preguntó Graham.

—Muy entretenida. Madame Beronelli y yo perdimos. Es entusiasta, pero ineficaz.

—Entonces, aparte del entusiasmo, mi ausencia no se notó.

Mathis sonrió, algo nervioso.

—Espero que se encuentre mejor de su dolor de cabeza.

—Mucho mejor, gracias.

Había empezado a llover seriamente. Mathis contempló apesadumbrado la creciente oscuridad.

—¡Asqueroso! —comentó.

—Sí.

Hubo un instante de silencio.

—Temía —dijo de pronto Mathis— que no quisiera jugar con nosotros. Si hubiera sido así, no le habría culpado. Esta mañana tuvo usted la amabilidad de disculparse. Quien en realidad debía disculparse era yo.

No miraba a Graham.

—Estoy seguro... —Graham empezó a decir algo entre dientes, pero Mathis prosiguió como si se estuviera dirigiendo a las gaviotas que seguían al barco—. A veces se me olvida —dijo amargamente— que lo que para algunos es bueno o malo para otros es simplemente aburrido. Mi mujer me ha llevado a poner demasiada fe en el poder de las palabras.

—Me temo que no le comprendo.

Mathis volvió la cabeza y sonrió con una mueca.

—¿Conoce usted la palabra *encotillonné*?

—No.

—Un hombre gobernado por su mujer está *encotillonné*.

—En inglés decimos calzonazos.

—¿Sí? —Evidentemente, no le importaba cómo se decía en inglés—. Le voy a contar algo gracioso y apropiado a la situación. Hace tiempo yo estaba *encotillonné*. ¡Sí, y mucho! ¿Le sorprende?

—Sí que me sorprende. —Graham vio que el hombre dramatizaba y sintió curiosidad.

—Mi mujer tenía muy mal genio. Creo que sigue teniéndolo, pero ahora no me doy cuenta. Sin embargo, nuestros primeros diez años de matrimonio fueron terribles. Yo tenía un pequeño negocio. El comercio iba muy mal y quebré. No fue culpa mía, pero ella siempre decía que lo había sido. ¿Tiene mal genio su mujer, monsieur?

—No. Al contrario.

—Tiene usted suerte. Viví unos años horribles. Y, de pronto, un día, hice un gran descubrimiento. Hubo un mitin socialista en nuestro pueblo y acudí. Conviene que sepa que yo era monárquico. Mi familia no tenía dinero, pero tenía un título, y les hubiera gustado usarlo sin que sus vecinos se rieran de ellos. Yo era como mi familia. Fui al mitin por curiosidad. El orador era bueno, y habló de Briey. Aquello me interesó porque yo había estado en Verdún. Una semana más tarde, en el café con unos amigos, les conté lo que había oído. Mi mujer se rió de una forma muy curiosa. Después, cuando llegué a casa, hice el gran descubrimiento. Descubrí que mi mujer

era una snob y más estúpida de lo que yo hubiera podido soñar. Dijo que la había humillado diciendo aquellas cosas como si me las creyese. Todos sus amigos eran gente respetable. Yo no debía hablar como si fuera un obrero. Lloró. Entonces supe que me había liberado. Tenía un arma que usar contra ella. La usé. Si me disgustaba me hacía socialista. Predicaba la abolición del beneficio y de la familia a los pequeños comerciantes relamidos cuyas mujeres eran sus amigas. Compré libros y folletos para dar mayor fuerza corrosiva a mis argumentos. Mi mujer se volvió muy dócil. Cocinaba cosas que me gustaban para que no la dejase en mal lugar. —Hizo una pausa.

—¿Quiere decir que no cree esas cosas que dice sobre Briey y la Banca y el capitalismo? —preguntó Graham.

Mathis sonrió débilmente.

—Ese es el chiste que le iba a contar. Durante un cierto tiempo fui libre. Gobernaba a mi mujer y le tomé más cariño. Yo era director en una gran fábrica. Y entonces ocurrió algo terrible. Descubrí que empezaba a creermelas cosas que decía. Los libros que leía me mostraron que había encontrado algo verdadero. Yo, monárquico por instinto, me hice socialista por convicción. Aún más, me convertí en un mártir socialista. Hubo una huelga en la fábrica y yo, un director, apoyé a los huelguistas. No pertenecía a ningún sindicato. ¡Naturalmente! Así que me despidieron. Fue una ridiculez. —Se encogió de hombros—. ¡Y aquí me tiene! Llevo los pantalones en mi casa a costa de convertirme en un pelmazo fuera de ella. Gracioso, ¿verdad?

Graham sonrió. Había decidido que monsieur Mathis le caía bien. Dijo:

—Sería gracioso si fuera del todo cierto. Pero le garantizo que si no le escuché anoche no fue porque me aburriera.

—Es usted muy cortés —empezó a decir Mathis, dubitativo—. Pero...

—Oh, no es cuestión de cortesía. Mire, yo trabajo para una empresa de armamentos, así que me ha interesado mucho lo que le he oído decir. En algunas cosas estoy de acuerdo con usted.

El rostro del francés se transfiguró. Se sonrojó ligeramente; una sonrisita encantada bailó en sus labios; Graham observó que el ceño permanente se relajaba.

—¿En qué cosas no está de acuerdo? —preguntó ansiosamente Mathis.

En aquel momento Graham descubrió que, por muchas cosas que le hubieran ocurrido en el *Sestri Levante*, al menos había ganado un amigo.

Seguían discutiendo cuando Josette apareció en cubierta. Mathis interrumpió lo que estaba diciendo para reconocer su presencia.

—Madame.

Josette les miró y arrugó la nariz.

—¿De qué están hablando? Debe ser muy importante para que se queden ahí,

discutiendo bajo la lluvia.

—Estábamos hablando de política.

—¡No, no! —dijo apresuradamente Mathis—. ¡Política no, economía! La política es el efecto. Nosotros hablábamos de las causas. Pero tiene usted razón. Esta lluvia es asquerosa. Por favor, si me disculpan, voy a ver qué le pasa a mi mujer. —Le guiñó un ojo a Graham—. Si sospecha que estoy haciendo propaganda no podrá dormir esta noche.

Se fue con una sonrisa y una inclinación de cabeza. Josette le observó mientras se alejaba.

—Es un tipo simpático. ¿Cómo ha podido casarse con una mujer así?

—Le tiene mucho cariño.

—¿Cómo usted a mí?

—Quizá no. ¿Prefiere que entremos?

—No. He salido para tomar el aire. En el otro lado de cubierta no nos mojaremos tanto.

Echaron a andar hacia el otro lado. Ya era de noche, y las luces de cubierta se habían encendido.

Josette se colgó del brazo de Graham.

—¿Se da usted cuenta de que hoy no nos hemos visto realmente hasta ahora? ¡No! ¡Claro que no se da cuenta! Se divierte hablando de política. No le importa que esté preocupada.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—¡Ese hombre que quiere matarle, imbécil! No me ha dicho lo que va a hacer en Génova.

Graham se encogió de hombros.

—He seguido su consejo. Ya no me preocupa ese tipo.

—Pero ¿irá al cónsul británico?

—Sí. —Había llegado el momento inevitable de urdir una mentira verosímil—. Iré directamente al consulado. Después tendré que ver a una o dos personas por asuntos de negocios. El tren no sale hasta las dos de la tarde, así que creo que tendré tiempo. Nos podemos encontrar en el tren.

Josette volvió la cabeza con cierta brusquedad.

—¿Me está diciendo la verdad? ¿No me cuenta eso porque ha cambiado de opinión?

—¡Mi querida Josette! —Abrió la boca para explicar otra vez que tenía asuntos de negocios que atender, pero se detuvo a tiempo. No debía protestar demasiado.

Josette le oprimió el brazo.

—No quería ser desagradable, *chéri*. Sólo quiero estar segura. Nos encontraremos en el tren si así lo desea. Podemos tomar una copa juntos en Turín. El tren llega a las

cuatro y para media hora. Por los vagones de Milán. En Turín hay sitios bonitos para tomar una copa. Después de este barco, nos parecerá maravilloso.

—Espléndido. ¿Y José?

—Ah, dejemos a José. Que beba solo. Después de haber sido tan grosero con usted esta mañana... No me importa lo que haga José. ¿Cómo van las cartas que está escribiendo? ¿Las ha terminado?

—Las terminaré esta noche.

—Y después, ¿se acabó el trabajo?

—Después se acabó el trabajo. —Sintió que no podía soportar mucho más la situación—. Se va a enfriar si nos quedamos mucho tiempo aquí. ¿Por qué no entramos?

Josette se detuvo y le soltó el brazo para permitirle besarla. Su espalda estaba tensa cuando pegó su cuerpo al de Graham. Pasados unos segundos, se separó de él y se echó a reír.

—Tengo que acordarme —dijo— de no decir «whisky-soda» sino «whisky con soda» a partir de ahora. Es muy importante, ¿eh?

—Muy importante.

Le oprimió el brazo.

—Es usted encantador. Me gusta mucho, *chéri*.

Echaron a andar de vuelta al salón. Graham celebraba la falta de luz.

No tuvo que esperar mucho tiempo a Moeller. El agente alemán acostumbraba levantarse de la mesa para ir a su camarote tan pronto terminaba la comida. Esa noche, sin embargo, Banat se fue primero, como sin duda habían acordado, y el monólogo se prolongó hasta que los Beronelli le siguieron. Era una relación de las comparaciones efectuadas entre las liturgias sumerio-babilonias y las formas rituales de ciertos cultos mesopotámicos a la fertilidad, y cuando terminó lo hizo con una evidente sensación de triunfo.

—Reconocerá, señor Graham —añadió, bajando la voz—, que es un gran éxito recordar tantas cosas. Naturalmente, he cometido algunos errores, y sin duda se ha perdido mucho en la traducción. El autor probablemente no lo reconocería. Pero yo diría que para los no iniciados es muy convincente.

—Me estaba preguntando por qué se ha tomado tanto trabajo. Por lo que respecta a los Beronelli, podría estar hablando en chino.

Moeller pareció dolido.

—No estaba hablando para los Beronelli, sino por simple satisfacción personal. Es absurdo decir que la memoria falla con la edad. ¿Diría usted que tengo sesenta y seis años?

—No me interesa su edad.

—No, claro que no. Quizá debemos charlar en privado. Sugiero un paseo por

cubierta. Está lloviendo, pero un poco de lluvia no nos hará daño.

—Mi abrigo está en aquella silla.

—Entonces nos veremos en la cubierta superior dentro de unos minutos.

Cuando Moeller llegó, Graham le estaba esperando al final de la escalera de cámara. Se pusieron a sotavento de uno de los botes salvavidas.

Moeller fue directamente al grano.

—Supongo que habrá visto a Kuvetli.

—Le he visto —dijo Graham secamente.

—¿Y bien?

—He decidido seguir el consejo que usted me dio.

—¿A sugerencia de Kuvetli?

El asunto, reflexionó Graham, no iba a ser tan fácil como había pensado.

—Por mí mismo —respondió—. Kuvetli no me ha impresionado. Francamente, me asombró. Me parece increíble que el gobierno turco haya encomendado este trabajo a un hombre tan idiota.

—¿Qué le hace pensar que es idiota?

—Según parece, piensa que usted intenta sobornarme y que yo estoy por aceptar el dinero. Me amenazó con delatarme al gobierno británico. Cuando le indiqué que yo corría un cierto peligro parece que pensó que intentaba engañarle con alguna estupidez. Si ésa es la idea que usted tiene de un hombre inteligente, lo siento por usted.

—Quizá no está habituado a tratar con el género inglés de autoestima —respondió Moeller con acidez—. ¿Cuándo tuvo lugar su encuentro?

—Anoche, poco después de verle a usted.

—¿Y cómo reaccionó usted ante su advertencia?

—Le dije que pondría su conducta en conocimiento del coronel Haki. No pareció importarle, la verdad sea dicha. Pero si aún tenía alguna idea de recurrir a su protección, la abandoné. No me fío de él. Además, no veo razón para arriesgar la vida por gente que me trata como si fuera un criminal.

Hizo una pausa. La oscuridad no le permitía ver el rostro de Moeller, pero sintió que el hombre estaba satisfecho.

—En vista de lo cual, ha decidido aceptar mi sugerencia.

—Así es. Pero —prosiguió Graham—, antes de seguir adelante, hay una o dos cosas que quiero aclarar.

—¿Y bien?

—En primer lugar, ese Kuvetli. Como ya he dicho, es un idiota, pero habrá que hacerle perder la pista de algún modo.

—No tema. —Graham creyó detectar una nota de desprecio en aquella voz monótona y sombría—. Kuvetli no nos causará problemas. Será fácil darle el

esquinazo en Génova. Lo siguiente que sabrá de usted es que está enfermo de tifus. No tendrá forma de probar que es falso.

Graham se sintió aliviado. Evidentemente, Moeller le tomaba por tonto.

—Sí, ya veo —dijo, dubitativo—. Todo eso está muy bien, pero ¿y el asunto del tifus? Si voy a ponerme enfermo tengo que enfermarme de la forma más adecuada. Si enfermara de verdad lo probable es que ocurriera ya en el tren.

Moeller suspiró.

—Veo que ha estado pensando muy seriamente, míster Graham. Permítame que le explique. Si de verdad hubiera contraído el tifus, ya se sentiría mal. El período de incubación es de una semana o diez días. Naturalmente, no sabría qué le pasaba. Mañana se encontraría peor. Es lógico que quisiera evitar una noche de tren. Lo probable es que buscara un hotel para pasar la noche. Después, por la mañana, cuando la fiebre empezase a subir y las características de la enfermedad se hicieran evidentes, le llevarían a una clínica.

—¿Entonces mañana iremos a un hotel?

—Exactamente. Nos espera un coche. Pero le recomiendo que deje los detalles en mis manos, míster Graham. Recuerde que estoy tan interesado como usted en no levantar sospechas de nadie.

Graham fingió considerar lo que le decían.

—Bueno, está bien —dijo por fin—. Lo dejo en sus manos. No quiero ponerme pesado, pero ya comprenderá que no quiero tener problemas al llegar a casa.

Se produjo un silencio, y por un momento temió haber exagerado el papel. Después, Moeller dijo despacio:

—No tiene por qué preocuparse. Le estaremos esperando a la salida del barracón de Aduanas. Mientras no intente hacer alguna tontería —podría, por ejemplo, decidir cambiar de opinión respecto a sus vacaciones—, todo irá como la seda. Le puedo asegurar que no tendrá ningún problema cuando vuelva a casa.

—Si es así...

—¿Tiene algo más que decirme?

—No. Buenas noches.

—Buenas noches, míster Graham. Hasta mañana.

Graham esperó a que Moeller llegara a la cubierta inferior. Respiró hondo. Lo peor había pasado. Estaba salvado. Todo lo que le quedaba por hacer era meterse en su camarote, dormir toda la noche y esperar a míster Kuvetli en el camarote número cuatro. De pronto se sintió muy cansado. Le dolía el cuerpo, como si hubiera hecho un trabajo demasiado pesado. Se encaminó a su camarote. Al pasar junto a la puerta del salón que daba al descansillo, vio a Josette.

Estaba sentada en una de las *banquettes*, mirando a José y a Banat, que jugaban a las cartas. Tenía las manos en el borde del asiento y se inclinaba hacia adelante, con

los labios ligeramente abiertos y el pelo caído sobre las mejillas. Algo en aquella postura le recordó a Graham el momento, que parecía haber tenido lugar años atrás, en que entró tras Kopeikin en el camerino del cabaret Le Jockey. Concibió un confuso deseo de que levantara la cabeza y se volviera, sonriente, hacia él.

Pensó de pronto que la veía por última vez, que antes de veinticuatro horas sería para ella simplemente un mal recuerdo, alguien que la había tratado mal. La conciencia de ello fue definida y extrañamente dolorosa. Se dijo a sí mismo que era absurdo, que nunca habría podido quedarse con ella en París y que siempre lo había sabido. ¿Por qué tenía que preocuparle ahora la despedida? Sin embargo, le preocupaba. Una frase se abrió paso en su mente: «partir es morir un poco». Supo de pronto que no se estaba despidiendo de Josette, sino de una parte de sí mismo. En las callejuelas de su mente se cerraba una puerta, lenta y definitivamente. Ella se había quejado de no ser para él más que una parte del viaje de Estambul a Londres. Pero había algo más. Josette era parte del mundo que quedaba tras la puerta, el mundo donde entró cuando Banat le disparó tres veces en el Adler-Palace, el mundo donde se reconocía al simio bajo el terciopelo. Ahora volvía a su propio mundo, a su casa y su coche y a la mujer agradable y cariñosa a quien llamaba su esposa. Sería exactamente igual que cuando lo dejó. En aquel mundo nada habría cambiado; nada, sólo él.

Bajó a su camarote.

Tuvo un sueño intranquilo. En una ocasión se despertó sobresaltado, pensando que alguien abría la puerta del camarote. Después recordó que la puerta estaba cerrada con pestillo y decidió que había soñado. Cuando se despertó de nuevo, los motores se habían parado y el barco no se balanceaba. Encendió la luz y vio que eran las cuatro y cuarto. Habían llegado a la entrada del puerto de Génova. Al poco rato oyó las rápidas explosiones de una pequeña embarcación y unos ruidos más débiles en la cubierta superior. También se oían voces. Trató de distinguir la de míster Kuvetli entre ellas, pero llegaban demasiado ahogadas. Dio una cabezada.

Le había dicho al mayordomo que le trajese el café a las siete. Hacia las seis, sin embargo, decidió que era inútil tratar de dormir. Cuando llegó el mayordomo, ya se había vestido.

Bebió el café, metió el resto de sus cosas en la maleta y se sentó, dispuesto a esperar. Míster Kuvetli le había dicho que entrase en el camarote vacío a las ocho en punto. Graham se había prometido a sí mismo obedecer las instrucciones de míster Kuvetli al pie de la letra. Escuchó a los Mathis, que discutían mientras hacían el equipaje.

A eso de las ocho menos cuarto, el barco empezó a moverse hacia el muelle. Dejó pasar cinco minutos y llamó al mayordomo. A las ocho menos cinco, el mayordomo

había acudido, recibido con mal disimulada sorpresa cincuenta liras y desaparecido con la maleta. Graham esperó un minuto más y abrió la puerta.

El pasillo estaba vacío. Caminó lentamente hasta el camarote cuatro, se detuvo como si se le hubiera olvidado algo y dio media vuelta. No había moros en la costa. Abrió la puerta, entró rápidamente en el camarote, cerró la puerta y se volvió.

Le faltó muy poco para desmayarse.

Tendido en el suelo, con las piernas bajo la litera inferior y la cabeza bañada en sangre, yacía míster Kuvetli.

La mayor parte de la sangre parecía proceder de una herida superficial en la nuca. Pero había otra herida, que en comparación no había sangrado mucho y que parecía de cuchillo, en la parte inferior izquierda del cuello. El movimiento del barco había dibujado en el linóleo un garabato demencial con la sangre que se coagulaba lentamente. La cara había adquirido color de arcilla sucia. Míster Kuvetli estaba muerto y bien muerto.

Graham apretó los dientes para evitar las arcadas y se sustentó en el lavabo. Lo primero que pensó era que no tenía que vomitar, que tenía que recobrar el ánimo antes de pedir auxilio. No se dio cuenta inmediata de lo que implicaba lo sucedido. Había clavado los ojos en la ventana redonda para no mirar de nuevo al suelo, y la imagen de una chimenea de barco por encima de un muelle de cemento le recordó que estaban a punto de atracar. Y míster Kuvetli no había llegado al consulado turco.

Al darse cuenta, se sobresaltó y recobró el sentido común. Miró hacia abajo.

Era sin duda obra de Banat. Probablemente había aturcido de un golpe al pequeño turco en su camarote o en el pasillo, le había arrastrado hasta el más cercano, y allí le había asesinado mientras estaba insensible. Moeller había decidido desembarazarse de una posible amenaza al buen funcionamiento de sus disposiciones sobre la víctima principal. Graham recordó el ruido que le había despertado por la noche. Podía venir del camarote contiguo. «No salga de su camarote bajo ningún pretexto hasta las ocho de la mañana. Podría ser peligroso». Míster Kuvetli no había seguido su propio consejo y *había* sido peligroso. Se había declarado dispuesto a morir por su país y por él había muerto. Ahí estaba, con los puños gordezuelos lastimeramente apretados, la orla de pelo gris teñida de sangre y la boca que tan a menudo sonreía medio abierta e inanimada.

Alguien pasó por el pasillo, y Graham dio un respingo. El sonido y el movimiento parecieron aclararle la cabeza. Empezó a pensar rápida y fríamente.

La forma en que se había coagulado la sangre indicaba que míster Kuvetli debió morir antes de que el barco se detuviera. ¡Mucho antes! Antes de haber pedido permiso para irse con el práctico. Si lo hubiera pedido le habrían buscado concienzudamente a la llegada del barco y le habrían encontrado. No viajaba con pasaporte ordinario, sino con un *laissez passer* diplomático, por lo que no había tenido que entregar su documentación al contable. Eso significaba que si el contable no revisaba la lista de pasajeros con el funcionario de control de pasaportes —y Graham sabía por experiencia que en los puertos italianos no siempre se preocupaban de hacerlo—, nadie se enteraría de que Kuvetli no había desembarcado. Probablemente, Moeller y Banat lo habían tenido en cuenta. Y si el equipaje del

muerto estaba hecho, el mayordomo lo llevaría al barracón de Aduanas con el de los demás, suponiendo que el propietario se ocultaba para no tener que darle una propina. Si Graham no avisaba a alguien, podían pasar horas e incluso días antes de que descubrieran el cuerpo.

Apretó los labios. Sintió que una cólera lenta y fría le invadía la cabeza, ahogando su instinto de conservación. Si llamaba a alguien podía acusar a Moeller y Banat, pero ¿podía rastrear el crimen hasta ellos? Su acusación no tenía por sí misma ningún peso. Podrían sugerir que la acusación era una argucia para ocultar su propia culpa. El contable, desde luego, apoyaría con gusto esa teoría. El hecho de que los acusados viajaran con pasaporte falso podía sin duda probarse, pero eso llevaría tiempo. En cualquier caso, la Policía italiana podía negarle con toda justificación el permiso de salida hacia Inglaterra. Míster Kuvetli había muerto por tratar de hacerle llegar a Inglaterra sano y salvo y a tiempo para cumplir un contrato. Sería estúpido y grotesco que el cuerpo muerto de míster Kuvetli fuera precisamente el medio de impedir el cumplimiento de aquel contrato. Pero si Graham quería conservar el pellejo, eso era precisamente lo que ocurriría. Era extrañamente inimaginable. Pera él, de pie junto al cadáver del hombre que Moeller había descrito como un patriota, sólo parecía haber una cosa importante en el mundo: que la muerte de míster Kuvetli no fuera estúpida ni grotesca, que sólo fuera inútil para los hombres que le habían asesinado.

Pero si no daba la alarma y esperaba a la policía, ¿qué iba a hacer?

¿Y si Moeller lo había planeado todo? ¿Y si él o Banat habían oído las instrucciones que le dio míster Kuvetli y, pensando que estaba lo bastante intimidado como para hacer cualquier cosa con tal de salvarse, habían urdido aquella forma de retrasar su regreso? O quizá pretendían «descubrirle» con el cuerpo para incriminarle. Pero no. Ambas suposiciones eran absurdas. Si hubieran conocido el plan de míster Kuvetli, habrían permitido que el turco bajara a tierra en la embarcación del práctico. Después, alguien habría encontrado el cuerpo de Graham, y ese alguien habría sido míster Kuvetli. Era, por tanto, evidente que Moeller ni conocía el plan ni sospechaba que el asesinato iba a ser descubierto. Dentro de una hora estaría, con Banat y los pistoleros que acudieran a recibirles, esperando a que la víctima saliera sin sospechar nada...

Pero la víctima sospechaba. Había una ligerísima oportunidad...

Se volvió y, agarrando el tirador de la puerta, lo hizo girar lentamente. Sabía que si se paraba a pensar en lo que había decidido se echaría atrás. Tenía que comprometerse sin pensarlo dos veces.

Abrió la puerta una fracción de pulgada. El pasillo estaba desierto. Un instante más tarde había salido del camarote y cerrado la puerta a sus espaldas. Vaciló menos de un segundo. Sabía que no podía detenerse. En cinco zancadas llegó al camarote número tres. Entró.

El equipaje de míster Kuvetli consistía en una simple maleta pasada de moda. Estaba atada con correas en mitad del camarote, y una de las correas sujetaba una moneda de veinte liras. Graham cogió la moneda y se la acercó a la nariz. El olor a esencia de rosas se distinguía perfectamente. Buscó el abrigo y el sombrero de míster Kuvetli en el armario y detrás de la puerta, y al no encontrarlos supuso que los habían tirado al agua por el ojo de buey. Banat había pensado en todo.

Subió la maleta a la cama y la abrió. Se veía que las cosas de encima habían sido apresuradamente metidas por Banat, pero más abajo la maleta estaba muy bien hecha. Lo único interesante que encontró Graham, sin embargo, fue una caja de munición para pistola. No había rastro de la pistola a la que estaba destinada.

Graham se metió las municiones en el bolsillo y cerró de nuevo la maleta. Aún no había decidido qué hacer con ella. Evidentemente, Banat contaba con que el mayordomo la llevaría al barracón de Aduanas, se guardaría las veinte liras y se olvidaría de míster Kuvetli. Era la mejor solución, desde el punto de vista de Banat. Cuando los funcionarios de Aduanas empezasen a interesarse por una maleta no reclamaba, monsieur Mavradopolous ya no existiría. Graham, sin embargo, tenía toda la intención de seguir existiendo si podía. Tenía además la intención de utilizar su pasaporte para cruzar la frontera italo-francesa con el mismo fin. En cuanto encontraran el cuerpo de míster Kuvetli, la policía buscaría a los demás pasajeros para interrogarle. Sólo había una solución: esconder la maleta de míster Kuvetli.

Abrió el armarito del lavabo, dejó encima, en una esquina, la moneda de veinte liras y se acercó a la puerta. El camino seguía despejado. Abrió la puerta cogió la maleta y la arrastró por el pasillo hasta el camarote número cuatro. Uno o dos segundos después estaba otra vez dentro y con la puerta cerrada.

Estaba sudando. Se secó las manos y la frente con su pañuelo y entonces recordó que había dejado huellas dactilares en el asa de cuero de la maleta, en el tirador de la puerta y en el armarito del lavabo. Limpió todo con el pañuelo y centró su atención en el cuerpo.

Evidentemente, la pistola no estaba en el bolsillo trasero del pantalón. Apoyó una rodilla en el suelo, al lado del cadáver. Sintió que le volvían las arcadas y respiró hondo. Después se inclinó, aferró el hombro derecho con una mano y el lado derecho de los pantalones con la otra y tiró. El cuerpo rodó de lado. Un pie se deslizó sobre el otro y golpeó el suelo. Graham se incorporó apresuradamente. En uno o dos segundos, no obstante, se había recuperado lo suficiente como para inclinarse de nuevo y abrir la chaqueta. Había una pistolera de cuero bajo el brazo izquierdo, pero la pistola no estaba allí.

No se decepcionó demasiado. La posesión de la pistola le habría hecho sentirse mejor, pero no había concebido grandes esperanzas de encontrarla. Una pistola era un objeto valioso. Era natural que Banat se la llevase. Graham tanteó el bolsillo de la

chaqueta. Estaba vacío. Evidentemente, Banat también se había llevado el dinero y el *laissez passer* de míster Kuvetli.

Se levantó. Ya no había nada que hacer allí. Se puso un guante, abrió con cautela la puerta y se encaminó al camarote número seis. Llamó. Dentro se produjo un movimiento rápido y madame Mathis abrió la puerta.

El mal gesto que tenía preparado para el mayordomo se desvaneció cuando vio a Graham. Sorprendida, le dio los buenos días.

—Buenos días, madame. ¿Podría hablar un minuto con su esposo?

Mathis asomó la cabeza por encima del hombro de su mujer.

—¡Hola! ¡Buenos días! ¡Tan temprano y ya está listo!

—¿Puedo hablar con usted un momento?

—¡Pues claro! —Salió en mangas de camisa y sonriendo alegremente—. Sólo soy importante para mí mismo. Llegar a mí no es difícil.

—¿Le importaría pasar un momento a mi camarote?

Mathis le miró con curiosidad.

—Tiene usted un aspecto muy serio, amigo mío. Ahora mismo voy. —Se volvió hacia su mujer—. En seguida vuelvo, *chérie*.

Una vez dentro del camarote, Graham cerró la puerta, echó el cerrojo y se volvió para encontrarse con el ceño sorprendido de Mathis.

—Necesito su ayuda —dijo en voz baja—. No, no voy a pedirle dinero. Lo que quiero es que lleve un mensaje de mi parte.

—Con gusto, siempre que sea posible.

—Tendremos que hablar muy bajo —prosiguió Graham—. No quiero alarmar innecesariamente a su mujer, y las paredes son muy delgadas.

Afortunadamente, Mathis no comprendió plenamente lo que aquello significaba. Asintió.

—Le escucho.

—Ya le dije que trabajo para una empresa de armamento. No mentía. Pero en cierto sentido estoy actualmente al servicio conjunto de los gobiernos de Inglaterra y Turquía. Esta misma mañana, cuando baje del barco, unos agentes alemanes intentarán matarme.

—¿De verdad? —preguntó Mathis, incrédulo y desconfiado.

—Me temo que sí. No me haría gracia inventármelo.

—Disculpe. Yo...

—No se preocupe. Lo que quiero es que se presente en el consulado turco en Génova, pregunte por el cónsul y le dé un recado de mi parte. ¿Lo hará?

Mathis le miró fijamente un instante. Después asintió.

—Muy bien. Lo haré. ¿Cuál es el mensaje?

—En primer lugar, tengo que decirle que se trata de un mensaje altamente

confidencial. ¿Comprende?

—Sé mantener la boca cerrada cuando me parece oportuno.

—Y yo sé que puedo confiar en usted. Escriba el mensaje, por favor. Aquí tiene papel y lápiz. No sería capaz de leer mi letra. ¿Dispuesto?

—Sí.

—Es como sigue: «Informe a coronel Haki, Estambul, que agente I. K. ha muerto, pero no informe a la policía. Me veo forzado a acompañar a agentes alemanes, Moeller y Banat, que viajan con pasaportes de Fritz Haller y Mavradopolous. Yo...».

Mathis abrió la boca de par en par y soltó una exclamación.

—¿Será posible?

—Desgraciadamente, lo es.

—¡Entonces no es que usted se marease!

—No. ¿Puedo seguir con el mensaje?

Mathis tragó saliva.

—Sí. Sí. No me había dado cuenta... Por favor.

—«Trataré de escapar y llegar a usted, pero en caso de que muera sírvase por favor informar al cónsul británico de la responsabilidad de estos hombres». —Le pareció melodramático, pero era exactamente lo que quería decir. Compadeció a Mathis.

El francés le estaba mirando con horror pintado en los ojos.

—No es posible —susurró—. ¿Por qué...?

—Me gustaría explicárselo todo, pero me temo que no puedo. Lo que quisiera saber es si va a transmitir mi mensaje.

—Naturalmente. Pero ¿no puedo hacer algo más? Esos agentes alemanes..., ¿por qué no los hace detener?

—Por varias razones. El mejor modo de ayudarme es transmitir mi mensaje.

El francés adelantó la mandíbula agresivamente.

—¡Es ridículo! —explotó, para después bajar la voz hasta un feroz susurro—. La discreción es necesaria. Yo lo comprendo. Usted pertenece al servicio secreto británico. Estas cosas no se dicen, pero no soy ningún idiota. ¡Muy bien! ¿Por qué no matamos juntos a esos asquerosos boches y escapamos? Llevo encima mi revólver, y juntos...

Graham pegó un respingo.

—¿Dice que tiene un revólver... aquí?

Mathis le miró, desafiante.

—Naturalmente que tengo un revólver. ¿Por qué no iba a tenerlo? En Turquía...

Graham le agarró por el brazo.

—Entonces puede hacer algo más por ayudarme.

Mathis frunció el ceño, impaciente.

—¿De qué se trata?

—Permítame que le compre el revólver.

—¿Quiere decir que está desarmado?

—Me robaron el revólver. ¿Cuánto quiere por el suyo?

—Pero...

—Me será mucho más útil que a usted.

Mathis se irguió.

—No se lo voy a vender.

—Pero...

—Se lo voy a regalar. Aquí tiene... —Sacó un pequeño revólver niquelado del bolsillo posterior del pantalón y se lo puso en la mano a Graham—. No, por favor. No es nada. Me gustaría hacer algo más.

Graham agradeció a su buena estrella el impulso que le había llevado a disculparse con los Mathis la víspera.

—Ya ha hecho más que suficiente.

—¡Nada! Está cargado, ¿ve? Aquí está el seguro. El gatillo es muy suave. No hace falta ser un hércules. Mantenga el brazo recto mientras dispara..., pero qué le voy a contar.

—Se lo agradezco, Mathis. ¿Irá al consulado turco en cuanto llegue a tierra?

—Por supuesto. —Le ofreció la mano—. Le deseo suerte, amigo mío —dijo emocionado—. Si está seguro de que no puedo hacer más...

—Estoy seguro.

Mathis salió. Graham se quedó esperando. Oyó que el francés entraba en el camarote contiguo y después la voz aguda de madame Mathis.

—¿Y bien?

—No puedes dejar de meterte donde no te llaman, ¿eh? Se ha quedado sin dinero y le he prestado dos mil francos.

—¡Imbécil! No los volverás a ver.

—¿Tú crees? Pues te advierto que me ha dado un cheque.

—Detesto los cheques.

—No estoy borracho. Es contra un Banco de Estambul. En cuanto lleguemos me presentaré en el consulado turco y me aseguraré de que el cheque es bueno.

—¡Como si lo fueran a saber... o les importara!

—¡Basta! Sé lo que hago. ¿Estás lista? ¡No! Entonces...

Graham suspiró, aliviado, y examinó el revólver. Era más pequeño que el de Kopeikin y estaba fabricado en Bélgica. Accionó el seguro y puso el dedo en el gatillo. Era una arma pequeña y manejable y parecía muy bien cuidada. Pensó en el mejor sitio para llevarla encima. No tenía que verse desde fuera, pero debía estar en un lugar de fácil acceso. Finalmente decidió meterlo en el bolsillo superior izquierdo

del chaleco, donde cabían exactamente el cañón, la recámara y la mitad de la guarda del gatillo. Con la chaqueta abrochada, la culata quedaba oculta y las solapas disimulaban el bulto. Además, sólo tenía que acercar la mano a la corbata para tener los dedos a dos pulgadas de la culata. Estaba preparado.

Tiró por el ojo de buey la caja de municiones de míster Kuvetli y subió a cubierta.

El barco estaba en el puerto, desplazándose hacia la zona oeste del mismo. El cielo estaba despejado sobre el mar, pero las colinas que rodeaban la ciudad cobijaban una bruma que oscurecía el sol y daba un aspecto frío y desolado a la blanca masa semicircular de edificaciones.

La única persona que había en cubierta era Banat. Estaba parado, contemplando los barcos con el interés absorto de un niño pequeño. Era difícil imaginarse que en algún momento de las diez últimas horas aquel ser pálido salía del camarote número cuatro con un cuchillo que acababa de clavar en el cuello de míster Kuvetli, que en aquel momento tenía en el bolsillo los documentos, el dinero y la pistola de míster Kuvetli, que pensaba cometer un nuevo asesinato en las próximas horas. Su insignificancia era espantosa y daba un falso aire de normalidad a la situación. Si Graham no hubiera sentido tan vivamente el peligro que corría, le habría tentado pensar que el recuerdo de lo que había visto en el camarote número cuatro no era recuerdo de una experiencia real, sino de algo concebido en un sueño.

Ya no sentía ningún miedo. Su cuerpo se estremecía de una forma extraña. Le faltaba el aliento y una oleada de náuseas le subía con regularidad desde la boca del estómago; pero su cerebro parecía haber perdido contacto con su cuerpo. Sus pensamientos se ordenaban por sí mismos con una rapidez y eficacia que le sorprendían. Sabía que si no quería abandonar toda esperanza de llegar a Inglaterra a tiempo para cumplir el contrato turco, su única posibilidad de salir vivo de Italia dependía de su capacidad de derrotar a Moeller en su propio juego. Míster Kuvetli le había demostrado que la «alternativa» de Moeller era un truco destinado exclusivamente a transferir la escena del crimen a un lugar menos público que una calle importante de Génova. En otras palabras, pensaban «darle un paseo». Dentro de muy poco tiempo, Moeller, Banat y algunos otros le esperarían con un coche a la salida del barracón de Aduanas, dispuestos a matarle allí mismo si fuera necesario. Y si entraba, complaciente, en el coche, le llevarían a algún lugar tranquilo de la carretera de Santa Margherita y le matarían allí. El plan sólo tenía un punto débil. Ellos creían que si entraba en el coche lo haría pensando que le iban a llevar a un hotel para preparar la representación de la enfermedad. Se equivocaban; y su error le ofrecía las primeras posibilidades de salir bien parado. Si actuaba con arrojo y rapidez tendría ciertas posibilidades de escapar.

No era probable, pensó, que le dijeran Id que pensaban hacer con él cuando montase en el coche. Se apoyarían hasta el último momento en la mentira del hotel y

la clínica cercana a Santa Margherita. Desde su punto de vista, era mucho más fácil cruzar las estrechas calles de Génova con un hombre dispuesto a pasar seis semanas de vacaciones que con un hombre a quien habría que impedir por la fuerza que llamase la atención de los transeúntes. Le seguirían la corriente. A lo mejor hasta le dejarían tomar una habitación en un hotel. En cualquier caso, era improbable que el coche pudiera cruzar la ciudad sin detenerse ni una sola vez a causa del tráfico. Sus posibilidades de escapar dependían de su capacidad de sorprenderles. Si conseguía escapar en una calle llena de gente, les sería muy difícil atraparlo. Entonces se dirigiría al consulado turco. Había escogido el consulado turco y no el suyo simplemente porque con los turcos tendría que dar menos explicaciones. Una referencia al coronel Haki simplificaría considerablemente el problema.

El barco estaba a punto de atracar, y en el muelle había hombres dispuestos a recoger los cabos. Banat no le había visto, pero en ese instante salieron Josette y José a cubierta. Graham se desplazó rápidamente al lado opuesto. En aquel momento, Josette era la última persona en el mundo con quien deseaba hablar. Podría sugerirle compartir un taxi hasta el centro de la ciudad. Tendría que explicarle por qué se iba del muelle en un coche particular con Moeller y Banat. Podían surgir muchas otras dificultades. Entonces se topó con Moeller.

El anciano inclinó amistosamente la cabeza.

—Buenos días, míster Graham. Quería verle. Será agradable volver de nuevo a tierra, ¿verdad?

—Eso espero.

La expresión de Moeller cambió imperceptiblemente.

—¿Está preparado?

—Del todo. —Adoptó un aspecto preocupado—. No he visto a Kuvetli esta mañana. Espero que todo vaya bien.

Moeller ni siquiera parpadeó.

—No se preocupe, míster Graham. —Sonrió, tolerante—. Como ya le dije anoche, puede dejarlo todo tranquilamente en mis manos. Kuvetli no nos causará problemas. Si fuera necesario —añadió dulcemente—, recurriría a la fuerza.

—Espero que no haga falta.

—Y yo también, míster Graham. ¡Yo también! —Bajó la voz confidencialmente—. Pero ya que hablamos del uso de la fuerza, me permito sugerirle que no se apresure a desembarcar. Si lo hiciera antes de que Banat y yo hayamos tenido tiempo de explicar la nueva situación a los que nos esperan, podría ocurrir un accidente, ¿comprende? Se le nota perfectamente que es inglés. Le identificarían sin la menor dificultad.

—Ya se me había ocurrido.

—¡Espléndido! Me alegra mucho verle participar del espíritu de nuestras

disposiciones. —Volvió la cabeza—. Ah, ya estamos atracando. Bien, le veré de nuevo en unos minutos. —Entornó los párpados—. No me hará pensar que he depositado en mal lugar mi confianza, ¿verdad, míster Graham?

—Estaré allí.

—Estoy seguro de que puedo contar con usted.

Graham entró en el salón desierto. Vio por un ojo de buey que habían separado con cuerdas un sector de cubierta. Los Mathis y los Beronelli se habían unido ya a Josette, José y Banat, y mientras les observaba subió también Moeller con su «esposa». Josette miraba en derredor como si esperara a alguien, y Graham supuso que su ausencia la intrigaba. No iba a ser fácil evitar tropezarse con ella. A lo mejor hasta le esperaba en el barracón de Aduanas. Tenía que impedirlo.

Esperó a que izaran la pasarela y a que los pasajeros, encabezados por los Mathis, iniciaran en grupo el descenso. Entonces salió y se incorporó al último puesto de la cola, inmediatamente detrás de Josette. La mujer volvió la cabeza y le vio.

—¡Ah! Me estaba preguntando dónde se había metido. ¿Qué ha estado haciendo?

—El equipaje.

—Ha tardado mucho. Pero en fin, ya está aquí. Pensaba que a lo mejor podíamos ir juntos y dejar el equipaje en la *consigne* de la estación. Nos ahorraríamos un taxi.

—Me temo que la haría esperar. Tengo algunas cosas que declarar. Además, primero debo pasar por el consulado. Creo que lo mejor es que nos encontremos en el tren, como habíamos acordado.

Josette suspiró.

—Es usted tan difícil... Muy bien, nos veremos en el tren. Pero no lo vaya a perder.

—No lo perderé.

—Y tenga cuidado con el pequeño *salop* del perfume.

—La policía se ocupará de él.

Habían llegado al control de pasaportes que daba entrada al barracón de Aduanas, y José, que se había adelantado, esperaba como si cada segundo le costase una fortuna. Josette oprimió apresuradamente la mano de Graham.

—*Alors, chéri! A tout à l'heure.*

Graham sacó su pasaporte y les siguió lentamente por el barracón de Aduanas. Sólo había un funcionario. Terminó con Josette y José mientras Graham se acercaba, y después centró su atención en los voluminosos paquetes de los Beronelli. Graham, aliviado, tuvo que esperar. Mientras lo hacía, abrió la maleta y se metió en el bolsillo unos papeles que necesitaba, pero transcurrieron unos minutos hasta que pudo enseñar su visado de tránsito, hacer que le marcaran con tiza la maleta y entregarla a un mozo de cuerda. Cuando terminó de abrirse camino entre el grupo de enlutados parientes que rodeaba a los Beronelli, Josette y José habían desaparecido.

Entonces vio a Moeller y a Banat.

Estaban de pie junto a un gran sedán americano estacionado más allá de los taxis. En el lado opuesto del coche había otros dos hombres: uno era alto y llevaba una gabardina y una gorra de trabajador, el otro era muy moreno, de fuertes mandíbulas, y llevaba un abrigo gris largo con cinturón y un sombrero flexible de copa redondeada. Al volante del coche había un quinto hombre, más joven.

Con el corazón al galope, Graham hizo una seña al mozo, que ya se dirigía a los taxis, y se encaminó hacia ellos.

Moeller le hizo una seña con la cabeza mientras se acercaba.

—¡Bien! ¿Su equipaje? Ah, sí. —Hizo una indicación al hombre alto, que dio la vuelta al coche, cogió la maleta que le daba el mozo y la introdujo en el maletero del coche.

Graham entregó una propina al mozo y entró en el coche. Moeller le imitó y se puso a su lado. El hombre alto se sentó al lado del conductor. Banat y el hombre del abrigo largo se sentaron en los trasportines, enfrente de Graham y Moeller. El rostro de Banat era inexpresivo. Él hombre del abrigo largo evitó la mirada de Graham y se puso a mirar por la ventana.

El coche arrancó. Casi inmediatamente, Banat sacó su pistola y accionó el seguro. Graham se volvió hacia Moeller.

—¿Es necesario? —preguntó—. No me voy a escapar.

Moeller se encogió de hombros.

—Como guste. —Le dijo algo a Banat, que sonrió, accionó de nuevo el seguro y guardó la pistola en el bolsillo.

El coche tomó la calle adoquinada que llevaba a las puertas del muelle.

—¿A qué hotel vamos? —preguntó Graham.

Moeller volvió ligeramente la cabeza.

—Todavía no lo he decidido. Podemos dejarlo para más tarde. Primero iremos a Santa Margherita.

—Pero...

—No hay peros. Yo me ocupo de todo. —Esta vez ni siquiera se dignó volver la cabeza.

—¿Y Kuvetli?

—Se fue esta mañana temprano en el barco del práctico.

—Entonces ¿qué está haciendo?

—Probablemente, redactando un informe para el coronel Haki. Le aconsejo que se olvide de él.

Graham enmudeció. Sólo había preguntado por míster Kuvetli para ocultar el temor que se apoderaba de él. No llevaba ni dos minutos en el coche y sus posibilidades habían disminuido considerablemente.

El coche vibraba sobre los adoquines, ya cerca de la entrada del puerto, y Graham se preparó para la pronunciada curva a la derecha que les llevaría hacia la ciudad y la carretera de Santa Margherita. Un instante después se sintió desplazado bruscamente a un lado, pues el coche viraba hacia la izquierda. Banat sacó rápidamente la pistola.

Graham volvió lentamente a la posición inicial.

—Lo siento —dijo—. Pensé que había que girar a la derecha para ir a Santa Margherita.

No recibió respuesta. Se acomodó en su rincón, tratando de evitar toda expresión en el rostro. Había supuesto, gratuitamente, que le iban a dar el «paseo» por la carretera de Santa Margherita después de cruzar Génova. Todas sus esperanzas se habían basado en esa suposición. Se había confiado demasiado.

Miró de reojo a Moeller. El agente alemán se apoyaba en el respaldo del asiento con los ojos cerrados: un anciano que había cumplido con el trabajo del día. El resto del día pertenecía a Banat. Graham sabía que aquellos ojillos profundos buscaban los suyos, y que en la boca doliente había una sonrisa desagradable. Banat pensaba disfrutar con su trabajo. El otro hombre seguía mirando por la ventana. No había emitido el menor sonido.

Llegaron a una bifurcación y giraron a la derecha por una carretera secundaria donde una señal indicaba la dirección de Novi-Torino. Iban hacia el norte. La carretera era recta y tenía grandes plátanos polvorientos a los lados. Detrás de los árboles había filas de casas tristes y una o dos fábricas. Pero la carretera empezó pronto a ascender, volviéndose sinuosa y las casas y fábricas quedaron atrás. Entraban en campo abierto.

Graham sabía que si no se presentaba una oportunidad totalmente inesperada de escapar, sus posibilidades de sobrevivir una hora eran prácticamente nulas. Llegaría un momento en que el coche se detendría. Entonces le sacarían y le matarían tan metódica y eficazmente como si hubiera sido condenado a muerte por un consejo de guerra. El pulso le latía brutalmente en las sienes y su respiración era acelerada y entrecortada. Trató de respirar lenta y profundamente, pero los músculos de su pecho parecían incapaces de realizar el esfuerzo. Siguió intentándolo. Sabía que si se rendía al miedo, si se dejaba ir, estaba perdido, pasara lo que pasara. No tenía que asustarse. Se dijo a sí mismo que la muerte no era tan dura. Un instante de asombro y todo habría pasado. Tarde o temprano tenía que morir, y una bala en la base del cráneo ahora era mejor que meses de enfermedad cuando fuera viejo. Cuarenta años no eran un período despreciable de vida. En aquel momento había en Europa muchos jóvenes que considerarían una muerte a dicha edad como un logro envidiable. Suponer que arrancar unos treinta años al período normal de vida era un desastre, era darse gratuitamente una importancia que ningún hombre tenía. Y la vida, después de todo, tampoco era tan agradable. Principalmente consistía en pasar de la cuna a la tumba de

la forma más cómoda posible; en satisfacer las necesidades del cuerpo y hacer más lento su proceso de decadencia. ¿Por qué tomarse tan a la tremenda el abandono de un asunto tan monótono? ¿Por qué, en verdad? Y sin embargo, uno se lo tomaba a la tremenda...

Sintió de pronto la presencia del revólver oprimiéndole el pecho. ¿Y si decidían registrarle? Pero no, no lo harían. Le habían quitado un revólver, y a míster Kuvetli otro. No podían sospechar que existía un tercero. En el coche había cinco hombres más, y al menos cuatro de ellos estaban armados. Su revólver tenía seis balas. A lo mejor podía disparar dos antes de que le alcanzasen. Si esperaba a que Banat se distrajera, quizá podría alcanzar a tres, o incluso a cuatro. Si de todas formas le iban a matar, procuraría que su muerte les saliese lo más cara posible. Sacó un cigarrillo del bolsillo y, metiéndose la mano en la chaqueta como si buscara una cerilla, accionó el seguro del revólver. Pensó un instante en sacarlo de inmediato y confiar en que la suerte y las curvas le librasen del primer disparo de Banat. Pero la pistola no temblaba en la mano de Banat. Además, siempre había alguna posibilidad de que sucediera algo inesperado que le diera mayores oportunidades. A lo mejor, por ejemplo, el conductor tomaba una curva demasiado rápido y destrozaba el coche.

Pero el coche seguía avanzando con toda normalidad. Las ventanas estaban completamente cerradas, y la esencia de rosas de Banat comenzaba a impregnar la atmósfera interior. El hombre del abrigo largo se estaba adormeciendo. Bostezó una o dos veces. Después, y evidentemente sólo por hacer algo, sacó una pesada pistola alemana e inspeccionó el cargador. Cuando lo insertaba de nuevo, sus ojos inexpresivos y ojerosos se posaron un instante en Graham. Apartó la vista con indiferencia, como haría en un tren un viajero sentado frente a un extraño.

Hacía unos veinticinco minutos que habían salido. Pasaron por un pueblecito perdido, con un único café destartalado detrás de un surtidor de gasolina y dos o tres tiendas, y empezaron a subir. Graham se apercibió vagamente de que los terrenos y granjas que hasta entonces flanqueaban la carretera daban paso a grupos de árboles y pendientes sin cultivar, y supuso que estaban llegando a las colinas situadas al norte de Génova y al oeste del paso del ferrocarril por encima de Pontedecimo. El coche giró de pronto a la izquierda por una pequeña carretera lateral flanqueada de árboles y empezó a subir lentamente por un largo y sinuoso camino cortado en la ladera de una colina boscosa.

Algo se movió a su lado. Se volvió rápidamente, mientras la sangre se le agolpaba en la cabeza, y se encontró con los ojos de Moeller.

Moeller asintió.

—Sí, míster Graham, éste es para usted el final del camino.

—Pero ¿el hotel...? —tartamudeó Graham.

Los pálidos ojos no parpadearon.

—Me temo, míster Graham, que debe ser usted muy simple. ¿O quizá cree que yo lo soy? —Se encogió de hombros—. Desde luego, no tiene importancia. Pero quiero pedirle algo. Teniendo en cuenta todos los problemas, incomodidades y gastos que me ha causado, ¿sería pedirle demasiado que no me causara más? Cuando nos detengamos y se le pida que baje, sírvase por favor hacerlo sin discutir y sin protestas corporales. Si en un momento así no es capaz de pensar en su propia dignidad, piense al menos en la tapicería del coche.

Se volvió bruscamente e hizo una señal con la cabeza al hombre del abrigo largo, que golpeó con los nudillos en la separación de cristal que tenía a sus espaldas. El coche se detuvo a sacudidas y el hombre del abrigo largo se incorporó a medias y puso la mano en el tirador que abría la puerta de su lado. Simultáneamente, Moeller le dijo algo a Banat. Banat sonrió y enseñó los dientes.

En ese instante, Graham entró en acción. Su último y lamentable farol había sido aceptado. Iban a matarle, y lo mismo les daba que lo supiera o no. Lo único que les preocupaba era que manchara con su sangre la tapicería en la que estaba sentado. Una cólera súbita y ciega se apoderó de él. Su autocontrol, forzado hasta el estremecimiento de todos los nervios de su cuerpo, le abandonó de pronto. Sin saber lo que hacía, sacó el revólver de Mathis y disparó a quemarropa sobre el rostro de Banat. Después se lanzó hacia adelante.

El hombre del abrigo largo había abierto la puerta aproximadamente una pulgada cuando el cuerpo de Graham cayó sobre él. Perdió el equilibrio y se desplomó de espaldas fuera del coche. Una fracción de segundo más tarde había chocado con el suelo, con Graham encima.

Medio atontado por el impacto, Graham se desembarazó, rodó sobre sí mismo y buscó refugio detrás del coche. Sabía que no podía durar más de unos segundos. El hombre del abrigo largo había perdido el sentido, pero los otros dos, gritando a pleno pulmón, habían abierto sus puertas, y Moeller no tardaría en recoger la pistola de Banat. Quizá tendría oportunidad de disparar una vez más. Moeller, a lo mejor...

En aquel momento, la suerte acudió en su ayuda. Graham se apercibió de que estaba acurrucado a uno o dos pies de distancia del depósito de gasolina del coche, y con la insensata idea de obstaculizar la persecución si llegaba a escapar de allí, levantó el revólver y disparó de nuevo.

Cuando apretó el gatillo, el cañón del revólver estaba prácticamente en contacto con el depósito, y la llamarada que estalló con un rugido le expulsó tambaleando de espaldas de su refugio. Oyó el estruendo de varios disparos y sintió el silbido de una bala junto a su cabeza. El pánico se apoderó de él. Giró y corrió hacia los árboles y la pendiente que descendía en terrazas desde la carretera. Oyó dos disparos más y después algo le golpeó violentamente en la espalda y un relámpago de luz le estalló entre el cerebro y los ojos.

No debió estar inconsciente más de un minuto. Cuando recuperó el sentido, se encontró tirado boca abajo en la pendiente, sobre una superficie de agujas secas de pino y por debajo del nivel de la carretera.

Un dolor agudísimo le atravesaba la cabeza como un puñal. Trató de no moverse durante unos segundos. Después abrió otra vez los ojos y su mirada, reconociendo pulgada a pulgada el terreno, se posó en el revólver de Mathis. Alargó instintivamente el brazo para cogerlo. Su cuerpo palpitaba agónicamente, pero sus dedos aferraron el revólver. Esperó uno o dos segundos. Después, muy despacio, se puso de rodillas, se incorporó apoyándose en las manos y empezó a arrastrarse hacia la carretera.

La onda expansiva de la explosión del depósito había diseminado fragmentos retorcidos de carrocería y de cuero humeante por toda la carretera. El hombre de la gorra de trabajador yacía de costado entre los restos del coche. La gabardina le colgaba en jirones carbonizados a su izquierda. Del coche en sí no quedaba más que una masa trémula e incandescente donde apenas se veía el esqueleto de hierro, retorciéndose bajo la terrible temperatura como si fuera de papel. En la carretera, un poco más arriba, el conductor se tambaleaba como si estuviera borracho, cubriéndose el rostro con las manos. El aire estaba impregnado de un hedor repugnante a carne quemada. No había el menor rastro de Moeller.

Graham se arrastró por la pendiente unas yardas, se puso dolorosamente en pie y se alejó, tropezando entre los árboles, hacia la carretera de abajo.

Cuando por fin llegó al pueblo y a un teléfono, habían dado las doce. Cuando llegó el coche del consulado turco, ya se había lavado y fortalecido a base de coñac.

El cónsul era un hombre delgado y directo, cuya forma de hablar inglés parecía indicar que había vivido en Inglaterra. Escuchó con gran atención el relato de Graham, sin apenas intervenir. Sin embargo, cuando Graham terminó, el cónsul echó un chorrito más de soda a su vermut, se apoyó en el respaldo de su asiento y silbó entre dientes.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—¿No le parece suficiente?

—Más que suficiente. —El cónsul sonrió con aire de disculpa—. Le diré, míster Graham, que cuando esta mañana recibí su mensaje, telegrafíé de inmediato al coronel Haki informándole que lo más probable era que estuviese muerto. Le felicito.

—Gracias. Tuve suerte. —Hablaba automáticamente. Parecía haber algo extrañamente fatuo en las felicitaciones por estar vivo—. La otra noche —prosiguió—, Kuvetli me dijo que había luchado por el Gazi y que estaba dispuesto a dar su vida por Turquía. Por alguna razón, uno no espera que la gente que dice ese tipo de cosas las demuestre tan rápidamente.

—Es cierto. Es muy triste —dijo el cónsul. Se veía que estaba deseando ir al grano—. Mientras tanto —dijo oportunamente—, tenemos que cuidarnos de no perder tiempo. Cada minuto que pasa aumenta las posibilidades de que encuentren su cuerpo antes de que usted haya salido del país. Las autoridades no nos ven actualmente con muy buenos ojos, y si lo encuentran antes dudo que podamos impedir que le detengan, aunque no sea más que unos días.

—¿Y el coche?

—Eso lo tendrá que explicar el conductor, Si, como usted dice, su maleta fue destruida por el fuego, no hay nada que le relacione con el accidente. ¿Se encuentra lo bastante bien como para viajar?

—Sí. Estoy un poco magullado y todavía no me ha desaparecido el maldito temblor, pero ya se me pasará.

—Bien. Entonces, teniendo en cuenta las circunstancias, lo mejor es que se ponga en marcha de inmediato.

—Kuvetli habló de un avión.

—¿Un avión? ¡Ah! Permítame que vea su pasaporte.

Graham se lo entregó. El cónsul pasó rápidamente las páginas, lo cerró de golpe y se lo devolvió.

—Su visado de tránsito —dijo— especifica que entra en Italia por Génova y sale

por Bardonecchia. Si tiene especiales deseos de ir en avión, podemos conseguir que le cambien el visado, pero eso nos tomaría aproximadamente una hora. Además, tendría que regresar a Génova. Además, como podrían encontrar el cuerpo de Kuvetli en las próximas horas, más valdría no llamar la atención de la policía solicitando la modificación del visado. —Miró el reloj—. Hay un tren que sale de Génova con destino París a las dos de la tarde. Para en Asti poco después de las tres. Le recomiendo que lo tome allí. Puedo llevarle en mi coche.

—Creo que me vendría bien comer algo.

—¡Querido míster Graham! ¡Qué estúpido soy! Comer algo. Naturalmente. Podemos detenernos en Novi. Tendré el gusto de invitarle. Y si encontramos *champagne* beberemos *champagne*. No hay nada como el *champagne* cuando uno está deprimido.

Graham se sintió de pronto un poco mareado. Se echó a reír.

El cónsul levantó las cejas.

—Lo siento —se disculpó Graham—. Perdone. Tiene gracia. Tenía una cita en el tren de las dos. Se quedará sorprendida cuando me vea.

Notó que alguien le sacudía por el brazo y abrió los ojos.

—Bardonecchia, *signore*. Su pasaporte, por favor.

Levantó la vista hacia el empleado de coches-cama que se inclinaba sobre él y se dio cuenta de que se había dormido en cuanto el tren salió de Asti. En la puerta, parcialmente perfilados a contraluz sobre el creciente fondo de oscuridad exterior, había dos hombres con el uniforme de la policía ferroviaria italiana.

Se sentó sobresaltado y buscó en el bolsillo.

—¿Pasaporte? Ah, sí, claro.

Uno de los hombres inspeccionó el pasaporte, asintió y lo selló con un tampón de caucho.

—*Grazie, signore*. ¿Lleva usted moneda italiana en billetes?

—No.

Graham se metió de nuevo el pasaporte en el bolsillo, el empleado apagó la luz y la puerta se cerró. Todo había terminado.

Bostezó tristemente. Estaba tenso y tiritaba. Se levantó para ponerse el abrigo y vio que la estación estaba cubierta de nieve. Había sido una tontería quedarse dormido así. Llegar a casa con una pulmonía podía ser desagradable. Pero ya había pasado el control de pasaportes italiano. Puso la calefacción y se sentó a fumar un cigarrillo. Debía ser la comida pesada y el vino... Y entonces recordó de pronto que no se había ocupado de Josette. También Mathis debía estar en el tren.

El tren arrancó con una sacudida y empezó a moverse ruidosamente hacia Modano.

Tocó el timbre y esperó la llegada del empleado.

—¿Signore?

—¿Habrá vagón restaurante cuando pasemos la frontera?

—No, signore. —Se encogió de hombros—. La guerra.

Graham le dio un poco de dinero.

—Quiero una botella de cerveza y algún sandwich. ¿Podría conseguírmelos en Modano?

El empleado miró el dinero.

—Desde luego, signore.

—¿Dónde están los vagones de tercera?

—En la parte delantera del tren, signore.

El empleado salió. Graham se fumó el cigarrillo y decidió esperar a que el tren saliera de Modano antes de ir en busca de Josette.

La parada de Modano le pareció interminable. Por fin, los funcionarios franceses de control de pasaportes terminaron su trabajo y el tren se puso de nuevo en movimiento.

Graham salió al pasillo.

En el tren reinaba la oscuridad, mitigada tan sólo por las mortecinas luces de seguridad. Se encaminó lentamente hacia los vagones de tercera. Sólo había dos, y no tuvo dificultad alguna en encontrar a Josette y a José. Estaban solos en un compartimiento.

Josette movió la cabeza cuando Graham abrió la puerta corredera y le miró insegura, entornando los párpados. Después, cuando él se adelantó hasta quedar iluminado por el brillo azul del techo, se incorporó con un grito de sorpresa.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó—. ¿Dónde se había metido? José y yo le esperamos hasta el último momento, pero no apareció como había prometido. Le esperamos. José puede decirle todo lo que esperamos. Dígame qué ha pasado.

—Perdí el tren en Génova. He recorrido un largo camino en coche para alcanzarlo.

—¡Ha ido en coche hasta Bardonecchia! ¡No es posible!

—No. Hasta Asti.

Se produjo un instante de silencio. Habían hablado en francés. José soltó una pequeña carcajada y, arrellanándose en su rincón, empezó a hurgarse los dientes con las uñas.

Josette tiró al suelo el cigarrillo que estaba fumando y lo apagó con el pie.

—Cogió el tren en Asti —comentó con ligereza—, y ha esperado hasta ahora para venir a verme. Muy cortés. —Hizo una pausa—. Pero no iré a hacerme esperar en París ¿verdad, *chéri*?

Graham vaciló.

—¿Me hará esperar, *chéri*? —Su voz tenía una inflexión cortante.

—Me gustaría hablar con usted a solas —dijo Graham.

Josette le miró intensamente. Su rostro carecía de expresión bajo aquella luz espectral y mortecina. Después se dirigió hacia la puerta.

—Creo —dijo— que será mejor que hable un poco con José.

—¿José? ¿Qué tiene que ver José? Es usted con quien quiero hablar.

—No, *chéri*. Hable usted un poco con José. A mí no se me dan muy bien los negocios. No me gustan. ¿Me comprende?

—En absoluto —dijo Graham con toda sinceridad.

—¿No? José se lo explicará. Volveré en un minuto. Hable ahora con José, *chéri*.

—Pero...

Josette salió al pasillo y cerró la puerta. Graham se aprestó a abrirla de nuevo.

—Ya volverá —dijo José—. ¿Por qué no se sienta y espera?

Graham se sentó lentamente. Se sentía confuso. José, sin dejar de hurgarse los dientes, le miró desde el otro extremo del compartimiento.

—No entiende nada, ¿verdad?

—Ni siquiera sé lo que tengo que entender.

José se contempló la uña del pulgar, le pasó la lengua por encima y reanudó su trabajo en un colmillo.

—Josette le gusta, ¿eh?

—Desde luego. Pero...

—Es muy guapa, pero no tiene sentido común. Es una mujer. No sabe nada de negocios. En consecuencia, soy yo, su marido, quien se ocupa de los negocios. Somos socios. ¿Lo entiende?

—No es difícil. ¿Y qué?

—Me intereso por Josette. Eso es todo.

Graham le observó un instante. Empezaba a entender, a entender demasiado bien.

—¿No le importaría decirme exactamente lo que pretende? —dijo.

Adoptando el aire de quien toma una decisión, José abandonó los dientes y giró en su asiento para mirar de frente a Graham.

—Usted es un hombre de negocios, ¿no? —dijo con viveza—. No pretende conseguir algo por nada. Muy bien. Yo soy el representante de Josette, y no doy nada gratis. ¿Quiere divertirse en París? Josette es una chica muy simpática y muy divertida para un caballero. También es una buena bailarina. En un buen local, ganamos juntos no menos de dos mil francos a la semana. Dos mil francos a la semana. No está mal, ¿verdad?

La cabeza de Graham se estaba inundando de recuerdos: la chica árabe, María, diciendo «tiene muchos amantes», Kopeikin diciendo «¿José? Se las arregla bien», la misma Josette diciendo que José sólo se ponía celoso cuando ella descuidaba el

trabajo por el placer; innumerables frases y actitudes intrascendentes.

—¿Y bien? —dijo con frialdad.

José se encogió de hombros.

—Cuando uno se está divirtiendo no puede ganar dos mil francos a la semana bailando. Así que, como comprenderá, tenemos que sacarlos de otro sitio. —Graham vio en la penumbra que una pequeña sonrisa torcía la línea negra de la boca de José—. Dos mil francos por semana. Razonable, ¿no?

Era la voz del filósofo de los simios vestidos de terciopelo. «*Mon cher caïd*» justificaba su existencia. Graham asintió.

—Muy razonable.

—Entonces podemos solucionarlo ahora, ¿eh? —prosiguió José, animoso—. Usted es un hombre experimentado, ¿eh? Ya sabe que es costumbre. —Sonrió y declamó—: *Chéri, avant que je t'aime t'oublieras pas mon petit cadeau.*

—Comprendo. ¿Y a quién debo pagar? ¿A usted o a Josette?

—Puede pagarle a Josette si le apetece, pero no sería muy *chic*, ¿eh? Podemos vernos una vez por semana. —Se inclinó hacia adelante y le dio unos golpecitos en la rodilla—. Va en serio, ¿eh? ¿Se portará como un buen chico? Si, por ejemplo, empezase ahora...

Graham se levantó. Su propia calma le sorprendió.

—Creo —dijo— que preferiría darle el dinero a Josette personalmente.

—No se fía de mí, ¿eh?

—Claro que me fío. ¿Quiere buscar a Josette?

José vaciló un instante, se encogió de hombros, se levantó y salió al pasillo. No tardó en regresar con Josette. La mujer sonreía con cierto nerviosismo.

—¿Ya ha hablado con José, *chéri*?

Graham asintió amigablemente.

—Sí. Pero, como ya le había dicho, con quien quería hablar era con usted. Quería explicarle que, después de todo, me veo obligado a volver inmediatamente a Inglaterra.

Josette le miró un instante sin comprender. Después, Graham vio que se mordía cruelmente los labios. Se volvió bruscamente hacia José.

—¡Sucio idiota español! —Parecía escupirle las palabras—. ¿Para qué te crees que te llevo conmigo? ¿Por lo bien que bailas?

Los ojos de José brillaron peligrosamente. Cerró la puerta a sus espaldas.

—Ahora —dijo— vamos a ver. Si me hablas otra vez así te voy a partir la cara.

—*Salaud!* ¡Te hablo como me da la gana!

Estaba perfectamente inmóvil, pero su mano derecha se movió una o dos pulgadas. Algo brilló con luz mortecina. Se había pasado por los nudillos la pulsera de diamantes falsos que llevaba en la muñeca.

Graham había visto violencia más que suficiente para un solo día. Se apresuró a interrumpir:

—Un momento. José no tiene la culpa. Me ha explicado el asunto con todo tacto y cortesía. Yo venía, como ya le dije, a comunicarle que tengo que volver de inmediato a Inglaterra. También quería pedirle que aceptara un pequeño regalo. Es esto.

Sacó la cartera, extrajo un billete de diez libras y lo acercó a la luz.

Josette contempló el billete y le miró hoscamente.

—¿Y bien?

—José me ha aclarado que debía dos mil francos. Este billete vale un poco más de mil setecientos cincuenta. Así que voy a añadirle otros doscientos cincuenta francos.

Sacó los billetes franceses de la cartera, los plegó con el billete grande y se los ofreció.

Josette se los arrancó de la mano.

—¿Y qué espera obtener por esto? —preguntó resentida.

—Nada. Ha sido muy agradable tener ocasión de charlar con usted. —Abrió la puerta—. Adiós, Josette.

Josette se encogió de hombros, se metió el dinero en el bolsillo del abrigo de piel y se sentó de nuevo en su rincón.

—Adiós. No es culpa mía que sea tan idiota.

José se echó a reír.

—Si por casualidad cambiara de opinión, monsieur —dijo, remilgado—, nosotros...

Graham cerró la puerta y se alejó por el pasillo. Lo único que deseaba era volver a su propio compartimiento. No reparó en Mathis hasta que casi se dio de bruces con él.

El francés se apartó para dejarle pasar. Después, con una exclamación ahogada, se inclinó para mirarle.

—¡Monsieur Graham! ¿Será posible?

—Le estaba buscando —dijo Graham.

—Mi querido amigo. Me alegra tanto... Me preguntaba... Temía...

—Tomé el tren en Asti. —Sacó el revólver del bolsillo—. Quería devolvérselo, con mi gratitud. Desgraciadamente, no he tenido tiempo de limpiarlo. Ha sido disparado dos veces.

—¡Dos veces! —Mathis abrió los ojos de par en par—. ¿Los mató a los dos?

—A uno. El otro murió en un accidente de automóvil.

—¡Un accidente de automóvil! —Mathis rió apagadamente—. ¡Un método nuevo de matarlos! —Miró afectuosamente el revólver—. Puede que no lo limpie. A lo

mejor lo guardo como recuerdo. —Levantó la vista—. ¿Trasmití bien el mensaje?

—Perfectamente. Gracias otra vez. —Vaciló—. En el tren no hay vagón restaurante. Tengo algunos sandwiches en mi compartimiento. Si usted y su esposa quieren acompañarme...

—No, gracias, es usted muy amable. Nos bajamos en Aix. No falta mucho. Mi familia vive allí. Se me va a hacer raro verlos después de tanto tiempo. Ellos...

A sus espaldas se abrió la puerta de un compartimiento, y madame Mathis se asomó al pasillo.

—¡Ah, ahí estás! —reconoció a Graham y le hizo una desaprobadora inclinación de cabeza.

—¿Qué ocurre, *chérie*?

—La ventana. La abres, te vas a fumar y me dejas ahí helada.

—Podrías cerrarla, *chérie*.

—¡Imbécil! Va demasiado dura.

Mathis suspiró cansadamente y extendió el brazo.

—Adiós, amigo mío. Seré discreto. Cuente con ello.

—¿Discreto? —preguntó desconfiada madame Mathis—. ¿Discreto sobre qué?

—A ti te lo puedo decir —miró a Graham y le guiñó un ojo—. Monsieur y yo tenemos un plan para volar el Banco de Francia, tomar la Cámara de Diputados, fusilar a las doscientas familias y establecer un gobierno comunista.

Madame Mathis miró aprensiva a su alrededor.

—No deberías decir esas cosas ni en broma.

—¡En broma! —la miró con una mueca malévol—. Verás qué broma más divertida cuando saquemos a rastras de sus casas a esos reptiles capitalistas y los cortemos en pedacitos con nuestras ametralladoras.

—¡Roberto! Si alguien te oye decir esas cosas...

—¡Déjales que oigan!

—Sólo te he pedido que cierres la ventana, Roberto. Lo habría hecho yo misma, pero va demasiado dura. Yo...

Entraron y cerraron la puerta.

Graham permaneció un instante inmóvil, mirando por la ventana la lejana luz de los reflectores: manchas grises moviéndose sin cesar entre las nubes bajas que cubrían el horizonte. No era muy distinto, pensó, del horizonte que veía desde la ventana de su dormitorio cuando los aviones alemanes se acercaban por el Mar del Norte.

Dio media vuelta y se alejó en busca de su cerveza y sus sandwiches.



ERIC AMBLER. Nacido en Londres, Reino Unido, el 28 de junio de 1909, fue un escritor británico considerado el inventor de la novela de espionaje moderna. También fue guionista y productor cinematográfico. Falleció el 22 de octubre de 1998.

Eric Ambler tuvo una infancia feliz. En 1928 obtiene su título de ingeniero, pero prefiere dedicarse a la publicidad, profesión que ejercerá hasta finales de la Segunda Guerra Mundial y que alternará con la novela. Entre 1936 y 1940, escribe seis novelas de espionaje que se convertirán en clásicos.

Una vez enrolado, permanecerá en el ejército británico durante seis años, sirviendo en los batallones de propaganda cinematográfica, escribiendo guiones y realizando filmaciones en los lugares de batalla, en donde conoce a John Huston). Tras la guerra prueba sin éxito la aventura americana en Hollywood. Escribe algunos guiones, pero al cabo de poco tiempo regresa a la novela. Decide volver a Europa en 1958. Siguió escribiendo numerosas novelas hasta 1981.

La contribución de Eric Ambler será fundamental para elevar el thriller a la categoría de literatura noble. La novela negra será el género preferido por Ambler, ya que le permitía expresar sus opiniones políticas, aunque nunca caerá en las ilusiones de las utopías. Sus personajes son personas normales, en muchas ocasiones llegadas a espías sin pretenderlo, anti-héroes vapuleados por fuerzas que les superan con mucho. A menudo Ambler utiliza su experiencia en los negocios y su formación como ingeniero para dar verosimilitud a sus relatos, sirviéndose de un muy británico

sentido del humor y de un estilo de escritura inimitable.

Sus novelas más destacadas son: *Peligro extremo* (1937), *Motivo de alarma* (1938), *La máscara de Dimitrios* (1939), *Viaje al miedo* (1940), y *La luz del día* (1962) galardonada con el premio Edgar en 1964 a la mejor novela.